

de GUERRA VOLUNTARIAS

A woman in a black bonnet and dress is seen from behind, looking over a field of horses towards mountains. The title 'de GUERRA VOLUNTARIAS' is overlaid at the top. The word 'de' is in a cursive font, while 'GUERRA' and 'VOLUNTARIAS' are in a bold, sans-serif font. The letters of the title are filled with a landscape image of a woman in a bonnet and dress, similar to the one in the foreground.

Nena Lima

Tanto la trama del libro como el pueblo donde se desarrolla la novela y los personajes que aparecen en la misma son ficticios, excepto el jefe de la tribu modoc, Viejo Schonchi, que vivió en una reserva en Oregón hasta el final de sus días. Cualquier semejanza con personas vivas, muertas o desaparecidas es pura coincidencia.

Título original: Guerra de voluntades

© 2018 Nena Lima

© 2018 Imágenes de portada: Shutterstock

© 2018 Diseño de portada: Nena Lima

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Julio 2018

nenalimaescritora@gmail.com

Esta novela fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Andalucía.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguiente del Código Penal).

GUERRA DE VOLUNTADES

Nena Lima

«La barbarie reaparece, pero esta vez es engendrada en el propio seno de la civilización y es parte integrante de ella. Es la barbarie leprosa, la barbarie como lepra de la civilización»

Karl Marx (Arbeitslohn, 1847)

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Agradecimientos

Acerca de la autora

Capítulo 1

Septiembre de 1860

Aguas Bravas, condado de Shasta, California

«¡Alabado sea el Señor! ¡Al fin he llegado a mi destino!», pensó aliviada Anne. Sacó un pañuelo blanco del ridículo que llevaba atado en la muñeca y se secó el sudor de la frente con delicadeza. Se encontraba fatigada del largo y tortuoso viaje. El trayecto desde Coloma —en el condado de El Dorado— hasta Aguas Bravas, había sido más duro y agotador de lo previsto. Ya con los pies en tierra firme, se sacudió el polvo de la falda negra de calicó y soltó un leve gruñido de incomodidad por el vestido que llevaba puesto. El cuello de encaje era más alto de lo acostumbrado por lo que se sentía asfixiada; y las mangas, poco abullonadas, se adherían a su fina y blanca piel como un trozo de tela mojada. Tampoco estaba contenta con *la cuna con ruedas* —como así llamaban algunos pasajeros a la diligencia Concord roja y dorada de la compañía Wells Fargo— que los había transportado hasta Aguas Bravas y que ahora permanecía estacionada frente al único hotel del pueblo. Había pasado tanto calor y había dado tantos brincos en su interior, que creyó que sus huesos se desmoronarían en cuestión de segundos si permanecía un minuto más en ella.

De repente, sufrió un leve estremecimiento de terror cuando a su mente acudió la imagen de las siluetas recortadas de los *indios a caballo* en las cimas escarpadas de las montañas. Recordó la voz de la señora Thompson que, sentada a su lado, susurraba unas plegarias al buen Dios para protegerlos de los indeseables salvajes. El tenso momento los tuvo sumidos en un largo y angustioso silencio, tan solo roto por el látigo del cochero que apremiaba a los caballos a correr más deprisa. Sin embargo, unas millas más adelante, la nube de polvo que divisaron a lo lejos donde un jinete cabalgaba hacia la siguiente parada de posta como si le fuera la vida en ello, logró distraerlos de tanta tensión; era el servicio postal del Pony Express que hacía la ruta de Saint Joseph, Missouri, hacia Sacramento, California, en diez días. El ferrocarril transcontinental y el telégrafo aún no habían llegado a las costas del pacífico,

por lo que el medio más rápido para entregar el correo federal —incluyendo las diligencias de la Butterfield Overland Mail y el transporte marítimo— era desplazarse a caballo.

Anne volvió al presente, guardó el pañuelo y se sacudió la falda con más ahínco, intentando desprender el lodo seco que cubría el ruedo de la tela. Hizo una mueca de fastidio y se tocó con disimulo las doloridas nalgas.

—¡Maldición! —blasfemó en voz baja debido a lo ajustado que llevaba el corsé y que apenas la dejaba respirar. Era otro sacrificio que había tenido que hacer para causar buena impresión a la señora Carter. Se había acostumbrado a no utilizar ese accesorio tan inapropiado en Coloma, ya que para ayudar a sus padres a buscar oro no se requería prendas tan sofisticadas y tortuosas para trabajar.

En ese momento, el cochero se bajó del pescante y depositó en el polvoriento suelo su equipaje; era la única pasajera que se quedaba en Aguas Bravas. El hombre escupió, impaciente, el tabaco que mascaba entre sus dientes, mientras los restantes pasajeros desalojaban la diligencia y se dirigían hacia el hotel para tomarse un refrigerio antes de continuar con el viaje. Los caballos también habían llegado agotados; las últimas millas habían sido desesperantes para ellos. El cochero, ansioso por tomarse una cerveza en el *saloon*, desenganchó con prisas los arneses de los animales y los condujo hacia el establo para hacer el cambio. Mientras tanto, Anne echó un vistazo hacia ambos lados de la vía principal con desasosiego. Aguas Bravas era un pueblucho con una docena de casas entre las que se contaban la tienda de ultramarinos, la herrería y una vieja iglesia al final de la calle. El pueblo presentaba un aspecto lamentable. «Mucho más lamentable y decepcionante que Coloma», pensó apesadumbrada. No se podía decir que fuera un lugar próspero y bien avenido. Había demasiado abandono en él. Sus pensamientos se dirigieron hacia el asentamiento minero que había dejado atrás. Se dijo que la decisión que había tomado era la correcta. Ya no quedaba nada en Coloma por lo que luchar y sacrificarse. Era muy joven y guardaba demasiado dolor en sus entrañas para consumirse en un sitio tan miserable como aquel. Suspiró para sus adentros al notar que comenzaba a inquietarse por los recuerdos. Hizo un leve movimiento de cabeza para desechar el pasado. Tras unas breves respiraciones, volvió a mirar hacia ambos lados de la vía. Ni un alma. Observó la caravana de carromatos que había apostada frente a la herrería con varias veintenas de ganado vacuno descansando bajo el intenso sol. Había

esperado que alguien la recibiera a su llegada, pero enseguida se dio cuenta de su errónea suposición y, saberlo, le supuso un gran problema porque desconocía cuál era la casa de la señora Carter. Solo sabía que vivía en Aguas Bravas y que tenía que reunirse con ella para una cita de trabajo. Y para colmo, estaba hambrienta. No había probado bocado desde la última vez que pararon en la estación. Hizo una mueca de asco al recordar la mala comida del lugar. En ese instante, las tripas le acompañaron con un sonoro rugido. Aguantó unos segundos la respiración en un vano intento por calmarlas.

—Preguntaré aquí —se dijo, mirando el estado en el que se encontraba la fachada del hotel.

El edificio de madera blanca desvaída, de dos plantas y con tres ventanas en la parte frontal, presentaba signos de necesitar una buena reparación y varias capas de pintura.

Antes de entrar en él, echó una esperanzadora ojeada a la calle. Un movimiento al otro lado de la vía llamó su atención. Vio a un muchacho, de unos diez años de edad, pelirrojo y con el cabello ensortijado, sentado en unos peldaños de madera. Golpeaba el último escalón con el tacón de su bota negra como si estuviese impaciente o, tal vez, aburrido. Anne desvió sus ojos dorados hacia el establecimiento que había detrás del muchacho. El letrero de madera, medio caído y que colgaba encima de la puerta, ponía en letras grandes y negras «Colmado». Eso la ilusionó. Pensó que al menos había un lugar donde podía comprar comida. En ese momento, el muchacho se levantó y atravesó la calle con pasos largos. Se dirigió hacia ella con actitud nerviosa sin dejar de girar el sombrero de fieltro marrón entre sus manos.

—¿La señorita P-peabody? —preguntó indeciso cuando se detuvo frente a ella. Sus expresivos y grandes ojos azules la miraron expectantes y sin pestañear.

—Efectivamente, soy yo.

Suspiró aliviado.

—Bienvenida a Aguas B-bravas, señorita P-peabody. —Sonrió al mismo tiempo que le tendía la pequeña y sucia mano. Ella correspondió al saludo apretándola con suavidad —. Soy Tommy. Tommy B-brown.

—Encantada de conocerte, Tommy.

—Trabajo p-para la señora Carter —aclaró, volviendo a girar el sombrero entre sus manos.

—Oh, bien —dijo, aliviada. Había notado que el muchacho tartamudeaba con frecuencia.

—Llevo esperándola toda la mañana, señorita P-peabody. P-pensé que ya no venía.

—Cuánto lo siento, Tommy. Tuvimos un problema con una de las ruedas por el camino. —Le volvió a rugir el estómago y carraspeó avergonzada—. ¿Has almorzado, Tommy?

—Sí, señorita.

Anne pensó en los pocos centavos que le quedaba en el ridículo, pero tenía tanta hambre que no podía presentarse en casa de la señora Carter con semejante sinfonía de ruidos en su estómago.

—¿Hay algún lugar decente donde pueda comer que no sea el hotel?

—Sí, señorita P-peabody. En casa de la señora McGregor, p-pero no debemos retrasarnos. Tenemos que llegar a la casa g-grande antes de la siesta de la señora Carter. Nos está esperando. P-por favor, debemos darnos p-prisa. —Le apremió el joven haciendo un gesto con la mano—. El viejo B-bob nos llevará hasta allí.

—¿El viejo Bob?

—Sí. —Y señaló con la mano hacia un añoso caballo pinto, enganchado en la única carreta que había a la sombra y cerca de la tienda de comestibles—. Él nos llevará. P-puede llegar con los ojos cerrados. —Y sonrió satisfecho. Anne hizo una mueca de descontento al saber que su viaje aún no había concluido. El anuncio sobre el puesto de cocinera mencionaba, en concreto, Aguas Bravas y no una casa perdida en mitad de las montañas—. Señorita P-peabody, tengo un trozo de p-pan y de queso —dijo con timidez el muchacho, interrumpiendo sus pensamientos. Sacó del bolsillo delantero del pantalón marrón un pañuelo amarillento, arrugado y sucio. Lo desenvolvió y le ofreció la comida.

—¿Queda muy lejos la casa de la señora Carter, Tommy? —preguntó, desechando con un gesto de la cabeza y una leve sonrisa el lamentable aspecto de las viandas. Era un revuelto apelmazado y de un color indescriptible

acompañado de un tufillo a rancio que le revolvió más el estómago.

—A las afueras del p-pueblo, señorita P-peabody.

—Supongo que no sabrás a qué distancia. —El muchacho negó con la cabeza—. Lo imaginaba —añadió resignada—. Entonces, pongámonos en marcha, Tommy. No hagamos esperar más a la señora Carter.

Cargó el equipaje en la carreta con la ayuda de Tommy y salieron del pueblo. Lo que para el muchacho eran las afueras del pueblo, podría decirse que para Anne se convirtió en otro largo y penoso camino durante el cual no paró de gorgotearle el estómago. «Algo nada digno y apropiado en una señorita», pensó con tristeza al recordar las palabras de su añorada madre. Bajo el calor de los rayos del sol y con el paso tranquilo del viejo Bob, se resignó a tener más paciencia de la que estaba acostumbrada. Por mucho que el muchacho le azuzase a aligerar el paso, el animal se mostraba tan tenaz cómo solo un caballo de su raza podía serlo, por lo que no les quedó más remedio que dejarse guiar por los caprichos del equino. Anne apenas fue consciente del camino recorrido. El cansancio la tenía atolondrada. Intentaba mantenerse despierta, pero el traqueteo constante sobre la carreta la llevó a un estado de sopor tan agradable que sucumbió en una cabezada.

De repente, el carro se detuvo y ella se despertó sobresaltada y desorientada.

—Hemos llegado al rancho La triple C, señorita P-peabody —dijo Tommy, mirándola con un atisbo de sonrisa en el rostro al haberla pillado dormida.

—¡Alabado sea el Señor! —susurró Anne, bajándose con rapidez de la carreta.

Un rancho de más de treinta mil acres de terreno apareció ante sus cansados ojos. La vegetación y el lugar la sobrecogieron al igual que la blanca y enorme casa de ladrillo con el tejado verde a dos aguas y las construcciones anexas a ella. Por unos momentos, se recreó en el herbazal que dominaba la vasta pradera para, a continuación, fijar la vista en un reducido grupo de robles negros que se mezclaban con los pinos de corteza blanca. Embobada como estaba, no notó como un mozo cogía su equipaje de la carreta ni vio a Tommy marcharse con el viejo Bob hacia las caballerizas. Cuando Anne giró sobre sus pies y dirigió la vista de nuevo hacia la magnífica casa, vio que la

fachada principal tenía seis enormes ventanas cuyas rejas de hierro forjado le conferían seguridad y solidez al edificio. Era una vivienda impresionante. Se notaba que la familia Carter era acomodada. Encaminó sus pasos hacia la puerta principal, de doble hoja y de madera de roble blanco, que ocupaba la parte central de la fachada. Junto a ella, la figura menuda de una mujer de edad madura y cabello negro, recogido en un apretado moño en la nuca, la recibió con gesto serio.

—Soy la señora Howard. El ama de llaves de la señora Carter. Bienvenida al rancho, señorita Peabody. La señora la está esperando.

—Gracias, señora Howard.

Tras las presentaciones, entraron en un sencillo recibidor amueblado con una pequeña consola en palisandro tallado. Sobre una mullida alfombra de color borgoña decorada con dibujos geométricos, descansaba su equipaje. El estómago le volvió a rugir. La señora Howard levantó su fina ceja de manera interrogativa. La volvió a bajar enseguida sin pronunciar una palabra al respecto. Ambas mujeres se dirigieron hacia la primera puerta que había en el estrecho y oscuro pasillo. El ama de llaves dio unos suaves golpes en ella y, luego, la abrió sin esperar contestación. Con un gesto de cabeza indicó a Anne que entrara. La sala era espaciosa y con mucha luz, aunque el exceso de muebles la hacía más pequeña. Le llamó la atención la gran cantidad de retratos familiares que colgaban de sus paredes blancas.

—La señorita Peabody, señora Carter —anunció el ama de llaves desde el umbral de la puerta—. Enseguida traigo el café, señora.

—Tal vez, la señorita Peabody prefiera algo más refrescante para calmar la sed, señora Howard —sugirió la dueña de la casa al ver como la joven había arrugado la pecosa y respingona nariz cuando el ama de llaves mencionó el café. Ese gesto tan encantador y poco educado gustó enseguida a la señora Carter. Anne asintió agradecida con la cabeza; el calor seco del verano le producía bochornos. La señora Carter estaba sentada en un cómodo sillón de nogal oscuro desde donde la escudriñaba sin reparos a través de sus pequeños ojos azules. Esa mirada tan directa puso nerviosa a Anne que empezó a retorcer el pequeño bolso que llevaba entre sus manos—. Es usted un libro abierto, señorita Peabody. Nada se escapa de ese rostro tan joven y expresivo. —Añadió con una franqueza de la cual Anne no estaba acostumbrada. La muchacha se había dado cuenta, tras su llegada al nuevo continente, que la

llaneza era uno de los rasgos distintivos que poseían los americanos. La señora Carter dirigió la mirada hacia el ama de llaves y ordenó—: Dígale a la cocinera que prepare el mismo refresco de ayer, señora Howard.

—¿Se refiere a la receta que aparece en la revista de Godey, señora Carter? —preguntó, pensando en la gaceta femenina y mensual de la que era suscriptora la señora Carter y por la que pagaba tres dólares al año. Un precio que le parecía abusivo en comparación con otras revistas por las cuales se pagaban solo dos dólares.

De repente, el estómago de Anne sonó con más intensidad y, azorada, bajó los ojos hacia el suelo.

—Sí, señora Howard —contestó sin expresar ningún comentario acerca del ruido de tripas de la joven. Vio como el sonrojo de la señorita Peabody teñía sus mejillas de color carmesí, dándole un aspecto gracioso; gracioso si se comparaba con el desaliño que presentaba su cabello. Unos rebeldes tirabuzones pelirrojos se habían escapado del recogido trenzado de la cabeza y que el sombrero de paja sostenía a duras penas—. ¿Sobró algo de bizcocho de zanahorias? —le preguntó con suspicacia. El ama de llaves asintió con la cabeza—. Hace días que tengo bastante apetito —aclaró con sutileza, intentado no avergonzar más de lo que ya estaba la muchacha—. ¿Le apetece compartir conmigo un pequeño refrigerio mientras conversamos sobre el empleo, señorita Peabody?

—Por supuesto, señora Carter —contestó enseguida la joven. La boca se le hizo agua solo de pensar en ingerir un trozo de pastel.

El ama de llaves se marchó silenciosa. Tras cerrar la puerta, la dueña del rancho dijo:

—Tome asiento, por favor. —Anne se sentó en un mullido sillón de seda aguamarina que había frente a la mujer—. Bienvenida al rancho.

—Gracias.

—¿Ha perdido a algún familiar reciente, señorita Peabody? —preguntó al observar el vestido negro que envolvía por completo a la joven, dejando solo al descubierto la piel lechosa del rostro y las pequeñas manos.

—Sí, señora. A mis padres —respondió con un nudo en la garganta. Aún le dolía sus ausencias—. Fallecieron por unas fiebres.

—Lamento sus pérdidas, señorita Peabody.

—Gracias, señora.

—¿Tiene más familia?

—No —contestó de manera escueta, fijando su atención en el cuerpo de la señora Carter.

La mujer no parecía demasiado mayor. Podría tener unos treinta años. Era de complejión gruesa, cabello rubio y piel sonrosada. Lucía un hermoso vestido escarpado de dos piezas, de seda blanca, con un diseño floral de color violeta. El cuerpo del vestido tenía mangas abullonadas, transparentes y ajustadas al puño. El cuello y el cinturón de roseta eran del mismo color que las flores de la tela. A Anne le pareció una mujer hermosa, a pesar de su robustez. En ese momento, sintió curiosidad por saber cómo sería el señor Carter y si el matrimonio tenía vástagos.

—¿Algún tutor que pueda...?

—No, señora Carter —interrumpió—. No tengo a nadie.

—Entiendo. ¿Hace mucho que fallecieron sus padres? —preguntó con interés. Intuyó que la muchacha era más joven de lo que a primera vista parecía. Ese vestido tan oscuro la hacía más delgada, frágil y desamparada si cabe. La notaba nerviosa.

—Dos meses. Fallecieron el mismo día que cumplí los veinte años, señora —dijo con un hilillo de voz.

—Oh, cuanto lo siento, señorita Peabody —expresó con sinceridad.

Anne se quedó en silencio unos instantes y dijo:

—Si necesita ver los certificados de defunción... —Hizo amago de abrir el bolso para mostrárselos al notar cierto recelo en la mirada de la mujer.

—No es necesario —le interrumpió—. Es inglesa, ¿no es cierto, señorita Peabody? —preguntó, cambiando la conversación, cuando vio cómo se habían entristecido los ojos ambarinos de la muchacha.

—Sí. Espero que no le suponga un inconveniente mis orígenes, señora Carter.

—En absoluto, señorita Peabody. Solo pretendía verificarlo. —Anne hizo

una mueca de alivio al oírlo—: Y ¿ha recorrido completamente sola tantas millas para conseguir este puesto de trabajo? —preguntó ceñuda.

—Sí.

—Es usted muy audaz, señorita Peabody. —Reconoció la señora Carter—. Sin embargo, hay algo que no comprendo. Si ha recorrido tantas millas desde Inglaterra, ¿cómo es que la misiva que recibí hace unos días provenía de Sacramento? —preguntó contrariada al recordar la carta tan vaga y escueta que leyó de entre la correspondencia que recibió ese día.

—Oh, no, señora Carter. Está en un error. No vengo directamente desde Inglaterra. Hace algo más de un año que mi familia y yo viajamos desde Essex hasta California para asentarnos definitivamente en Coloma. Fue desde Sacramento donde envié la carta. —Y aclaró—: Emigramos porque a mi padre... —Y tragó saliva al mencionarlo. Le echaba de menos—. A mi padre le habían contado que tanto en el aserradero del señor Sutter como en los alrededores de San Francisco, el oro podía encontrarse a simple vista. Que se pavimentaban las aceras con oro y que nadie era pobre. Decían que los ríos y los arroyos estaban llenos de ese mineral y que había para todos. —Hizo una pausa y prosiguió—: Entonces, mi padre quiso probar fortuna y nos embarcamos...

—Como todas esas almas crédulas —la interrumpió— que siguen llegando al condado con la idea de convertirse en ricos de la noche a la mañana. He de suponer que no tuvieron mucha suerte cuando está aquí por el empleo.

—Efectivamente, señora. Cuando desembarcamos en el puerto de San Francisco y caminamos por sus calles, nos sentimos descorazonados al no encontrar el oro del que tanto se hablaba.

—Porque no lo hay. O al menos no tanto como se ha dicho. ¿Dónde se enteró de la oferta de trabajo?

—En Coloma. En la tienda de ultramarinos del señor Black.

—Ah. Hasta que no leí su carta desconocía que la noticia se hubiera propagado hasta El Dorado —dijo ceñuda—. Veo que circulan más rápido de boca en boca que colocando anuncios en la prensa. Y ¿no desea volver a su país después de lo ocurrido con sus padres, señorita Peabody?

La puerta del salón se abrió en el mismo instante que Anne cabeceó sin

que la dueña pudiera preguntar la razón de esa negativa. Apareció la señora Howard transportando una bandeja de plata en sus manos que depositó en una mesita baja de madera, cerca de ambas mujeres. Contenía dos vasos con un líquido rojizo burbujeante, acompañados por dos generosas porciones de bizcocho y servidas en platos de porcelana esmaltados con motivos florales rosados.

—Entonces, ¿he conseguido el puesto? —preguntó Anne, impaciente y esperanzada, desviando la pregunta anterior hacia lo que en realidad le interesaba. No le apetecía hablar de su país. Allí no le esperaba nadie, en cambio, en este continente pretendía conseguir un porvenir más prometedor que el que había tenido hasta entonces.

—Sí, querida —afirmó con afectuosidad. Solo había intercambiado unas palabras con la muchacha y ya le agradaba su compañía—. Antes de continuar con la entrevista, pruebe el bizcocho de zanahorias que ha hecho la cocinera. Y beba también —la apremió con la mano. Anne tomó una cucharadita del pastel y lo probó. Luego, cogió el vaso y dio un pequeño sorbo intentando no parecer desesperada. El líquido era refrescante y ácido—. ¿Le gusta?

—Están deliciosos. ¿Qué ingredientes lleva el refresco? —preguntó con curiosidad, probando otra vez la bebida.

El ama de llaves hizo un gesto negativo con la cabeza hacia la señora Carter.

—Oh, vamos, Beth... —dijo la señora Carter al ama de llaves, utilizando su nombre de pila. El tono afectivo no pasó desapercibido a Anne que las miró extrañada por semejante familiaridad—. A Tilly no le importará que desvelemos los ingredientes de una receta que ya debe de haber probado medio condado.

—Pero eso Tilly no lo sabe. Se enfadará si descubre que se lo hemos dicho. Ignora que conocemos que guarda un ejemplar entre los tarros de harina de maíz y de azúcar. Desde que le agasajaste con el zumo, le dice a todo el mundo que es una receta secreta de su tatarabuela.

La señora Carter sonrió por las ocurrencias de la cocinera.

—La pobre Tilly. —Y dio un pequeño suspiro—. Nadie dirá nada, Beth. La señorita Peabody guardará también el secreto como nosotras. —Volvió a sonreír haciendo cómplice a la joven.

—Jarabe concentrado de limón... —dijo con renuencia el ama de llaves—, algunas frambuesas, fresas, unos trocitos de piña, agua bien fría y media cucharadita de bicarbonato sódico.

De esa manera, Anne supo que el secreto de las cosquillas tan graciosas que el líquido le producía en la lengua se debía al bicarbonato sódico.

—Felicite a la cocinera, señora Howard. Jamás he probado algo tan rico —dijo Anne.

La actitud tan franca de la señora Carter contagió enseguida a la muchacha. El ama de llaves, contrariada por el agradecimiento, asintió con la cabeza y se marchó.

—Bien, querida. Le explicaré cuál es su labor antes de marcharse del rancho.

—¿Marcharme? —preguntó confusa y con la boca llena de pastel.

—Sí. Aquí no la necesito.

Anne tragó con rapidez y dijo:

—No la comprendo, señora Carter. Pensé que trabajaría con usted.

—No, no. Disculpe si en los requerimientos del puesto no especificué con claridad el lugar. Ha sido un error por mi parte. —La señora Carter bebió un sorbo del zumo y prosiguió—: La señora Miller es quién la necesita en Los abetos blancos.

—¿La señora Miller?

—Sí. Ella se ocupa de la cocina y de otros menesteres dentro de la propiedad. No estará sola, señorita Peabody, si es eso lo que le preocupa. También está el señor Evans que es el capataz del rancho, doce peones eventuales que se contrataron esta primavera y ocho vaqueros a principios de verano. Eso sin contar con el resto del personal que permanece fijo durante todo el año. Comprobará que todos son como una gran familia...

—Disculpe, señora —le interrumpió contrariada, pensando que si ya tenían una cocinera qué necesidad había de solicitar otra—. Concretamente, ¿qué obligaciones debo de cumplir allí?

—Ah, sí, sus obligaciones. ¿Por dónde empiezo...? —La señora Carter se

quedó pensativa unos segundos con el vaso de refresco entre las manos—. Tal vez sea complicado de explicar... —Hizo otra pausa sin encontrar las palabras adecuadas. Anne la miraba extrañada observando todos sus movimientos. La señora Carter depositó el vaso en la mesita con suavidad—. Puede que...

—Dígame sin rodeos, señora Carter —la volvió a interrumpir con impaciencia—. Si le preocupa que no tenga la capacidad suficiente para realizar la tarea, puede quedarse tranquila. Además de cocinar, sé limpiar, planchar, zurcir, lavar y ocuparme de los animales si fuese menester. —La señora Carter dirigió la vista hacia las manos de la joven, la prueba fehaciente que decía la verdad. Las vio reseca y deterioradas por el uso constante. Anne, avergonzada, cerró las manos hasta convertirlas en dos puños—. Seré sincera con usted, señora Carter. —Y tragó saliva sobre lo que le iba a revelar—. No tengo referencias de otro lugar porque carezco de ellas. —Esperó unos segundos la reacción de la mujer y al ver que permanecía en silencio y mirándola con fijeza, prosiguió—: Es la primera vez que voy a servir en una casa, pero le puedo prometer que no tendrá quejas sobre mí. Soy disciplinada, discreta y muy responsable. No me asusta el trabajo duro, señora.

La señora Carter había sopesado esa idea al leer la breve misiva que recibió de la muchacha. En ella, la señorita Peabody no mencionaba ninguna referencia sobre sus actividades laborales.

—Eso veo. No parece una muchacha que se amedrente con facilidad ante las adversidades.

—No lo hago, señora. Soy más fuerte de lo que en realidad aparento.

La señora Carter buscó el modo de enfocar con claridad el asunto.

—Señorita Peabody, Rose...

—Perdón, señora. ¿Quién es Rose?

—Oh, lo siento. La señora Miller se llama Rose.

—Ah, comprendo. —Anne volvió a notar el grado de familiaridad que mostraba con los empleados de ambos ranchos. No parecía una mujer autoritaria y severa, más bien todo lo contrario, dulce, amable y cariñosa.

—Ella debe creer en todo momento que ha sido contratada como su

ayudante en la cocina.

—No la entiendo, señora. El puesto no pedía a una ayudante de cocina.

—Lo sé, lo sé. Intentaré explicarme mejor. Rose no debe saber que asumirás toda la responsabilidad del trabajo que ella realiza en Los abetos blancos. —El gesto de incompreensión en el rostro de la señorita Peabody la hizo suspirar sin saber cómo dirigir mejor el asunto—. Lo comprenderá mejor cuando conozca a Rose. —Añadió con ambigüedad. Anne parpadeó confusa—. Respecto a mi hermano... quiero decir el señor Carter, le aconsejo que no se deje intimidar por él. Puede ser algo brusco al principio, pero en el fondo es una buena persona. Supongo que sabrá cómo manejarlo cuando comience a tratarlo. Bien, si no tiene ninguna pregunta que hacerme...

—En realidad, sigo sin comprenderla, señora Carter. Además, siento curiosidad por saber si el pago que se mencionaba en...

—No se preocupe por nada, señorita Peabody —la cortó—. Se le pagará lo estipulado. Preocúpese por agradar a la señora Miller y al señor Carter. Con eso me conformo. —La señora Carter se levantó del sillón y Anne hizo lo mismo. La mujer se tomó la libertad de tomar una de sus manos para insuflarle ánimos—. Todos la tratarán muy bien. Estoy segura. Tommy la llevará hasta Los abetos blancos cuando Travis termine de llenar la carreta de provisiones. —Refiriéndose por su nombre de pila al capataz del rancho de La triple C.

En ese momento, apareció el capataz en el umbral de la puerta del salón. Era de mediana estatura, entrado en la madurez y con el pelo canoso y espeso.

—Todo está listo, señora Carter —dijo el hombre.

—Gracias, Travis. Por favor, acompañe a la señorita Peabody a la puerta. Ha sido un placer conocerla. Me pasaré más tarde por el rancho para comprobar si se ha instalado satisfactoriamente.

Y con esas últimas palabras y una sonrisa en el rostro, la señora Carter despachó sin más a la joven, dejándola más confundida que cuando llegó al rancho.

—¿Crees que has hecho bien contratándola? —preguntó el ama de llaves, momentos después, cuando vio a través de la ventana del salón cómo la señorita Peabody se montaba en la carreta con Tommy y salían del rancho.

—No lo sé —contestó la señora Carter llevándose la mano derecha a la

frente. Se masajeó la zona con suavidad—. Estoy desesperada, Beth. El problema con Rose se hace cada día más complicado. No encuentro la manera de alejarla de Los abetos blancos. Por mucho que le he insistido para que se venga a vivir aquí, ha sido imposible. Nunca dejaré a mi hermano y no puedo obligarla a hacerlo. Eso sería injusto por mi parte. —Hizo una pausa y continuó pensando en su hermano—: Ese rancho es para él su mayor refugio, Beth. Ahí se siente libre y tranquilo, mientras que aquí... —Hizo otra pausa, sintiendo una leve punzada en el pecho al recordar lo que su hermano había sufrido en La triple C—. Él detesta este rancho y jamás lo volverá a pisar.

La señora Howard asintió, comprendiéndola. Tenía conocimiento de lo sucedido en el pasado.

—Es la tercera persona que viene interesada en el trabajo, Emma —aclaró, volviendo al tema principal—. Ya viste como las dos mujeres anteriores salieron despavoridas nada más pisaron Los abetos blancos.

—No quiero ni recordarlo, Beth. Creo que las pobres todavía guardan el susto en el cuerpo. Tengo esperanza con la señorita Peabody. Me pareció una muchacha muy decidida y valiente. —Miró al ama de llaves esperando algunas palabras reconfortantes que confirmaran este hecho.

—Si quieres una opinión sincera, Emma, creo que la señorita Peabody es demasiado joven y delicada para enfrentarse a un hombre como tu hermano. Él tiene un carácter fuerte y difícil de manipular. Auguro que saldrá corriendo como las demás.

La señora Carter se sentó en el sillón, desanimada.

—Es posible. De cualquier manera, lo sabremos más tarde, Beth. Por eso desistí de acompañarla a Los abetos blancos. —Dio un pequeño suspiro y se frotó las manos nerviosa—. Necesito descansar un rato. Desde esta mañana tengo un horrible dolor de cabeza.

—Te preocupas demasiado por ellos, Emma.

—Eso es porque los quiero, Beth. Forman parte de mi vida. Son mi familia. —Volvió a suspirar—. ¿Podrías decirle a Tilly que me prepare el mismo brebaje que me hizo anoche, por favor? Estaré en mi dormitorio.

Sin esperar contestación, la señora Carter salió del salón, dejando a la señora Howard recogiendo los restos de la merienda con un gesto de

preocupación en el rostro.

Capítulo 2

Al cabo de una hora de camino, la carreta dejó el camino principal y se desvió hacia la izquierda. Continuó por un pedregoso sendero que desembocó frente a dos postes y un travesaño de madera blanca, de dos metros de altura, cubierto de plantas verdes que se enredaban con sigilo sobre él. Del travesaño colgaba un toско letrero que decía: «Los abetos blancos». Anne se fijó en él sin dejar de preguntarse por qué había tanto misterio con el puesto de trabajo. La entrevista con la señora Carter le había parecido de lo más insólita y extraña.

—¿Le ocurre algo a la señora Miller, Tommy? —preguntó al muchacho antes de bajarse de la carreta. Esperaba una explicación más convincente de la que hasta ahora había recibido.

—No, señorita.

Tommy descendió de la carreta sin dar más explicaciones. Se dirigió hacia la parte trasera y descargó el equipaje. Anne arrugó el entrecejo insatisfecha. Suspiró con suavidad y se apeó también. Lo intentó de nuevo, dirigiéndose hacia el lugar dónde se encontraba el muchacho.

—Tommy... Eh... El hermano de la señora... Lo que trato de saber... ¿Cómo es el señor Carter, Tommy?

—Es un b-buen hombre, señorita. Digan lo que digan en el p-pueblo de él, es un b-buen hombre.

—¿Y qué dicen de él? —preguntó alentada por la curiosidad.

—Cosas —respondió con vaguedad.

—¿Qué cosas? —insistió, intentando sonsacarle más información.

—Cosas desagradables, señorita. Yo no les hago caso cuando voy al p-pueblo. El señor Carter es mi amigo, ¿sabe? —dijo defendiéndole, a pesar de lo mucho que le intimidaba la presencia del hombre—. Me da trabajo, techo y comida. Me trata b-bien. Eso es todo lo que p-puedo decirle.

El muchacho se giró hacia la carreta y cogió un pequeño saco de judías y un tarro de melaza. Los sujetó con fuerza contra su cuerpo para que no se cayesen al suelo y, luego, abrió el picaporte de la valla de madera con la punta

agujereada de su bota. Se marchó por el angosto camino de grava, flanqueado de flores silvestres, dejando a la muchacha sola. Desde donde se encontraba Anne, aún no se podía distinguir la casa; la exuberante vegetación de cedros, abetos y arbustos variados protegían la propiedad como si fuera una barrera infranqueable. Cogió su equipaje y caminó deprisa para seguir al muchacho. Al llegar a un claro desprovisto de árboles vio una cabaña de madera de dos plantas. Tenía el tejado a dos aguas y estaba cubierto de agujas secas de abeto. En ese momento, Tommy se dirigió de nuevo hacia la carreta para seguir descargando las provisiones que había en ella, mientras que Anne se quedó observando el lugar. Sus ojos se desviaron hacia el porche que se unía a la fachada principal de la casa y que se hallaba en penumbra. Las plantas trepadoras del suelo abrazaban los postes de madera y continuaban su recorrido hacia un lateral de la pared, formando un muro verde y espeso que la cubrían casi en su totalidad. La nueva propiedad nada tenía que ver con el rancho La triple C.

Anne se sintió en parte desilusionada. No porque la casa fuera más sencilla y rudimentaria que el rancho que había dejado atrás sino porque se encontraba cerca de la ribera del río Pit; en el territorio de la tribu achumawi. Tommy se lo había comunicado durante el camino y de ahí su evidente decepción. No le gustaba estar rodeada de salvajes. Suspiró desanimada. Había sufrido tantos contratiempos desde su partida en Coloma que el día comenzaba a antojársele largo, duro y bochornoso. Muy a su pesar, temía o más bien presentía que aún no habían terminado los imprevistos de su viaje y esa inquietante sensación la incomodaba. Giró la cabeza hacia su derecha y vio un enorme cobertizo con dos larguísimas mesas de cedro rodeada de tocones de madera.

—Ahí es donde comen los vaqueros y los p-peones, señorita —informó Tommy, señalando con la mano el lugar que miraba la mujer. Y aclaró—: Es p-por el calor que todavía hace en el b-barracón. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la enorme construcción de madera de un solo piso, de planta rectangular y con tejado de madera a dos aguas que daba cobijo a los hombres durante la noche. Su interior estaba ocupado por una larga hilera de literas.

—Entiendo. —Mirando por primera vez el edificio del cual no se había percatado a su llegada.

—¿Hoy es miércoles o jueves, señorita?

—Miércoles.

—Entonces, a Charlie y a Eddy les toca quedarse en el rancho. Deben de estar en el p-picadero domando algún p-potro —le informó—. ¿Necesita que los llame?

—Oh, no será necesario. Gracias, Tommy. Debo conocer antes a la señora Miller.

—De acuerdo.

—Por cierto, ¿dónde se encuentra el resto de los hombres? —preguntó con curiosidad. Anne nunca había trabajado en un rancho y desconocía la organización y las costumbres que se llevaban a cabo en él.

—P-pues en la p-pastura, señorita —contestó ante la pregunta tan disparatada de la mujer. «¿Dónde si no?», se preguntó el muchacho. «Todo el mundo sabe que los vaqueros y los peones trabajaban en la pradera».

—Ah, claro, en la pastura.

El muchacho notó la confusión en el rostro de la mujer. Se preguntó si sabía de lo que le estaba hablando. Desde que la conoció en el pueblo supo que era una forastera. El acento la delataba. Ignoraba de qué parte del mundo venía, pero sabía que no era de California. Tampoco es que él entendiese demasiado de la procedencia o del idioma de todos los extranjeros que pasaban por el pueblo en busca de trabajo, pero sí que sabía distinguirlos de entre los oriundos del condado. Le caía bien la señorita Peabody. Era amable y educada. Le gustaba la calidez y la dulzura de su voz. Tenía veinte años. Al menos eso fue lo que oyó cuando entró en la cocina de La triple C. El ama de llaves se lo contaba al capataz, Travis, mientras le entregaba las provisiones que debía cargar en la carreta.

—Los vaqueros estarán reuniendo y arreando el g-ganado extraviado de los p-pastizales para traerlos hasta aquí —le informó—. Luego, los conducirán hasta los corrales. —Y señaló con la mano el lugar donde se hallaban estos—. Y los p-peones... —Se quedó unos segundos pensativo—. Supongo que, después de segar el heno y de dejarlo secar, estarán plantando las semillas de alfalfa.

—Comprendo. Gracias por la información, Tommy.

El muchacho se encogió de hombros restándole importancia.

—Lo siento, señorita. No p-puedo demorarme más tiempo con usted. Debo seguir con mi trabajo. Me esperan en La triple C. —El muchacho no pretendía ser brusco con ella, pero temía que le regañasen por su tardanza cuando llegase al rancho.

—Claro. Siento retrasarte en el trabajo, Tommy. Continúa con tus obligaciones.

Tommy soltó, aliviado, el fardo que transportaba sobre el hombro, lo depositó cerca de la entrada del porche y se fue por otra carga. Mientras tanto, Anne se quedó contemplando el rancho con curiosidad. De repente, sonrió abiertamente al darse cuenta del encanto tan especial que tenía el lugar. Era acogedor, silencioso y tranquilo. Tras la barrera verdosa de árboles y la sencilla cabaña que había frente a ella, Anne divisó una pradera de unos diez mil acres de tierra donde una impresionante alfombra dorada, desprovista de árboles, se extendía por toda la propiedad. El paisaje era extraordinario y bello. Fue consciente de cómo el piar de los pájaros y el eco de las hojas de los árboles, movidas por la suave y cálida brisa, llenaba el lugar de agradables y ricos sonidos. De cómo el olor dulzón que flotaba en el aire le traía recuerdos de su infancia. Extasiada por esas sensaciones, dio un par de vueltas sobre sí misma. Por alguna extraña circunstancia, sintió una paz en su interior difícil de describir; un bienestar tan inmenso que la tuvo contrariada unos instantes.

A unos quince pies de distancia distinguió el abrevadero. El agua llegaba hasta él a través de una construcción horizontal, de troncos huecos de madera, que recorría parte de la propiedad y que se perdía entre la espesura del bosque. El agua rebosaba por un lateral del pilón, dejando caer un hilo constante que se derramaba en la tierra. La sensación de sed creció en ella. De manera inconsciente, dejó la bolsa de viaje en el polvoriento suelo y se dirigió hacia allí atraída por el sonido gratificante del agua. Se refrescó el rostro para quitarse todo rastro de sudor y de polvo del camino. El frescor que sintió en su piel fue inmediato. Sacó el pañuelo del ridículo y se secó la cara con cuidado. Luego, bebió un sorbo para calmar la sed. Guardó el pañuelo y aprovechó la ocasión para acicalarse un poco más con la intención de dar una mejor impresión a la señora Miller. Se recogió los mechones rizados que le caían a ambos lados de las mejillas, se alisó las arrugas de la falda y sacudió el polvo de la misma. Satisfecha por el breve aseo, cogió el equipaje, caminó hacia la fachada principal de la cabaña y subió los tres escalones del porche. Le

extrañó no oír ruidos provenientes del interior por lo que, antes de dirigirse hacia la puerta, puso el equipaje y el bolsito cerca del poste de madera donde se amarraban los caballos e intentó ver algo a través de la única ventana que había en la fachada. Fue inútil. Todo estaba oscuro y en silencio. Le pareció que no había nadie en la vivienda. Decidida a acabar de una vez por todas con el misterio que envolvía a la mujer y al dichoso puesto de trabajo, golpeó la puerta con los nudillos y llamó:

—¡Señora Miller! Soy la señorita Peabody, su nueva ayudante en la cocina. —Nadie respondió. Volvió a golpear con más fuerza la puerta—. ¡Señora Miller...!

La puerta se abrió de repente, chirriando con estrépito. En la penumbra, percibió la silueta de un enorme hombre. Este dio un paso hacia delante ocupando todo el vano de la entrada. Anne se quedó paralizada cuando la luz del día mostró el rostro y el cuerpo del individuo. Los ojos se abrieron desorbitados y las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Asustada por la impresión que le había causado, retrocedió varios pasos con la intención de alejarse de él. El hombre caminó despacio y en su dirección con la mirada salvaje reflejada en sus ojos negros y almendrados. Su cuerpo desprendía tal agresividad que Anne intentó gritar, pero no pudo. Dio unos pasos más hasta que tropezó con los escalones de madera del porche. Antes de caer al suelo, el sombrero de paja que llevaba en la cabeza voló en el aire unos segundos, aplastándose poco después con su peso cuando tocó tierra. Se golpeó con fuerza las nalgas y maldijo a causa del dolor que sintió en la rabadilla. Las enaguas blancas junto con la tela negra de su vestido se arremolinaron entre los muslos, descubriendo los calzones y las medias de hilo blanco que enmarcaban sus pantorrillas. Tommy boqueó al ver la escena sin dejar de sostener el fardo que llevaba sobre el hombro. Le impactó más visualizar la ropa interior de la señorita Peabody que su torpe caída. Anne, abochornada, intentó cubrirse con rapidez sin conseguirlo. Le temblaban las manos. Miró atónita y aterrorizada al hombre de piel canela que, con lentitud, bajaba los peldaños del porche. Tenía los ojos oscuros clavados en ella. Su rostro no mostraba afectuosidad sino beligerancia.

—¡Un bárbaro! —gritó Anne con los ojos abiertos de par en par por el miedo, intentando alertar a Tommy para que escapase del rancho. Se le vino a la memoria la tribu salvaje de la que le habló el muchacho durante el camino. En ese momento, pensó que se trataba de uno de «ellos». Imaginó que si el

bárbaro estaba dentro de la cabaña era porque ya había matado a la señora Miller y al señor Carter y que ahora pretendía hacerlo con ella. Se sintió impotente y perdida mientras continuaba tumbada en el suelo. En ese instante, un sudor frío se apoderó de su cuerpo al contemplar la fuerza, la seguridad y la fiereza que emanaba del hombre. Se cubría el fornido torso con un trozo de piel de ciervo. Del agujero del medio de la prenda salía la cabeza. Los laterales y las largas mangas estaban cosidos entre sí. Una hilera de flecos recorría el largo de la prenda, desembocando en el borde de la manga. En el pecho, a modo de decoración, llevaba un bordado hecho con púas de plumas de ave en rojo, amarillo y negro—. ¡No se acerque, bárbaro! —Volvió a vociferar, cuando el hombre dio un paso más y se quedó frente a ella.

El bárbaro la miró desde su altura con las piernas separadas en posición de ataque sin mover ni un solo músculo del cuerpo. Los ojos negros brillaron amenazantes ante la orden. Recorrieron el cuerpo de la mujer con deliberación. Anne se sintió vulnerable ante el vergonzoso escrutinio y, al mismo tiempo, pudorosa cuando vio que él estaba medio desnudo de cintura para abajo; una falda corta, de la misma piel que la camisa y parecida a un diminuto delantal, cubría su entrepierna. Abrió los ojos de manera desmesurada frente a esa visión. Nunca había visto un hombre con tan escasa ropa y a plena luz del día; en realidad, ella nunca había visto a un bárbaro con una vestimenta tan extraña e indecente. Se sintió morir sin que el hombre la hubiese tocado aún al presagiar su desdichado destino: deshonrada y asesinada de manera brutal por un salvaje.

Los pies del bárbaro, enfundados en unos mocasines de piel de ciervo con bordados similares a los que llevaba en el pecho, se movieron con lentitud sin hacer caso de la advertencia de la joven. Sacó con rapidez el puñal de obsidiana lascada de la vaina —bordada con púas de ave y sujeta en la cintura— y lo lanzó hacia ella con determinación. Tommy abrió más los ojos. Se quedó paralizado y sin respiración con el fardo de harina aún en el hombro. El saco resbaló y tuvo que apoyarlo con fuerza a un costado de su cuerpo para que no se cayese al suelo.

—Amitéucan! —gritó el hombre con voz profunda en su idioma nativo, sobresaltándola. Había expresado la palabra «mujer» con desprecio. La joven le miró sin comprenderle con los ojos a punto de salirse de las cuencas. Su respiración se aceleró cuando sintió en la blanca mejilla el contacto de la hoja fría clavada en la tierra—. ¡Fuera del rancho! —exclamó con más vehemencia,

pero esta vez en un perfecto inglés al ver que ella permanecía inmóvil.

Anne se quedó impactada. No esperaba que el bárbaro hablase su misma lengua. Él la apremió con las manos para que se levantara del suelo. Como no se movía, se colocó a horcajadas sobre su delgado cuerpo y se inclinó hacia su pecoso rostro con la clara intención de intimidarla más. Alzó con la punta de los dedos el trozo de tela negra que seguía enrollado en su cuerpo y lo agitó varias veces en el aire. La tela descubrió más porción de ropa interior y Anne, por instinto, le propinó un manotazo en el antebrazo. Intentó bajarse la falda cuando notó cómo su cuerpo era expuesto sin ninguna consideración. Hizo un mohín de desprecio y le gritó indignada:

—¡No me toque bruto incivilizado!

Sus palabras no surtieron efecto, ya que él siguió divirtiéndose con la prenda. Trataba de atormentarla y de cansarla. Ella, aterrada, comenzó a darle manotazos en el pecho. Él agarró una de sus manos con fuerza, inmovilizándola a un costado de su cintura. Intentó hacer lo mismo con la otra, pero no lo consiguió. La muchacha fue más rápida y se deshizo de su agarre; cogió el arma blanca por el mango y lo sacó de la tierra sin titubear. Lo dirigió hacia la garganta del hombre y, pillándole desprevenido, presionó la punta sobre su oscura piel con firmeza. El hombre fue consciente que había subestimado el valor de la mujer al pretender intimidarla con su exhibición. Él intentó articular una palabra, pero desistió en el intento. Por experiencia sabía que no se debía subestimar por segunda vez a nadie, así que permaneció quieto, en silencio y sin dejar de taladrarla con la mirada. Estaba tenso como la cuerda de un arco e intentó que ella no lo notara. Tenía el rostro tan cerca de la muchacha que pudo distinguir la ira en sus ojos dorados. Pudo apreciar que las intensas manchas de sus mejillas tenían el mismo color que su cabello: *taxtaxi*. La luz del sol contribuyó a aumentar más el color, avivándolo hasta parecer una llamarada de fuego incandescente. Las horquillas se habían desprendido del recogido trenzado que llevaba en la cabeza y los mechones, largos y rizados, estaban desperdigados sobre la tierra dándole un aspecto fiero. Le sobrecogió la imagen durante unos segundos.

Anne vio como le miraba el bárbaro y se puso más nerviosa. El corazón le galopaba a una velocidad tan inusitada que lo escuchaba retumbar en su cabeza como si fuera un tambor. El hombre llevaba el cabello negro recogido en una coleta y amarrada con una cinta de cuero. Notó que él se tensó cuando

presionó de nuevo el puñal debajo de la barbilla. La hoja le rasgó la piel haciéndole un pequeño corte. Un gota de sangre comenzó a brotar cerca del cordoncillo de cuero que llevaba anudado en el cuello y en el cual había ensartado un pequeño ave de madera. Deslizó el puñal hacia abajo con la intención de no profundizar más en la herida. No pretendía matarle. Ella nunca había matado a nadie, pero si llegado el caso tenía que hacerlo... bien sabía el buen Dios que lo haría sin titubear si con ello conservaba su vida.

—¡Señorito Caleb! —vociferó, de repente y a lo lejos, la voz airada de una mujer. Anne no se atrevió a desviar los ojos del salvaje por miedo a que le arrebatase el arma—. ¡Señorito Caleb! —reiteró de nuevo la misma voz—. ¡Otra vez ha vuelto a hacerlo! ¡Es la tercera vez en un mes! —se quejó, caminando hacia ellos. La intrusión de la voz femenina rebajó un grado la tensión entre ambos. La curiosidad pudo más en Anne y, de soslayo, se fijó en la mujer de raza negra que caminaba furiosa, a pesar de lo orondo de su cuerpo. Llevaba un llamativo turbante anaranjado en la cabeza que ocultaba por completo su cabello. Anne ignoraba de dónde había salido la mujer y el motivo de tanto enojo. Cuando llegó, se detuvo y siguió regañando sin resuello al hombre que tenía frente a ella—. ¡Señorito Caleb! ¡Mire cómo ha dejado a la pobre Gertrudis! —El diminutivo utilizado por la mujer sorprendió a Anne y le pareció hasta cómico. Trataba al hombre como si fuera un niño pequeño, indiferente al tamaño y a la corpulencia que este representaba. Los ojos marrones de la anciana se posaron en la gallina blanca que llevaba cogida con ambas manos y que no cesaba de cacarear asustada—. ¡La ha desplumado! —Y levantó las alas del animal con un gesto de disgusto en la boca. Luego, las dejó caer sobre el cuerpo del ave con el ceño fruncido—. ¡Tiene a mis gallinas aterrorizadas, señorito Caleb! La pobre Gertrudis no ha puesto ningún huevo hoy. ¿Y con qué cree que haré a partir de ahora los desayunos si sigue sin ponerlos? —Resopló y negó con la cabeza al mismo tiempo que entornaba los ojos escrutando el cuerpo del hombre. Soltó un suspiro exagerado—. ¡No hace falta que se ponga esos bichos muertos en el cuerpo! Le he dicho infinidad veces que tiene camisas y pantalones limpios en el baúl que hay junto a su cama. ¡Qué voy a hacer con usted, señorito Caleb! —le recriminó indignada, señalándole con el dedo—. Le crié desde que era un niño de pecho para convertirlo en un hombre decente y honrado y no para que lleve esos harapos inmundos llenos de adornos raros que no presagian nada bueno.

Anne aflojó la hoja afilada de la garganta y miró, un instante, a la anciana

como si estuviera «ida de la cabeza». La situación le parecía ridícula. La mujer hablaba de plumas, de gallinas y de camisas sin importarles en absoluto la situación tan embarazosa en la que ella se encontraba. La familiaridad con que trataba al bárbaro la tenía por completo desconcertada. «¿No se da cuenta de que tengo un salvaje sobre mi cuerpo?», se preguntó contrariada.

—Rose... —susurró la profunda voz del hombre al mismo tiempo que le arrebató el arma a la joven cuando vio cómo desviaba la mirada hacia la anciana. El timbre cálido y bajo de su voz produjo un súbito escalofrío en la columna vertebral de Anne. Fue una reacción tan inesperada y extraña que duró el mismo tiempo que él tardó en meter el arma en la vaina bordada. El señor Carter se tocó la garganta y vio en la yema de su dedo sangre. Gruñó irritado.

—¡No, señorito Caleb! No me gruña —ordenó la anciana pensando que lo hacía por su regañina—. ¿Para qué las ha utilizado esta vez? —preguntó impaciente y refiriéndose a las plumas. Desvió la vista hacia los pies del hombre y negó con la cabeza al ver la respuesta frente a ella—. ¿Las cogió para «eso»? —preguntó de manera despectiva, mirando los adornos de colores realizados con las plumas de las gallinas—. ¡No necesita calzarse con esas pieles inmundas! —le reprochó de nuevo—. ¿Se atrevió a ir al poblado de los «salvajes»?

—Tranquilízate, Rose —dijo en voz baja el hombre, sabiendo que con ella debía de tener mucha paciencia cuando la veía tan alterada.

—Estoy tranquila, señorito Caleb. Muy tranquila. Le recuerdo que la señora Emma le compró unas botas nuevas este invierno. Póngaselas. —Suspiró cansada ante la terquedad del hombre—. Se lo digo por última vez. Deje en paz a mis gallinas, señorito Caleb. Simoneta y Violeta dejaron de poner huevos hace unas semanas y ahora Gertrudis tampoco quiere hacerlo porque usted la tiene asustada.

—No lo volveré a hacer, Rose.

—De esa forma no me lo diga. Prométamelo, señorito Caleb.

Caleb suspiró, resignado.

—Te lo prometo, Rose.

—Y dejaré de comportarse y de vestirse como «esos salvajes

incivilizados del demonio» —blasfemó, moviendo con energía el dedo en el aire—. ¿Es que pretende que los soldados lo confundan con uno de ellos? ¿No recuerda lo que ocurrió hace un año cerca del río, señorito Caleb? Los mataron a todos. Se lo digo muy en serio o es que quiere verme enfadada de verdad —espetó, pegando más la gallina a su rechoncho cuerpo, mientras se colocaba el otro brazo en la cintura.

—Ya hemos hablado de ese asunto muchas veces, Rose —dijo, intentando apaciguar el temperamento de la anciana. Recordó la masacre que hicieron los soldados al otro lado del río e hizo un chasquido de desagrado con la lengua—: Sabes bien que también soy...

—¡Ni se le ocurra mencionar ese nombre del «demonio»! —Volvió a blasfemar irritada—. Usted es un Carter. Un hombre civilizado.

—El pueblo achumawi también lo es, Rose —replicó—. Sus costumbres y sus creencias son...

—No, no lo son —le interrumpió—. No puede compararse con ellos. Por sus venas corre más sangre de los Carter que de cualquiera de ellos. Se crió como un hombre blanco y no como «esos salvajes del demonio». Seguirá siendo un Carter por mucho que el viejo señor Carter se negase en aceptarle en vida. Es tan dueño de los ranchos como lo es la señora Emma. Métaselo de una vez en la mollera. No me haga enfadar, señorito Caleb. —Sus ojos se volvieron acuosos y su voz bajó un tono—. Esta anciana negra no quiere morirse con ese disgusto en el cuerpo.

Caleb suspiró cansado sin contradecirla porque sabía que era inútil hacerlo. No había manera de que entrara en razón por mucho que se lo explicase una y otra vez. Rose detestaba a las tribus nativas con toda su alma, salvo a él que siempre lo protegía como una gata rabiosa de cualquier amenaza o peligro externo. Comprendía que lo sucedido en el pasado era la fuente de su exacerbado desprecio, pero no estaba de acuerdo de que todos los habitantes del poblado pagasen por aquel desafortunado suceso. Caleb volvió a suspirar. Estaba claro que cuando Rose se ponía tan terca y lastimosa recordando con tanto orgullo su noble procedencia familiar, no había manera de frenarla y él cedía sumiso con tal de no verla llorar. En realidad, Caleb no tenía tales derechos hereditarios por nacimiento como Rose tanto le hacía creer a todo el mundo. La heredera legítima era Emma, pero su hermana había tenido el noble gesto de resolver el asunto de manera legal para que, tras

su muerte, él heredase todas las tierras de la familia Carter y, de este modo, no se quedase desamparado.

—Está bien, Rose. No volveré a comportarme ni a vestirme así.

Anne se quedó atónita ante el cambio que había sufrido el hombre. La anciana le había suavizado en cuestión de minutos. Le miró con mayor interés, ya que hasta ese momento desconocía la identidad del verdadero señor Carter. Sin embargo, saberlo no le entusiasmó demasiado. Había comenzado con mal pie con él y eso no auguraba nada bueno.

—Eso está mejor. —Se recompuso e hizo un gesto de satisfacción, arrugando los labios. Y agregó—: Debe saber comportarse, señorito Caleb. Los Carter siempre han sido hombres honorables, leales y formales. —Caleb hizo un chasquido con la lengua disconforme al mencionar a sus antepasados y a sus numerosas virtudes. No compartía con ella esa misma apreciación, pero se abstuvo de hacer algún comentario al respecto—. ¿Y se puede saber que hace en el suelo? —preguntó extrañada. En esta ocasión, la anciana sí que desvió sus ojos pardos hacia un revoltijo de tela negra que había en la tierra. La curiosidad hizo que su cansada vista continuara inspeccionando la prenda hasta que se topó con un rostro de mujer con el cabello tan rojo como las llamas del mismísimo infierno. La muchacha la miraba sin parpadear y asombrada—. ¿Qué demonios está pasando aquí, señorito Caleb? ¿Acaso quiere comprometer la virtud de esta jovencita? —preguntó con los ojos abiertos de par en par—. Porque no habrá hecho lo que creo que ha hecho, ¿verdad, señorito? —preguntó temiéndose lo peor.

—No, Rose —contestó enseguida, alzando ambas manos en alto—. Juro que no la he tocado.

—Pues levántese del suelo, hombre. No es decoroso lo que estoy viendo. No, no lo es. —Y negó varias veces con la cabeza—. Si le gusta la muchacha, ¿a qué espera para comportarse como un buen cristiano? Cortéjela como Dios manda y no haga hablar más a la gente del pueblo.

Anne despertó del parloteo incesante de la señora Miller como si de un sueño se tratara. Se sentía apabullada con tanta información. Empujó el pecho del sujeto con ambas manos para que se levantase. Él la miró hastiado, poniéndose en pie y maldiciendo para sus adentros. Anne se sacudió el polvo del ruedo de la falda con apremio una vez que se incorporó del suelo. Luego,

recogió el maltrecho sombrero de paja y lo sostuvo entre sus manos. Se sentía avergonzada por el desaliño que presentaba su cabello y su ropa. Se puso más nerviosa ante el escrutinio de la mujer.

—La señora Miller, presumo —dijo Anne—. Soy la señorita Peabody. Su ayudante en la cocina.

—¡No necesito ninguna ayudante! —contestó de malas maneras la mujer, desconcertando a Anne.

—Me contrató la señora Carter hace unas horas, señora Miller —dijo con firmeza.

Anne no estaba dispuesta a perder el trabajo por culpa del incidente que había tenido con el señor Carter. Era algo que no se podía permitir. Apenas le quedaba dinero en el bolso y buscar otro trabajo era inviable puesto que no sabía a dónde acudir. Se sentía desorientada y sin familia en una tierra extraña y hostil. Se había enterado del empleo, por casualidad, en la tienda de ultramarinos del señor Black. Escuchó como se lo decía a la señora Moore en el mostrador. Pagaban bastante bien por él —algo que le resultó extraño porque sabía que el salario de una mujer era bastante deficiente en comparación con el de un hombre— y que incluía techo y comida en la oferta de trabajo. Así que no se lo pensó demasiado y vendió lo poco que sus padres conservaban para poder pagarse el billete de la diligencia y un vestido nuevo para aumentar su escaso guardarropa. Estaba sola en el mundo y sabía que, una mujer en esas circunstancias y sin un hombre que la protegiera, con toda probabilidad era una presa segura para realizar trabajos de mala reputación. Y ella no estaba dispuesta a llegar a esa situación tan extrema si podía evitarlo. Como tampoco estaba dispuesta a mendigar mientras pudiera conseguir un empleo decente para poder subsistir.

Rose frunció el ceño. No quería una ayudante que le pusiera «patas arriba» su cocina y, en el peor de los casos, el rancho. Se bastaba ella sola para ocuparse de todo. Siempre lo había hecho sin necesidad de ninguna ayuda.

—La señora Emma no me dijo nada —replicó—. ¿No se habrá equivocado, jovencita?

—No, señora. Tommy puede confirmárselo.

El muchacho que permanecía a una distancia prudencial y que no se había movido del lugar, miraba expectante al trío.

—Ven aquí, pilluelo —ordenó Rose cuando vio al muchacho bajar la cabeza con timidez al ser observado—. ¿Es cierto lo que dice la-la...? —titubeó, intentando recordar el nombre de la muchacha.

—Soy la señorita Peabody. —Reaccionó enseguida Anne al ver la confusión en el rostro de la mujer—. Anne Peabody. Llegué hoy al rancho de la señora Carter para el puesto de coci... de ayudante de cocina en Los abetos blancos.

Caleb gruñó al oír eso. No quería ninguna metomentodo paseándose todo el día por el rancho. Ya se lo había hecho saber a Emma cuando espantó a las otras dos mujeres semanas atrás. Lástima que con esta su intento de asustarla no había funcionado. Reconoció que la reacción que tuvo la joven con el puñal había sido inesperada para él. Ese gesto valiente le tuvo contrariado durante unos segundos. Lo cierto es que ya la había visto desde el interior de la cabaña con el rostro pegado en el cristal de la ventana. Tenía conocimiento por Emma de que llegaría una mujer al rancho por lo que su presencia no le había pillado desprevenido. En el instante que la vio, dejó la pluma sobre el tintero y cerró el libro contable dando un suspiro de frustración al no quererla allí. Recordó que estaba furioso en ese momento. Y no solo por la intrusión de la mujer en su propiedad sino por lo sucedido unos meses atrás en el rancho: la traición de su administrador. Desde entonces, su vida había cambiado de manera drástica y temporal; de ahí que esa mañana, como tantas otras, se encontrase tachando y anotando irregularidades en los márgenes del libro con bastante enojo. Cuando ella llamó a la puerta con tanta insistencia, él se levantó de la silla obligado a abrirle. Lo que no había previsto era ver a una muchacha tan joven, delgada y pequeña. Le llegaba a la altura de los hombros y vestía de negro como si fuera un *skaka*; sonrió para sí mismo al comparar su atuendo con el ave. De hecho, él respetaba al cuervo como animal de poder, siempre y cuando no dañara los cultivos ni atacara las cabezas del ganado recién nacido. Era un depredador astuto y difícil de erradicar que acudía en grandes bandadas en busca de alimento, preocupando durante días a los granjeros de la zona.

Anne miró de reojo al señor Carter cuando le oyó gruñir. Le ponía el vello de punta su actitud amenazante y su horripilante vestimenta. No le entusiasmó tenerlo tan cerca aunque fuese el dueño del rancho. No dejaba de observarla y eso la tenía en continúa alerta. Temía que saltase de nuevo sobre ella y la pillara desprevenida. Suspiró para sus adentros y se guardó un improperio. De

repente, la luz se hizo en su cabecita y comprendió el motivo de que pagasen tan bien por el empleo. Lo vio tan claro como el agua que salía del abrevadero: había que soportar la brusca, intimidante e incivilizada presencia del salvaje, además de las continuas quejas de la anciana que parecían no ser pocas. Aclarado ese punto, Anne sopesó su situación. Si se quedaba en el rancho, el trabajo sería arduo y pesado soportando los fuertes temperamentos de ambas personas; algo que la desalentaba de antemano. Y si se marchaba... si se marchaba la situación era más crítica e incierta aún. «¿A dónde demonios voy a ir sin apenas dinero para comer?», se preguntó angustiada. Así que no le quedó más remedio que desechar esta última opción y tomar a regañadientes la primera. Se fijó con detenimiento en el rostro ancho y plano del señor Carter, en sus ojos rasgados y negros, en los pómulos sobresalientes y orgullosos, además de su prominente nariz. Era tal la atracción salvaje y misteriosa que desprendía el hombre que la tenía por completo desconcertada.

—Rose... —intervino Tommy con timidez, dejando el fardo de harina en el suelo—. La señora Carter la contrató y te lo dijo hace unos días. La oí mencionarlo mientras tomabais café en la cocina.

—¿En mi cocina? No recuerdo nada de eso, muchacho, pero si la señora Emma lo dijo, ¿quién soy yo para discutir su voluntad? Venga por aquí, señorita... —Se calló sin saber cómo se llamaba la muchacha.

—Peabody. Anne Peabody —le recordó la joven. Anne arrugó la nariz extrañada al darse cuenta que la señora Miller volvía a olvidarse de su nombre y de su apellido—. Puede llamarme Anne, señora Miller.

—Muy bien, Anne. Pues ya que puedo tutearla, haga lo mismo conmigo, ¿entendido? —La muchacha asintió con la cabeza—. Entre conmigo y le explicaré cuáles son sus obligaciones en la casa. —Se detuvo unos segundos y, levantando el dedo índice, le informó—: La primera norma que tengo en este rancho es que no me gusta ver a nadie holgazanear. Si la pilló haciéndolo no dudaré en echarla del aquí sin ningún tipo de remordimientos. Hay mucho trabajo que hacer en el rancho, ya se dará cuenta de ello. Los hombres vienen cansados y hambrientos de la pastura y cuando llegan quieren la comida de inmediato en la mesa. Y la segunda norma es que no se acerque al barracón de enfrente para nada. Ya me ocupo yo de él. —Y señaló el edificio que había cerca del abrevadero del cual Anne ya tenía conocimiento a través de Tommy—. Ahí es donde se alojan los vaqueros y los peones. Así que espero

por su bien que me haga caso y no se meta en problemas.

—No se preocupe por eso, Rose. No le causaré ningún problema ni de día ni de noche.

—¿No pretenderá quedarse a dormir en el rancho? —preguntó confusa la mujer.

—Sí, señora. El trabajo incluye techo y comida.

Rose arrugó el entrecejo pensando en ese inconveniente. Sólo había una habitación en la planta alta de la casa y estaba ocupada por el señorito Caleb. Y de ninguna manera iba a compartir su habitación con una desconocida. No, señor. Ya buscaría un lugar dónde meterla sin que causara problemas en el rancho. Algo se le ocurriría.

—Bueno, pues si eso es lo que incluye el trabajo, veamos qué sabe hacer para ganárselo. Así que andando. —Rose se giró y caminó hacia la entrada del porche con la gallina blanca acurrucada entre sus manos. El ave se había calmado y parecía dormida. Anne la seguía de cerca. Al llegar a los peldaños de madera, la anciana se detuvo de golpe y se volvió hacia donde se encontraban el señor Carter y Tommy. Miró la gallina que tenía entre sus manos y se quedó unos segundos pensativa. Luego, como si hubiera recordado algo, exclamó irritada—: ¡Señorito, Caleb! ¡Otra vez lo ha vuelto a hacer! ¡Es la tercera vez en un mes! ¡Ha desplumado a la pobre Gertrudis! —reiteró la anciana como si momentos antes no hubiese ocurrido nada.

Anne se sobresaltó cuando la mujer lanzó la misma diatriba contra el señor Carter. Miró a Tommy esperando una explicación. El joven bajó la cabeza sin decir nada. En esos momentos, sospechó que la señora Miller podía tener serios problemas de memoria. No era normal ese cambio tan súbito de temperamento en la mujer. El señor Carter se aproximó con pasos apresurados hacia la anciana; no estaba dispuesto a que le volviese a regañar delante de la muchacha.

—Tranquila, Rose —dijo el señor Carter con mucha suavidad. Colocó una mano sobre el hombro de la mujer con la intención de calmarla. La miró con tal calidez a los ojos que la anciana comenzó a apaciguarse enseguida. Para Caleb, Rose era mucho más que una sirvienta encargada del hogar. La consideraba como su propia madre—. No le he hecho daño a Gertrudis. Te prometo que no volveré a entrar en el gallinero sin tu consentimiento. —Giró

la cabeza y dijo—: Tommy, enseguida te ayudo a terminar de descargar lo que queda en la carreta. Y usted... —dijo entornando los ojos hacia Anne.

—No pienso marcharme, señor Carter —replicó Anne alzando la barbilla al ver que pretendía echarla otra vez, pese a haber sido aceptada por la señora Miller—. Dígame dónde dejó el equipaje y enseguida me pongo con mis obligaciones.

Caleb observó a la mujer. Sabía que con esa actitud tan decidida y desafiante no tendría forma de disuadirla, así que decidió no desperdiciar más tiempo con ella y volver a la tediosa tarea que le esperaba sobre la mesa. A su memoria volvió la imagen del administrador. El señor Griffin le había estado robando dinero durante años y él nunca lo había sospechado hasta hace unos meses. Suspiró apesadumbrado al recordar la expresión de desconcierto y de tristeza de Emma cuando se lo contó. Ella no esperaba semejante traición del pequeño, amable y risueño señor Griffin. Caleb lo denunció enseguida al juez federal Bill Hunter para que se impartiera justicia de inmediato. Se decía por todo el condado que el señor Hunter era un hombre justo y que aplicaba la ley con mano férrea; que habiendo firmado treinta sentencias de muerte desde que estaba en el cargo, hasta ahora solo cinco no se habían llevado a cabo. Tres por fallecimiento del reo antes de ser ejecutado y las otras dos por tiroteo en intento de fuga. Caleb esperaba que ninguna de estas dos circunstancias se produjesen y que Griffin le indemnizase por los daños causados o, en su defecto, que se pudriese en el calabozo de por vida.

Mientras buscaba otro administrador por el condado, algo que le estaba llevando más tiempo de lo previsto, él se ocupaba de esa tarea. Para Caleb, las cuestiones administrativas eran aburridas y monótonas. Confinado entre cuatro paredes durante todo el día, se sentía tenso e irascible, como si estuviese enjaulado. Solo ansiaba estar al aire libre con el ganado, respirar el aire puro de la pradera o galopar a través de ella a lomos de su caballo Furia. Pero se lo había prometido a Emma y, como no quería verla afligida, permanecía pegado a los libros contables con malestar.

La señora Miller se separó de Caleb, algo más animada y se dirigió hacia el interior de la cabaña como si nada hubiese ocurrido.

—Acompañe dentro a Rose —ordenó Caleb a Anne—. Ella le dirá qué tiene que hacer. Procure no perturbarla demasiado y haga solo lo que le ordene, ¿entendido?

—Sí, señor Carter. —Anne cogió su equipaje y se dirigió hacia la entrada de la casa.

Antes de que ella subiera los escalones del porche, el señor Carter dijo con brusquedad:

—Dentro de una semana estará fuera del rancho, señorita Peabody.

—¿Cómo dice?

—Que no durará mucho tiempo aquí —aseguró con dureza—. Una semana a lo sumo. Recuérdelo.

—¿Por qué me tiene tanto desprecio, señor Carter? —preguntó, dejando el equipaje de nuevo en el suelo.

—Es usted quién me lo tiene a mí —replicó—. Me juzgó nada más verme. Haga memoria, señorita Peabody. Me llamó «bárbaro», ¿lo recuerda? Sé perfectamente cómo piensa el hombre blanco. Llevo parte de su sangre en mis venas. Me he criado y educado como ellos y sé cómo reacciona la gente ante los «bárbaros». Los consideran unos «salvajes» muy por debajo de los blancos, social y legalmente, pero por encima de los negros.

—Me intimidó con su comportamiento, señor Carter —se defendió indignada—. Trató de asustarme actuando de manera incivilizada. No se identificó cuando abrió la puerta. Cualquier hombre respetable lo habría hecho. —Caleb se quedó en silencio pensando en las palabras de la mujer. Si ella supiera que ya no quedaban tantos hombres blancos respetables por los alrededores, se mordería la lengua. Ella suavizó la voz al ver en el rostro del hombre su enfado—: No soy de aquí, señor. No sé si lo habrá notado. Nací en Essex, Inglaterra. Mi familia llegó a este continente hace poco más de un año y nos asentamos en Coloma para...

—Vinieron buscando oro —cortó tajante.

—Bueno, sí. Lo hicimos ante la necesidad de encontrar un porvenir mejor. Oímos hablar maravillas del nuevo continente, señor Carter. —Su impulsividad la animó a ir más allá sin ser consciente de sus erróneas palabras—: También oímos cosas crueles sobre los indios en Coloma. Cosas que le podrían los vellos de punta al más bravo de los hombres. Se dice que han matado a miles de mujeres y de niños blancos que eran inocentes y que...

—¿Se da cuenta de lo que está insinuando, señorita Peabody?

—interrumpió iracundo. Anne se sintió empequeñecer por ser tan bocazas. Había malinterpretado sus palabras al pensar que él despreciaba a los salvajes por el simple hecho de llevar su misma sangre—. Llevo sangre «bárbara» como todos ellos. Mi piel es oscura también. No me avergüenzo de ser medio indio, señorita Peabody. ¿Acaso insinúa que he matado a mujeres y a niños inocentes porque mi piel es oscura?

—Yo... Supongo que no, señor Carter.

—¿Supone? ¿Y por qué lo supone mujer prejuiciosa? —preguntó agresivo, acercándose más a ella—. ¿Porque ya no me ve como una amenaza al saber que este rancho pertenece a una de las familias blancas con más abolengo de toda California? Porque ¿puedo darle trabajo y por esa razón ya no le importa mi procedencia? —Hizo una pausa al sentir cómo aumentaba su cólera hacia la joven—. No conteste, señorita Peabody. Lo leo en su rostro. Debería informarse mejor de la situación de este país y no escuchar solo la versión que promulga el gobierno a su propio beneficio e interés. Seguramente, no habrá oído lo que los soldados, los colonos blancos y los mineros como su familia le han hecho al pueblo bárbaro. —La última palabra la pronunció con mayor énfasis.

Caleb colocó las manos a ambos lados de sus caderas y anduvo un paso más. Anne se tensó con su acercamiento. Le intimidaba la corpulencia y el derroche de fuerza que emanaba del hombre, pese a ser tan joven. No debía de tener mucho más de veinticinco años, pero su sensatez y seguridad le hacía parecer más maduro. Estaba claro que no era ningún «petrimetre» o «mindundi» preocupado más por su persona que por lo que ocurría dentro y fuera de sus tierras.

—Todo el mundo tiene derecho a vivir mejor, señor Carter —alegó alzando la voz.

—Pero no a costa de abusar de los que ya viven aquí desde hace miles de años. Y con ello no estoy justificando los ataques de las tribus indias por la matanza de todos los hombres, mujeres y niños inocentes. —Se detuvo un instante y, luego, prosiguió—: ¿Sabe cuál es el principal motivo de todo lo que ocurre en este país? —Anne negó con la cabeza—. No lo sabe y, sin embargo, está aquí por la misma razón que todos ellos: para apropiarse de sus tierras.

—Mi familia no ha matado a nadie, señor Carter —replicó airada—.

Vinimos buscando un lugar mejor para vivir, ya se lo he dicho.

—Sí, me lo ha dicho y seguro que no dejará de repetírmelo cuantas veces crea oportuno justificando así su estancia en el condado. —Caleb bufó fastidiado y agregó—: Mírelo desde la perspectiva contraria, señorita Peabody. —En ese momento, quiso mostrarse comprensivo con ella y no supo muy bien el motivo que le llevó a hacerlo—. Imagínese que vive aquí y que le roban los principales medios de subsistencia: el agua, la tierra y los animales para cazar. Todo ello mediante engaños, extorsiones, envenenamientos e incluso la muerte. Que le hacen firmar unos acuerdos donde a cambio le prometen que siempre van a conservar sus tierras, pero que dichos acuerdos no se llevan a cabo con honestidad. Lo único que logran con ello es que haya más hostilidad y abusos. Con el tiempo... —Hizo un movimiento con la mano impidiendo que la señorita Peabody le interrumpiese—. Con el tiempo, consiguen deportarlos forzosamente a unas reservas junto con otras tribus nativas. Reservas que son controladas por puestos militares para que vivan y se desarrollen de acuerdo a sus costumbres. Esas tierras, señorita Peabody, le puedo asegurar que son menos fértiles y ricas en minerales de las que ya poseían. Pero consiguen retenerlos allí, a pesar de todo, pasando miserias y enfermedades. ¿Sabe por qué lo hacen? —Anne volvió a negar con la cabeza, angustiada—. Por la codicia de la tierra y el oro. Esa tierra y ese oro que familias como la suya han venido a buscar aquí para arrebatárselos.

—¿Y qué me dice de usted, señor Carter? Su rancho está en territorio indio, así que no juzgue tan a la ligera a los extranjeros que van buscando un futuro mejor si se instalan en unas tierras que dicen que son de esa gente y que usted también ocupa.

—Tiene usted razón, señorita —masculló, reconociendo una verdad que ya sabía de antemano—. Las tierras de la familia Carter siempre han pertenecido a la tribu achumawi. Mi bisabuelo, Caleb Christopher Carter, fue quién se apropió de ellas y, sinceramente, no me siento orgulloso de lo que hizo.

—¿Y por qué no se las devuelve? —preguntó iracunda.

Caleb tuvo que reconocer que la señorita Peabody cuando se enfadaba era una pequeña fierecilla con las mejillas teñidas de rojo y los ojos chispeantes de rabia. Era atrevida en sus palabras y no se guardaba nada en esa cabecita pelirroja que llevaba sobre los hombros.

—Si pudiera ya lo habría hecho. No le quepa la menor duda.

—Pero usted es un Carter, señor. Oí como la señora Miller se lo decía. El rancho es suyo, ¿no es cierto? Puede actuar de manera honesta con ellos si así lo desea.

Caleb se quedó callado unos segundos. Empezó a molestarle el camino por el cual trascurría la conversación. No estaba dispuesto a dar más explicaciones a la señorita Peabody sobre su vida. Desvió el asunto sin desmentir ni afirmar nada—. Se lo vuelvo a repetir. Márchese ahora, señorita. No es la primera mujer que se presenta en el rancho por el empleo y sale huyendo de él como un vendaval.

—¿Trató de disuadir de la misma manera a otras mujeres? —preguntó perpleja.

—Sí.

—Eso es algo cruel. ¿Y no pensó en las bocas que esas pobres mujeres tendrían que alimentar?

—¿Pobres? —preguntó alzando la voz—. No vi honradez sino desprecio en sus puritanas caras cuando se presentaron aquí. No dejaron de gritarme, de santiguarse y de insultarme desde el mismo momento que me vieron traspasar la puerta de mi casa, tal como ha hecho usted hace un rato. Le diré algo, señorita Peabody, que a Rose se le olvidó mencionar como otra de las normas que tenemos en el rancho. Quienes trabajan para la familia Carter siempre son tratados con respeto; sean negros, chinos, indios o blancos. Quién incumpla esa norma, se le echa de inmediato. Les pagamos bien por su trabajo y hasta ahora no hemos tenido quejas de ninguno de ellos. No soy ningún déspota, señorita Peabody, aunque tenga esa impresión de mí. Insisto en que se marche —perseveró mirándola con fijeza—. No la necesito.

Caleb no se fiaba de los extranjeros. Desde que habían llegado en grandes manadas a California, arrasándolo todo con sus nuevas costumbres y su ansiedad por apropiarse de las tierras que ya estaban ocupadas, la convivencia se había vuelto cada vez más difícil y tensa con las tribus; e incluso con él mismo que tenía serios problemas con algunos colonos blancos de la zona.

—No lo haré, señor Carter —respondió con firmeza. No se podía creer la actitud tan deleznable del hombre. A pesar de sus insistentes y duras palabras

no estaba dispuesta a darse por vencida. No. Anne Peabody no era de las que se rendían con tanta facilidad. Quemaba hasta el último resquicio de esperanza que le quedaba si con ello conseguía su objetivo. Intuyó que había gato encerrado en la herencia de los Carter. El señor Carter no había contestado a su pregunta sobre «si era el dueño del rancho» y el silencio inmediato que se produjo en el hombre le dio la contestación y al mismo tiempo la contrarió. «Entonces, ¿quién era el legítimo dueño? ¿Había un señor Carter, marido de la señora Carter, propietario de estas tierras?», se preguntó—. Puede que usted no me necesite, pero sí la señora Carter o, tal vez, su marido. —Se atrevió a decir, jugándose todas las cartas en ese momento.

Anne pensó que si el señor Carter era el dueño de ambas propiedades ni la mismísima señora Carter, por muy emparentada que estuviera con ella, podría detenerle; si le apetecía desprenderse de sus posesiones lo haría. La palabra de un hombre era ley en este mundo, bien lo sabía Anne desde que tuvo uso de razón.

—La señora Carter no está casada —aclaró Caleb. La respuesta confundió más a Anne. Él lo vio reflejado en su rostro y explicó—: Asumió ese cargo tras la muerte de la anterior señora Carter.

—Oh, bien, pues como ella fue quién me contrató, me quedaré en el rancho. Hasta que la actual señora Carter decida echarme, permaneceré en Los abetos blancos le guste o no. Si no tiene nada más que decirme, me ocuparé de mis obligaciones en cuanto pueda instalarme en la casa.

—No se da por vencida, ¿verdad, señorita Peabody? —Anne negó con la cabeza—. Bien, usted verá lo que hace. Ya la avisé —amenazó con más dureza.

—Permítame preguntarle una cosa, señor Carter.

La impulsividad volvió a aparecer en la muchacha. No podía evitar quedarse callada cuando la curiosidad y la inquietud se apoderaban de ella.

—Adelante —dijo con cautela. Puso todos los sentidos alerta. De la señorita Peabody podía esperarse cualquier cosa.

—¿A qué pueblo defiende usted? —Se atrevió a preguntar, mirándole sin parpadear y con la barbilla alzada.

En el momento que formuló la frase, el corazón de Anne comenzó a latir

con más fuerza. Sabía que esas preguntas tan inapropiadas, a veces sobrepasaba el límite de lo permitido en una mujer; desafortunadamente, las mujeres no tenían ni voz ni voto en un mundo regido por los principios y valores de hombres autoritarios y arrogantes como el señor Carter. Lo único que conseguía era ser insultada por entrometerse en asuntos que no le concernían o ser ignorada como un simple florero, lo que sucedía la mayoría de las veces.

Una vez más, la señorita Peabody volvió a sorprender a Caleb. Se le quedó mirándola unos segundos, valorando su descaro y su coraje. Porque era obvio que la mujer lo tenía. No era una inglesita delicada, sumisa y estirada. Para nada. La muchacha le miraba con fijeza a los ojos y sin amilanarse ni un ápice; algo bastante inusual en las damas inglesas, debió de reconocer. Y cada vez que abría la boca... cada vez que se dignaba a pronunciar unas pocas palabras salían «serpientes» por ella. El silencio se prolongó durante unos instantes. Transcurrido ese tiempo, Caleb no quiso responderle y caminó con pasos largos hacia el pequeño sendero de gravilla que desembocaba en el camino principal. Anne fue consciente de que la había dejado plantada a propósito, huyendo como un vulgar ladrón. No obstante, la reacción del hombre no le causó ninguna sorpresa. Se lo había esperado. Sin embargo, su actitud no evitó que se marchara con la rabia bullendo en sus entrañas mientras arrastraba con ella el equipaje.

Para Caleb, esa maldita pregunta era una lucha interna que mantenía a diario y que le corroía las entrañas porque se sentía siempre expuesto ante los demás cada vez que salía a la luz el tema. Era un problema que no tenía tan claro. El apellido Carter le había mantenido, en cierto modo, protegido y en una situación bastante privilegiada; situación que él había aprovechado al máximo tras la muerte del viejo Carter. Por aquellos años, muchos rancheros cuyas tierras colindaban con las suyas y que no le miraban con «buenos ojos», comenzaron a respetarle con el tiempo. Sabía que el cambio de actitud de esos vecinos se debía, en su mayor parte, a Emma. Ella nunca dejó de creer en él y le defendía frente a todos cuando le veía hundido y con ganas de abandonarlo todo. Siempre le animaba a no rendirse y le pedía que demostrase a quienes les rodeaban su enorme valía y su buen corazón. Le aseguraba que debía de tener paciencia y que con el tiempo su esfuerzo le sería recompensado, granjeándose de este modo el afecto y el respeto de sus vecinos. Y Emma no se equivocó. La mayoría le respetaban y acudían a él cuando necesitaban algún

tipo de ayuda; ya fuera con el ganado o con el abastecimiento de agua durante las épocas de sequía. Por lo que estaba agradecido. No solo de Emma sino del viejo Carter cuando se murió, pese a que el hombre convirtió su niñez en un verdadero infierno. Si cerraba los ojos, los malos recuerdos acudían a él como una densa y terrorífica neblina para perturbar sus sueños y no dejarle dormir en paz por las noches.

No obstante, con independencia de las horribles pesadillas que tenía y de los logros que había obtenido con los rancheros de la zona, Caleb no era feliz. En el fondo de su corazón no lo era. Se sentía atado a una tierra que él no consideraba como propia. Siempre había querido marcharse del rancho con el propósito de trazarse su propio destino sin la influencia del apellido Carter. Pero no lo había hecho por Emma y por Rose. La promesa que les hizo en su día de que nunca las abandonaría y que cuidaría de las tierras y del ganado, era lo que le retenía. Una promesa que le pesaba cada día que pasaba porque su lealtad y fidelidad le impedía romper ese juramento.

Inhaló un poco de aire para oxigenarse el cerebro al notar que se le estaba congestionando. Soltó el aire con lentitud y continuó caminando. Ante la pregunta de la señorita Peabody, lo único que sabía era que estaba en paz con ambos pueblos. Comprendía los intereses del hombre blanco, aunque no estuviese de acuerdo con los métodos empleados para conseguir sus fines; le parecían deshonestos y engañosos. A su memoria vinieron las sabias palabras del *wehelu*, su abuelo paterno y jefe del pueblo achumawi:

«Los hombres blancos tienen dos lenguas, Gran Halcón. Dicen palabras de amistad y de buena voluntad que no cumplen. A la altura de mi senectud, sé que el hambre de tierra de los hombres blancos nunca se saciará...».

Por otra parte, entendía la posición en la que se encontraban las tribus nativas: era la tierra donde vivieron sus ancestros, su único hogar. Sentía mucho respeto y conexión con la tribu. Sangre achumawi corría por sus venas y eso no lo podía olvidar.

Suspiró hondo al sentir que de nuevo le faltaba el aire. Y siguió pensando en el *wehelu*. Era un hombre viejo, bondadoso y prudente que le contaba divertidas historias sobre su *wayi*; un padre que no conoció y que le hubiese gustado conocer en otras circunstancias. En los últimos años, había visitado con más frecuencia el poblado —sin que Rose tuviera conocimiento de ello— a causa de los problemas que tenía con los colonos blancos. Le había pedido

su sabio consejo al *wehelu* respecto a la delicada situación en la que se encontraba, sin embargo, solo recibió acertijos por respuesta que no hicieron sino confundirlo más.

Dio otro profundo suspiro sin dejar de caminar. Se sentía dividido entre dos mundos totalmente opuestos. La cuerda invisible que tiraba en ambos sentidos, en ocasiones le atosigaba tanto que, a duras penas podía mantener el equilibrio sin decantarse por uno u otro bando. Y para más complicación, las ansias de una guerra civil en el país era cada vez más acuciante. Otro problema del que no era ajeno y que le preocupaba en extremo, ya que él no quería más derramamiento de sangre en su país. Otra razón de peso para no alejarse de Aguas Bravas y dejar solas a Emma y a Rose. La tensión había aumentado entre los estados del norte que querían abolir la esclavitud —la Unión— y los del sur —los Estados Confederados de América— que se negaban a la abolición y amenazaban con separarse del resto de los estados. El enorme entusiasmo que ambos bandos mostraban porque se produjese pronto el enfrentamiento era tan apabullante, que Caleb se asustaba solo de pensarlo. Temía las terribles y desastrosas consecuencias que una guerra de tal magnitud podría dejar a su paso.

Llegó a la valla y cruzó la entrada. Tommy estaba en cuclillas recogiendo los granos de arroz que había esparcidos por el suelo.

—Señor Carter... —dijo el muchacho, preocupado, cuando le vio llegar—. El saco ya venía roto. —Y señaló con el dedo el agujerito que había en la base—. Yo no...

—No te preocupes, muchacho. —Le revolvió el cabello para transmitirle confianza. Desde el día que lo recogió mendigando en el pueblo, al muchacho le costaba perder la timidez en su presencia, por lo que él nunca le presionaba y actuaba con naturalidad cuando le hablaba—. Tapónalo con algo y déjalo en la cocina. Rose se encargará de él.

—De acuerdo, señor.

Tommy rebuscó en su bolsillo y sacó un pañuelo. Era el mismo dónde tenía guardado el trozo de pan y el queso rancio. Miró la comida con lástima. No quería tirarla. Caleb, al ver el gesto de indecisión en el rostro del joven, sacó el puñal de la vaina y cortó una tira fina de su camisa. Se la dio al joven y este hizo una bola con ella, taponándolo de manera precaria. El muchacho se

levantó y cargó el fardo con cuidado entre sus brazos.

—Si quieres que te enseñe a lanzar el puñal, Tommy, búscame otro día y practicaremos un rato.

De pronto, al joven se le iluminó el rostro.

—Claro, señor Carter. Debo darme p-prisa —dijo nervioso—. La señora Emma debe de estar esperándome. Vendré otro día, señor.

Caleb se quedó observando con una sonrisa en el rostro, cómo el muchacho se marchaba a paso ligero por el sendero. Satisfecho por haberle hecho feliz, se giró hacia la carreta para recoger el último saco que quedaba. Antes de subir a ella, un pensamiento fugaz acudió a su mente. La sonrisa se esfumó de inmediato y chasqueó la lengua. Ese pensamiento le molestó bastante porque, con independencia de los conflictos personales, políticos y económicos que se desarrollaban en el país, había uno en particular por el cual tendría que lidiar toda la semana y que no le agradaba en absoluto: la señorita Peabody. Tenía claro que la quería lejos del rancho. Sabía que la *guerra de voluntades* entre ellos se había abierto y él esperaba expectante los resultados, incluso conociendo de antemano quién iba a ser el vencedor.

Capítulo 3

La señora Carter pensó que había descansado lo suficiente y se levantó de la cama. El dolor de cabeza había remitido y necesitaba saber qué había ocurrido con la señorita Peabody en Los abetos blancos. La incertidumbre le carcomía por dentro y le preocupaba la tardanza de Tommy. Se colocó el traje azul oscuro de amazona que descansaba sobre el sillón tapizado en seda blanca y bajó las escaleras de la segunda planta. Se entretuvo buscando al ama de llaves y, al no encontrarla, se dirigió hacia la cocina donde dio unas breves instrucciones a la cocinera sobre la cena. Después, se dirigió hacia las caballerizas con la intención de montar a Úrsula; una adorable yegua appaloosa de pelaje jaspeado que recibió como regalo de cumpleaños de su hermano. Al no ver al mozo de cuadra por los alrededores supuso que estaría dentro con los caballos. Sin embargo, no fue al mozo a quién vio cerca de las caballerizas sino al viejo señor Carson, el veterinario del pueblo. Le extrañó encontrarle ese día en el rancho, ya que no se le esperaba hasta finales de mes; fecha en la que muchas reses se ponían de parto.

Tras los saludos de rigor, el señor Carson le informó que Caleb le había avisado para que examinara a las hembras preñadas de los dos ranchos. Aliviada al saber que su visita era una simple inspección rutinaria, acordó con el viejo veterinario en acompañarle a Los abetos blancos. Tras montar en Úrsula ambos emprendieron el camino.

Al llegar a Los abetos blancos, la señora Carter y el veterinario se apearon de los caballos y caminaron a pie por el angosto sendero de grava. Cuando llegaron al claro dónde se encontraba la cabaña, el señor Carson se ocupó de ambas riendas y se dirigió hacia el abrevadero para que los animales bebiesen. Los dejó allí y caminó hacia el establo donde le esperaba el señor Evans, el capataz del rancho, junto con seis vaqueros. Mientras tanto, la señora Carter se dirigió hacia la entrada del porche. Cuando puso el pie sobre el primer escalón, la puerta de la cabaña se abrió de golpe y ella se detuvo. Vio salir a la señorita Peabody con un balde de latón en la mano. La joven, sin darse cuenta de su presencia, caminó resuelta hacia un lateral del porche y, con un enérgico movimiento, arrojó el agua sucia del recipiente entre la maleza. A continuación, se pasó el dorso de la mano por la frente para secarse el sudor. La señora Carter se dio cuenta de que el aspecto de la joven había

desmejorado desde que se marchó del rancho y eso la hizo fruncir los labios. Se la notaba agotada. La muchacha se volvió y dio un respingo al ver a la señora Carter en el porche.

—Hola, señorita Peabody —saludó con afectuosidad la señora Carter, tanteando el terreno. Subió los peldaños de madera y se quedó frente a ella—. Veo que se queda con nosotros.

—Eso parece, señora —respondió con sequedad, limpiándose las manos en el delantal blanco que la señora Miller le había dado tras dejar el equipaje en la casa.

Anne ni siquiera tuvo tiempo de asearse ni de cambiarse de vestido. La anciana le ordenó que empezara de inmediato con sus obligaciones y ella lo hizo sin rechistar y con rabia contenida por la poca consideración de la mujer.

—¿No debería estar descansando un poco después del viaje? No es necesario que empiece enseguida, querida.

—Esa no es la opinión de la señora Miller y del señor Carter, señora —respondió sin poder callarse.

—Veo que ya los ha conocido. Me alegro. Eso quiere decir que le han aceptado.

—No exactamente. —Y dirigió de manera inconsciente la mirada hacia el techo del porche, sabiendo que en esos momentos el señor Carter se encontraba en su habitación—. Siento que no soy bienvenida a este rancho, pese a haberme instalado en él de manera precipitada, señora Carter —dijo con sinceridad. Con la señora Carter sentía que podía hablar sin tapujos. Por ese motivo le caía bien la mujer.

—¿Rose no la quiere, señorita Peabody? Hablaré con ella y la haré entrar en razón. No se preocupe mucho por Rose. En el fondo es una mujer adorable, solo hay que conocerla un poquito mejor.

—No me preocupa demasiado la señora Miller, señora, sino su hermano..., quiero decir el señor Carter.

—Oh, el problema es Caleb. Me temía algo así. Hablaré también con él. Supongo que ya lo conoció.

—Sí y no se imagina de qué manera, señora.

—Me hago una ligera idea, señorita Peabody. Créame si le digo que me hago una ligera idea. Estoy segura que trató de ahuyentarla con sus gruñidos de animal furioso y su mirada intimidante, pero veo que no lo consiguió y que sigue usted viva y entera. No sabe el peso que me quita de encima al quedarse en el rancho. Pensaba que habría tenido un encuentro más grave con él.

—Pues no sabría qué decirle, señora —se aventuró a decir Anne, elevando el tono de voz debido al enfado que aún guardaba—. Si usted no considera como grave que sea recibida de manera intimidante y vestido como un completo salvaje, supongo que no lo será. Como imagino que tampoco considerará grave el hecho de que por culpa del señor Carter me caí al suelo, me magullé el trasero y, a consecuencia de ello, enseñé toda mi ropa... —La señora Carter soltó un grito de espanto al imaginarse lo que diría a continuación y Anne detuvo sus palabras. Sin embargo, envalentonada como estaba en esos momentos, sintió el deseo de proseguir y soltarlo todo de golpe—. Ya veo que se ha imaginado lo que exhibí. —La señora Carter iba a contestar, pero Anne no la dejó—: ¡Pero eso no fue todo, señora Carter! ¡Ah, no! Le aseguro que me dejó lo mejor para el final. ¡El señor Carter me arrojó un cuchillo a la cabeza! Sí, ha oído bien. ¡Me lanzó un afilado cuchillo a la cabeza mientras permanecía indefensa y aterrorizada en el suelo! —El semblante de la señora Carter se transformó en un gesto de horror. La muchacha no quiso mencionarle que, en un descuido, ella se hizo con el arma blanca y que le amenazó con ella hasta dejarle inmovilizado. Con regocijo, esa parte se la guardó para sí misma—. ¡En ese momento me sentí amenazada, humillada y...! —Se calló de repente al ver que el rostro de la mujer palidecía de manera alarmante—. Bueno, creo que es mejor ahorrarle más detalles sobre el desagradable recibimiento que tuve con el señor Carter. —Tras un breve silencio, agregó con ironía—: Así que, después de todo, supongo que no fue tan grave lo que me pasó. Yo diría que hasta me resultó gratificante nuestro encuentro. Desde luego, se lo recomendaría a cualquiera mujer que estuviera interesada en trabajar en el rancho.

—¿Se encuentra usted bien, querida? —preguntó con suavidad y con cierta desazón en el cuerpo. Posó, de manera instintiva, la delgada y blanca mano en el antebrazo de la joven y notó la tensión que emanaba de ella.

—La cuestión no es si me encuentro bien, señora Carter —contestó resuelta y bajando la voz—. Se trata más bien de si me quiere usted aquí.

—Claro que la quiero, señorita Peabody —contestó, quitando la mano del lugar donde la había posado.

—Entonces, señora, déjeselo claro a su her... al señor Carter, por favor. —Y señaló con el dedo índice hacia la planta superior de la casa, el lugar donde se encontraba el hombre en ese instante—. Me temo que no hemos quedado en muy buenos términos cuando nos despedimos hace un rato y eso me preocupa mucho.

—No tiene por qué estarlo, querida. Si todavía sigue en el rancho es porque él la ha aceptado.

—Lo dudo mucho, señora.

Caleb apareció por la puerta en ese preciso momento. Se quedó detrás de Anne, ocupando todo el umbral con su corpulento cuerpo. La joven se tensó al notar su cercanía y lo miró de soslayo. Atisbó que el hombre se había cambiado de ropa y que parecía una persona civilizada. Llevaba una camisa de algodón blanca cuyas mangas arremangadas dejaban al descubierto sus musculosos antebrazos, unos pantalones marrones de lana, botas de empeine pronunciado con tacón alto para afirmarse a los estribos, espuelas de plata y un sombrero negro de fieltro de ala ancha que le protegía del sol y de la lluvia. Anne se quedó sorprendida por la transformación que había experimentado, no obstante, su proximidad seguía inquietándola. Era tan sigiloso y rápido como un felino salvaje y, ese hecho, la disgustaba sobremanera.

—¡Caleb! —le saludó la señora Carter con efusividad al verlo. El señor Carter dio unos pasos hacia Emma con una sonrisa en el rostro, para desconcierto de Anne. La muchacha no esperaba esa muestra de afecto entre ellos. Vio el brillo chispeante en los ojos negros y almendrados del hombre cuando Emma le abrazó como si no se hubieran visto en años. La mujer se separó unas pulgadas de él y entornó sus pequeños y celestes ojos —. Veo que ya conoces a la señorita Peabody. ¿Se ha instalado ya?

Anne miró al señor Carter con el ceño fruncido esperando la respuesta.

—No —respondió malhumorado. Caleb no era dado a dar muestras de afecto en público, pero en lo referente a Emma ese era otro asunto por el cual se dejaba llevar sin ningún tipo de discusión. Era tan cariñosa y buena con él que se ablandaba con solo mirarla—. Y dudo que lo haga cuando no hay ninguna habitación disponible. Las que hay en la casa están ocupadas. Ya te lo

dije la última vez, Emma.

—Bueno, a cerca de ese inconveniente había pensado que, tal vez, la señorita Peabody podía quedarse de manera provisional en...

—Si estás pensado en meterla en el galpón, olvídale. Ayer se terminó de almacenar el heno y no queda espacio. Lo mejor será que la señorita Peabody se marche a su casa.

El sonido de cascos de caballos entrando por el angosto sendero de grava, interrumpió la conversación entre los dos hermanos. Un grupo de cuatro hombres blancos montados a caballo aparecieron ante ellos. Tres eran jóvenes y el cuarto de mayor edad. Se detuvieron a unos siete pies del porche sin apearse de sus monturas. Caleb se tensó al verlos. Apretó la mandíbula al presagiar problemas.

—Tranquilo, Caleb —le susurró la señora Carter cuando él la apartó con delicadeza de su lado.

—Entra dentro, Emma —dijo con la voz tensa sin dejar de mirar hacia los intrusos. Sus ojos almendrados se habían quedado en dos ranuras oscuras, evaluando a sus presas.

—No voy a dejarte solo ante los colonos.

—Señorita Peabody... —murmuró Caleb sin mirarla—. Entre dentro de la casa con la señora Carter. —Anne tocó el brazo de Emma instándola a acatar la orden de su hermano, pero ella hizo caso omiso. A la muchacha no le quedó más remedio que quedarse cerca de la mujer y en un tercer plano.

—Buenas tardes, señora Carter —saludó el hombre de mayor edad a la dama, tocándose el ala del sombrero—. De nuevo tengo el placer de volver a verla.

—Márchese de mis tierras, señor Tucker —contestó Emma con frialdad sin saludarlo siquiera—. No es bien recibido en ellas.

—Señora Carter. Mis muchachos y yo venimos en son de paz. Aplaque su ira y lleguemos a un entendimiento como buenos vecinos que somos. Recapacite sobre la última vez que hablamos. No podemos seguir con este conflicto. Tengo derecho a ejercer el pastoreo para que mis ovejas se alimenten como es debido.

—No en estas tierras, señor Tucker —intervino Caleb, alzando la voz con una dureza que asustó a la propia Anne—. Ya se lo dije la última vez y se lo vuelvo a repetir. El pastoreo nunca se ha establecido como un derecho legal en este país. La Ley Taylor solo autoriza el uso de determinados terrenos para ello y especifica que los permisos que son concedidos no transmiten ningún derecho, título o interés en esas tierras. Como bien debe de saber, la ley trata de impedir el sobrepastoreo y el deterioro del suelo, así que deje de entrometerse en mis tierras adjudicándose derechos que no le corresponden. Si vuelve a adentrarse en ellas, tendrá serios problemas conmigo. Y ahora, márchese por dónde ha venido y cierre la puerta de la valla al salir. —Y le indicó con el dedo la dirección por donde debía irse.

—Se lo he hecho saber de manera civilizada, señor Carter...

—He dicho que se largue de mis tierras.

El colono le miró furibundo al saber que no conseguiría convencerle.

—Me iré de aquí, pero recuerde que esto no quedará así —le amenazó exasperado.

Un chasquido con la lengua de disconformidad, procedente de uno de los hombres que acompañaban al señor Tucker, hizo que el señor Carter desviase su mirada en esa dirección.

—No deje que un maldito «mestizo» le hable de ese modo, patrón —intervino el mexicano que había producido el sonido y que se encontraba situado en un lateral del grupo.

El hombre parecía tener la voz tomada por la bebida. Tenía el cabello rizado y negro, el tabique de la nariz torcida y una larga cicatriz que le cruzaba la curtida mejilla y la partía en dos.

—Démosle su merecido, patrón y acabemos rápido con esto —propuso su compañero, también mexicano, caldeando más el ambiente.

Este último, tenía la mirada oscura, avispada y penetrante. Poseía un enorme mostacho negro que empequeñecía su enjuto rostro. Se había colocado en el extremo opuesto del grupo y miraba a Caleb con saña sin dejar de mascar tabaco. Se le notaba ansioso por desenfundar el revólver, ya que no dejaba de pasarse la mano por el cinto.

—Mis muchachos están un poco nerviosos, señor Carter. Ahora, soy yo el

que le sugiero que nos los aliente con su estúpida verborrea y sea razonable conmigo.

—No —respondió Caleb con rotundidad—. He dicho que se largue o aténgase a las consecuencias. Si cree que trayendo a sus matones con usted va a lograr asustarme, está muy equivocado. —Caleb vio por el rabillo del ojo que su capataz salía con sigilo del barracón junto con seis vaqueros. Tommy aún no se había marchado del rancho y también se encontraba entre ellos. Con un gesto casi imperceptible de la mano, Caleb les avisó para que se dispersaran por la propiedad con la intención de acorralar a los cuatro hombres. Sin dejar de mirar hacia el señor Tucker, susurró—: Entra en casa, Emma.

En esta ocasión, la señora Carter hizo caso a Caleb y dio un paso hacia atrás. Tanteó nerviosa la pared de la casa con los dedos de la mano, intentando hallar la entrada de la puerta. No se atrevía a girarse de manera precipitada y provocar un mal mayor. Estaba aterrada. El tono de voz de Caleb la alertó de que la situación había tomado un cariz diferente. Anne, que todavía llevaba el balde vacío entre las manos, retrocedió con la señora Carter sin dejar de mirar asustada a los cuatro hombres. Sin previo aviso, el mexicano del mostacho negro sacó el revólver de la parte trasera del cinto y apuntó hacia Caleb. Puso el pulgar sobre el martillo sin llegar a halarlo y escupió en la tierra el engrudo marrón que tenía en la boca. Lo hizo sin apartar la vista del señor Carter. La señora Carter se sobresaltó al ver el arma de fuego, dio un pequeño grito y se aferró al brazo de la señorita Peabody, alarmándola a su vez. Anne soltó de manera precipitada el recipiente, haciendo que este diera una pequeña y graciosa pirueta en el aire, cayendo después al suelo. El ruido llamó la atención de los hombres que hasta el momento no se habían percatado de la presencia de la muchacha. Los caballos relincharon inquietos. El mexicano apartó el pulgar del martillo cuando su caballo bayo se movió asustado; aun así no dejó de apuntarle.

—¡Ay, qué caramba! —exclamó alterado el otro mexicano. Se aflojó el barboquejo del rostro y se echó el sombrero de ala ancha a la espalda. Entornó los ojos marrones hacia la desaliñada muchacha que se ocultaba detrás de la señora Carter y sonrió—. Ahorita el mestizo se trae *pirujas* al rancho, patrón. —Supuso de inmediato, puesto que había oído decir a su jefe que en el rancho solo vivían el mestizo, una vieja negra y los inmigrantes temporales que tenía contratados y que se pasaban todo el día en los

pastizales. El insulto molestó a Anne, sin embargo, no abrió la boca ni se movió a pesar de temblarle las piernas. El día se le estaba haciendo interminable—. Es jovencita. Puede que todavía no haya sido desflorada. Yo lo haría con mucho gusto. ¿Qué me dice, patrón? Usted se queda con *la doña* y yo con *la palomita*. —Y soltó una sonora carcajada.

Caleb tensó la mandíbula al oír la ofensa e intentó parecer relajado. La única arma que llevaba encima era el cuchillo que descansaba dentro de la vaina y sujeto al cinturón de cuero. El rifle lo había dejado dentro de la cabaña.

—Ya ha oído a Ramírez, señora Carter —dijo el señor Tucker conteniendo las ganas de darle un puñetazo al mexicano—. Mi interés por usted sigue en pie y disculpe sus groseras palabras. —Dirigió una mirada de advertencia a su hombre para que se callase. Hacía días que le había contratado, junto al otro mexicano, para intimidar al señor Carter. Estaba harto de que el medio indio le diese de largas con tanta cháchara cada vez que intentaba razonar con él. Con lo que no había contado era con la presencia de la señora Carter. Encontrar a la dama con ese lindo traje de montar azul, le aplacó los ánimos de retorcerle el pescuezo al mestizo. En numerosas ocasiones, le había propuesto matrimonio a la dama, pero no había conseguido convencerla. Sin embargo, su terquedad podía más y tenía intención de que, tarde o temprano, cediera. Volvió a tantear el terreno con más halagos—: Sigue usted tan bella como una rosa. Mi oferta de matrimonio sigue en pie, dulce señora. Piénselo bien.

La señora Carter negó con la cabeza. Le repugnaba estar cerca del colono; su aliento olía a huevos podridos y, además, era calvo, feo y demasiado zalamero para su gusto. La última vez que le vio fue en primavera; en el décimo concurso de tartas que se celebró en el pueblo. Tuvo que buscar mil excusas para quitarse al hombre de encima. No se fiaba de él y sabía que Caleb tampoco. Permaneció callada sin ánimos de crearle esperanzas sobre un posible compromiso.

—Me quedo con la pelirroja, padre —se pronunció, por primera vez y con suma arrogancia, el joven situado al lado del señor Tucker. Sus palabras provocaron más furia en Caleb y en el resto de los vaqueros que esperaban una orden de él para comenzar la fiesta. El joven era el único hijo de Warren Tucker. Se llamaba Warren Tucker Junior; un muchacho malcriado que le daba

a la bebida y que se metía en problemas con bastante frecuencia, amaneciendo semiinconsciente la mayoría de las veces en el prostíbulo del pueblo—. Tú debes de ser nueva. Acércate y deja que te vea bien la cara, mujer —dijo con voz libidinosa, entornando los pequeños y sagaces ojos pardos, semejantes a los de su padre.

La falta de tacto de la que carecía el hijo, el padre lo compensaba con creces con sus continuos halagos hacia las mujeres que despertaban su interés. Warren Tucker Junior se inclinó con levedad sobre el lomo de su caballo zaino y apoyó la mano que sostenía las riendas en el cuerno sin dejar de observarla con apetito carnal. Anne se encogió y se pegó a la pared con ganas de fundirse en ella y desaparecer.

—No están interesadas —replicó Caleb conteniendo la furia que bullía en su interior.

De repente, el señor Carter se giró hacia su derecha y, con un rápido movimiento, agarró la empuñadura del cuchillo que descansaba en la vaina, dobló el antebrazo hacia atrás y lo lanzó con audacia hacia su objetivo. El arma blanca giró en el aire una sola vez y su punta impactó en el cañón de acero del revólver que sostenía el mexicano. Su dueño, sobresaltado, la soltó con rapidez. Enseguida, el magnífico Colt Navy cayó al suelo. El caballo se asustó y relinchó varias veces. El hombre sujetó con destreza las riendas con ambas manos, controlando la situación. La rapidez y la seguridad del señor Carter volvieron a dejar perpleja y con la boca abierta a Anne. El señor Tucker y su hijo se pusieron alerta. El joven se llevó la mano hacia la parte trasera del cinto donde guardada su arma; el viejo hacia el rifle que guardaba en la funda de cuero y que se encontraba apoyado sobre la pierna delantera de la montura. El otro mexicano colocó su mano en la empuñadura de marfil de su revólver. La tensión se hizo palpable en el ambiente. Las mujeres casi dejaron de respirar al percibir el peligro. Caleb sentía la adrenalina correr por sus venas. Su naturaleza salvaje le pedía sangre mientras que el lado razonable de su cerebro le mantenía controlado a duras penas. El deseo de matar a los intrusos casi no le dejaba respirar. Tenía el corazón tan acelerado y sus sentidos tan agudizados que temía cometer cualquier error y desencadenar una matanza. Las manos le sudaban. No hizo ningún amago de moverlas para limpiárselas. Se quedó quieto y con el rostro pétreo; estaba al límite. No obstante, consiguió decir sin que se le alterase la voz:

—Si aprecian sus vidas, desenfunden despacio, tiren las armas al suelo y lárguense de aquí. La próxima vez no fallaré si vuelven a amenazarme con un arma dentro de mis tierras. —Dándole mayor énfasis a la última palabra—. Mis hombres se encuentran a tan solo veinte pies de ustedes. Dudo que salgan vivos de aquí si no hacen lo que les digo.

—Es un farol, padre —se atrevió a decir el joven Warren con arrogancia.

El señor Tucker echó un rápido vistazo a su alrededor y vio a los hombres dispersos por la propiedad. Otro imprevisto con el que no había contado. No esperaba que los trabajadores hubiesen terminado tan pronto la faena. Eso irritó más al viejo porque había imaginado que a esas horas encontraría solo al mestizo.

—Juro que se arrepentirá —amenazó el señor Tucker, por segunda vez, inclinándose hacia el costado derecho del caballo. Agarró la culata de nogal americano y la sacó despacio de la funda de cuero. Después, la arrojó al suelo lejos de las patas del animal. En cambio, no ocurrió lo mismo con el mexicano y su hijo, que miraron a Caleb con desprecio—. He sido bastante razonable con usted, señor Carter. Le aseguro que la próxima vez no lo seré.

—Dígale a Ramírez y a su hijo que arrojen las armas al suelo, señor Tucker —insistió Caleb, cada vez más nervioso, desde el borde del primer escalón del porche.

—Junior, Ramírez, tiradlas —ordenó el señor Tucker sin mirarlos.

El mexicano chasqueo la lengua disgustado e hizo lo que le pidió su patrón.

—No, padre —replicó su hijo, escupiendo cerca de los escalones del porche. Caleb no se movió. Con brusquedad, el joven se limpió el rastro de saliva de la comisura de la boca con el pañuelo rojo que llevaba anudado en el cuello sin dejar de mirarle con odio—. No me voy a desprender de diecisiete dólares solo porque un «mestizo» me lo ordene.

—Haz lo que te he dicho, Junior —le advirtió su padre, ladeando la cabeza hacia él.

Durante unos segundos ambos se retaron con la mirada. Tras ese breve espacio de tiempo, Warren Tucker Junior claudicó. Apretó la mandíbula con fuerza y tiró con violencia el arma que cayó cerca de unos arbustos. Su rencor

se acrecentó hacia Caleb.

—Tú serás mía, pelirroja —sentenció furioso el joven colono antes de girar su montura hacia el sendero.

Los demás le siguieron con rabia contenida, soltando algún que otro juramento mientras se marchaban.

«Por encima de mi cadáver», pensó Caleb de manera posesiva. Un fuego abrasador seguía caldeando sus entrañas sin que nada pudiese aplacarlo. Las palabras del joven Tucker se grabaron en su cabeza y eso aumentó su malhumor. Se sintió confundido por ese súbito pensamiento de propiedad hacia la señorita Peabody. Si bien era cierto que no quería a la muchacha en el rancho, ahora con más razón después de lo sucedido con los colonos. Había algo que le impedía que ella se marchara y no sabía qué era. Esa contradicción le tenía desconcertado. Gruñó y soltó un juramento en voz baja. Bajó los escalones del porche y recuperó su arma. Limpió la hoja manchada de tierra en la tela del pantalón y la metió en la vaina. Recogió el resto de las armas y se dirigió hacia el barracón con pasos largos. A medio camino, hizo un gesto con la mano hacia los hombres que había dispersos por el rancho para que continuasen con sus tareas. Se volvió unos segundos y miró hacia la cabaña. Vio el rostro aún lívido de su hermana y eso le detuvo.

—Ocúpese de la señora Carter, señorita Peabody —le ordenó a la muchacha en voz alta—. Y tómese el resto del día libre si todavía sigue empecinada en querer quedarse aquí.

—Lo estoy —dijo Anne, saliendo del estado de apabullamiento en que se encontraba—. No me iré, señor Carter.

—Bien. Aténgase a las consecuencias.

—¡Caleb! —gritó su hermana, que se había recompuesto del susto más rápido de lo que él había imaginado. Suspiró ante lo que se le avecinaba. Emma le miraba con un gesto de reproche en los labios. Desanduvo unos pasos y se acercó hasta ella—. Deja de intimidar a la señorita Peabody. ¿No crees que haya tenido suficiente con lo que acaba de suceder y con lo que le has hecho pasar al llegar al rancho? —Caleb no contestó y se limitó a esperar que terminase de echarle el sermón—. No pongas cara de no saber de qué hablo, Caleb Carter porque estoy informada de todo. Quiero que trabaje en el rancho, así que no la molestes más, ¿entendido?

—Lo que tú digas, Emma —claudicó sin ganas de recibir más reproches delante de la muchacha.

Caleb sabía que era difícil convencer a Emma, pero estaba harto de decirle que no necesitaba a ninguna mujer que se ocupase del rancho.

—Será de gran ayuda para Rose, querido.

Él observó a Anne sin estar convencido. La vio esbozar una ligera sonrisa y eso le disgustó. Entrecerró los ojos y ordenó:

—No cuente nada de lo que ha pasado aquí a Rose, señorita Peabody. Si me entero de que...

—¡Caleb! Deja de comportarte de ese modo con la señorita Peabody. Ella no dirá nada. Por cierto, ¿dónde está Rose? —preguntó la señora Carter, recorriendo el rancho con la mirada.

—En casa —le respondió Anne—. Se quedó dormida un rato antes de que usted llegara, señora Carter.

Pero la señora Miller no estaba dormida como todos pensaban. Permanecía en silencio cerca de la puerta, escuchando atenta la conversación.

—Oh, la pobre Rose. Siempre ha tenido un sueño muy profundo. Dudo que se haya enterado de nada.

La señora Miller sí que se había enterado de lo ocurrido. De hecho, cuando la señora Emma llegó al rancho y la oyó hablar con Anne en el porche, pensó en saludarla como era su costumbre, pero desistió de hacerlo cuando el señorito Caleb le pidió, con urgencia, que entrase dentro de la casa. Por el tono de su voz dedujo que algo no marchaba bien y se fue hacia la ventana de la cocina para escudriñar lo que sucedía fuera. Estuvo a punto de gritar cuando vio que uno de los hombres sacaba un revólver y apuntaba al señorito Caleb. Le temblaron las piernas y tuvo que sentarse en una silla, pensando que iba a sufrir un desvanecimiento. Y ahí estuvo, orando una plegaria a Dios con el semblante descompuesto y asustada, hasta que oyó que los cuatro hombres se marchaban del rancho.

—Creo que necesitamos beber algo, señorita Peabody —propuso la señora Carter. Anne agradeció ese gesto tan humano después de tanta tensión—. ¿Puedo llamarla Anne, querida?

—Por supuesto, señora Carter.

—Bien. Entonces, prepararé... —Hizo amago de girarse hacia la puerta y Anne la detuvo colocando su mano en el antebrazo.

—No, señora Carter. No puedo permitirlo. Ese es mi trabajo. Yo me ocuparé de todo.

—Oh, no querida. Y llámame Emma, te lo ruego. —Y levantó las comisuras de los labios con levedad—. Tu estado es mucho más lamentable que el mío. Debes descansar. Si necesitas asearse antes, hazlo sin dilación. No te preocupes por mi presencia.

—¿Sabe disparar, señorita Peabody? —preguntó Caleb con brusquedad, interrumpiendo la charla de las dos mujeres.

—Sí, señor —respondió con determinación, mirándole a los ojos sin amedrentarse—. Mi padre me enseñó en Coloma. Fui muchas veces a cazar con él. Tengo buena puntería.

—Me alegro por usted. Le hará falta tenerla si quiere trabajar en este rancho. ¿Y montar a caballo?

—Oh, bueno, sobre eso... Supongo que sí, si consideramos que hacerlo sobre un asno es válido.

—¿Se está burlando de mí, señorita Peabody? —preguntó desconcertado.

—No, señor Carter —dijo molesta y alzando la barbilla al saber que no la había tomado en serio—. En algunas ocasiones, tuve la suerte de montar sobre el viejo burro que compramos en Coloma. Ni se imagina el método que tuve que emplear para que el animal caminase. Le tenía que pinchar con una aguja en los cuartos traseros y aún así se resistía al principio. Daba coces y rebuznaba sin parar. —Esbozó una sonrisa traviesa al recordar ese día—. Era muy divertido, se lo aseguro. El tozudo animal corría espantado por todo el asentamiento hasta que el agotamiento hacía mella en él y se quedaba tan manso como un ternero.

La señora Carter sonrió por la ocurrencia de la muchacha. Le gustaba esa chispa de rebeldía e inocencia en ella. Fijó la vista en Caleb y vio el gesto ceñudo en su frente. No le cupo duda de que su hermano había encontrado «la horma de su zapato».

Caleb no pudo más que gruñir y negar con la cabeza. A veces, las respuestas de la señorita Peabody le hacían enmudecer y lo dejaban atónito. Se giró hacia el barracón donde le esperaba el capataz y se desentendió de las dos mujeres. Por hoy, había tenido suficiente ración de charla femenina y de enfrentamientos. Estaba agotado y aún tenía que hablar con el veterinario para saber cómo se encontraban las reses preñadas.

Capítulo 4

Al día siguiente, un cielo límpido de nubes y de un soberbio azul celeste, volvió a dar los buenos días a una malhumorada Anne cuando abrió, por tercera vez, la puerta de la cabaña con un balde de latón lleno de agua sucia. Sintió los rayos del sol en su sudoroso rostro y emitió un suspiro de abatimiento. Se detuvo, depositó el recipiente en el suelo para descansar unos minutos y se tocó las doloridas nalgas. El improvisado jergón que el señor Carter había colocado esa noche en un rincón del salón había sido un verdadero martirio. Apenas había podido descansar más de cuatro horas seguidas en él. Tenía los músculos del cuerpo resentidos por los protuberantes bultos. Se desperezó sin ningún tipo de elegancia, aunque poco le importaba a ella la elegancia. Esa mañana no pretendía causar buena impresión a nadie. Se había deshecho del molesto corsé y lo había guardado en el fondo de la maleta sin intención de utilizarlo más. Pese a que el vestido de calicó marrón que llevaba —con las mangas abullonadas y el cuello desprovisto de encajes— era más liviano, seguía sintiéndose abochornada. Suspiró cansada y con sueño. Se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano y volvió a suspirar. Necesitaba dormir un par de horas para restablecerse por completo, pero sabía que era imposible; debía de esperar hasta el final del día para poder hacerlo. Recordó con acritud como la anciana se había levantado antes del alba y la había despertando con brusquedad cuando trasteaba en la cocina. El alboroto doméstico la había obligado a levantarse del catre tan rápido que apenas tuvo tiempo de quitarse las legañas de los ojos. Después de preparar y servir el desayuno a los trabajadores, pudo beberse con más calma un brebaje negro, amargo y áspero —que la señora Miller llamaba café y que a ella le supo a rayos—, acompañado de huevos revueltos y pan recién horneado. Más tarde, la señora Miller le ordenó una serie de instrucciones que nada tenían que ver con el puesto de cocinera y le volvió a prohibir que se acercara al barracón, pese a estar vacío.

Bostezó y cogió el balde de latón del suelo. Lo vació con energía sobre la misma maleza de la tarde anterior y volvió a suspirar, pero esta vez con alivio. El motivo no era otro que la ausencia del señor Carter en la casa. Se había marchado después del desayuno hacia Burney —un pueblecito que, según la señora Miller, se encontraba a pocas millas de Aguas Bravas— para realizar

unas gestiones, por lo que la mañana había transcurrido con bastante tranquilidad. Sonrió sin poder evitarlo. No solo porque se respiraba paz en el rancho sino porque acababa de terminar todas sus tareas. Alzó el brazo para escurrir el agua jabonosa que aún quedaba en el balde y el fuerte olor a sudor —de su propio cuerpo— llegó hasta su nariz. De manera instintiva, la arrugó con desagrado. Necesitaba darse un buen baño antes de que los hombres regresasen de las pasturas. Se miró con detenimiento las manos enrojecidas y reseca, luego, echó un vistazo al resto de su indumentaria y se sintió desaliñada y sucia. El día anterior solo pudo asearse lo imprescindible en un aguamanil de cerámica blanca esmaltada que había dentro de la habitación de la señora Miller, ya que la señora Carter insistió que la acompañase a tomar un refrigerio con ella. Anne se sintió mucho mejor cuando supo que también se quedaba a cenar con ellos en el rancho; hizo más amena la tensión que se respiraba en la casa. Era consciente que el señor Carter y la señora Miller seguían sin verla «con buenos ojos» desde su llegada al rancho. Durante el tiempo que la señora Carter se quedó en la cabaña, Anne se dejó llevar por la conversación agradable de la mujer y por el ambiente tan confortable que su presencia transmitía, haciendo que la principal estancia de la casa, el comedor, se llenara de su calor y su alegría. A la muchacha le gustaba la casa. Tenía una magnífica mesa de abedul rodeada de cuatro sillas y un viejo sillón de tela azul floreada donde solo se sentaba la señora Miller. Cerca del sillón había una tosca chimenea de piedra encastrada en la pared. A su lado, dos anaqueles llenos de libros, periódicos y una ingente cantidad de carpetas marrones apiladas de cualquier manera. La presencia de libros en la cabaña fue una enorme sorpresa para la joven que en ningún momento pensó que el señor Carter fuese un hombre tan instruido y culto. Sin embargo, le resultaba extraño que entre tanto papel no hubiese ningún retrato de la familia; creía recordar que había visto bastantes en el salón de La triple C. Pero ante la falta de retratos, suplía la carencia una enorme e intimidante cabeza de oso Grizzly. El animal tenía las fauces abiertas y estaba colgado en la pared que había detrás de la mesa de abedul. Junto a esta se hallaba la cocina. Pulcra y resplandeciente. En ella se podía ver la estufa de leña hecha de hierro fundido donde la señora Miller cocinaba a diario. Los cacharros de peltre esmaltados colgaban en la parte superior del techo, los cucharones y tenedores de madera escurrían en varias tazas de latón blanco y los botes de especias y platos se hallaban apilados en dos baldas fijadas a la pared. A su derecha había una pequeña habitación. Se accedía a ella a través de una cortina de tela

estampada de vivos colores: era el dormitorio de la señora Miller. En el suelo, una gran alfombra con motivos geométricos —rojos y blancos— descansaba en el centro y ocultaba una despensa subterránea donde se guardaban las conservas de frutas y hortalizas para el invierno, el pescado secado al sol y almacenado en canastas, la carne de venado... se entraba en ella alzando la trampilla de madera que había en el suelo. Luego, estaba el altillo. La subida se hacía mediante una escalera de troncos de madera que desembocaba en un único e inmenso dormitorio que pertenecía al señor Carter y que ocupaba toda la superficie de la planta inferior. Tenía pocos muebles: una cama mullida y un baúl de madera para guardar cobijas. Bastantes alfombras de colores repartidas por el suelo, un arco de tejo que colgaba en la pared, además de una aljaba tejida en fibra de tule que contenía un puñado de flechas de caña decoradas y que se encontraba apoyada contra el baúl de madera. La luz natural provenía de las dos únicas ventanas que había en la habitación; una lateral y que daba a un pequeño huerto y otra trasera donde se podía ver un pozo y el vasto terreno destinado a la siembra.

En ese momento, Anne vio que la señora Miller salía del barracón acompañada de un sabueso: un Plott Hound. Dejó en el suelo el recipiente vacío y bajó los peldaños de madera del porche. Caminó en su dirección sin dejar de mirar con curiosidad al animal.

—¿Cómo se llama nuestro amigo, Rose? —preguntó con simpatía cuando se quedó frente a ella. Intentaba encauzar una agradable y amena conversación con la mujer, ya que hasta ahora le había sido imposible. La señora Miller se resistía y no hacía más que gruñir y a arrugar el entrecejo cada vez que ella abría la boca.

—Calcetines —dijo con sequedad—. Nuestro mejor cazador de osos y jabalíes.

—Hola, Calcetines. —Se presentó al sabueso de pelaje negro, mirando sus cuatro extremidades. En realidad, sí que se merecía ese nombre. Parecía que le hubiesen colocado unos calcetines blancos en sus patas—. ¿Has sido tú quién ha cazado el oso que hay en salón? —le preguntó al animal mientras intentaba acariciarle. El sabueso gruñó y le enseñó los dientes—. ¡Ey! Tranquilo. Solo quiero ser tu amiga.

—Deja en paz a Calcetines, Anne. No es muy amistoso con los desconocidos. ¿Has terminado de fregar el suelo? —preguntó con brusquedad.

—Sí. Acabo de hacerlo, Rose.

—Y también con... —Se quedó pensativa unos instantes para al cabo de unos segundos volver a reiterar—: ¿Has terminado de fregar el suelo, muchacha?

—Sí, Rose. Te lo acabo de decir —contestó con paciencia. Desde que había llegado al rancho, había notado que la memoria de la anciana le fallaba con frecuencia—. He hecho todo lo que me mandaste. —Anne se miró las desgastadas y sucias uñas de las manos y dijo con vacilación—: Quiero preguntarte algo, Rose... —Y se quedó en silencio mirándola.

—Habla de una vez, jovencita, que no tengo todo el día.

—¿Dónde puedo darme un baño antes de que lleguen los hombres al rancho?

—¿Un baño? ¿No lo hiciste ayer?

—Lavarse la cara y los brazos no puede considerarse un baño, Rose. Más bien un aseo rápido y ligero para salir de apuros.

—Aquí no tenemos esa tina tan moderna que utiliza la señora Emma para lavarse como Dios la trajo al mundo. Los hombres van al río cuando necesitan asearse a fondo.

—Oh, pues tendré que ir también.

—De ninguna de las maneras harás esa estupidez, jovencita. ¡No, señor! No consentiré que vaya sola.

—Pero has dicho que los hombres...

—He dicho que no, muchacha. Todo anda muy revuelto de un tiempo para acá en el condado. Así que no irá.

—Pero Rose...

—He dicho que no. Hay rumores de guerra.

—¿Guerra? ¿Contra los indios?

—No, muchacha. Contra ellos siempre estamos en guerra. —Anne la miró sin comprender—. ¿No sabe que se han llevado a los «incivilizados salvajes» al condado de Mendocino?

—No.

—Pues eso es lo que han hecho. Los han internado en una reserva junto con otros «salvajes» para que no nos molesten más. —En ese momento, Anne recordó que el señor Carter le había mencionado algo al respecto, sin embargo, no le hizo ningún comentario a la anciana por temor a meter la pata—. Pero yo no te estaba hablando de eso. Los rumores que se oyen son sobre una guerra civil.

—¿Una guerra civil?

—Eso he dicho.

—¿Y contra quién se lucha, Rose? —preguntó con interés.

Anne ignoraba que el país se estuviese preparando para una contienda.

—Pues contra quién se va a luchar, muchacha. Contra el sur.

—¿Por qué?

—¡Caray, muchacha! ¿En qué lugar crees que vives? ¡Para exterminar la esclavitud! —exclamó y alzó los brazos al cielo como si estuviera invocando a Dios.

—¿La esclavitud? —preguntó, procesando la magnitud de las circunstancias.

—Así es, muchacha.

—Vaya. —Fue lo único que supo decir.

Anne tenía conocimiento sobre ese asunto. No es que ella supiera demasiado sobre él, pero sí lo suficiente como para comprender lo que le había dicho la señora Miller. La destinataria de proporcionarle semejante fuente de información no fue otra que su difunta abuela Agatha. Durante la larga enfermedad que la aquejó y que la mantuvo postrada en el lecho hasta su muerte, entre sus frecuentes desvaríos, le hablaba sobre todo tipo de temas; ya fueran apropiados o no para una inocente niña de diez años. Tal fue el caso del comercio de esclavos y que ella recordaba con claridad. Escuchaba la incansable verborrea de la anciana con suma paciencia y en completo silencio, temiendo que cualquier interrupción o desinterés por su parte, empeorara su delicado estado de salud y recibiera a cambio un par de azotes. Por aquel entonces, poco le importaba a Anne lo que le sucedían a esas desconocidas

personas y el sufrimiento y las vejaciones que acarreaban a sus espaldas; ella solo pensaba en jugar con su amiga Elizabeth cuando no tenía tareas pendientes en casa. Sin embargo, para su completo asombro, esas tediosas visitas a la casa de su abuela se quedaron grabadas en su cerebro y ahora salían a la luz de manera atropellada. Su abuela había vivido esos turbulentos años en una Inglaterra colmada de propaganda política cuyo fin no era otro que influir en la opinión pública para abolir la esclavitud en el país. Pero ese esperado objetivo tardó tiempo en realizarse, ya que no fue hasta mil ochocientos treinta y tres cuando se cumplió. Hasta esa fecha, Agatha le narraba a su pequeña nieta que el imperio británico no se quedó de brazos cruzados esperando que la situación se resolviese por sí sola. Presionó a otras naciones para que también siguiesen su camino; tal fue el caso de Estados Unidos que abolió su comercio atlántico de esclavos, sin embargo, —y ahí radicaba el problema sobre los rumores de una guerra civil en el país— no abolió el comercio interno y siguió sometiendo a los esclavos bajo su doloroso y cruel yugo.

—Soy una negra libre, muchacha. Si es eso lo que te estás preguntando —afirmó con satisfacción al ver el ceño fruncido en la joven.

«Rose es una mujer afortunada. Muchas personas no pueden decir lo mismo», pensó Anne. De repente, algo incomprensible rondó por su pelirroja cabecita: era el hecho de que el enfrentamiento se produjese entre ellos mismos —el norte contra el sur— y no contra enemigos invasores de otras naciones. Casi suelta una carcajada solo de pensar en lo absurdo de la situación. Porque lo era cuando a su cerebro llegaron una serie de preguntas bastantes obvias y por las que nadie parecía preocuparse en resolver. «Entonces, ¿qué ocurre con los indios? ¿Por qué ambos bandos no se enfrentan también por una causa similar?». Se sentía confundida ante esa paradójica situación. La conclusión más plausible que llegó a sacar de ese peliagudo asunto era que el estado americano estaba demente, sediento de sangre y de poder; que solo luchaba por el derecho y la libertad en el sentido que le interesaba y le beneficiaba. Anne era consciente que al nacer en el viejo continente, su desconocimiento sobre los asuntos políticos, económicos e incluso culturales del país eran nulos para ella. De igual modo que las consecuencias que acarreó su llegada a California —como la de tantos otros forasteros— entre las tribus nativas. Ahora comprendía muchas de las palabras del señor Carter referidas a la intrusión y expropiación de la tierra

que era ocupada por los pueblos nativos. Un pedacito de la conversación que mantuvo con él sobre los salvajes, volvió a su memoria y le supo amargo:

«...los consideran unos salvajes muy por debajo de los blancos, social y legalmente, pero por encima de los negros».

—Entonces, ¿ya no hay salvajes cerca del río, Rose? —preguntó Anne con renovado interés.

La anciana que la observaba en silencio respondió:

—Eso es lo que dicen.

Anne pensó que era el momento idóneo para bañarse y reiteró:

—Entonces iré, Rose.

—¡No, muchacha! Mira que eres testaruda. El señorito Carter me ordenó que no nos retirásemos del rancho. Ha dejado un rifle en la cabaña, a Calcetines y a un par de muchachos para protegernos mientras él regresa.

—Por favor, Rose, será un baño rápido. Necesito lavarme el pelo y el cuerpo. —Cogió un mechón grasiento y se lo mostró a la mujer—. Tengo un aspecto lamentable. No tardaré, te lo prometo.

—No lo harás porque no pienso dejarte marchar.

—Entonces, ven conmigo —sugirió al mismo tiempo que dibujaba una súplica en su rostro pecoso—. Antes del almuerzo estaremos de regreso.

—El señorito Caleb se enfadará si sabe que nos hemos marchado del rancho.

—No se enterará si regresamos antes que él. Por favor, Rose.

—No. Y deja de poner esa cara tan ridícula. Te harás pronto vieja si continúas haciendo esos mohines tan feos. ¿No te regaña tu madre por ello?

—Mis padres murieron hace unos meses, Rose —contestó con pesar—. No tengo familia.

—Oh, vaya. —La noticia ablandó a la anciana que en ningún momento había pensado en las circunstancias que habían traído a la joven a buscar trabajo al rancho. «Otro huérfano más en el mundo en una tierra repleta de maldad y de salvajes», pensó la señora Miller—. Lamento sus pérdidas, muchacha. —Suspiró resignada ante la sombra de tristeza que se reflejó en el

rostro de la joven—. Está bien, iremos. Pero me harás caso en todo momento. —Anne asintió con la cabeza y esbozó una media sonrisa—. Atajaremos por el bosque. Se llega antes al recodo del río.

—Gracias, Rose —contestó, dándole un beso en la mejilla de manera impulsiva.

—Déjate de zalamerías conmigo, mocosa —refunfuñó de inmediato, haciendo aspavientos con las manos y apartándola de su cuerpo—. Y date prisa si no quieres que me arrepienta.

Anne se marchó entusiasmada hacia la cabaña. Había logrado suavizar un poco el carácter de la mujer. Un verdadero logro para ser su segundo día en el rancho.

La señora Miller sonrió cuando la vio entrar en la cabaña. El beso le había cogido desprevenida. Un sentimiento maternal se apoderó de su cuerpo al mismo tiempo que una pequeña lágrima se deslizaba sigilosa por la mejilla. Había entrado sangre joven en el rancho y eso la hacía sentirse más inútil e inservible. Suspiró, apartando la lágrima con la yema callosa de los dedos. Calcetines le lamió la otra mano llamando su atención. Le acarició las suaves orejas tranquilizándolo. La señora Miller sabía que estaba perdiendo la memoria. No era tan boba como para no darse cuenta de que su cabeza se había deteriorado bastante y eso la enfurecía. Por ello, insistía en mantenerse ocupada en todo momento sin nadie que se ocupase de sus tareas. No quería sentirse relegada a una silla para el resto de sus días. Si se marchaba del rancho y vivía con la señora Emma, estaba segura que ese sería el destino que le esperaba. No estaba dispuesta a que eso ocurriera y por nada del mundo dejaría solo al señorito Caleb. No mientras ella viviera.

Calcetines giró la cabeza hacia el porche con interés. La señorita Peabody bajaba los peldaños con celeridad, llevando una bolsita grisácea de tela en una mano y el rifle Henry en la otra.

—Ya estoy lista, Rose —dijo cuando llegó donde estaba la anciana.

—¿Has encajado la puerta?

—Sí, Rose.

—Pues andando.

La señora Miller se giró en dirección hacia el abrevadero y caminó con

pasos ligeros por el estrecho camino que había junto al pilón. Anne la siguió y ambas se adentraron en el bosque con la compañía del sabueso y del rifle como única protección.

Capítulo 5

Comadreja de Cola Larga la agarró con saña de las largas y negras trenzas que le llegaban hasta el pecho. Luego, dio un fuerte tirón hacia arriba para que la mujer se levantara del suelo. Nube Blanca gritó de dolor, revolviéndose contra él. El hermano mayor de Comadreja de Cola Larga, Oso Solitario, intentó sujetarle las piernas mientras ella pataleaba sin cesar. Le propinó una patada en la entepierna y Oso Solitario aulló de dolor. Comadreja de Cola Larga hizo un gesto de angustia como si se lo hubiesen dado a él. Miró a su hermano mayor y vio como sus ojos se oscurecían y los entornaba hasta que se quedaron en una fina rendija. El rostro de Oso Solitario esbozó una sonrisa cruel ante la mirada desafiante de ella; su rebeldía le provocaba una oleada de placer inigualable. Cuanto más se resistía la mujer más disfrutaba él someténdola. Consiguió inmovilizarla con sus piernas, colocándose a horcajadas sobre ella. La golpeó en la cara repetidas veces hasta que logró apaciguarla. Los labios y la nariz de la mujer se tiñeron de rojo por los golpes recibidos y el dolor nubló su mente durante unos instantes. Sus ojos almendrados y ambarinos se transformaron en los de un cervatillo asustado ante semejante brutalidad. Sin embargo, así es cómo la quería Oso Solitario; atemorizada e indefensa entre sus poderosas manos. No iba a permitir que le desafiara ante su hermano. Ella desvió la mirada hacia un lado y vio las ligaduras de cuero —en manos y piernas— de Pequeña Saltamontes. Su hija, con tan solo tres primaveras, permanecía tumbada en el suelo, sollozando. Las lágrimas inundaban sus ojillos negros. Nube Blanca sintió rabia e impotencia ante el despiadado destino que les esperaba. Si su esposo, Guardián del Cañón, no venía pronto a buscarlas, los dos guerreros *mo-adok ma klaks* —*gente del sur* o también conocidos por el hombre blanco como los modocs— se las llevarían a su poblado como esclavas; costumbre bastante arraigada entre ellos y que ella despreciaba tanto. No podía creer que su destino no fuera otro que caer prisionera en manos de unos enemigos iguales de crueles que los soldados que la habían capturado hacían bastantes lunas. Después del esfuerzo realizado por escapar de la reserva de Mendocino, tras meses de internamiento, hambre y sufrimientos, volvió a sentirse impotente y aterrada. De la misma manera que se sintió al llegar a sus propias tierras, exhausta y hambrienta, cuando vio que tanto el poblado como las largas y delgadas canoas de corteza de pino o las trampas de piedra utilizadas para

pescar, habían sido destruidas por los soldados.

«Mi corazón yace en la tierra», pensó con tristeza al recordar la desolación de la aldea, una de entre las veintiocho que existían y que habían corrido semejante fortuna. Permaneció escondida en el bosque junto a su esposo y su hija, alimentándose de bayas silvestres, lombrices y huevos de patos. «Ir al río para buscar otros alimentos que la Madre Tierra siempre nos has proporcionado no ha sido una sabia decisión», se dijo arrepentida. «No debí quedarme tanto tiempo cerca de la orilla. Si no hubiera visto tantas conchas bonitas en el agua, ahora estaría con mi esposo y mi hija a salvo en el bosque». Observó, con pesar, el cesto de tule aplastado entre la hierba verde donde las numerosas conchas, bayas de oso y los tubérculos que había recolectado, momentos antes, se encontraban esparcidos y pisoteados. Una lágrima se derramó silenciosa por su mejilla sin poder contenerla.

—Revoltosa y bonita como una boñiga de caballo —objetó Comadreja de Cola Larga a su hermano mayor con ironía, señalando las marcas arrugadas que deformaban una parte del rostro canela de la mujer. Se acuclilló junto a su hermano y soltó una carcajada asustándola más. Luego, añadió—: Como a ti te gusta, hermano.

Nube Blanca no entendió lo que dijo el más joven de los guerreros porque su pueblo no hablaba el mismo idioma que ellos, pero por el gesto de repugnancia que le dirigió mientras señalaba con el dedo su cara, se formó una ligera idea. No era una mujer bella y lo sabía, sin embargo, ellos tampoco podían presumir de tener rostros hermosos; el guerrero que la señalaba con el dedo y la miraba con repulsión era delgado como el tallo de un sauce y con una hilera de dientes, arriba y abajo, tan torcidos como las ramas de un añoso árbol; el otro, igual de enjuto que el anterior, mostraba en su cuerpo y en su rostro las cicatrices causadas por una enfermedad virulenta.

Si Nube Blanca tenía parte del rostro desfigurado era por el lamentable accidente que sufrió en su infancia jugando con otros niños cerca del fuego, pero ese incidente nunca fue un impedimento para encontrar un esposo vigoroso y valiente que la protegiera de las burlas que recibía en el poblado. Se encogió cuando el guerrero de rostro picado de agujeros y mirada cruel sujetó sus manos con fuerza, haciéndole daño en las muñecas. Ella gritó de dolor en el acto. Todas las tribus conocían el temperamento belicoso y malvado de *gente del sur* y cómo estos disfrutaban demostrárselo a los

prisioneros.

—Mientras no mire su feo rostro, no me importa —respondió, al mismo tiempo que sacaba una cinta de cuero de un pequeña bolsa que portaba en la cintura con la intención de amarrarla. Con un simple gesto de sus rasgados y negros ojos, ordenó a la mujer que no volviera a gritar.

La rivalidad surgida entre *gente del sur* y la tribu achumawi —llamada también *gente del río*—, era bien conocida desde hacía tiempo entre las tribus del condado de Shasta. Tras un año de paz, la tregua se había roto. El motivo no era otro que el causado por un grupo de guerreros pertenecientes a *gente del río* que habían matado a tres guerreros modocs por apropiarse de una las mujeres de *gente del río* reclamada por su tribu.

—Date prisa, hermano —le apremió Comadreja de Cola Larga sin dejar de mirar a ambos lados—. Puede haber hombres blancos buscando el metal amarillo.

Comadreja de Cola Larga estaba impaciente por marcharse de allí. Pensaba que no había sido sabio cruzar el río cuando vio a la mujer y a la niña cerca de la orilla. En las últimas lunas, muchos soldados habían merodeado por la ribera y no deseaba ser capturado por ninguno de ellos. Habían ido a rapiñar al territorio vecino pero sin la intención de cruzar el río.

—No veo campamentos en la orilla ni cazadores de pieles cerca —dijo exasperado.

—Los soldados vendrán y nos capturarán si no nos marchamos —insistió nervioso.

Oso Solitario le miró con suficiencia.

—El jefe de los soldados es valiente como el puma, pero no tan astuto como Mujer Coyote. —Haciendo referencia a *Whas*, el animal de poder femenino en el cual creía el pueblo modoc—. Oso Solitario es astuto como Mujer Coyote y no dejará que el jefe de los soldados lo atrape para ir a una reserva como *gente del río*. Mi pueblo no será contaminado de nuevo con las enfermedades que los hombres blancos esparcen por la Madre Tierra. Hombre Medicina invocó a los espíritus para celebrar una magia mala de blancos. El jefe de los soldados morirá. He hablado.

—Mi hermano menosprecia la astucia del jefe de los soldados.

—No veo soldados por el río, hermano —replicó—. Diezmaron a *gente del río* en la última incursión y se los llevaron a la reserva. —Dirigió una mirada a su entorno y añadió confiado—: Ahora están ocupados con los prisioneros.

—¿Y las mujeres? —preguntó, señalando con la cabeza hacia ellas.

Su hermano se encogió de hombros.

—Han escapado de los soldados. Calma, hermano. Si los hombres blancos cruzan el río les veremos. No es sabio vadear allá. Aguas rápidas y peligrosas lleno de piedras resbaladizas. —Y señaló con la mano un tramo más estrecho, río abajo, donde la abundante vegetación de hierbas y flores silvestres cubrían toda la orilla—. Aguas mansas y menos profundas acá. —Hizo un movimiento horizontal con la mano, señalando la ribera que había frente a ellos y por la que habían cruzado con los caballos.

—¿Y si vienen por el bosque? —preguntó inseguro—. Dejémoslas aquí y volvamos a la aldea. —Refiriéndose al río Lost y a los lagos Tule y Clear al suroeste de Oregón; lugares donde vivían durante la estación de verano y que dedicaban a la pesca y a la recogida de semillas, bayas y raíces.

—Calma, he dicho —concluyó, lanzándole una mirada desafiante.

Exasperado, Comadreja de Cola Larga bufó. Siempre había sido más sabio que Oso Solitario. Su corazón estaba inquieto. La terquedad de su hermano solía meterles en problemas y eso le enfurecía. Deberían de estar pescando en el río con el resto de los guerreros. Esta intrusión tendría represalias más adelante. No era sabio venir solos al poblado. Siempre lo hacían en grupo, pero la tozudez de Oso Solitario le había obligado a acompañarlo sin poder evitarlo. Resignado, inclinó la cabeza y comenzó a coger las conchas y bayas de oso que había entre la hierba. Nube Blanca permanecía en silencio sin ánimos de provocar a los jóvenes guerreros que no hacían más que gruñir y discutir. Comadreja de Cola Larga guardó los alimentos en la pequeña bolsa de piel de marmota que llevaba amarrada en la cintura, luego, miró el viejo y raído cesto de tule y lo arrojó despreocupado al agua. Este navegó entre la corriente, desapareciendo de su vista al hundirse en el fondo.

—Dos esclavas más —masculló Comadreja de Cola Larga, intentando capturar más bayas entre la hierba.

—Sí —dijo satisfecho su hermano mayor.

Su mirada se volvió lujuriosa al observar las curvas redondeadas de la mujer, cubiertas por un vestido corto de piel de antílope con flecos en las costuras y con bordados de colores en el pecho.

—Tu esposa te quemará la comida si le llevas una esclava fea y una niña llorona.

—Aplacaré la cólera de Mujer que Camina Despacio cuando le lleve las pieles de conejos —contestó hastiado.

Comadreja de Cola Larga moderó el tono de su voz. No quería irritarle más. Notó que seguía enfadado con él. Oso Solitario no toleraba bien las bromas y él se había excedido con ellas imitando los gestos de Mujer que Camina Despacio hasta que llegaron al territorio de *gente del río*. Mujer que Camina Despacio había echado a su esposo de casa como castigo por no enseñar a nadar bien a la pequeña Ardilla Moteada, la hija de ambos. La niña había tragado tanta agua que ahora tenía miedo de ir al río y gritaba enloquecida cuando se acercaba a él.

—Cuando te canses, hermano, también la probaré.

La mirada pícaro y el tono empleado de su hermano menor cambiaron el semblante de Oso Solitario. Sonrió satisfecho al saber que la mancillaría, repetidas veces, si la dejaba en sus manos. Comadreja de Cola Larga también lo hizo y mostró las hileras de dientes doblados, haciendo que su rostro tuviera un aspecto siniestro y despiadado. Ella se estremeció al verles y dio manotazos en el aire intentando que no se les acercasen. Los hermanos rieron ante los gestos ridículos de la mujer y siguieron atormentándola.

No lejos de la orilla del río, Anne recorría apresurada el frondoso sendero y dejaba atrás a Rose. Deseaba refrescarse en el agua cuanto antes. Sonrió cuando vio a Calcetes con intención de seguirla, pero sin atreverse a separarse de la anciana. La joven cogió un retorcido palo del suelo y lo tiró en el aire para provocarle. El perro reaccionó y corrió directo hacia el objetivo. Calcetes regresó jadeando, minutos después, con el premio entre los dientes. Lo depositó en el suelo a la espera de que Anne realizase la misma operación.

—Eres un perro muy interesado —dijo Anne, acariciando el suave pelaje de la cabeza—. Ahora sí que quieres ser mi amigo, ¿no bribón? Ya no me gruñes como antes. —Calcetes movió la cola, esperando impaciente—. Está

bien. Ahí va. —Y lo lanzó de nuevo, pero esta vez un poco más lejos. El perro corrió tras él y ella le siguió entusiasmada.

—¡No corra, muchacha! —vociferó la señora Miller—. ¡Una señorita no debe de hacer eso! —Sus palabras cayeron en saco roto cuando vio que la joven no se detenía.

Al salir del sendero, lo primero que Anne se encontró fue una considerable extensión de tierra, dividida por el brazo largo y ancho del río Pit. Pedregosa y cubierta de hierba era la zona dónde se encontraba ella; montañosa y repleta de abetos blancos era la que se divisaba en la orilla opuesta. El ruido del agua animó a la joven a acercarse hasta el lugar más despejado de hierba verde; un acceso que le permitía aproximarse hasta la orilla. Al llegar al filo, se quedó absorta unos segundos y contempló el brillo azulado del agua causado por los rayos del sol. Estos le deslumbraron enseguida en los ojos y se colocó la mano en la frente para darse sombra. En ese instante, se dio cuenta que se había dejado el sombrero de paja en la cabaña y arrugó la nariz con fastidio. Inclino la cabeza hacia abajo y vio que Calcetines había soltado el palo y que ladraba con fuerza a su lado. Trató de acariciarle la cabeza para que se calmase, pero la actitud rabiosa del animal le hizo apartar la mano de inmediato. Extrañada, miró en la misma dirección que él y enseguida supo el motivo de sus ladridos. A unos veinticinco pies de distancia, distinguió a dos nativos acuclillados entre la hierba. Nerviosa, se alejó de la orilla y soltó en el suelo la bolsita que agarraba con la mano para apuntar con el rifle hacia ellos. En esta ocasión, procuró ser menos impulsiva. No gritó ni corrió hacia el bosque, ya que recordó el incidente que tuvo el primer día con el señor Carter cuando le llamó «bárbaro» y no le dejó explicarse. Así que, esta vez, decidió no cometer el mismo error. Se sentía segura con el Henry entre sus manos; sabía que a esa distancia el blanco en el cuerpo de un hombre era efectivo. En bastantes ocasiones, había salido con su padre a cazar y había aprendido que para hacer blanco en una pieza de tamaño pequeño o mediano, la distancia debía ser por debajo de las cien yardas y, según sus cálculos, estaba a menos de cien yardas. Por un lado, agradecía la protección que el arma le brindaba, por otro, lamentaba su desafortunada suerte al encontrarse con los dos salvajes.

Los hombres, que solo usaban taparrabos y sombreros de tule en forma de cesta en la cabeza, miraron en su dirección al oír los ladridos del sabueso. Anne percibió en sus ojos oscuros y almendrados sorpresa y hostilidad a partes iguales. Los «bárbaros» de piel canela y el torso desnudo la observaron

con el gesto adusto. Los vellos de los brazos se le erizaron de terror al presentir un mal augurio.

Comadreja de Cola Larga soltó un impropio hacia su hermano al ver a la mujer blanca. Ambos se incorporaron con lentitud hasta quedarse de pie. En ese momento, Oso Solitario lamentó no haber cogido el arma de fuego —un trueque que había realizado con un comerciante blanco en The Dalles por un caballo— o los arcos de nogal y las aljabas de fibra de tule torcida que habían dejado apoyados sobre una roca y cerca de los dos mustangs. Los pequeños y vigorosos equinos, atados a las ramas de un gran arbusto de enebro, relinchaban inquietos por los ladridos incesantes del sabueso. Un movimiento cerca de los dos hombres hizo que Anne desviara la vista hacia el suelo. Vio a una mujer tumbada entre la hierba. Por su indumentaria supo que se trataba de una nativa. En ese instante, Nube Blanca empezó a gritar. Uno de ellos le dio una fuerte patada en las costillas para silenciarla, lo que hizo que ella soltara un alarido de dolor. A duras penas y con el cuerpo medio doblado, la mujer se levantó del suelo y gritó más enfurecida, intentando darle manotazos al hombre para que la dejara tranquila. Anne vio que de una de sus muñecas colgaba una larga cinta de piel. Extrañada, entornó los ojos, ignorando el motivo por el que había sido golpeada. A continuación, el mismo hombre intentó cogerla de las largas trenzas, pero la mujer se zafó de él y comenzó a tirarle a la cara las piedras que encontraba entre la hierba sin dejar de gritarle en un idioma desconocido. El otro nativo que observaba a la mujer blanca dio unos pasos hacia ella.

—¡Alto! —gritó Anne, agarrando con más fuerza el arma.

La muchacha no sabía si la había entendido, pero no estaba dispuesta a explicárselo bajando la guardia. La situación se estaba volviendo peligrosa y no le gustaba cómo la miraba el hombre.

—Oso Solitario hablar lengua de *rostros pálidos* —dijo en voz alta el hombre—. Amigo de *rostros pálidos*—. Alzó la mano derecha con la palma hacia delante, saludándola.

Ese gesto tan pacífico no calmó a Anne y desconfió enseguida de él. Le temblaban las piernas por el miedo, pero intentó mantenerse firme sin que se le notase a través de la tela del vestido. Un pequeño bulto entre las piedras, próximo a la mujer, se movió en esos instantes y comenzó a llorar. Era una niña de cabellos negros, largos y trenzados que permanecía amarrada de pies y

manos. A Anne le dio un vuelco el corazón al verla tan indefensa con las apretadas ligaduras. La mujer que gritaba y peleaba contra el otro hombre, giró el rostro hacia Anne y esta pudo ver que había bastante sangre en su piel canela. Distinguió, además, que tenía medio rostro desfigurado y arrugado. Había perdido la ceja, parte del ojo, la mejilla, además de la oreja. Sintió repugnancia y, al mismo tiempo, lástima por ella. Si bien antes no comprendió nada de lo que sucedía, comenzó a tener una terrible sospecha de la situación. Fuera cual fuera el delito que ellas habían cometido, era cruel e inhumano el trato que estaban recibiendo.

—¿Qué han hecho? —Se atrevió a preguntar Anne, mirando con angustia el rostro virulento del hombre.

—Mujer loca —mintió Oso Solitario, tocándose la cabeza con el dedo índice.

Oso Solitario no solía mentir, pero desde que los hombres blancos habían causado tantas muertes y dolor a su pueblo, la rabia actuaba por sí sola y si tenía que esconder la verdad lo hacía sin remordimientos. Continuó mirándola y se sintió impresionado. No tanto por la prenda larga y oscura que utilizaba y que la envolvía como si fuera un capullo de seda sino por su cabello. Los rayos que Padre Sol proyectaba en su cabeza, refulgían en ella como una llamarada viva de fuego. Bajó la mano con lentitud para no sobresaltarla.

Anne volvió a desconfiar de sus palabras. Aunque la mujer estuviera loca, ningún ser humano se merecía que le zurrasen y amarrasen como si fuera un animal. Estaba claro que había hombres, salvajes o no, que trataban mejor a un caballo que a una mujer o a un niño. Había visto cómo algunos vecinos de Coloma golpeaban beodos a sus esposas hasta la extenuación sin mostrar ningún atisbo de remordimiento o compasión por el daño impartido. Para Anne, esos hombres eran iguales de «bárbaros» que los que tenía enfrente.

En ese momento, la señora Miller apareció y Calcetines comenzó a ladrar al reconocer a su ama.

—¡Diantres! ¡Estás loca, muchacha! —exclamó sofocada, cuando llegó a la altura de la joven—. ¿Cómo se te ocurre hablar con ellos? ¡Vámonos!

—Vuelve al rancho, Rose —murmuró Anne sin desviar la mirada ni el arma del hombre—. Dice que es amigo de los *rostros pálidos*.

—No hagas caso de sus patrañas, niña. Estamos en peligro, ¿o es que no lo

ves?

—Su marido o sus hermanos —supuso sin estar muy convencida—, están pegándole, Rose.

Rose negó con la cabeza.

—Ese no es nuestro problema, muchacha. De todas maneras, ellos no parecen que sean salvajes de por aquí. No veo que lleven conchas incrustadas en el tabique de la nariz —objetó Rose, temblándole las manos de miedo. Se las frotó entre sí, intentando apaciguar los escalofríos que le habían entrado, pese al calor que hacía—. Ella sí lo es. Mira las conchas ensartadas en cuerdas que le cuelgan de las orejas.

Anne se sorprendió por la respuesta. Desconocía que Rose pudiera distinguir entre unos y otros. A ella le parecían todos iguales. De hecho, ni siquiera se había fijado en esos detalles. Solo en el rostro desfigurado de la mujer y en la sangre que le caía por el labio y que se deslizaba sigilosa por su garganta.

—¿Estás segura, Rose?

—Bueno, eso creo. Sé que un día el señorito Caleb le hablaba a la señora Emma sobre los ritos que hacían los salvajes en el poblado. —La señora Miller miró a la mujer nativa y se estremeció de miedo—. El señorito Caleb decía que eran ritos de iniciación para convertirse en adultos, yo pienso que son ritos del demonio de gente incivilizada y harapienta. ¡Vámonos, muchacha! Y no dudes en disparar si alguno de «ellos» se nos acerca.

La señora Miller tocó el hombro de la muchacha con apremio. Luego, dejó caer la mano al notar la tensión en el brazo de la joven. Volvió a frotarse las manos, agitada, pensando en lo que el señorito Caleb le había advertido antes de salir del rancho. Montaría en cólera, con razón, si no llegaban antes que él.

—¿Quiénes sois? —preguntó Anne, mientras buscaba una solución para salir de semejante atolladero.

—Venir como amigo, *rostro pálido*. He hablado —reiteró con arrogancia, alzando la barbilla.

La respuesta no satisfizo a Anne, sin embargo, no insistió. El hombre no dio más explicaciones y siguió observándola con la cabeza ladeada. La tensión se palpaba en el ambiente. El corazón de Anne latía cada vez más

rápido. El tiempo se hizo más lento o eso le pareció a ella. Notaba el peso del arma entre sus manos como si le pesara el doble. Vio como el otro hombre se acercaba a su compañero y se puso más nerviosa. La nativa se agachó junto al cuerpo de la pequeña e intentó desatar los amarres sin dejar de dirigir miradas furtivas hacia los dos hombres.

—Regresa al rancho, Rose.

La anciana se quedó unos segundos pensativa. Miró a los dos hombres y dijo alarmada:

—¡Diantres! ¿Estás loca, muchacha? ¿Cómo se te ocurre hablar con ellos? ¡Vámonos!

—Te acabo de decir, Rose... —Anne se calló de golpe y miró de soslayo a la mujer. Suspiró al percatarse que había vuelto a perder la memoria. Sin dejar de apuntarles y armándose de paciencia, dijo con voz suave y del mismo modo que lo hacía el señor Carter cuando la mujer se alteraba tanto:

—Regresa al rancho, Rose.

—No voy a dejarte sola, muchacha —replicó la anciana con los brazos en las caderas.

—Te ruego que te vayas, Rose. Necesito que pidas ayuda en el rancho. ¿Lo has entendido? Pide ayuda, por favor —repitió con más ahínco.

Las últimas palabras convencieron a la anciana que con el gesto enfurruñado, caminó apresurada hacia el sendero por el cual había salido un rato antes. Calcetines la acompañó sin dejar de ladrar a los hombres, por mucho que la mujer le obligase a callar. Cuando Anne vio, de soslayo, que Rose se había adentrado en el sendero, gritó al hombre:

—¡Yo amiga de Oso...! —Se quedó unos segundos pensativa intentando recordar su nombre y, luego, añadió—: ¡Oso *nosécuántos*! ¡Ahora me marcharé!

Anne dio un paso hacia atrás sin dejar de apuntarles; le temblaba el brazo por los nervios. Pero Oso Solitario no quería que la mujer blanca se marchara. Odiaba tanto a los hombres blancos por los abusos y muertes cometidas hacia su pueblo que su presencia no hizo sino aumentar su rencor y su afán por capturarla. Se relamía por dentro pensando en las tres esclavas que llevaría a la aldea.

—He oído que la mujer blanca quiere irse, hermano —dijo Comadreja de Cola Larga, en voz baja, cuando se acercó a Oso Solitario.

—No —contestó con determinación—. Quiero a Mujer de Cabello de Fuego.

—Tienes suficiente con la mujer fea y la niña llorona. Los hombres blancos montarán en cólera si nos llevamos a Mujer de Cabello de Fuego, hermano —dijo con sabiduría.

—No —replicó con firmeza.

—Si nos acercamos a ella disparará con su bastón de fuego.

—No lo hará. —Con un gesto de sus ojos, señaló la vaina que tenía en su cintura y de la que sobresalía la empuñadura de su cuchillo de obsidiana—. Distraré a Mujer de Cabello de Fuego y la tomaré por sorpresa con mi puñal. No podrá luchar con este fuerte guerrero —dijo con suficiencia—. Mi hermano cogerá el bastón de fuego que escupe la muerte y el arco y las flechas que dejamos junto a la roca. Tráelos ahora, hermano.

A regañadientes, Comadreja de Cola Larga acató la orden. Anne percibió un cambio brusco entre los dos hombres. Durante unos segundos, desvió sus ojos hacia el nativo de menor estatura que se dirigía hacia los caballos. Caminaba despacio y hacia atrás sin apartar la vista de ella. Segundos que aprovechó Oso Solitario para aproximarse más hacia la mujer blanca. El movimiento del hombre hizo reaccionar a Anne que dirigió sus ojos hacia él y exclamó:

—¡Alto ahí o disparo!

El hombre ya había acertado las distancias y no se detuvo. Anne se inquietó más. Dio unos pasos hacia atrás intentando alejarse de él. Trastabilló con un arbusto joven de artemisa plagado de florecillas rojas y la falda marrón se le arremolinó entre las piernas. Antes de caer al suelo, su dedo apretó el gatillo sin pretenderlo.

Capítulo 6

Caleb salió de la cabaña ceñudo. Ni Rose ni la señorita Peabody se encontraban en ella. Tampoco había rastros del sabueso. Su malhumor empeoró. Si el viaje a Burney había sido una pérdida de tiempo —el administrador había muerto de improviso el día anterior—, la falta de sueño aumentaba su irritación. No había podido dormir durante la noche por temor a que las pesadillas se revelaran en cualquier momento y pusieran de manifiesto su problema ante la señorita Peabody. Bufó exasperado. Con Rose nunca había tenido ningún problema. La anciana tenía un sueño tan profundo que no se enteraba de lo que le ocurría. Caminó a grandes zancadas hacia el establo y no las encontró dentro. Preguntó a los dos muchachos que estaban en el picadero y ante la negativa de estos su ira creció. Luego, se dirigió hacia el gallinero, pasó por el huerto, el barracón y las caballerizas y se preocupó al no verlas. Pensativo, se pasó la mano por la mandíbula. Rose nunca se alejaba del rancho y menos cuando él se lo ordenaba. Y si lo hacía, dejaba aviso a los muchachos. Chasqueó la lengua irritado. Recordó la masa de pan que descansaba en un recipiente encima de la mesa. Estaba cubierta por un paño húmedo y había crecido de tamaño. Según sus cálculos, debía de haber transcurrido bastante tiempo desde que la dejó descansar.

«¿Dónde diablos están Rose y la señorita Peabody?», se preguntó impaciente. Los vaqueros y los peones tardarían un buen rato en regresar de los pastizales, aun así, Rose tenía que estar amasando el pan si quería que se hornease a tiempo. El sonido de un disparo le alarmó y tensó al mismo tiempo. Por instinto, separó las piernas y se puso en guardia con la mano rozando la empuñadura del cuchillo. La detonación produjo un eco seco en todo el valle que se escuchó en repetidas ocasiones y cada vez más lejos, hasta que cesó por completo. Caleb intuyó que había sonado cerca de las tierras del señor Wright, sin embargo, sabía que este no estaba cazando en esos momentos porque había ido a visitar a unos parientes en el condado de Siskiyou. La sensación de que las mujeres podían estar en peligro no hizo sino aumentar su desasosiego. Pensó que podría tratarse del disparo de un trampero. Sopesó, además, la idea de que el disparo proviniese de los soldados que habían regresado al poblado, pero negó de inmediato tal probabilidad; en la última incursión que realizaron se los llevaron a todos a la reserva dejando a los

muerdos a merced de los animales. Aún recordaba el día que fue a la aldea y vio la masacre que habían cometido. Se le agrió la sangre y se le heló el corazón. Una terrible imagen que no se le borraría de la memoria por mucho que quisiese. Incineró a todos los muertos, de manera comunitaria, con la ayuda de algunos de sus hombres, sabiendo que de este modo se reunirían con los espíritus de *Jamul* —Coyote-Hombre— y *Kwanh* —Zorro Plateado-Hombre—; los creadores del universo para la tribu achumawi. Se largó de allí con la sensación de haber perdido ese día una parte de sí mismo. Movi6 la cabeza, apartando esas amargas imágenes.

«¿Habrán ocupado ya los colonos el territorio expropiado?», se preguntó. La incertidumbre hizo que tomara una rápida decisión: acercarse al río. Su instinto le decía que algo andaba mal y sabía que cuando tenía este tipo de presentimientos no debía de pasarlos por alto. El rifle que había dejado en la cabaña no se encontraba en ella y ese detalle era lo que le hacía recelar tanto. En ese instante, los jóvenes vaqueros que se hallaban en el picadero se dirigieron hacia su jefe alertados por el disparo. Este, al verlos, les encomendó la tarea de que diesen una vuelta por los alrededores en busca de las mujeres. Luego, montó con agilidad en su caballo overo de pelaje colorado y salió presuroso del rancho. A medio galope, tomó el camino principal que le llevaba hacia las tierras del señor Wright para desviarse, más tarde, hacia el río.

Mientras tanto, Rose salía por el frondoso y angosto sendero sin aliento y a punto de darle un síncope. La anciana llegó al abrevadero y se detuvo. Posó una mano temblorosa en el borde del pilón para apoyarse. Con la otra mano se secó el sudor de la frente. Se sentía desorientada. No recordaba por qué estaba tan sofocada y por qué había corrido tanto. Miró hacia el sendero unos minutos y se quedó pensativa. Intuía que su memoria le había vuelto a fallar. Murmuró un improperio. «¿Qué demonios hago en el abrevadero?». Calcetines ladró impaciente y la miró. De repente, recordó el motivo y caminó con paso ligero hacia la cabaña seguida del animal. Al entrar, no encontró al señorito Caleb y sintió cierto pesar. «¿A quién puedo pedir ayuda?», se preguntó. Salió de la casa y se dirigió hacia al picadero descubierto buscando a los muchachos. «¿Dónde están esos malditos diablos?», se preguntó exasperada al no verlos por el recinto. Se le ocurrió ir hasta los pastos para avisar al capataz, pero desechó la idea de inmediato al saber que era una pérdida de tiempo, ya que podría tardar horas en llegar hasta allí y ella necesitaba ayuda de inmediato.

Suspiró impotente. «¿Por qué no ha regresado ya el señorito Caleb de Burney?», se volvió a preguntar, angustiada, al no ver el caballo amarrado en el palenque. «¿Habrá dejado a Furia en las caballerizas?». Caminó hasta allí y buscó el caballo entre los distintos compartimentos que tenía el edificio. Vio que todos estaban vacíos y volvió hacia el interior de la cabaña. Por una parte, se sentía aliviada porque no recibiría una regañina por desobedecer sus órdenes. Era un hombre razonable y raras veces perdía los estribos con nadie, pero cuando lo hacía era mejor desaparecer del rancho durante días. Por otra, temía lo que le podía ocurrir a la muchacha si no regresaba antes que él. Preocupada como estaba, se sentó en el viejo sillón, cogió la Biblia y rezó una plegaria. De repente, se le ocurrió pedir ayuda al señor Wright. Decidida, se levantó y salió por la puerta. Bajando las escaleras del porche recordó que su vecino estaba de viaje y entró de nuevo en la casa. Dio un suspiro de resignación. Lamentó haberse dejado convencer con tanta facilidad por la muchacha. Estaban en un serio problema. Pensó en ir de nuevo al río y ayudar a la joven, pero su sensatez le dijo que una anciana poco podía hacer frente a esos dos hombres. Sin saber cómo remediar la situación, se puso a amasar el pan en un intento de tranquilizar sus agitados pensamientos. Esperaba de todo corazón que no le ocurriese nada a la muchacha y que volviese sana y salva al rancho.

Sana, sí podía decirse que seguía Anne a salvo no tanto. Tras la caída, logró incorporarse con torpeza del suelo y se mantuvo de pie sin soltar el arma humeante de sus manos. El hombro le dolía un poco debido al retroceso y los oídos le zumbaban por el fuerte e inesperado estruendo. Los caballos relinchaban inquietos, intentando soltarse de las ramas de enebro. La mujer y la niña se habían agazapado asustadas detrás de un gran arbusto de uvas de Oregón. El disparo había asombrado tanto a Anne como al propio hombre que la miraba con estupor. Tras el impacto del plomazo, Oso Solitario se había tambaleado hasta caer en la hierba. El sombrero de tule con forma de cesta que llevaba en la cabeza, rodó por el suelo y se detuvo en la orilla del río. El movimiento del agua lo arrastró hacia dentro y la corriente se lo llevó.

Anne vio que había herido al nativo en el hombro. Por la cantidad de sangre que manaba de él, pensó que la herida podía ser grave. Se quedó sin voz y le comenzaron a temblar las manos. Ella nunca había disparado a nadie de manera intencionada y lo ocurrido la había dejado paralizada.

Oso Solitario sintió mucho calor cuando el plomazo atravesó su piel. Poco después, un dolor atroz le quemó por dentro. Con escepticismo, se miró la herida y vio el orificio ovalado que la trayectoria de la bala había dejado. Gruñó enfurecido. De todas las cicatrices que tenía en el cuerpo ésta era la más dolorosa y la más humillante. No concebía que hubiese sido derrotado por una mujer blanca cuando había luchado con rivales más bravos que ella. Presionó la herida con la palma de la mano, evitando que brotase más sangre. Aguantó el dolor con la mandíbula apretada. Sus dedos se tiñeron de rojo con rapidez, manchando parte de su fibroso y desnudo torso. Hilos de sangre se deslizaron por su piel hasta ensuciar la hierba verde en la que se encontraba tendido. Empezó a respirar con dificultad. El dolor se le hizo insoportable, pese a que la herida había sido taponada. Los ojos comenzaron a nublársele a consecuencia de la pérdida de fluido. Su cabeza se embotó, pero su terquedad era más fuerte que el dolor que sentía e intentó incorporarse del suelo, mareándose al instante. De su garganta salió un alarido tan espeluznante que puso los vellos de punta a Anne. Volvió a tumbarse ante el dolor que le produjo semejante esfuerzo y cerró los ojos con la intención de tranquilizarse.

Comadreja de Cola Larga, nervioso, se acercó con cautela a su hermano sin dejar de mirar receloso a la mujer blanca. Se acuclilló y levantó su hombro con cuidado. Masculló un impropio al no ver el agujero de salida de la bala y dijo a su hermano:

—Comadreja de Cola Larga vengará tu sufrimiento, hermano. Hombre Medicina te sanará si te llevo ahora a la aldea.

El herido abrió los ojos y asintió cansado, cerrando los párpados a continuación. Una fina pátina de sudor cubría su frente. Comadreja de Cola Larga sacó una tira de tela oscura de la pequeña bolsa que colgaba en su cintura. Quitó la mano de su hermano de la herida y puso el trozo en su lugar con la intención de taponarla mejor.

—¡Yo no quería hacerlo! —exclamó Anne en ese instante. Su voz sonó más como un graznido que como una disculpa—. ¡Le dije que no se acercase! ¡Me caí y...! ¡Yo no quería hacerle daño!

Comadreja de Cola Larga giró, furioso, la cabeza hacia la mujer sin entender sus atropelladas palabras, aunque tampoco le importó. Desde el mismo momento que vio a Oso Solitario caer al suelo, sintió un odio profundo hacia ella. Le cegó la ira y el deseo de matarla. Antes de levantarse, colocó la

mano de su hermano sobre la herida y le instó que presionase el trozo de tela que había depositado sobre ella. Se limpió la sangre en su propio pecho, manchando de carmesí su piel canela. Se irguió despacio con la vista clavada en ella, intentando no sobresaltarla. Hizo amago de colocar su mano en la empuñadura de su cuchillo de obsidiana, pero ella se percató de sus intenciones y negó con la cabeza.

—¡Si mueves un solo dedo dispararé de nuevo! —exclamó con firmeza. El brillo beligerante que Anne vio en sus ojos almendrados le hizo recomponerse con tal rapidez que hasta se sorprendió del tono contundente y agresivo que empleó—. ¡Tira el cuchillo! —Hizo un ademán con el rifle en dirección a su cintura y volvió a encañonar al hombre a la altura de la cabeza. Comadreja de Cola Larga entendió el gesto e hizo lo que le pidió—. ¡También el suyo! —Con el rifle señaló la empuñadura que sobresalía de la vaina que llevaba el herido en la cintura. El hombre se agachó con lentitud e hizo la misma operación, arrojándola cerca del otro cuchillo y lejos de él. Las armas se ocultaron entre la hierba en cuestión de segundos—. ¡Ahora iros o disparo!

—Mujer de Cabello de Fuego debe morir, hermano —susurró Oso Solitario desde el suelo con signos evidentes de debilitamiento. Sus ojos eran apenas una fina rendija cuando miró a su hermano menor.

—Mi hermano ha subestimado el valor de Mujer de Cabello de Fuego —respondió en voz baja sin desviar los ojos de ella. La mujer los miraba atenta y con el ceño fruncido, intentando descifrar sus palabras—. Cuando te lleve con Hombre Medicina volveré al río. Mis flechas beberán su sangre, hermano.

—No. Mácala ahora —gruñó.

—Estás débil, hermano —murmuró—. Hombre Medicina debe sanarte pronto la herida. Debemos marcharnos.

Tras un breve silencio, Oso Solitario le dio la razón cuando el dolor se le hizo insoportable:

—Mi hermano es sabio, pero yo volveré y arrancaré la cabellera de Mujer de Cabello de Fuego.

Comadreja de Cola Larga asintió con la cabeza y le ayudó a levantarse. Su hermano mayor apretó los dientes ante el dolor que le produjo el movimiento. Maldiciendo a la mujer blanca, se apoyó sobre el cuerpo de Comadreja de

Cola Larga. Caminaron a paso lento hacia el lugar donde se encontraban los mustangs que seguían resoplando inquietos. Al llegar a ellos, Comadreja de Cola Larga susurró unas suaves palabras cuando vio sus ollares dilatados. Segundos después, los equinos movieron las orejas con ligereza hacia adelante y eso fue todo lo que necesitó para saber que se habían sosegado. Ayudó a montar a su hermano en uno de ellos y él se subió detrás con agilidad, agarrando las riendas del animal. El herido descansó su cuerpo sobre su torso y emitió un gruñido de dolor. A continuación, cerró sus cansados ojos. Antes de marcharse, Comadreja de Cola Larga dirigió su mirada más letal y asesina hacia la mujer blanca, sentenciando de este modo su muerte.

Anne emitió un profundo suspiro de alivio al ver como los dos caballos vadeaban el río y llegaban a la orilla opuesta sin ningún problema. Bajó el arma cuando estos siguieron su camino por la ribera y se adentraron entre un numeroso grupo de abetos blancos. Hasta ese momento, había tenido el corazón en un puño y a punto de explotarle. Ya no sentía los brazos a causa del peso del arma y de la tensión acumulada. Temblorosa, se restregó la mano derecha en la tela del vestido a causa del sudor. Hizo lo mismo con la otra, mientras se pasaba el rifle hacia la mano libre. No pensaba soltarlo hasta que no llegara al rancho. Exhausta, se sentó sobre la hierba con la respiración agitada.

Poco después, el sonido de los cascos de un caballo, en la dirección opuesta a la que se encontraba sentada, la volvió a poner en tensión y alerta. Se giró con ímpetu y se colocó la mano en la frente para darse sombra en los ojos. Distinguió la silueta de un hombre montado a caballo. El sombrero de fieltro de ala ancha y su indiscutible corpulencia verificó su suposición. El jinete se acercaba a ella, a medio galope, sorteando los arbustos que se encontraba a su paso. Presta, se levantó de entre la hierba y, como medida de precaución, volvió a encañonar el arma en dirección al desconocido.

Nube Blanca y su hija salieron en esos momentos del arbusto en el que habían permanecido escondidas, mientras la mujer blanca le daba la espalda. No quería ser capturada de nuevo y pensó que lo mejor que podía hacer era huir. Pero antes, se apropió del bastón de fuego, de los arcos de nogal y de las aljabas de fibra de tule torcida abandonadas junto a la roca.

—¡Espera! —gritó Anne cuando escuchó movimientos a sus espaldas y vio que se trataba de la mujer y de la niña.

Nube Blanca y Pequeña Saltamontes hicieron caso omiso y corrieron apresuradas hacia el cobijo del bosque. Al penetrar en él se pararon en seco. La mujer tiró las armas al suelo y estrechó a su hija entre sus brazos. La pequeña seguía temblando de miedo y jadeaba sin resuello debido a la carrera. La reconfortó unos minutos, mientras ambas recuperaban el ritmo de sus agitadas respiraciones. Después, puso un dedo en sus labios para que no emitiera ningún sonido y la instó a agacharse. Ella también lo hizo. Echó una última hojeada hacia el río a través de la maleza, al sentir curiosidad por la mujer blanca. Vio que un hombre alto y corpulento llegaba hasta ella montado en su caballo. No tenía la piel blanca y sus ojos eran rasgados, lo que le indicó que era de su raza, pese a que vestía como un hombre blanco. Ignoraba a qué tribu pertenecía. Desde esa distancia y con la única visión que le proporcionaba su ojo sano, le costó identificarle. No obstante, le resultaba familiar. Sabía que le había visto antes, pero no lograba ubicarle. Se dijo que se lo comentaría a su esposo cuando regresara junto a él. Como no quería permanecer más tiempo por los alrededores por temor a ser capturada otra vez, se levantó sigilosa del suelo y recogió las armas. Su hija la imitó en silencio. Nube Blanca hizo un mohín de desagrado al ver que la pequeña parecía un pequeño ciervo asustado.

—Tengo hambre —susurró Pequeña Saltamontes, cuando las tripas le sonaron de repente—. Quiero comer una trucha—. Nube Blanca sonrió ante esa inesperada petición y negó con la cabeza—. ¿Qué comeré entonces? —dijo la pequeña con el ceño fruncido.

—Conejo —le contestó en voz baja, pensando en la presa que Guardián del Cañón había cazado esa misma mañana.

La pequeña se abrazó a las piernas de su madre y respondió con una tímida sonrisilla en el rostro:

—Me gusta. —Miró con detenimiento el rostro magullado de su progenitora y su expresión se tornó seria—. Sangre. —Y señaló con su regordete dedito el lugar manchado.

Nube Blanca no le respondió, en cambio la abrazó para tranquilizarla. Ella sufría cuando los ojillos negros de su hija la examinaban con tanta inocencia y compasión. Se lamentaba que la viera con ese aspecto tan deplorable. Exhaló el aire que había acumulado en sus pulmones y, con un gesto de la cabeza, la apremió a alejarse de allí. Habían permanecido demasiado tiempo entre la

maleza y debían de regresar junto a Guardián del Cañón. Su esposo las estaría buscando con desesperación. Se adentraron en la frondosa vegetación y se ocultaron de sus depredadores más temibles: el hombre blanco y las tribus nativas que, como los modocs o los klamaths, los hacían sus esclavos; bien fuera para ser sacrificados en las piras o para ser vendidos en el mercado tribal de The Dalles.

Capítulo 7

Caleb desmontó del caballo hecho un basilisco cuando vio a la señorita Peabody cerca de la orilla del río.

—¡Deje de apuntarme, señorita Peabody! —gritó exasperado cuando llegó hasta ella. Anne bajó el arma. La furia que manaba del hombre la volvió a poner nerviosa—. ¡Maldita sea, mujer! ¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Yo... —tartamudeó la joven intentando explicarse.

—¡Usted debería de estar en el rancho cómo le ordené! —la interrumpió Caleb—. ¿Dónde está Rose?

—La mandé de regreso al rancho porque...

—No me interesan sus explicaciones, señorita Peabody. Cuando doy una orden se acata. Ahora, monte a caballo.

—Pero, señor Carter, deje que le explique lo que...

—He dicho que monte a caballo —ordenó amenazante—. No me haga repetírselo de nuevo.

El señor Carter le arrebató el arma y esperó que se subiese en el animal. Anne lo intentó, pero entre lo nerviosa que se encontraba y su intimidante presencia, erró varias veces al poner el pie en el estribo. Caleb, impaciente, la cogió de la cintura con brusquedad y la montó de lado. Casi se cae de espaldas si no llega a agarrarse con fuerza a las crines de Furia que relinchó disgustado por el fuerte tirón que recibió. Anne reprimió una queja e hizo un mohín de disgusto; los modales del señor Carter dejaban mucho que desear. Caleb tranquilizó al equino acariciándole el cuello colorado y parcheado de blanco. A continuación, descargó el rifle y guardó los cartuchos en una de las alforjas. Pensó que un arma cargada en manos de una mujer inquieta podría ser un peligro si se disparaba por accidente.

—¿Esa bolsa es suya? —le preguntó a la joven mirando hacia el suelo.

—Sí.

—Sujete el rifle y la bolsa —dijo una vez que le entregó el rifle, cogió el hatillo del suelo y se lo lanzó con ímpetu a la cara.

Poco después, montó en ancas junto a ella. Tomó las riendas y dirigió al animal rumbo al rancho.

Durante el trayecto, ambos permanecieron en un tenso e incómodo silencio. El sonido de los cascos herrados del caballo sobre la tierra y el piar de los pájaros fueron las únicas melodías, monótonas y agradables que se oían a su alrededor. La joven intentó no apoyarse en el torso del hombre, pero el movimiento del caballo y el pedregoso camino hicieron que, en varias ocasiones, tocara su camisa blanca con el hombro y sintiese el calor y la dureza de los músculos de su pecho. Se sentía extraña y vulnerable cabalgando junto a él. Miró, de soslayo, la piel canela de sus antebrazos; conducía las riendas con seguridad y destreza. Anne debería de estar furiosa con él por el trato recibido, pero en el fondo no lo estaba. Era consciente que le había desobedecido incluso teniendo motivos razonables para hacerlo. Pensó que si le hubiese dejado explicarse, ahora no estaría enfadado con ella y la situación sería distinta. Suspiró angustiada. Seguía sudorosa y sucia. «¿Puede la situación empeorar más de lo que ya está?», se preguntó preocupada. Esperaba que no. Por su bien, esperaba que no.

Caleb notaba la tensión en la señorita Peabody. Mantenía la espalda tan rígida como el mango de una escoba de abedul. Se aproximó más hacia ella con la intención de provocarla. Necesitaba hacerlo. La ira que bullía en su interior aún no se había amainado y deseaba descargarla sobre la joven. La muchacha se enderezó, más si cabe, cuando el suave aliento cerca de su oreja le hizo contener la respiración. Y Caleb lo notó. Ese gesto le hizo reprimir una sonrisa. Vio como el sudor le perlaba el cogote blanco y como los pequeños y alborotados mechones rojizos de su nuca se adherían a él formando caracolillos.

—Relájese, señorita Peabody. Todavía no voy a comérmela —dijo provocándola.

—Lo haría si usted dejase de... de... ¿Podría retirarse un poco, señor Carter? No hace falta que se pegue tanto a mí —dijo, alzando la cabeza a ocho pulgadas de su rostro. Los nudillos de sus manos permanecían blancos mientras apretaba con fuerza el arma y la bolsa.

—No sea tan remilgada, señorita Peabody. No creo que un poco de calor humano le haga tanto daño. Se ha vuelto usted muy sensible desde que trabaja en el rancho. ¿Teme que si la toco le contagie alguna enfermedad «bárbara»?

—No diga sandeces, señor. Es solo que...

—Hemos llegado, señorita Peabody —dijo, cortando de sopetón sus palabras. Algo que sentó fatal a la mujer que en ningún momento se había percatado de que habían llegado al rancho. El equino se detuvo junto a la cerca de madera blanca que permanecía abierta—. ¡Baje del caballo!

—¿Podría ayudarme, señor Carter?

—No —contestó, quitándole el arma de las manos y la bolsa. La empujó del caballo sin miramientos.

Anne dio un pequeño grito cuando sus botines aterrizaron sobre la tierra dura, perdiendo el equilibrio al instante. La bolsa le siguió después, golpeándole en la espalda. Se quedó a cuatro patas y con la respiración agitada. Con la caída, se había clavado algunas piedras en las rodillas. Entrecerró los ojos y dirigió su mirada más letal hacia el irritante y soez mentecato que seguía montado en el caballo y que sonreía de medio lado.

—Eso no era necesario, señor Carter —masculló malhumorada.

Anne se levantó del suelo, recogió la bolsa y sacudió la polvorienta tela. Reprimió una mueca de dolor al sentir escozor en la piel magullada.

—La espero en la cabaña. Cuando llegue, sus maletas estarán en la puerta.

Caleb dirigió el caballo hacia la entrada y cruzó los dos postes y el travesaño donde se anunciaba el nombre del rancho.

—¡No me iré, señor Carter! ¡No puede echarme sin el consentimiento de su hermana! —replicó, intentando darle alcance por el estrecho sendero de grava.

Se recogió el ruedo de la falda con la mano que le quedaba libre y aligeró el paso hasta llegar al claro donde se ubicaba la casa. El señor Carter ya estaba amarrando el caballo al poste cuando ella llegó. En ese momento, la señora Miller salía de la casa.

—¡Muchacha! ¿Dónde se ha metido? —preguntó la anciana, alborotada.

—¡Santo cielo! ¿No lo recuerdas, Rose? Estuvimos en el río. —Soltó la bolsa en el suelo y se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—¡Por todos los demonios! —blasfemó. De repente, su mente evocó

fragmentos de lo sucedido—. ¿Te hicieron algo esos «salvajes»? —preguntó, preocupada, bajando los peldaños del porche con sus inconfundibles y enérgicos andares hasta situarse frente a la muchacha.

—No, Rose, pero disparé a uno de ellos.

La conversación llamó la atención de Caleb que se giró hacia Anne con el semblante iracundo.

—¿Qué hizo usted qué? —preguntó él, entornando tanto los ojos que se quedaron en una rendija fina y negra.

—Traté de explicárselo en el río, señor Carter. Estaban lastimando a...

—Era una «salvaje» como ellos, muchacha —intervino la señora Miller con un gesto de desprecio en el rostro.

—Salvaje o no era una mujer que necesitaba ayuda, Rose —replicó Anne a la anciana—. Me dijiste que no pertenecía a la misma tribu que los indios que la golpeaban. Que ella pertenece al poblado que hay al otro lado del río.

—Bueno, sí. Creo que eso fue lo que te dije —contestó, rememorando de manera vaga las palabras que expresó en su momento.

—Lo dijo, Rose —aseguró—. ¿No recuerdas a la india tirada en el suelo? ¿No viste la sangre y las magulladuras en su cara? —preguntó al ver la confusión en el rostro de la anciana—. ¿Tampoco recuerdas a la niña pequeña que habían atado y que permanecía sollozando cerca de la mujer?

—Sí que las vi. Ahora lo recuerdo —afirmó, esta vez, más convencida—. Y creo recordar que también te ordené que nos marcháramos de allí.

—Iba a hacerlo cuanto te vi adentrarte en el sendero, Rose, pero el indio caminó hacia mí y no se detuvo cuando se lo ordené. Entonces, tropecé y me caí al suelo. El rifle se disparó y le herí en el hombro. ¡No quería dispararle, Rose! ¡Te lo aseguro!

—¿Lo mató?

—No, pero...

—¡¡Señorita Peabody!! —rugió Caleb. Ambas mujeres se callaron de inmediato y le miraron sin pestañear ante el tono duro de su voz—. ¡Maldita sea, mujer! ¿Qué demonios hizo? —preguntó blasfemando. Anne, tras unos

segundos de indecisión, optó por relatarle el desafortunado encuentro con los bárbaros. Momentos después, el señor Carter, hervía por dentro sin poder contener su furia—. ¡Se irá ahora mismo! ¡No la quiero aquí!

—Ya le he explicado por qué le disparé, señor Carter. Iban a atacarme. Le aseguro que los dejé marchar. Liberé a la mujer y a la niña del sufrimiento que le estaban ocasionando.

—¡Fuera del rancho!

En ese momento, el capataz llegaba al rancho tras una dura jornada de trabajo acompañado por tres vaqueros. El resto del grupo lo hizo por el camino contiguo a la entrada de la propiedad que conducía el ganado hacia los corrales. Ni el señor Carter ni la señorita Peabody fueron conscientes de ellos. Como tampoco fueron conscientes de la llegada de los peones. Las voces airadas de su patrón llamaron la atención de todos los recién llegados que, ansiosos por refrescarse el sudor en el abrevadero y dar de beber a los caballos, tuvieron que esperarse a hacerlo. El señor Evans y el trío de vaqueros se bajaron de sus monturas y se quedaron contemplando la escena con escepticismo. Desde que trabajaba para el señor Carter, el capataz sabía que nadie osaba alzarle la voz y, por lo visto, la joven lo hacía sin ningún tipo de reparo o temor. Admiró su arrojo y, al mismo tiempo, temió las consecuencias.

—¡No me irá! ¡Usted no me contrató! ¡Fue la señora Carter quien lo hizo!
—exclamó iracunda.

—¿Me desafía otra vez, señorita Peabody? —preguntó casi rozando con la boca su pecosa nariz—. No ose pelear con un contrincante mayor que usted si sabe de antemano que no va a ganar. ¡Lárguese ahora o lo lamentará después!

—¿Por qué no entra en razones, señor Carter y deja que se lo explique de nuevo? —preguntó al mismo tiempo que se separaba unas pulgadas de él.

—¿Razones? Razones son las que me sobran para que se vaya. ¿Todavía no se ha dado cuenta de la situación tan embarazosa en la que nos ha metido?

—No entiendo lo está insinuando, señor Carter —contestó confusa.

—¡Por supuesto que no lo entiende! —dijo exaltado—. ¡Usted parece que nunca entiende nada! —E hizo aspavientos con las manos—. Quiso dar un alegre paseo por el río como si pasara por el pueblo y no pensó en las

consecuencias que acarrearía ese acto. ¿Sabe a quién disparó, señorita Peabody?

—A un indio, creo —contestó dubitativa.

—Le estoy preguntando de qué tribu, mujer.

—No sé diferenciarlos, señor Carter, pero Rose me dijo que no eran del poblado que hay al otro lado del río.

Caleb se quedó pensativo unos momentos, bajo la atenta y asustada mirada de la muchacha, haciendo un repaso mental de todas las tribus nativas colindantes a las once *tribelets* que componían el territorio ancestral achumawi. Las últimas noticias que tenía era que las relaciones con los wintu, maidu, yana, e incluso con los paiute, seguían siendo favorables. Comercializaban con ellos la obsidiana, las pieles, los tendones... a cambio de wampum, conchas de Dentalia y bellotas, entre otros muchos productos. Cabía más la posibilidad que fueran guerreros de las tribus shasta, klamaths o modocs cuyos territorios fronterizos se encontraban en el estado de Oregón y con los que solían tener mayores hostilidades. Los conflictos eran en su mayoría comerciales, aunque también los había territoriales, de honor, pillaje e incluso de venganza; no obstante, rara vez se involucraban a tribus enteras en los enfrentamientos ni se buscaba la destrucción total del adversario. Para las tribus nativas, los conflictos eran necesarios porque el valor y la bravura en los combates eran considerados como los principios fundamentales de su cultura. El combatiente valeroso conseguía un lugar relevante en la tribu; de ahí sus continuas incursiones a los territorios vecinos. Se le vino a la memoria el último ataque que los modocs hicieron a la aldea a principios de verano.

—Si disparó a un guerrero de la tribu shasta, klamath o modoc, habrá represalias por ello. Si el guerrero sobrevive, no dude que vendrá a buscarla y si la encuentra, rece todo lo que pueda, señorita Peabody, porque la matará o, con suerte, puede que la haga su esclava. Si la hace su esclava, la mancillará tantas veces que no recordará ni su nombre. —Caleb le expuso la cruda realidad ante el problema que se le avecinaba. Le fue indiferente la expresión de angustia y temor que vio reflejado en el rostro de la joven. Le había metido en un serio problema y tenía que ser consciente a lo que se enfrentaba. De nada servía ocultarle o aliviarle la situación cuando él no podía hacer demasiado al respecto. La venganza se pagaba tarde o temprano y muchas tribus nativas no entraban a razones cuando la buscaban sedientos. Quién vivía

en estas duras y salvajes tierras o respetaba al prójimo o moría. Así de simple—. Con suerte, pueda que la venda en el mercado y se libre de él para caer en manos de otro que puede que la trate mejor sin sufrir más vejaciones. Si el guerrero muere, rece igualmente señorita Peabody porque su destino no será mejor, se lo aseguro. El infierno será más dulce que lo que los guerreros puedan hacerle en vida. —Anne temblaba por dentro ante las terribles y crueles palabras. La insensibilidad del señor Carter la enervaba por dentro, aumentando sus miedos y atenazando su corazón—. Si la dejo quedarse en el rancho pone en peligro a todos los que viven y trabajan aquí, incluyendo a los caballos y a las cientos de cabezas de ganado que ahora mismo tengo en los corrales. ¿Lo entiende ahora? Soy responsable de la vida de todos estos hombres. —Y señaló con la mano a los reunidos, en su mayoría mestizos indio-hispano-mexicanos y negros—. Nunca he tenido problemas con ninguna tribu y por una estupidez suya lo pagaremos todos.

—¡Los dejé marchar, señor Carter! ¡Me apiadé de él cuando lo vi herido en el suelo! ¡No soy ninguna asesina! ¡Fue un accidente! —La rabia y la impotencia de no poder deshacer lo ocurrido sacudía las entrañas de Anne. Reprimió las ganas de llorar, ya que en esos momentos de nada servía y dijo con la voz a punto de quebrarse—: Solo quería bañarme en el río, señor Carter. —Suspiró derrotada al ver la expresión impasible del hombre—. Solo quería eso. Estoy tan sudorosa que huelo peor que una mofeta. Trate de comprenderme, por favor. Necesitaba refrescarme con un simple baño en el río.

En esos instantes, Caleb miró con detenimiento su indumentaria. Las palabras de la mujer no le conmovieron pero sí el lamentable estado en el que se encontraba su vestido. Cubierto de polvo y rasgado por la parte baja. Dos enormes surcos de sudor se apreciaban debajo de las axilas a través de la tela marrón. Tenía el cabello revuelto y con briznas de hierba enredadas en él, lo que le daba un aspecto rebelde y hermoso. Era obvio que la joven cuando se sulfuraba era una indómita y descarada yegua. El deseo de domarla se le hizo acuciante.

—¡Condenada mujer! ¡Si quería bañarse no tenía más que pedirlo! —La agarró por la cintura y se la colocó en el hombro como si fuera un saco de patatas.

—¡Bájeme ahora mismo, señor Carter! —gritó pateando y golpeando el

torso del hombre, repetidas veces, con sus pequeñas manos—. ¡Se lo pedí a Rose! ¡Lo hice, se lo puedo asegurar! Me dijo que... ¡Bájeme, bruto! ¡Ayúdame, Rose!

—¡Señorito Caleb! —exclamó la anciana alterada y con las manos en jarras cuando vio a la muchacha en esas circunstancias tan inapropiadas. Se quedó frente a él sin amilanarse—. ¡Ponga ahora mismo en el suelo a la pobre muchacha! Yo soy la responsable de lo ocurrido. Yo consentí que fuera al río. Castígueme a mí si eso alivia su enfado.

—Aparta, Rose —susurró Caleb.

El tono de su voz cambió y se hizo más agresivo. Su mirada se volvió fría y dura. En ese momento, la anciana supo que la ira del hombre se acababa de desatar. Se apartó resignada.

—No le haga daño, señorito Caleb —dijo esperanzada—. Usted nunca le ha hecho daño a nadie. No lo haga ahora.

Caleb sabía que debía de dar un escarmiento a la muchacha. Los motivos, fuesen razonables o no, no la librarían del castigo que se merecía por su imprudencia.

—Siempre hay una primera vez, Rose.

La señora Miller se persignó preocupada por sus futuras intenciones. Caleb se giró y le azotó el trasero para que dejase de moverse. Había recibido un fuerte puntapié en el muslo y tuvo que reprimir un aullido de dolor. Sin embargo, no se reprimió de soltar en su lugar varios juramentos. Anne se tensó cuando sintió la palma de su mano en las nalgas. Indignada, gritó con más fuerza, pidiendo auxilio por su atrevimiento. Se sentía vilipendiada y avergonzada frente a todos los hombres que presenciaban el espectáculo. Vio rostros de asombro y otros de diversión entre los congregados. Algún que otro silbido escapó de entre el nutrido grupo, avivando más el ambiente.

Caleb caminó hacia el abrevadero. Cuando llegó hasta él, la dejó caer con brusquedad. El agua fresca y transparente rebosó cuando el cuerpo femenino se sumergió por completo en su interior. El desconcierto de la muchacha hizo que tragase líquido al no cerrar la boca a tiempo. Cuando emergió, tosió y tosió hasta que expulsó todo lo que había bebido. Apartó con violencia las guedejas de cabello mojado que le cubrían el rostro y miró, iracunda, al hombre con la respiración acelerada y los pulmones a punto de estallarle.

Tenía ganas de matarlo en el sentido literal de la palabra. No daba crédito ante semejante desfachatez. Él la miraba con arrogancia.

—Su simple baño, señorita Peabody. Lamento que no sea en el río. Hoy no olerá a mofeta.

Los hombres rieron al escuchar las palabras de su jefe.

—¡No me iré del rancho, patán! —gritó con toda la rabia que habitaba en su ser—. ¡No hasta que la señora Carter me lo pida!

—Bien. Entonces, todos lamentaremos las consecuencias de sus actos por ser tan terca. —Caleb se aproximó al pilón, se inclinó y colocó ambas manos en el borde de este, adoptando una postura más intimidante—. Y ahora, levántese de ahí. Los caballos han llegado sedientos y necesitan refrescarse. A menos que quiera que lo hagan estando usted dentro. —La provocó a conciencia.

Anne entornó los ojos al ver la expresión de satisfacción en el rostro del hombre y pensó que no le daría tamaño placer. Esbozó una sonrisa maliciosa y, sin levantarse del pilón, ahuecó sus manos en el agua y arrojó una gran cantidad en su rostro. Él la miró entre sorprendido y espantado por su atrevimiento al sentir como el agua mojaba su sudorosa piel. Antes de que el hombre reaccionase, Anne lo hizo de nuevo, empapando casi por completo su sombrero negro y la camisa blanca. Los hombres jalearon y agitaron los sombreros al aire, provocando más algarabía en el rancho. Caleb, ajeno a lo que pasaba a su alrededor, no se tomó bien la venganza de la señorita Peabody y, acto seguido, empujó hacia atrás la cabeza pelirroja hasta sumergirla en el fondo. La mantuvo unos segundos que, para su desgracia, se vieron interrumpidos por la intervención de la señora Miller:

—¡Que me aspen, señorito Caleb! ¡¿Es que piensa ahogar a la pobre muchacha?! ¡Demonio de hombre! —blasfemó, acercándose al pilón con un gesto de desaprobación en la boca. Intentó apartarlo del abrevadero con sus regordetas manos sin conseguirlo—. Deje de mortificarla y sáquela ahora mismo de ahí. La muchacha ya ha aprendido la lección.

Anne emergió cuando él aflojó el brazo. Tosió repetidas veces, expulsando el agua por la boca. Respiraba con tanta dificultad que, por un momento, se desorientó sin saber dónde se encontraba. Cuando se recuperó, escupió líquido cerca del rostro del hombre y vociferó:

—¡Patán! ¡Zopenco! ¡Gusano abominable! ¡Es usted un animal incivilizado!

—Se hubiese ahorrado el segundo chapuzón, señorita Peabody, si no me hubiese provocado —replicó Caleb.

Sin mediar más palabras, la sacó del agua con más esfuerzo que cuando la tiró en el pilón, ya que el vestido mojado ahora pesaba el doble. La depositó con tal rudeza en el suelo que casi pierde el equilibrio y cae al suelo. El señor Carter vio como la tela marrón se adhería a su esbelto cuerpo rebelando los generosos pechos y las redondeadas nalgas. Anne se sintió cohibida por su penetrante mirada y por los silbidos de júbilo del resto de los presentes que no dejaban de observarla con deseo. La señora Miller se interpuso entre la muchacha y el señor Carter, intentando ocultarla de las miradas lujuriosas de los hombres. A continuación, ladeó el rostro y clavó sus ojos marrones en el grupo, buscando al capataz. Cuando lo halló, gritó malhumorada y pronunciando su nombre de pila:

—¡Mose! ¡Dile a tus hombres que se marchen enseguida de aquí o se quedarán sin su ración de comida! ¡Podrán darles agua a los caballos cuando me lleve a la muchacha! —Todos los hombres, ante un gesto del señor Evans, se desperdigaron y se dirigieron hacia el barracón. Anne oía como murmuraban de ella mientras se alejaban. El deseo de que la tierra se la tragara se hizo apremiante y bajó la cabeza avergonzada—. ¡Y usted...! — exclamó apuntando con el dedo hacia el señor Carter—. ¡Usted...!

—Lo sé, Rose —la interrumpió antes de que le soltara una de sus largas reprimendas—. Ya me voy.

Caleb se marchó, ceñudo, hacia el establo con la imagen de la señorita Peabody en la retina. No se imaginó que verla en ese estado le afectaría tanto. Las curvas de la joven no le resultaron indiferentes a una parte de su cuerpo que había reaccionado con bastante rapidez y, eso, le tenía contrariado. Si verla mojada le agitaba las entrañas, estaba seguro que desnuda le haría temblar y ponerse de rodillas. Blasfemó por esos lujuriosos pensamientos y caminó dando largas zancadas hacia su destino. Llegó a la puerta del establo y desvió la vista hacia el lugar donde había dejado a las dos mujeres. Caminaban hacia la casa a paso lento. La anciana la arropaba con sus brazos como si fuera un cachorro herido. En ese momento, el peso de lo sucedido cayó de nuevo sobre sus hombros como una fría losa. Suspiró desanimado.

Debía de buscar una solución al problema o las consecuencias serían funestas. Lo primero que pensó fue en avisar a los muchachos para que estuviesen preparados ante cualquier ataque inesperado de las tribus shasta, klamac o modoc. Furibundo, cabeceó de un lado a otro imaginándose las futuras represalias que se le venían encima y que no sabría cómo detenerlas. Lo segundo sería advertirles que no se acercasen a la señorita Peabody bajo ningún concepto. Seguro que a más de uno se le había calentado la sangre al verla en ese estado. Dio un gruñido de exasperación, abrió la puerta con ímpetu y entró en el recinto con pasos enérgicos. «¡Maldición!», se dijo. Debía de parar esos pensamientos y concentrarse en el rancho. Tenía bastante trabajo que hacer y había perdido demasiado tiempo con la señorita Peabody.

Capítulo 8

«Su madre le cepillaba el largo y rizado cabello rojizo bajo el sol del atardecer, desenredando los nudos con suma delicadeza. A continuación, lo trenzó y lo colocó alrededor de su cabeza como si fuera una gran corona. Salpicó con unas florecillas blancas el recogido y cuando terminó, se sentó en la silla satisfecha. Anne le sonrió agradecida y le dio un beso en la mejilla como recompensa. En ese momento, sintió un suave cosquilleo en la nariz. Se rascó la piel e intentó aliviar la sensación de desagrado que le producía. Durante unos segundos lo consiguió hasta que volvió a sentirlo de nuevo... ».

—Señorito Caleb —murmuró molesta Rose, arrebatándole de la mano la pluma blanca que usaba para revisar los libros contables—. Deje dormir en paz a la muchacha. No debe perturbar sus sueños como tampoco debe tomarse esas libertades invadiendo su intimidad. Eso no es decente. No, señor. Le crié para que se comportase como un hombre cristiano. Actúe como tal, entonces.

La anciana cerró con ímpetu la cortina de vivos colores que había colocado la noche anterior en la pared y que le daba privacidad a la joven. Caleb se alejó ceñudo y se sentó de malas ganas en una silla. Rose caminó hacia la cocina, cogió un afiliado cuchillo y cortó rebanadas de pan que, con posterioridad, fue depositando sobre un plato.

—Pronto saldrá el sol —dijo Caleb impaciente—. Lleva durmiendo desde ayer. Le pago para que trabaje.

—Y lo hará, pero ahora deje que siga descansando. Ayer fue un día muy duro para ella. Y no me miré así. Soy consciente de los problemas que podemos tener con los «salvajes», pero ya oyó lo que ella dijo. No le disparó intencionadamente. Cualquiera en su lugar lo habría hecho igual. —Dio un profundo suspiro y añadió —: La pobre estaba tan agotada que se quedó dormida sobre la cama mientras le desabrochaba la ropa mojada. —Caleb gruñó irritado. No quería que le recordarse el desafortunado incidente del día anterior como tampoco quería oír detalles de cómo le quitaba la ropa a la señorita Peabody. Aún recordaba cómo una parte de su cuerpo reaccionó animoso al verla en ese estado y eso le tenía preocupado desde entonces. No quería sentir nada por la muchacha. Quería que se fuera del rancho. Volvió a soltar un gruñido gutural—. Deje de quejarse tanto y no haga esperar más a Mose. —La anciana echó un vistazo a través del cristal de la ventana y vio que el capataz estaba apoyado en el poste de madera del porche liándose un

cigarrillo—. Mientras habla con él, yo me ocuparé de terminar el desayuno. Ahora váyase y no me entretenga más.

Caleb se levantó de la silla a regañadientes. Antes de marcharse, preguntó:

—¿Esa tela que cuelga de la pared es la que cubría mi cama? —Y señaló con la mirada el familiar paño que ocultaba el lecho de la señorita Peabody.

—Sí. Y he puesto una colcha nueva en su lugar si eso es lo que le preocupa. Si no le parece bien, búsquele un lugar mejor donde dormir que no sea el barracón. Y ni se le ocurra pensar que lo puede hacer arriba. —Y señaló el altillo con la punta del afilado cuchillo—. Una señorita no duerme en la misma habitación que un hombre soltero. Y tampoco volverá a bañarse en el abrevadero ni irá al río. He mandado a uno de los peones a La triple C para que le comunique a la señora Emma que necesito un aguamanil para ella. Supongo que, más tarde, Tommy lo traerá en la carreta.

Caleb emitió otro gruñido gutural como respuesta y salió de la casa dando un sonoro portazo. La idea de que la señorita Peabody comenzara a apropiarse de sus cosas y de que se asentase en la casa no le entusiasmaba en absoluto. Tenía que tomar medidas más drásticas para que se marchase por su propia voluntad del rancho.

La señora Miller notó que la solución adoptada había puesto de malhumor al señorito Carter y no entendió el motivo. A ella le pareció de lo más sensato, así que siguió afanándose con el desayuno como si tal cosa.

Anne se despertó sobresaltada al escuchar un fuerte ruido a su alrededor. Tapada hasta la barbilla, abrió los ojos y parpadeó varias veces intentando ubicarse. Dio un pequeño bostezo y se quedó mirando las vigas de madera del techo. El calorcillo de la cama le agradó y no se atrevió a moverse. Enfocó la vista hacia la tela coloreada que dividía el lecho del resto de la estancia y se quedó pensativa. No recordaba haberla visto con anterioridad. Volvió a bostezar.

—¿Se ha despertado ya, Anne? —preguntó la señora Miller.

El ruido que la anciana hizo al coger una cacerola le indicó a la joven que la mujer se hallaba en la cocina.

—Sí, Rose —contestó a través de la tela. Era la primera vez que la llamaba por su nombre. Algo insólito desde que había llegado al rancho.

—Bien. Supongo que tendrá hambre.

—Bastante. Estoy famélica, Rose.

—Puedes asearte en mi habitación. Cuando hayas acabado, ayúdame a terminar con el desayuno de los muchachos y luego podremos hacerlo nosotras.

—Claro, Rose. Debiste de despertarme antes —dijo, levantándose rauda de la cama.

«¿El desayuno?», se preguntó Anne extrañada. No creía que hubiera dormido tanto tiempo. Puso los pies en el suelo y sintió la tibieza de las rugosas tablas de madera en su piel. Las abundantes horas de sueño le habían dado mucha energía. Pese a las funestas consecuencias que el encuentro con los dos nativos acarrearía sobre el rancho, esa mañana se sentía pletórica y de buen humor. Hasta el jergón le pareció más cómodo que el día anterior. Por alguna extraña razón, se sentía segura y protegida entre las cuatro paredes de la casa. En parte se lo debía a la señora Miller que la había reconfortado después de lo sucedido; las crueles palabras del señor Carter se habían quedado grabadas en su memoria y no se borraban de ella. Recordaba la sensación de soledad, desprotección y de pánico que sintió cuando las escupía por su boca sin ningún tipo de consideración.

—No te preocupes. La maleta la he puesto junto a la silla que hay cerca de tu cama. Puedes utilizar la silla si la necesitas. Mientras tanto, el resto podrás meterlo en mi habitación. Intentaré que alguno de los hombres ponga algunos ganchos en la pared para que puedas colgar la ropa. El vestido, las enaguas y los botines que se mojaron ayer están secándose al sol.

—Gracias, Rose —dijo, caminando descalza hasta la silla. Como no le daba tiempo ir hasta la letrina que había fuera de la casa, sacó la bacinilla que había debajo de la silla y orinó. Luego, volvió a colocarla en su lugar. Se inclinó sobre el equipaje que descansaba en el suelo y lo abrió. Sacó el tercer vestido que le quedaba y lo examinó unos segundos con ojos críticos. Era una sencilla prenda de percal azul marino estampada, de cuello alto y mangas largas, que se abotonaba en la parte delantera del pecho y que mostraba algunos remiendos en la parte baja del ruedo de la falda. Hizo un mohín de desagrado y, luego, se encogió de hombros al no tener otra prenda mejor que ponerse. Lo dejó sobre la silla y se deshizo del camisón que arrojó sobre la

cama para quedarse tan solo con los calzones blancos. Luego, se colocó la camisola de muselina, las medias de hilo blanco y las enaguas que había en el fondo de la maleta. Con agilidad se puso el vestido y se calzó los mismos botines que había utilizado durante el viaje. Con impaciencia, buscó el peine de marfil en la maleta y cuando lo encontró, cogió las horquillas que había dejado en una caja de madera que le servía de mesita. A continuación, describió la cortina y entró en el dormitorio de Rose para asearse en el aguamanil. Intentó domar los rebeldes y largos rizos con el peine, mientras reprimía con gesto de dolor algún que otro tirón. Se lo trenzó con agilidad y se hizo un sencillo recogido en la parte posterior de la cabeza con la ayuda de las horquillas. Salió de la habitación y depositó el peine en la maleta. El escaso tiempo que había empleado la había dejado sin aliento, por lo que aspiró aire y lo exhaló con suavidad para tranquilizarse. Luego, caminó hasta la cocina y dio los buenos días a la señora Miller. Esta le señaló con el dedo el delantal blanco que había encima de la mesa y Anne se lo puso. Arrugó la pecosa nariz al percibir un fuerte olor en el ambiente. De reojo vio que Rose depositaba algunos trozos de tocino, pasados por una sartén, en una bandeja de peltre. Supo enseguida de dónde provenía el olor.

—El señor Carter ha sido muy amable, Rose —dijo Anne a la mujer—. Agradezco el detalle que ha tenido al darme cierta privacidad. —Y señaló con la mano la tela que colgaba desde un extremo a otro de la pared.

—Oh, no muchacha. No te equivoques con eso. Fue idea mía. Como también fue idea mía que te dejara dormir un poco más esta mañana. Si por él fuese, estarías trabajando mucho antes de despuntar el alba.

Anne se sorprendió por la consideración de la anciana. El notable cambio era palpable en ella. De manera instintiva, la besó en la mejilla como agradecimiento.

—Gracias, Rose. Eres un amor.

Deseó abrazarla también, pero se contuvo al ver la mueca de desagrado en el rostro de la mujer. Desde la muerte de sus padres, sentía deseos de abrazar o de ser acariciada por alguien. En muchas ocasiones, se sentía sola y triste; los echaba de menos.

—Vamos, mocosa. Déjate de zalamerías conmigo —replicó, haciendo aspavientos con las manos.

La señora Miller sabía que se había mostrado bastante seca con la muchacha. Recibir tantas muestras de agradecimiento en tan pocos días le estaba ablandado el corazón y ella no quería que la muchacha lo percibiera tan pronto. La miró unos breves instantes sin que se percatara. La joven tenía carácter, pero también buen corazón. Lo supo desde la primera vez que la besó en la mejilla.

Anne no la molestó más. La señora Miller se volvía bastante arisca cuando se le mostraba un poco de afecto. No se lo tomó a mal y cogió un buen pellizco de pan recién horneado que había sobre un plato. Sopló para entibiarlo y, luego, se lo metió en la boca para calmar el hambre.

La anciana sonrió al ver el rostro de felicidad en la joven. Ese gesto le recordó al señorito Caleb que también pellizcaba el pan recién horneado cada mañana. «Pocas carnes rellenan ese cuerpo tan joven», pensó la anciana, preocupada.

—Delicioso, Rose —le dijo a la mujer una vez que tragó el alimento.

La señora Miller cogió un pedazo de tocino chorreante de grasa y se lo entregó pinchado en un tenedor. Anne arrugó la nariz, mientras sostenía el tenedor con la mano. La anciana hizo un gesto con la mano y le insistió que lo probara junto con otro pedazo de pan. La joven lo hizo y, tras averiguar que estaba más sabroso de lo que imaginaba, lo ingirió de un solo bocado. Agradecida, sonrió a la señora Miller. Después, comenzó a repartir los huevos revueltos y el resto del tocino en los platos vacíos que había sobre la encimera. Mientras tanto, la mujer se dedicó a echar los granos de café, previamente machacados en el mortero de piedra, en el agua hirviendo.

Caleb pilló masticando a la muchacha cuando entró en la casa. Ella le miró de reojo y se tensó al notar que la observaba de hito en hito. La corpulencia y la seguridad del hombre la apabullaban. «¿Por qué no me deja tranquila?», se preguntó molesta. Tenía la impresión que disfrutaba fastidiándola. En ese instante, la anciana dirigió una rápida ojeada al señor Carter y arrugó los labios con desaprobación al ver el entrecejo fruncido de este; presagiaba que no iba a tener una mañana tranquila. Removió el líquido oscuro con la cuchara de madera, esperando una réplica suya.

—Vaya, vaya, vaya. La dama ha despertado del profundo letargo —dijo jocoso. Anne hizo caso omiso a sus palabras y siguió rellenando los platos. La

señora Miller gruñó molesta al escucharle—. Si quiere comer y dormir, debe trabajar las horas que se le piden. No le pago para holgazanear, señorita Peabody.

—Señorito Caleb —intervino Rose, dejando de remover el café—, no sé qué bicho le ha picado esta mañana para que tenga ese humor de perros. Si no ha podido dormir bien esta noche, no es problema de la joven. Déjela en paz y ponga esto en la mesa del cobertizo. Procure no quemarse al cogerla. —Y le entregó una humeante olla de guiso de res con alubias que había cogido de una de las placas de la estufa. El señor Carter la agarró de las asas con cuidado.

—Ese no es mi trabajo, Rose.

—Oh, eso ya lo sé —repuso ella, apartando la olla dónde hervía el café y depositándola en una placa vacía. Le miró y continuó—: La muchacha está ocupada con otra cosa y necesito que alguien lleve el desayuno a los hombres. Dígales que enseguida les llevaremos el café, el pan y el resto de la comida. Ahora salga de mi cocina y haga lo que le he mandado.

—Me temo que esto tendrá que esperar, Rose. —Depositó la olla encima de la mesa y se giró hacia las dos mujeres—. Necesito que la señorita Peabody salga un momento afuera. Al parecer, ha hecho ya amigos en el condado. —Se cruzó de brazos, esperando que la joven se girara y le mirase—. No tengo todo el día, señorita Peabody. Deje lo que tiene entre manos y venga conmigo.

—¿Amigos? —preguntó estupefacta, depositando el tenedor sobre uno de los platos.

—Eso he dicho.

Caleb salió por la puerta sin dar más explicaciones y Anne se frotó las manos en el delantal, nerviosa. La señora Miller se asomó por la ventana y no vio a nadie en el exterior. Intrigada, salió de la casa tras ellos con la olla entre sus manos y se quedó en el porche mirando a su alrededor. Tenía interés por saber de quiénes se trataban, pero le urgía llevar la comida a los hombres, por lo que no le quedó más remedio que dirigirse hacia el cobertizo donde la esperaban más de una docena de cabezas hambrientas.

«¿Quiénes pueden ser?», se preguntó Anne con insistencia. No le había dado tiempo a hacer demasiados amigos en el nuevo continente y los que hizo se quedaron en Coloma. ¡Coloma! Allí solo había hecho amistad con dos

muchachas de su edad. «¿Han viajado hasta aquí por el simple placer de saludarme?», se preguntó escéptica. Lo dudaba, sin embargo, se sintió esperanzada con la idea; deseaba encontrarse con rostros conocidos. Cuando no vio a nadie en el porche su curiosidad creció.

Caleb bajó los tres peldaños e instó con la cabeza a la reticente joven que le acompañase. Anduvieron hacia el estrecho sendero que les conducía hacia la entrada del rancho y cuando llegaron hasta él, el señor Carter abrió la puerta de madera blanca y dejó pasar a la joven. La espontánea caballerosidad del hombre sorprendió a la muchacha, ya que hasta ahora solo se había limitado a mostrarse soez e incivilizado con ella. Se quedó perpleja cuando vio quiénes eran los amigos a los que se refería el señor Carter.

—Señor Carter —tartamudeó Anne—, son...

— Sí, son indios.

—Pero yo no tengo...

—¡Maldita sea, mujer! Deje de poner esa cara de espanto y compórtese como lo haría con cualquier otra persona.

Pero la reacción asombrada de Anne no se debía a la raza de las tres personas que la miraban con el semblante serio —cómo así suponía el autoritario señor Carter—, sino al simple hecho de que los tres nativos no eran amigos suyos; de ahí que se sintiera tan confusa con su afirmación.

—¿Puede diferenciarlos? —preguntó. Era lo único que se le ocurrió decir en esos momentos tan insólitos.

—Sí. Son de la tribu achumawi.

—Vaya. —Anne se quedó perpleja cuando lo supo. Pensaba que él no se relacionaba con los nativos, pese a que por sus venas corriese su misma sangre. En ese momento, reconoció a la mujer que tenía el rostro desfigurado. Estaba medio escondida detrás de un hombre. Junto a ella y aferrada a sus piernas, se encontraba una niña regordeta y de corta edad. Se chupaba el dedito y la miraba con timidez. Un taparrabo era lo único que cubría su pequeño cuerpo—. Esa es la mujer y la niña que encontré en el río. Uno de los indios la golpeaba con saña, señor Carter.

—Lo sé. Guardián del Cañón me lo hecho saber. Han venido a saludarla y a mostrar su gratitud. Dicen que están en deuda con usted.

—¿Conmigo?

—Eso me ha dicho. No me defraude y acepte todo lo que le ofrecen.

El guerrero achumawi se adelantó unos pasos y se quedó frente a ellos.

—Guardián del Cañón venir como amigo de Gran Halcón y...

—Le ha llamado Gran Halcón —interrumpió Anne cuando escuchó el extraño nombre que el nativo había utilizado para nombrar al señor Carter.

—Sí, mujer —masculló Caleb—. Es así como me conocen en el poblado. Ahora cálese y no vuelva a interrumpirle.

—Oh, claro —dijo, mirando las prendas del guerrero achumawi.

Eran parecidas a las que utilizó el señor Carter el día que ella llegó al rancho. El hombre, de complexión recia y color de piel algo más oscura, medía unas ocho pulgadas menos que el señor Carter y compartía rasgos faciales similares.

—Guardián del Cañón venir como amigo de *rostro pálido*. —Continuó el hombre. La saludó alzando la mano con la palma hacia delante—. *Rostro pálido* salvar a Nube Blanca y Pequeña Saltamontes de *gente del sur*. Agradecer con pieles de conejo y comida.

El guerrero achumawi hizo un gesto con la mirada hacia su esposa para que se acercase hasta la mujer blanca. Nube Blanca caminó unos pasos y depositó en el suelo las pieles de conejo y los dos pequeños cestos de tule decorados con cuentas de vidrio en blanco y azul: uno contenía larvas de orugas y el otro, raíces y bulbos. A continuación, sacó el collar de conchas de Dentalia que pendía de su cuello, se aproximó hacia la mujer blanca y lo colocó con delicadeza en el suyo. Deshizo sus pasos y volvió al lado de su esposo y de Pequeña Saltamontes que seguía mirando cohibida a Anne. La repentina timidez de la niña extrañó a Caleb. La pequeña siempre se había mostrado muy dicharachera con él cuando visitaba el poblado e incluso se sentaba entre sus piernas para ver jugar el *calledtokolé* —uno de los juegos favoritos de la tribu achumawi basado en las adivinanzas. En ese instante, no intentó establecer ningún tipo de comunicación con Pequeña Saltamontes al verla tan retraída y se limitó a expresar:

—*Rostro pálido* está complacida y acepta la comida y las pieles de conejo. Como agradecimiento, se comerá las larvas en vuestra presencia.

Caleb sabía que esto último era innecesario, pero la idea de seguir provocando a la señorita Peabody le resultaba tan tentadora que quiso saber si actuaría de manera sumisa o, por el contrario, se rebelaría ante su orden.

—¡De ninguna manera, señor Carter! —replicó, de inmediato, Anne con una mueca de repulsión en el rostro—. No haré semejante sandez. Antes masticaría un puñado de heno.

—Aplaque su ira, señorita Peabody —masculló—. No sea desagradecida con ellos. Tiene que hacerlo —insistió ante su esperada reacción.

—Hágalo usted. Y no soy desagradecida, señor Carter. Muestro sensatez y coherencia frente a lo que me pide. Comer insectos es algo repugnante.

—Baje la voz y no los ofenda. No es a mí a quién han traído el obsequio, señorita Peabody. —Se agachó y cogió una larva del cesto de tule. La pequeña oruga se movió entre sus dedos con la intención de escaparse. Se acercó a Anne y la sujetó del antebrazo. Vio su descompuesto semblante e insistió—: Abra la boca y no sea tan quisquillosa, mujer. Las larvas de oruga son muy nutritivas.

—¡Se ha vuelto demente! —exclamó la mujer, intentando deshacerse de su agarre. Le importaba bien poco si ofendía o no a los tres nativos. Ella no lo probaría. Hubo un pequeño forcejeo entre ambos hasta que Anne le dio un golpetazo en la mano y la larva cayó al suelo. Caleb esbozó una sonrisa burlona. En ese momento, Anne se dio cuenta de que solo intentaba enojarla y eso la enfureció más—. Si vuelve a hacer semejante necedad, —le amenazó con el dedo— le aseguro que será usted quién pruebe tan sabroso alimento, señor Carter.

El señor Carter fue a contestarle cuando Guardián del Cañón que escuchaba la conversación con el ceño fruncido, habló en su propio idioma para desconcierto de Anne:

—Gran Halcón tiene una esposa pequeña y valiente que no sabe frenar su lengua.

—No tengo esposa, Guardián del Cañón. Ya lo sabes —contestó Caleb.

—Gran Halcón se comporta como si tuviera esposa. —Caleb negó con la cabeza—. Entonces, quiero una segunda esposa por un arco y diez puntas de flechas.

En ese instante, Nube Blanca farfulló algo con un gesto de desaprobación en el rostro. Guardián del Cañón le miró de soslayo al ser consciente de sus celos. Sonrió para sus adentros. La amaba solo a ella y no pretendía tener más esposas; solo estaba jugando con Gran Halcón.

—No está en venta —respondió Caleb, agarrando con posesividad la cintura de la muchacha.

El contacto sorprendió a la joven que intentaba apartarse del señor Carter sin conseguirlo. Anne no comprendía el idioma que hablaban y ese hecho la disgustó, ya que la dejaba en la ignorancia y con la sensación de ser una moneda de cambio.

Guardián del Cañón sonrió de medio lado al ver el comportamiento territorial del joven Gran Halcón y presionó un poco más para comprobar su siguiente reacción.

—Muestras mucho interés por una mujer que no quieres como esposa. Ofrezco por ella —insistió— un arco, diez puntas de flechas y dos pieles de mapaches.

—He dicho que no está en venta —masculló desafiante.

—No tengo nada más que ofrecer. Antes que el sol se levante tres veces, volveré con más pieles para ofrecerte.

—Si te acercas a la mujer blanca o pisas estas tierras, te pegaré un plomazo en la cabeza y, luego, la colgaré en el cabecero de mi cama como trofeo —le amenazó.

Guardián del Cañón, sin amedrentarse por la advertencia, carcajeó; lo que hizo que la mujer blanca se sobresaltara. Sabía que Gran Halcón no decía la verdad; le conocía bien. El único descendiente de Caballo Negro, su hermano mayor, nunca podría hacerle daño.

—Cazaré en las tierras del hijo de Caballo Negro siempre que quiera —expresó con prepotencia—. Los soldados lo destruyeron todo y necesitamos comer.

Caleb era consciente de la situación tan calamitosa que atravesaban y chasqueó la lengua con impotencia por los cambios tan drásticos que había sufrido toda la tribu.

—Podéis quedaros en el rancho —ofreció solícito—. Hay comida suficiente para alimentar más bocas.

—No. Lucharé por la tierra que le fue arrebatada a mi pueblo y cazaré para Nube Blanca y Pequeña Saltamontes —objetó con la arrogancia propia de su raza. Hizo una larga pausa y, luego, expresó con cierta complicidad a su sobrino—: No entiendo a los hombres blancos, Gran Halcón. La tierra es sagrada para nuestro pueblo. ¿Cómo pueden comprarla o venderla? —Negó con la cabeza—. Nadie puede hacerlo. Es la madre de todos nosotros y todos debemos tener derechos iguales sobre ella. Todas las cosas tienen vida aquí. —Extendió su brazo y abarcó con él todo el lugar—. Los árboles tienen vida, las rocas tienen vida, las montañas, el agua, todo está lleno de vida. Las piedras, los árboles y las montañas se hablan entre sí como nosotros. Podemos escucharlas si se presta atención de noche. —Al instante, su rostro se endureció y dijo de manera tajante—: No volveré a la reserva. Antes prefiero morir que pisar esa tierra tan yerma como el desierto. —Refiriéndose a la reserva en el condado de Mendocino de la que había huido. A continuación, caminó unos pasos hacia Gran Halcón cuando vio que su semblante se había transformado en uno más grave y optó por cambiar el hilo de la conversación. Sabía que en el fuero interior de su sobrino se libraba una dura batalla y se arrepintió de haberle mostrado de manera tan clara sus inquietudes. Conocía bien la preocupación que tenía Gran Halcón por la salud del *wehelu* y por todos aquellos que no habían logrado escapar del confinamiento impuesto por el hombre blanco en la reserva—. Los cuerpos de mis hermanos regresaron a la Madre Tierra y sus espíritus se reunieron con Coyote y Zorro Plateado. Ahora, ellos velan por sus hijos. Tengo una terrible cuenta que saldar con Gran Halcón. —Caleb sabía que se refería al hecho de haber incinerado los cuerpos asesinados por los soldados aquel aciago día en la aldea—. Debo irme. Piensa en mí oferta.

Caleb esbozó una ligera sonrisa sin caer de nuevo en su provocación y le respondió antes de marcharse:

—Canjeaste por Nube Blanca cinco ponis, un caballo, una carreta, ropa y varias sartas de conchas. No habrá trueque por algo tan pobre cómo lo que me ofreces. Gran Halcón sabe que ya no eres un hombre tan rico como para tener una segunda esposa.

Guardián del Cañón soltó una carcajada ante su sagacidad y le contestó:

—Te enseñé bien a negociar, Gran Halcón. El espíritu de mi hermano está orgulloso de su hijo.

Caleb asintió con la cabeza sin llegar a expresar ni física ni emocionalmente el sentimiento de felicidad que sus palabras le produjeron al mencionar a su padre.

Guardián del Cañón se despidió de ellos y se marchó junto con su esposa y su hija por el mismo camino por el que habían llegado. Caleb y Anne no apartaron la vista de ellos hasta que penetraron en el bosque.

—¡Suélteme de una vez, señor Carter! —exigió Anne una vez que los nativos desaparecieron de su vista. Caleb lo hizo sin demasiada prisa—. ¿Qué le ha dicho el indio?

El señor Carter gruñó por el tono empleado hacia el hombre que consideraba como a un hermano.

—Se llama Guardián del Cañón, señorita Peabody.

—Oh, lo siento. ¿De qué han estado hablando ese Guardián del Cañón y usted?

—De nada interesante, señorita Peabody. Es hora de que regresemos al rancho.

—Entonces, ¿por qué dejó de hablar en nuestra lengua?

—Guardián del Cañón no se defiende demasiado bien con ella —contestó con una excusa.

—Entiendo. Puede hablarlo cuando le interesa y en ese momento no le convenía. Hablaban de mí, ¿no es cierto?

Caleb se sorprendió ante la suspicacia de la mujer.

—No saque conclusiones precipitadas, señorita Peabody. —En ese momento, su estómago gorgoteó y le dio el pretexto perfecto para marcharse de allí. No le apetecía hablar con ella sobre la estrecha relación que tenía con Guardián del Cañón—. Mi estómago tiene hambre. Hoy tendremos que tomarnos el desayuno frío.

Caleb cogió las pieles de conejo y los dos cestos de tule del suelo y caminó por el sendero que le llevaba hasta la cabaña, anteponiéndose a la

muchacha y dejándola atrás. Anne se quedó estupefacta al ver que para el señor Carter los buenos modales habían dejado de existir tras la partida de los tres nativos. Se quitó del cuello el pesado collar de conchas y lo guardó en uno de los bolsillos del delantal. No quería que la señora Miller le hiciera ningún reproche cuando se lo viera puesto. Le siguió despacio, deleitándose con su cuerpo.

—Vamos, señorita Peabody. Dese prisa —le apremió, girando la cabeza en su dirección. Vio que ella iba a un paso más lento y chasqueó la lengua con desaprobación—. Tiene que resarcirme el tiempo que perdió durmiendo o se lo descontaré de la paga. ¿Pensaba que se iba a librar con tanta facilidad de ello?

—No fue mi intención dormir tanto —replicó—. Si me hubiese...

—No tengo tiempo para oír sus explicaciones —le cortó de inmediato—. Camine más rápido.

«Hombre insufrible y autoritario», pensó Anne mientras le obedecía.

Ambos se dirigieron hacia el cobertizo donde los peones y los vaqueros terminaban el desayuno. La señora Miller les esperaba ceñuda. Al llegar, Caleb depositó las ofrendas en el suelo y le habló de la llegada de Guardián del Cañón y su familia. Como era de esperar, la anciana, renuente a la presencia y al trato con ellos, refunfuñó molesta al mismo tiempo que les servía la comida. A la mujer no le gustaba que los nativos se aproximaran tanto al rancho y se lo hizo saber a Caleb con el cucharón de madera apuntándole en el pecho. Este continuó con el desayuno haciendo caso omiso a sus palabras; siempre que intentaba hacerla entrar en razón se daba cuenta que perdía el tiempo. Anne terminó el desayuno con rapidez y se levantó del tocón de madera. Los últimos hombres que quedaban en la mesa, antes de marcharse a los corrales, le agradecieron a la muchacha el desayuno. Ella se quedó mirándolos sorprendida. Sin embargo, los vaqueros sabían de sobra el porqué de su agradecimiento. Desde que la joven había llegado al rancho, el sabor de la comida había mejorado y volvía a ser comestible. En más de una ocasión, los despistes de la anciana les habían provocado fuertes retortijones en el estómago durante todo el día.

—¿A dónde crees que vas, muchacha? No deberías comer tan deprisa —replicó la señora Miller—. ¿Cómo pretendes rellenar ese cuerpo tan

flacucho si no dejas que el alimento te llegue al estómago? Vamos. Siéntate ahora mismo y tómate el resto del café con calma. He visto que no has probado nada del guiso. —Depositó con energía un cucharón lleno sobre el plato y se cruzó de brazos esperando que lo probara.

—No suelo comer tanto, Rose. Además, debo ocuparme de fregar los platos, de recoger la ropa seca y de limpiar la estufa de hierro. —Miró de reojo a Caleb que escuchaba atento la conversación y agregó a propósito—: Si no recupero las horas perdidas el señor Carter me las rebajará de la paga.

—No harás tal cosa hasta que no te hayas alimentado como Dios manda. Ahora, come. —Anne lo hizo obediente bajo su atenta mirada—. Ya te ocuparás más tarde de todas esas tareas. Y el señorito Caleb no tiene por qué meterse en los asuntos de mujeres. —Le miró molesta y con los brazos en jarras.

Caleb terminó de dar el último sorbo al café frío y le contestó a la anciana:

—Siempre que esos asuntos me afecten de modo alguno y me hagan perder dinero, serán de mi incumbencia, Rose.

—Ah, eso sí que no —repuso la anciana—. Los asuntos de mi cocina nunca han sido de su incumbencia, señorito Caleb. ¿A qué viene ahora tanto interés? Déjenos trabajar tranquilas y ocúpese de recuperar el dinero que les robó el maldito administrador. Eso sí que es de su incumbencia. Ese hombre nunca me pareció un caballero de fiar. Siempre se lo dije y ni la señora Emma ni usted me hicieron caso. Deberían ahorcarle por traicionar a la familia Carter. —Anne dio un ligero respingo al escuchar las palabras «ahorcarle» y «traicionar»—. Desde que tiene la cabeza metida en todos esos libros raros, su humor no ha hecho sino empeorar cada día que pasa y ya me estoy cansando de escucharle quejarse tanto. Busque rápido a otro administrador y deje a los demás respirar tranquilos, señorito Caleb.

Ese simple comentario aclaró de inmediato a Anne el motivo por el cual el señor Carter había ido hasta Burney aquella mañana. Las piezas comenzaban a encajarle.

—Contén tu lengua, Rose —murmuró con seriedad y añadió—: Estaré en el salón. —Se levantó del tocón y advirtió a Anne—: Procure no formar demasiado ruido cuando esté limpiando. Necesito silencio mientras trabajo.

—Descuide, señor Carter. No notará mi humilde presencia durante el

tiempo que permanezca dentro de la casa —contestó mordaz.

La señora Miller desvió la vista hacia la entrada del sendero y vio a Tommy salir de él.

—Ahí viene Tommy —dijo la anciana—. Ha llegado antes de lo esperado. Llamaré a algunos de los muchachos para que le ayude a descargar lo que trae.

—Ya me encargo yo, Rose —se ofreció Caleb, mirando en la misma dirección que ella.

—De ninguna manera hará tal cosa. Tiene trabajo pendiente.

—Puede esperar.

En esos momentos, Tommy se acercó vacilante hacia el cobertizo donde se hallan las tres personas y se quedó frente a ellos sin dejar de girar el sombrero entre sus manos.

—En la carreta traigo lo que p-pidió, señor Carter.

—Enseguida te hecho una mano, muchacho. —Se acercó hasta él y le revolvió el cabello cuando lo vio tan tenso. Luego, se dirigió a Anne—. No sé cómo se las ha arreglado, señorita Peabody, pero le aseguro que el aguamanil será el único mueble que entre por esa puerta, ¿lo ha entendido bien?

—Yo no he pedido nada —objetó Anne. De hecho, le parecía un gran lujo tener un lavamanos para ella sola.

—Y ahora que recuerdo... —murmuró la señora Miller pensando en el granero.

Caleb dirigió sus intimidantes ojos hacia la anciana para que se callara, pero esta replicó sin hacerle caso:

—No conseguirá intimidarme con esa mirada, señorito Caleb y oír lo que tengo que decirle. Hay una vieja bañera en el granero que nadie utiliza. Solo tienen que traerla hasta la casa. Ya me ocuparé yo de adecantarla.

Caleb soltó un gruñido de resignación y dijo a la muchacha:

—De ahora en adelante se conformará con lo que hay en la casa, le guste o no. ¿Me he explicado con claridad?

—Sí, señor Carter —contestó, aguantando las ganas de replicarle de nuevo.

—Cama, comida y paga, señorita Peabody. Recuerde que eso es lo único que se mencionaba en la oferta de trabajo. Si no le gusta, ya sabe lo que puede hacer. —Y miró hacia el sendero que conducía a la salida del rancho—. El resto tendrá que buscárselo por sus propios medios. Si vuelve a desobedecer alguna de mis órdenes o se mete en otro problema, no dude que la echaré de inmediato con una buena patada en el trasero. ¿Alguna pregunta?

—No, señor —respondió con rabia.

Caleb vio el brillo airado en sus ojos y supo que se estaba conteniendo a duras penas. Sonrió para sus adentros. O domaba a la rebelde yegua o esta se iría antes de terminar la semana como había pronosticado. Él seguía apostando por la última opción, pese a tentarle más la primera.

—Señor Carter —interrumpió Tommy con timidez. Al muchacho le costaba pedirle cosas, pero en esta ocasión se decidió a hacerlo. Pese a que siempre le trataba bien y nunca había tenido ningún problema con él, su tamaño le intimidaba y le ponía nervioso. No le ocurría lo mismo con la señora Carter que con su carácter risueño y bondadoso, apenas tartamudeaba en su presencia—. La señora Carter me ha dado p-permiso para quedarme un rato más en el rancho cuando descargue el mueble. Usted me dijo que cuando tuviera tiempo me enseñaría a lanzar el p-puñal.

—Claro, muchacho. Lo había olvidado. Cuando terminemos de descargar, nos pondremos a ello.

—Gracias, señor —respondió con una tenue sonrisa en el rostro.

Caleb aprovechó la ocasión para seguir posponiendo la aburrida tarea que le esperaba sobre la mesa y decidió pasar más tiempo con el muchacho con el fin de ganarse su confianza.

—¿Sabes disparar, Tommy?

—No, señor. P-pero aprendo rápido.

—Te enseñaré a hacerlo también.

—¿Lo hará? —preguntó con el rostro iluminado por la sorpresa.

Ese destello de felicidad en el muchacho fue suficiente para que Caleb se animara a decir:

—Por supuesto. Todos los hombres que trabajan para esta familia deben

saber disparar un arma. Si estás interesado, pásate otro día por aquí y te enseñaré.

Tommy, al sentirse incluido entre todos los hombres que vivían y trabajaban en el rancho, amplió la sonrisa al saber que hoy era el día más feliz de su vida.

—Lo estoy, señor Carter. P-pediré permiso a la señora Carter p-para venir otro día.

—Aprovechemos el tiempo, entonces. Cuanto antes empecemos a descargar la carreta antes nos pondremos a ello.

—Sí, señor.

La señora Miller y Anne vieron como ambos se fueron caminando hacia el sendero. La muchacha suspiró aliviada cuando lo perdió de vista. Los cambios bruscos de temperamento del señor Carter le producían desconcierto e irritación a partes iguales. El hombre la tenía tan atravesada que cualquier tropiezo que daba se lo hacía saber de la peor de las maneras. Era consciente que con el resto de los trabajadores su comportamiento era más cordial y menos severo y ese hecho la molestaba. Pinchó airada un pedazo de carne y se lo metió en la boca sin muchos ánimos. Se sintió llena mientras masticaba. Dejó el tenedor sobre el plato y se levantó sin ganas de probar otro bocado más. Los nervios se le habían metido en el estómago a causa de las palabras hirientes del señor Carter. La señora Miller al ver su desánimo, no le volvió a presionar y le indicó que se ocupara de recoger la mesa y de fregar los platos. La anciana aprovechó para ir al gallinero con la intención de dejar sueltas a las gallinas para que picotearan a su libre albedrío.

Anne entró en la casa a paso ligero y depositó con contundencia la olla vacía sobre la encimera. El fuerte golpe reverberó en toda la habitación sin que a ella le importara. Los demonios se la comían por dentro al recordar las contundentes palabras del señor Carter: «Si vuelve a desobedecer alguna de mis órdenes o se mete en otro problema, no dude de que la echaré de inmediato con una buena patada en el trasero». Bufó exasperada. De buena gana le daba ella una patada a él en su duro trasero. Volvió a resoplar. El motivo por el cual seguía trabajando en el rancho no era otro que la necesidad de ganar el suficiente dinero como para marcharse de allí y buscar un trabajo mejor. No se había quedado por orgullo o cabezonería, como así podría

pensar el señor Carter, sino por pura supervivencia. No quería pasar hambre ni penurias. Pero esa información nunca se la revelaría. Si lo supiera, seguro que se la arrojaría en la cara a la mayor oportunidad que tuviese y ella no estaba dispuesta a soportar más humillaciones por su parte. Estaba cansada de luchar a cada instante con el maldito hombre. Airada, soltó un improperio, cogió un cuchillo de uno de los platos vacíos, se giró y apuntó en dirección hacia la cabeza del oso Grizzly que colgaba sobre la pared. Se imaginó que era la cabeza del señor Carter y comenzó a insultarle, furibunda.

—¡Te odio, maldito salvaje! ¡Abominable gusano! —Cada vez que soltaba un insulto, movía con ímpetu el cubierto hacia el animal, pero sin llegar a lanzarlo —. ¡Patán! ¡Alimaña sin corazón! ¡No me iré de aquí por mucho que insista! ¡No lo haré! Si osa poner una sola de sus zarpas en mi trasero, le arrancaré cada uno de los pelos que... —En el instante que volvió a apuntar con violencia hacia el animal, el arma escapó de sus manos e impactó, para su desconcierto, en uno de los ojos marrones del plantígrado. Anne detuvo la diatriba de palabras y se quedó con la boca abierta cuando vio el fatal resultado de su rabieta. El afiliado cuchillo cayó al entarimado y el ojo se desprendió de la cuenca del animal, precipitándose hacia el suelo. Nerviosa, miró por el cristal de la ventana para cerciorarse de que la señora Miller no regresaba del gallinero. Vio como el señor Carter depositaba el aguamanil frente al porche y después se dirigía hacia el granero donde le esperaba Tommy. Se apresuró hacia el lugar donde habían caído ambos objetos con el corazón en un puño. Cogió el arma del delito y lo dejó temblorosa encima de la mesa. Después, asió el ojo con la yema de los dedos con un gesto de repugnancia. Lo contempló durante unos segundos y, poco después, alzó una ceja de manera interrogativa. «Vaya, vaya revelación», se dijo. Giró el ojo entre sus manos y comprobó que no era de verdad sino de cristal. Soltó un leve suspiro de alivio y el gesto de repugnancia se esfumó de su rostro. Sospechó que la imitación debía de ser de excelente calidad, ya que no se había dañado al caer en el suelo. Aun así, el nerviosismo no menguó. Se frotó con la otra mano la frente, pensando cómo podría arreglar ese desaguisado. El corazón le bombeaba con fuerza buscando una posible y pronta solución. Daba fugaces miradas hacia la puerta con la esperanza de que no entrase en esos momentos el señor Carter. Volvió a recordar su advertencia y, angustiada, se dirigió hacia la cocina —con el ojo de cristal entre los dedos— para echar otro vistazo por la ventana. Al asomarse no vio a nadie y se tranquilizó. Al instante, una idea afloró en su cerebro. Depositó la bola de cristal sobre un

pañó y buscó la harina de maíz entre los múltiples tarros que había en las baldas. Cuando la localizó, cogió un puñado y lo esparció sobre un plato vacío. Agregó agua fría y comenzó a mezclarlo con la yema de los dedos hasta conseguir una masa suave y libre de grumos. Calentó el engrudo en una cacerola y, pasados unos minutos, removió la mezcla con una cuchara de madera hasta conseguir que espesase lo suficiente. De esta forma obtuvo una textura fácil y suave para aplicar. La dejó enfriar hasta que se quedó tibia. A continuación, agarró el ojo y puso un buen pegote en él; se fue directa hacia la silla, se subió en ella y colocó el ojo en su lugar, presionando con fuerza para que se adhiriese bien a la cuenca vacía. Pasados unos segundos, al ver que no se caía, dio un profundo y sonoro suspiro de alivio; la tensión comenzó a disiparse en su interior. Se sentó unos breves instantes en la silla para recobrar los ánimos perdidos. No dejó de restregarse las manos en el delantal blanco con impaciencia, deseando que la masa se secase pronto. Poco después, viendo que el ojo continuaba en su sitio, se levantó satisfecha de la silla, miró por la ventana y vio que el aguamanil descansaba en el suelo junto a una tina de latón de aspecto lamentable. Se alzó de puntillas sobre sus botines —apoyando parte de su cintura sobre la encimera— y ladeó la cabeza hacia un lado, tratando de buscar al señor Carter y al muchacho por el rancho. Al no verlos, los buscó en la dirección opuesta hasta que localizó el delgado cuerpo de Tommy frente a un robusto abeto; estaba practicando con el puñal. Mientras tanto, el señor Carter permanecía sentado en el suelo con las piernas entrelazadas a unos cinco pies del chico. De vez en cuando, le decía algo y el muchacho asentía con la cabeza. Ella se relajó y prosiguió con las tareas que tenía pendientes antes de que la señora Miller llegara y la viera holgazaneando.

Capítulo 9

Una hora más tarde, el señor Carter y Tommy entraban en la cabaña transportando la pesada tina que habían dejado junto al porche. La depositaron en el suelo —cerca de la mesa— y se dirigieron hacia la puerta. Una vez traspasado el umbral, Caleb le dijo al muchacho:

—Ya puedes irte, Tommy. Ya me ocupo yo de subir el resto. La próxima vez que vengas, que te acompañe algún vaquero del rancho.

—¿P-por qué razón, señor Carter? —pregunto extrañado—. P-puedo seguir trayendo la carreta yo solo. Hasta ahora lo he hecho bien, ¿no señor?

—Sí, muchacho. Haz lo que te he ordenado y transmite este mensaje a Travis cuando te vuelva a enviar. —Refiriéndose al capataz de La triple C—. Comunícale también que refuerce el rancho con más hombres durante la noche. Ahora vete.

—Pero ¿P-por qué? —Volvió a preguntar—. Q-quiero decir que el capataz me preguntará el motivo.

—Dile que los modocs andan un tanto revueltos cerca del río. Nada más. Él sabrá qué hacer.

—B-bien, señor Carter.

—Y Tommy...

—¿Sí, señor?

Caleb le puso la mano sobre el hombro para transmitirle seguridad y valor al darse cuenta del semblante pálido del muchacho.

—No te demores por el camino y ten mucho cuidado.

—Sí, señor Carter.

El muchacho se marchó de la casa muerto de miedo. Las crueles historias que circulaban por el pueblo sobre las cabelleras que los nativos arrancaban al hombre blanco, le erizaban el pelo de la nuca. Cruzó casi corriendo el porche y atravesó el sendero de grava sin mirar atrás. Cuando llegó a la carreta, subió en ella con agilidad y azuzó, impaciente, al viejo Bob con la esperanza de llegar cuanto antes a La triple C.

Poco después, Caleb entró en el salón con el mueble y lo depositó con cuidado cerca de la bañera. Se marchó, de nuevo, para traer el jarrón y la jofaina de loza. En ese momento, Anne descendía del altillo por la escalera de madera y vio huellas frescas de barro en el piso inferior. Hizo un mohín de fastidio cuando sus pies tocaron el suelo.

—¡Señor Carter! —exclamó al verle cruzar el umbral—. ¡Acabo de fregar el suelo! —Resopló molesta—. Lo ha puesto todo perdido.

—Deje de quejarse tanto por un poco de tierra mojada, señorita Peabody —le replicó Caleb cuando regresó con los dos objetos en las manos. Los depositó en el suelo junto al resto de los enseres.

—¿Dónde estuvieron practicando? ¿En un lodazal? —El brillo risueño en los ojos de Caleb la enfureció más—. ¡Lo ha hecho intencionadamente! —le acusó—. Podría haberse quitado las botas.

—Podría, pero no lo he hecho. —Se aproximó hasta ella y se quedó a varias pulgadas de su rostro. La intimidó con su altura y su proporcionado cuerpo. Anne tuvo que inclinar la cabeza hacia arriba para poder mirarle a los ojos—. No tiene ningún derecho a exigirme cómo debo entrar en mi casa, señorita Peabody. Si no le gusta, recoja sus cosas y márchese.

—Eso le gustaría, ¿no es cierto? Busca cualquier desliz que tenga para poder echarme en cara que me vaya. Vuelvo a decirle que no lo haré aunque le pese verme cada día.

El fresco y agradable aroma a lavanda de la señorita Peabody penetró en la nariz del hombre, desestabilizándole durante unos segundos. Se retiró un poco. Notó como la respiración de la joven estaba acelerada y las venas de su cuello se habían tensado; se regodeó por ello. No era tan inmune a él como había imaginado. Estaba nerviosa.

—Lo hará, no le quepa la menor duda. —Ladeó la cabeza y se acercó para olfatear su cuello con descaro—. Creo que el baño del otro día le sentó bien. Ya no huele a mofeta, señorita Peabody.

Anne, enfadada, le empujó con las palmas de las manos a la altura de su pecho, haciéndole retroceder unas insignificantes pulgadas. Su torso, tan duro como una roca, la dejó sorprendida. El contacto le produjo un leve estremecimiento en todo el cuerpo. Le miró desconcertada y, de pronto, apartó las manos.

—¿Le da aversión tocarme, señorita Peabody? —preguntó Caleb, interpretando de otro modo su repentino escalofrío.

—No es eso. Yo...

Anne se calló de repente. No era repugnancia lo que había sentido al tocarle; era otra clase de emociones que la tenían confundida. Siempre que estaba cerca de él se le aceleraba el corazón de una manera inusitada e incomprensible. Sentía millones de agujas clavadas en el estómago como si se lo estuvieran perforando. En ese momento, notó un calor en el bajo vientre difícil de interpretar que la dejó muda. Desvió la mirada al notar tanta agitación en sus entrañas. «Él me hace sentir cosas extrañas», se dijo. Pensó que no estaba bien sentirlas; que era una aberración tener ese tipo de deseos carnales con el señor Carter. Eran nuevos para ella y se sentía desorientada. Se negaba a aceptarlos por mucho que su cuerpo reaccionara ante él de manera inapropiada y diferente.

Caleb notó como su actitud había cambiado de pronto. El desafío en su rostro se había evaporado pasando al desconcierto. El corazón de Caleb también había palpitado acelerado cuando sintió las pequeñas y blancas manos de la muchacha sobre su pecho. No esperaba esa reacción en ella. Hasta ahora solo se habían limitado al desafío verbal; nunca le había tocado por iniciativa propia. Se sintió decepcionado cuando las quitó y las colocó a ambos lados de su delgado cuerpo, adoptando una actitud silenciosa y sumisa. Él se retiró unos pasos hacia atrás, dejando espacio entre ambos.

—Le aseguro que no le he contagiado ninguna enfermedad mortal —dijo, provocándola de nuevo.

Con esa provocación, Caleb quería romper el tenso silencio que se había creado entre ellos porque le ponía nervioso. El brillo iracundo apareció en los ojos color miel de la mujer y eso le reconfortó; volvía a ser la misma de siempre.

—¡Oh, cállese de una vez cabeza hueca!

Tras insultarle, salió de la habitación a paso ligero y cerró con ímpetu la puerta que el señor Carter se había dejado abierta, dejando a Caleb plantado y con la boca abierta. Que él recordase, nadie le había dado nunca un desplante semejante. Furioso, abrió la puerta y salió tras ella. Vio que se adentraba por el sendero que conducía al río y vociferó desde los escalones del porche:

—¡Si vuelve a pisar el río, juro que la traeré amarrada a la silla de mi caballo y le azotaré el trasero hasta dejárselo rojo como un tomate!

Anne se detuvo, apretó los puños con fuerza, pero no se giró ni hizo ningún comentario al respecto. Pasados unos minutos, continuó andando. Las palabras del hombre consiguieron enfurecerla y turbarla más de lo que ya estaba. No hacía falta que él le advirtiese del peligro que corría si iba al río. Sabía que no era sensato hacerlo; ni siquiera era prudente alejarse demasiado del rancho. Apreciaba demasiado su vida como para cometer más sandeces. Resopló fastidiada al sentirse tan confusa. Necesitaba reflexionar sobre los recientes y ambiguos sentimientos que tenía hacia el señor Carter.

Caleb entró en la casa y se propuso limpiar el barro del suelo. Había visto a Rose salir del huerto e imaginó que pronto entraría en la cabaña con el cesto lleno de verduras para preparar la cena. Como no quería recibir ninguna regañina por su parte, se dio prisa en la tarea. Cuando terminó, decidió no seguir postergando el trabajo que tenía encima de la mesa, ya que solo le quedaba por revisar un par de libros contables. Cuando terminase, sabría a cuanto salía el montante robado por el administrador y se lo haría saber al juez Hunter.

Poco después, Anne regresó a la cabaña. Durante el tiempo que estuvo ayudando a la señora Miller a preparar la cena, no emitió ningún ruido, lo que hizo que Caleb se concentrase mejor en el trabajo. De vez en cuando, la muchacha echaba miradas furtivas a la mesa; veía que el hombre hacía algunas anotaciones en el margen del libro y que gruñía exasperado. Unas horas más tarde, Rose depositó un plato de judías verdes con carne de venado cerca del libro, intentando captar su atención. Al ver que no la tenía, le informó:

—Los muchachos ya han cenado, señorito Caleb. ¿Cenará con nosotras o continuará con eso? —Y señaló con el dedo el grueso tomo.

—¿Qué hora es? —preguntó al mismo tiempo que dejaba la plumilla en el portaplumas. Se restregó los ojos con los dedos de la mano y estiró los brazos. Estaba agotado y tenía los músculos de la espalda entumecidos.

—El sol se ha puesto hace rato —le informó.

En ningún momento, Caleb fue consciente de ese hecho ni que la luz que iluminaba la estancia provenía de la lámpara de mecha que había encima de la mesa.

—Gracias, Rose. Ya he terminado por hoy.

—Bien. Saca el resto de las judías de la cazuela, Anne. Luego, siéntate en la mesa con nosotros.

—Sí, Rose.

Caleb lo recogió todo, lo depositó en el anaquel próximo a la chimenea de piedra y se sentó en la mesa al mismo tiempo que las mujeres. Miró de soslayo a la muchacha y la notó demasiado callada. Ella le rehuía la mirada y eso le picó.

—¿Fue grato su paseo, señorita Peabody? —preguntó Caleb con demasiada amabilidad mientras partía un pedazo de pan.

—Sí. —Se limitó a decir la muchacha sin levantar la vista de su plato.

La señora Miller los miró intrigada. Desde que entró en la casa, había notado que la muchacha estaba más silenciosa que de costumbre y que había cierta tensión entre ambos.

—¿Salió a pasear, Anne? —preguntó de manera inocente la anciana, después de masticar un jugoso trozo de carne.

—Lo hice después de realizar mis tareas, Rose —contestó mientras pinchaba algunas judías con el tenedor.

—Oh, bien. No pondré ningún impedimento siempre que sea así, muchacha.

—¿Llegó hasta el río, señorita Peabody? —preguntó Caleb, azuzando más la conversación.

—¡Diantres! ¿No se le habrá ocurrido ir hasta allí? —preguntó la señora Miller dejando, de inmediato, de masticar.

—No, Rose —dijo Anne, fulminando con los ojos al señor Carter. Si sentía algo por ese hombre, ahora sabía lo que era: un odio desmesurado y un deseo apremiante de retorcerle el cuello con sus propias manos—. No lo hice. Aprendí rápido la lección, Rose —añadió con tirantez, enfatizando las últimas palabras—. Me senté en una piedra muy cerca del rancho y me limité a contemplar el bosque.

—Oh, bien. —Y la mujer suspiró aliviada.

Caleb esbozó una ligera sonrisa al ver el brillo peligroso en los ojos de la señorita Peabody. Disfrutaba irritándola; se lo merecía por el quebradero de cabeza que le estaba produciendo no encontrar una rápida solución al problema con los modocs. Se merecía eso y mucho más. Suspiró para sus adentros al recordar el primer incidente que ella provocó el día que llegó al rancho. En ese instante, si hubiese acatado sus órdenes, el hijo del señor Tucker no se habría fijado en ella. Aún se crispaba cuando rememoraba las palabras posesivas de ese condenado engreído: «Tú serás mía, pelirroja». El desagradable recuerdo le enfureció. Sin darse cuenta, golpeó con el puño la pared que tenía detrás y ambas mujeres dieron un respingo, alzando las cabezas de sus respectivos platos. Por instinto, Anne miró hacia la cabeza del oso Grizzly, atragantándose con la comida que estaba masticando. El ojo de cristal que había pegado horas antes con harina de maíz y agua, se separaba de la cuenca y se precipitaba en dirección al señor Carter. Ni si quiera le dio tiempo a advertirle. El ojo, tras golpearle con gracia en la testa, saltó directo a su plato, le salpicó la camisa y aterrizó entre los trozos de carne y verduras como si fuese un ingrediente más de la receta. Estupefacta, Anne se puso la mano en la boca y la señora Miller se quedó sin habla con la vista enfocada en el objeto.

—¿Qué demonios es esto? —gritó Caleb, tirando la cuchara encima de la mesa y manchándose más la camisa.

Anne no pudo resistirse y dijo, tras reprimir una risotada con la mano:

—Creo que es parte de su cena, señor Carter.

El señor Carter parpadeó, desconcertado, sin apartar los ojos del plato. Ella no pudo aguantar más y comenzó a reírse a mandíbula batiente. El semblante contraído del hombre era digno de ver. La escena le resultó de lo más graciosa. Anne pensó que se lo tenía bien merecido. La mirada asombrada que el señor Carter y la anciana les dirigía, no hizo sino empeorar la situación; no pudo parar de reír. Por más que lo intentaba le fue imposible. Se retorció de la risa en la silla. Parecía como si, después de tantos meses de tristeza por la pérdida de sus padres, una válvula de su cerebro se hubiera abierto, recordándole que sabía reír. Y lo más curioso de todo fue que le gustó hacerlo porque la aliviaba sobremanera. Era un modo bastante curioso de descargar todo el sufrimiento que había guardado en su interior y que siempre se negaba a salir en forma de lágrimas. Su risa contagió a la señora Miller que, lejos de

hacerla callar, disfrutó un rato con ella. La anciana agradecía esos momentos porque hacía demasiado tiempo que no había risas en la casa.

—Dejen de reírse —les advirtió Caleb malhumorado.

Y siguieron riendo, pese a su orden. Él se giró con brusquedad hacia la pared y alzó la vista hacia el animal. Lo miró con atención y su humor se agrió más al ver una extraña masa amarillenta en el lugar donde debía de estar el ojo.

—Pero si es muy gracioso, señor Carter —dijo Anne entre risas, enjugándose las lágrimas con la yema de los dedos.

—A mí no me lo parece —replicó, girando la cabeza hacia ella al mismo tiempo que entornaba los ojos, furibundo—. Esto ha sido idea suya.

—No. Se lo aseguro —contestó Anne, alzando ambas manos en alto. En cierta medida era verdad. Solo era responsable de haberlo sacado de la cuenca del animal por accidente, no de echarlo sobre su comida a conciencia. Contuvo la risa unos momentos y le provocó—: No debería ser tan quisquilloso, señor Carter —Señaló el plato con la mano—. Pruébalo. Tengo entendido que el ojo de un oso Grizzly es muy nutritivo y sabroso. Mucho más nutritivo que las larvas de oruga.

Caleb captó de inmediato la clara indirecta de la joven. Se dio cuenta que era igual de rencorosa que él, por lo que cogió el repugnante ojo de cristal de la sopa de verduras y se levantó con brusquedad de la silla.

—Si tan segura está de ello, señorita Peabody, entonces debería probarlo usted primero.

Anne se levantó de golpe de la silla al ver las intenciones del hombre y corrió hacia la cocina con la idea de escapar de él. Caleb la siguió y la alcanzó en dos zancadas. Le sujetó ambas manos a la espalda mientras le obligaba a abrir la boca. Entre risas, ella negaba con la cabeza. Caleb se dio cuenta que, pese a haberle puesto de mal humor, le gustaba verla reír; estaba preciosa cuando lo hacía. Sus mejillas se teñían de rojo y sus ojos dorados brillaban con una intensidad que le abrumaba. Disfrutaba cuando sus cuerpos se tocaban; cuando las caderas femeninas rozaban los muslos de sus piernas a través de la tela del pantalón. Sentía la excitación que le producía esos roces y gruñó de placer.

—Debería hacerlo usted —dijo ella, ajena a los deseos carnales del hombre, pero no al íntimo acercamiento que había entre ambos y que, en esos instantes, le agradaba—. Es en su plato dónde ha caído, señor Carter.

—Insisto. Las damas primero, señorita Peabody.

Anne fue a hablar y Caleb aprovechó para metérselo en la boca. Ella giró la cabeza a tiempo y se libró de probarlo. Volvió a reír al ver la derrota en el rostro del hombre.

—Juega... con ventaja..., señor Carter. —Consiguió decir entre carcajadas—. Es más hábil que yo... y se aprovecha de ello.

—Pero usted es más esquivia y sabe cómo sortear mis intenciones. Vamos, señorita Peabody. Dele un mordisquito. —Hizo otro intento y ella cabeceó en señal de negación.

—¡Ayúdame, Rose! —La señora Miller se levantó de la silla e intervino de inmediato. Le arrebató el objeto causante de tanto revuelo y diversión e instó al hombre a sentarse en la silla. Él rezongó como respuesta. La anciana limpió el ojo marrón de cristal con un paño y lo guardó en uno de los cajones de la mesa.

—Ha hecho trampa, señorita Peabody —replicó Caleb cuando Anne se sentó también en la silla.

—No, he sido más inteligente que usted recurriendo a una buena aliada —contestó mirando a la señora Miller con agradecimiento. Le dolía la mandíbula de tanto reírse—. Era su ojo, por lo tanto su premio. Estamos en tablas, señor Carter.

—No por mucho tiempo —repuso con un brillo desafiante en los ojos. Ella le retó de igual modo.

—No me extrañaría que se le cayesen más cosas a ese bicho —intervino la anciana. La dicha de ver al señorito Carter tan juguetón la tenía emocionada. No le había visto de ese modo desde que era un niño—. Es tan viejo como este rancho. Lo cazó el tatarabuelo del señorito Caleb, ¿lo sabía, Anne? —La joven negó con la cabeza y, de repente, los tres se quedaron en silencio sin saber qué más decir. La anciana emitió un pequeño suspiro de cansancio, pensando que había tenido un día muy ajetreado y que sus doloridos huesos necesitaban descansar—. Bueno, a mí se me ha quitado el apetito. —Se

levantó, recogió su plato de la mesa y lo llevó a la cocina.

—A mí también, Rose —dijo Anne, aguantando un bostezo con la mano.

En ese momento, la joven se sintió cohibida con el señor Carter. No dejaba de taladrarla con su oscura y penetrante mirada. La faceta divertida que escondía el hombre la había cogido desprevenida y, ahora, no sabía cómo actuar en su presencia.

—Vamos muchacha. Ve a acostarte. Yo terminaré de recoger la mesa. Ya has hecho bastante por hoy.

—No, Rose. Ese es mi trabajo. Debes de estar más cansada que yo.

—No me repliques —le regañó, pese a ser cierto lo que le decía—. Aunque sea una anciana aún puedo recoger la mesa, así que vete a la cama.

—Está bien, Rose —respondió resignada y sonrió con malicia al hombre.

El gesto no gustó a Caleb que entornó los ojos mientras ella se marchaba hacia su lecho. Anne descorrió la cortina y, segundos después, la volvió a correr. Se desvistió, se colocó el camisón de dormir y se metió entre las sábanas. Mientras tanto, Caleb recogió el plato de la mesa y se lo entregó a la anciana. Le deseó buenas noches y, antes de dirigirse hacia su habitación, comprobó los cierres de la puerta y de la ventana. Iba a subir el primer peldaño de la escalera cuando miró hacia el lugar donde descansa la joven. Sonrió con un brillo malvado en la mirada. Se dirigió hacia la tela que colgaba en la pared y susurró a través de ella:

—Procure dormir bien esta noche, señorita Peabody. —La joven se sobresaltó. Se removió inquieta en la cama con los ojos abiertos de par en par y sin responderle. Se tapó hasta la barbilla, temiendo que el señor Carter descorriese la cortina—. Mañana tendrá un día de trabajo muy largo, se lo aseguro.

Más tarde, Anne escuchó como el señor Carter subía los escalones del attillo. Fue entonces cuando respiró tranquila y se puso de cara a la pared. No tardó en quedarse dormida.

Capítulo 10

Esa misma noche, el viento soplaba con una fuerza descomunal en el exterior y se colaba por la rendija de una de las ventanas que había en la habitación del señor Carter, emitiendo un silbido parecido al que realizaba el pato macho silbón. La incesante lluvia y los fuertes truenos que le acompañaban, hacían que la noche fuese más desapacible y fría.

El señor Carter estaba despierto y excitado. Mucho más excitado que en otras ocasiones. El inocente jueguito que había tenido en la cocina con la señorita Peabody no había pasado desapercibido para su entrepierna, por lo que aliviarse con la mano era una excelente manera para que las horas transcurriesen con mayor celeridad sin sucumbir al temible sueño. Sentía pánico cuando las pesadillas acudían, como tantas otras noches, para perturbarle sin descanso hasta dejarle agotado. Se había desprendido de los pantalones y de la camisa y se encontraba tumbado, desnudo y boca arriba sobre el colchón. Pese a que tocarse los genitales era un vicio censurado por el hombre blanco por considerarse como una enfermedad letal, Caleb comenzó a estimularse la verga con la mano derecha sin importarle tal prohibición, mientras fantaseaba con el cuerpo de la muchacha. Había comprobado que, lejos de ser perjudicial para su salud, le satisfacía bastante. Rememoró el primer día que ella llegó al rancho; cuando se cayó al suelo y se le subió la falda negra hasta la cintura. Recordaba las delgadas pantorrillas y los pololos blancos. Sonrió con lascivia pensando en esa prenda y en lo que escondía en su interior. Se pasó la lengua por el labio superior con deseo. Se la imaginaba sin los pololos y con las piernas abiertas, mostrando el vello rojizo y rizado oculto entre sus muslos. Cómo ella exhibía sin pudor sus pliegues rosados, invitándole a que se los tocara con los dedos. Caleb volvió a deslizar la mano, de arriba a abajo, sobre su grueso miembro, ajustando la presión en la zona que más deseaba. Emitió un suave jadeo de gozo al pensar como le penetraba la oscura y caliente hendidura con su miembro. Apretó la mandíbula y tensó los músculos de sus piernas por las sensaciones que estaba experimentando. Su mástil se puso más rígido y siguió efectuando esos movimientos hasta que adquirió mayor dureza. Mientras tanto con la otra mano se acarició los testículos. Jadeó, varias veces, en voz baja. Al estar concentrado y excitado dándose placer, no oyó el sonido de los cristales que se rompían en la planta

baja de la casa. Movi6 el pulgar e hizo movimientos circulares sobre el glande estimul6ndolo m6s, mientras su mano se deslizaba sobre su venosa y r6gida piel. Luego, presion6 con el pulgar debajo del b6lano y...

Otro sonido, esta vez m6s estrepitoso que el anterior, fren6 los r6pidos movimientos de su mano. Durante unos segundos se qued6 desorientado, jadeante e insatisfecho. Le pareci6 o6r rodar algo sobre las tablas de madera del piso inferior y se tens6. Dej6 el placer para otro momento y, con premura, se limpi6 los dedos h6medos entre las s6banas. Se levant6 de la cama y se puso con dificultad los pantalones. La camisa y las botas se las coloc6 con mayor agilidad. Bajaba los primeros escalones con el rifle en la mano, cuando la se6orita Peabody descorr6 la cortina por un lateral y asomaba la cabeza. En la penumbra, el se6or Carter lleg6 hasta ella.

—Chsss... —sise6 el y susurr6—: No se mueva de aqu6.

—¿Qu6 ha...?

Caleb se puso el dedo 6ndice en los labios y ella asinti6 con la cabeza. Con sigilo, dio unos pasos por la habitaci6n, pisando con cuidado el suelo. Con la vista acostumbrada a la oscuridad, mir6 hacia la puerta atrancada y no distingui6 nada fuera de lo normal. Continu6 caminando hasta que el crujido de cristales bajo sus botas le inmoviliz6 durante unos segundos. Retrocedi6, esquiv6 esa zona y dio varios pasos m6s. El aullido del viento se colaba en el interior de la vivienda a trav6s de la ventana de la cocina. Sus ojos se posaron en la cortina que ondeaba con fuerza como si fuera una bandera blanca; ese detalle le extra6. Se acerc6 con cautela hacia ella, se posicion6 en un extremo del marco y apart6 con el rifle la tela, dej6ndola a un lado. Ech6 una ojeada a la ventana y vio que permanec6 cerrada y con el pestillo; tal y como la hab6a dejado antes de dormir. Arrug6 el entrecejo. Se sobresalt6 cuando algo se restreg6 entre sus piernas. Enca6on6 directo hacia el suelo y la cortina volvi6 a ondear por la fuerza del viento. Oy6 un suave y familiar ronroneo cerca de 6l. «Missy», pens6 el se6or Carter. El felino hab6a reconocido el olor de su amo y se restregaba sin pudor entre sus piernas. Dej6 de apuntarle y le dio un suave empuj6n con la punta de la bota para apartarla de 6l. En el exterior, la lluvia segu6 salpicando los cristales con la misma intensidad que el viento soplaba embravecido. Con la escasa luz que le proporcionaba la luna, pudo distinguir un agujero en la parte inferior del cristal. En ese momento, la cortina de la habitaci6n de la se6ora Miller se descorr6.

—No te muevas, Rose —le susurró, mirando en su dirección. Le extrañó verla levantada, ya que solía tener un sueño bastante profundo durante la noche.

—¿Es Missy quién ha formado tanto alboroto? —preguntó en voz baja la señora Miller al oír el suave ronroneo de un gato en la oscuridad.

—Eso parece —contestó en el mismo tono de voz sin dejar de mirar por el cristal salpicado de agua.

Remolinos de tierra y de ramas se formaban en el aire, imposibilitando ver con más nitidez el exterior del rancho. Por algún motivo, Caleb sentía un extraño presentimiento que le impedía bajar la guardia.

—¿Missy? —preguntó en voz baja Anne con la cabeza asomada a través de la cortina.

—La vieja gata que duerme en el granero —susurró la anciana a la muchacha.

En la penumbra, Anne distinguió el cuerpo rechoncho de la señora Miller que permanecía inmóvil en la puerta de su habitación. No llevaba el turbante naranja en la cabeza y mostraba su rizado, corto y plateado cabello al descubierto. Una imagen nueva que dejó asombrada a la muchacha, ya que siempre llevaba la cabeza cubierta con la colorida tela.

—¿Y cómo ha...?

—Pueden dejar de cotorrear —susurró Caleb exasperado.

Ambas callaron. Con el continuo parloteo, a Caleb le fue imposible concentrarse y eso le puso de mal humor. Suspiró hondo e intentó mantener la calma. Buscó la lámpara de mecha en la encimera de la cocina y la encendió. La cogió por el asa y alumbró el cristal roto. Lo examinó con detenimiento. Hizo lo mismo con los cristales esparcidos por el suelo, mientras buscaba la causa de su rotura.

En ese preciso momento, las dos figuras agazapadas que se encontraban en el exterior y bajo el marco de la ventana de la cabaña, se quedaron inmóviles cuando vieron aparecer un resplandor sobre sus cabezas. La luz que se proyectaba a través de la otra hoja del cristal, iluminaba de manera tenue la parte central del porche, dejando a oscuras el resto. El agua les había calado hasta los huesos y los intrusos maldecían en voz baja con cada nueva ráfaga de

viento que recibían. El resplandor de los relámpagos entre las nubes y el estridente sonido de los truenos los tenía acobardados; deseaban marcharse de allí. Una de las figuras, con el rostro arañado y ensangrentado por las uñas de un gato, murmuraba una sarta de juramentos debido a su desafortunada suerte. Era consciente que sus planes se habían torcido por completo y que la noche elegida no había sido la más propicia para cumplir con su cometido. No lejos de la casa, otra inquietante figura permanecía oculta tras un abeto centenario, acechando los movimientos furtivos de los sujetos agazapados en el porche, así como de la sombra humana que se vislumbraba en el interior de la vivienda. Dio un colérico gruñido, que se perdió entre los aullidos del viento, al saber que esa noche no podría cumplir con su ansiada venganza. Empapado, asustado y tiritando de frío, se marchó con el mismo sigilo que había llegado, soportando el fuerte aguacero sobre su cuerpo y los pinchazos de los arbustos espinosos que se encontraba a su paso y que le impedían caminar con más celeridad. Poco después, las dos sombras agazapadas que había en el porche se alejaron cautelosas del rancho y se adentraron por uno de los atajos del bosque que conducían hacia el camino principal. Una de ellas juró que volvería para cobrarse su fallida represalia.

Caleb terminó de examinar la ventana y se giró hacia las dos mujeres que le miraban intrigadas. Vio que la señorita Peabody escondía su cuerpo detrás de la cortina y que parpadeaba, varias veces, debido a la intensa luz de la lámpara. Le miraba expectante y con el cabello alborotado en espera de una respuesta. Suspiró al recordarla desnuda y bien dispuesta en su imaginación. Agitó de su mente esos lascivos pensamientos y volvió a la realidad. Rose le observaba impaciente, frotándose las manos entre sí. No se demoró ni un segundo más y dijo de manera escueta:

—Algún tronco del exterior ha debido de golpear el cristal y lo ha roto.

—Pero... —Comenzó a decir Anne, fijándose en la camisa desabotonada del señor Carter que le dejaba al descubierto una buena franja de piel oscura. Esa noche no llevaba el cabello recogido en su acostumbrada coleta y su aspecto resultaba mucho más salvaje que otras veces.

—Hace mucho viento, señorita Peabody —le interrumpió. Era la única conclusión que había sacado de momento—. El tronco golpeó el cristal y lo rompió. Eso es todo. Ahora vuelvan a la cama.

La señora Miller miró hacia el suelo y exclamó:

—¡Caray! ¡Se ha roto también el jarrón que la señora Emma me regaló!
—Miró al felino y sospechó—: ¿Has sido tú o ha sido el viento, Missy? Si descubro que has sido tú, no volveré a darte comida en mucho tiempo.

El gato, de manchas pardas y blancas, se acercó ronroneando hacia la anciana. Restregó la cola en los bajos de su camisón blanco en busca de sus caricias. Al ver que no las obtenía, alzó una pata y la pasó sobre la tela dejando unas tenues manchas de sangre en ella. La anciana no se percató de ello porque miraba disgustada el jarrón que se había hecho añicos en el suelo. Caleb vio que el platillo de porcelana había quedado intacto y se lo entregó a Rose.

—Volved a la cama —ordenó, de nuevo, el hombre.

—Antes tendré que limpiar todo este estropicio, señorito Caleb —replicó la mujer.

Caleb asintió sin querer contradecirla. Dejó la lámpara encima de la mesa y encendió otra. La cogió por el asa y con el rifle en la mano, se dirigió hacia la entrada. Dejó el arma apoyada en la pared mientras desatrancaba la puerta. Esta emitió un leve chirrido cuando se abrió. Al instante, las ráfagas de viento y las gotas de lluvia le golpearon el rostro. El cabello que llevaba suelto se alborotó, cubriéndole parte de la cara. Se quitó un mechón largo y negro de los ojos y lo colocó detrás de su oreja.

—¿A dónde va con este tiempo, señorito Caleb? —preguntó con el ceño fruncido la señora Miller. Se estremeció de frío al notar como el viento se colaba en el interior de la vivienda.

Caleb se giró hacia la mujer y tardó unos instantes en contestar. La fuerza del viento empujaba su cuerpo hacia el interior, intentando desequilibrarle. Cogió el arma y contestó a la señora Miller:

—Voy a buscar unas tablas en el establo para tapar ese agujero.

—Se empapará si sale ahí fuera.

—Un poco de agua no me matará, Rose —contestó alzando los hombros sin darle demasiada importancia. Se giró y sujetando el rifle contra su costado, cerró la puerta y, de este modo, evitó las siguientes réplicas de la mujer. El viento racheado le revolvió el cabello y cubrió por completo su cara. Molesto, apoyó el rifle en la pared y dejó la lámpara en el suelo cerca de la puerta.

Sacó del bolsillo del pantalón una cinta de cuero para atarse el pelo, pero se le escapó de las manos. Fue a recogerla del suelo y, de pronto, se paró en seco. Vio, o así se lo pareció, huellas de barro sobre la madera. No se las podía distinguir con claridad debido a los charcos de agua que se habían formado a su alrededor, sin embargo, su primera impresión le alertó que eran huellas humanas y no de animales. Con premura, cogió la cinta del suelo, se hizo una coleta y se alzó despacio y con cautela hasta quedarse de pie. Agarró el arma que había dejado apoyada en la pared y de un solo vistazo barrió todo el rancho, deteniéndose unos instantes en el barracón. Desechó la idea de que algunos de sus hombres se hubiesen acercado a la cabaña por el simple hecho de dar un paseo. Eran hombres cuerdos y sabían que una tormenta de tal calibre nunca debía desafiarse a la ligera. Si hubiese habido cualquier incidente con el ganado, el capataz ya se lo habría hecho saber. No obstante, presentía algo raro en el ambiente. Con el rifle en la mano, encañonó hacia la entrada del sendero, sin embargo, allí no pudo ver nada; la oscuridad se cernía sobre esa zona. Sigiloso, se acercó a un lateral de la casa y apuntó en esa dirección. El lugar se encontraba tan negro como el camino. Lo hizo en la dirección opuesta y obtuvo el mismo resultado. Caminó hacia la puerta, cogió la lámpara y acercó la luz hacia las manchas de barro. Las examinó con más detenimiento hasta que, pasados unos largos minutos, emitió un gruñido de frustración al no tener certeza de si pertenecían a un pie calzado. Miró hacia el establo y los ánimos por buscar unas cuantas tablas de madera se esfumaron. Decidió marcharse a su habitación y vigilar desde allí. Había sopesado montar guardia junto a la ventana de la cocina, pero no estaba de humor para soportar ningún interrogatorio por parte de las mujeres y, menos, verlas asustadas. Se levantó con la lámpara en la mano y se colocó el rifle bajo la axila para abrir la puerta. Cuando entró en la vivienda, el reconfortante calor le recibió con los brazos abiertos. Vio que la estancia se hallaba en silencio y que no había luz. Suspiró aliviado al saber que las mujeres le habían obedecido y que dormían en sus lechos. Cerró la puerta y la atrancó con fuerza. Dudó si subir al piso superior ahora que todo estaba en calma, pero se lo pensó mejor y caminó hacia las escaleras. Cuando emergió en su habitación, se acercó a una de las ventanas y se quedó de pie junto a ella con el rifle en la mano. Dejó escapar un leve suspiro al saber que le esperaba una noche muy larga.

Capítulo 11

Cuando Anne terminó sus tareas esa mañana —hacía ya cuatro días de su llegada al rancho—, lo primero que pensó fue que ya iba siendo hora de darse un baño. El día había amanecido soleado y apacible, algo bien distinto de la lluviosa y agitada noche que habían tenido. Calentó agua en una cazuela y cuando el agua hirvió lo vertió en la vieja tina que la señora Miller había rescatado del granero. Realizó la operación un par de veces más hasta que alcanzó el nivel deseado. El vapor de agua que emergía de su interior le hizo sonreír unos breves segundos, sin embargo, cuando recordó cómo el señor Carter la había arrojado en el abrevadero el segundo día de llegar a Los abetos blancos, su sonrisa se esfumó. Tras el desayuno, el hombre había arreglado el agujero de la ventana de manera provisional y se había marchado de la casa sin decir qué rumbo tomaba con un humor de mil demonios; algo que a Anne ya no le sorprendía. Desde que trabajaba allí, se había dado cuenta de sus cambios bruscos de temperamento y de que no daba demasiadas explicaciones sobre sus idas y venidas por la propiedad. Anne emitió un sonoro suspiro de frustración y, sin ánimo de que su día se agriara, decidió no pensar en él. Echó un balde de agua fría en el interior de la bañera, comprobó la temperatura con la yema de los dedos y, satisfecha, comenzó a desabrocharse los botones delanteros del vestido. En ese momento, la señora Miller entró en la casa como un torbellino y se aproximó hacia ella.

—Ven enseguida, Anne —ordenó acalorada y nerviosa la anciana—. Deja eso para después.

—¿Qué ocurre, Rose?

—Va a nacer un ternero —informó entusiasmada—. Tienes que verlo. Las contracciones que sufre la vaca son cada vez más fuertes y frecuentes. Las ubres están llenas de calostro y le ha desaparecido la barriga en forma de pera, lo que significa que el becerro ya se ha desplazado hacia el canal de nacimiento. —Anne arrugó la pecosa nariz con desagrado—. Hace un momento, mandé a uno de los muchachos al pueblo para que avisase al veterinario. Puede que durante el resto del día haya más partos porque hay unas cuantas más que han empezado a ponerse muy nerviosas y no dejan de echarse y levantarse del suelo.

—Oh, vaya. Parece que el día no será aburrido.

—En ningún rancho los días son aburridos cuando hay tantos animales por atender, muchacha. —Hizo una pausa—. He visto que el señorito Caleb ha dejado a dos muchachos más en el rancho para velar por nuestra seguridad.

—Todo ha sido por mi culpa, Rose —dijo de repente Anne con el semblante serio. Se dio cuenta de lo negligente que había sido ese día y se quedó cabizbaja.

—No diga eso, muchacha. Olvidas que yo también fui contigo. No fue culpa de nadie. ¿Cómo íbamos a saber que nos encontraríamos con esos «salvajes»?

—Me avisaste del peligro y no me lo tomé en serio, Rose.

La señora Miller se encogió de hombros sabiendo que llevaba razón.

—El daño ya está hecho. Ahora deja de poner esa cara tan triste y vuelve a sonreír como lo hiciste ayer. Eso me alegrará más el día.

—Gracias, Rose —contestó sin cambiar el gesto serio de su rostro—. ¿Sabe el señor Carter que va a nacer un ternero?

—¡Diantres! ¡Claro que no lo sabe! —exclamó, volviendo a tener el temperamento abrupto que la caracterizaba—. Ya viste cómo se marchó sin decir a dónde iba. ¡Demonio de hombre! Desde anoche está más parco y reservado que otros días. ¡Vamos, muchacha! —la apremió la mujer con la mano—. Parece que el parto se va a adelantar antes de tiempo.

—Prefiero no ir, Rose —objetó incómoda.

—¿Y eso por qué? El nacimiento de una nueva vida es lo más hermoso del mundo.

—Y no lo pongo en duda, Rose, pero no me hace ilusión verlo —reiteró la joven, pensando en las desagradables horas que pasó ayudando a su madre con el parto de la señora Wood en Coloma. Solo cuando consiguió sacar al bebé de sus entrañas y lo envolvió con delicadeza en un suave paño de algodón, la respiración de Anne se normalizó. No obstante, tuvo el estómago revuelto la mayor parte del día. La experiencia vivida no le resultó gratificante.

—¿Te desmayas cuando ves la sangre, Anne?

—Más bien me incomoda ver un parto, Rose —expresó con franqueza. No quería rememorar esa situación otra vez.

—Está bien, muchacha. No insistiré más —dijo comprensiva.

—Gracias, Rose.

—Algún día tendrás que tener un hijo...

—Lo sé, Rose, pero hasta que llegue ese día, prefiero no presenciarlo. Ahora me daré un baño como Dios manda. —Y sonrió para alivio de la anciana.

—Hazlo detrás de la cortina —ordenó la mujer, señalando con la mano la tela que colgaba en ambos extremos de la pared—. Una señorita no debe...

—Es lo que pensaba hacer, Rose —le cortó de inmediato.

—Bien. Entonces, me voy. He dejado en el establo a dos muchachos nerviosos cuidando de un animal tan nervioso o más que ellos.

Con sus andares cortos y enérgicos, la señora Miller se marchó llevándose con ella la energía que había traído. Anne cerró la cortina con un fuerte tirón y terminó de desabrocharse el vestido. Estaba ansiosa por meterse en el agua. Se desprendió de las botas, se deshizo de las enaguas, de los calzones y de las medias. Cogió el jabón perfumado con olor a lavanda que guardaba dentro de la maleta y lo dejó en el suelo cerca de la tina. Se introdujo dentro y suspiró de placer cuando sintió que el agua caliente acariciaba su nívea y pecosa piel. Hundió la cabeza durante unos minutos en el interior y, luego, emergió con una sonrisa en el rostro. Sacó el brazo del agua y buscó a tientas el jabón. Cuando lo encontró, se limitó a enjabonarse el cabello y el resto del cuerpo con absoluta parsimonia. Luego, se enjuagó. Apoyó su cuerpo sobre el respaldo de la bañera y cerró los ojos, deleitándose con el silencio y la suave fragancia que el jabón desprendía a su alrededor.

Mientras la señorita Peabody se relajaba en la tina, Caleb regresaba por el estrecho sendero que servía de atajo para llegar al río y que conducía a la cabaña. Iba montado en Furia y, en ese momento, se encontraba satisfecho; había pasado la mañana cazando con Guardián del Cañón y había conseguido atrapar varias presas. Le aliviaba saber que el guerrero achumawi no había visto señales de los modocs por las inmediaciones del bosque o en las aldeas al otro lado del río. Sin embargo, no se sentía completamente tranquilo. Por el

camino, no hacía más que darle vueltas a lo ocurrido. «¿Y si las marcas del suelo pertenecen a los modocs? ¿Habrán encontrado el paradero de la señorita Peabody? ¿Y si son de los colonos?», se preguntaba con desazón en el cuerpo. Recordaba con claridad las amenazas que el viejo Tucker le hizo días atrás y se dijo que era una posibilidad que no debía descartar. Sabía que esa visita tenía la firme intención de intimidarle para conseguir pastorear por sus tierras cuando le viniese en ganas. Sin embargo, pese a no fiarse del colono, dudaba que este llegase a algo más que a unas amenazas verbales. Desde entonces, la incertidumbre le carcomía por dentro. Con esos turbios pensamientos llegó al rancho. Se apeó del caballo y lo amarró en el poste de madera. Cogió el rifle y las piezas de carne fresca del arzón trasero y subió los escalones. Tras abrir la puerta, notó que el silencio reinaba en el interior de la casa. Se dirigió a la cocina, depositó las presas sobre una gran bandeja y colocó encima un trapo limpio y seco para impedir que las moscas se dieran su propio festín. Se limpió el sudor de la frente con el puño sucio de la camisa y, agotado, miró la tela —antaño blanca— manchada de sangre y de barro. Pensó en la reprimenda de Rose, pero se encogió de hombros ante lo inevitable. «Si ella quiere carne fresca, no tengo más remedio que ensuciarme», se dijo. Percibió en el aire el olor a lavanda y pensó de inmediato en la señorita Peabody. En ese momento, la muchacha descorrió la cortina y se sobresaltó al verle; ahogó un grito de espanto con la mano cuando vio el lamentable estado que presentaba el atuendo del señor Carter.

—¿Le ha ocurrido algo, señor Carter? —preguntó preocupada.

—No.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo?

—No es asunto suyo —le espetó con sequedad.

—Pero ¡qué modales, señor Carter! —Anne negó varias veces con la cabeza por su pésima educación y prosiguió—: Rose me ha dicho que...

—Prepáreme un baño y deje de parlotear tanto, señorita Peabody —le ordenó con acritud cuando vio la tina llena de agua en el rincón.

Caleb se desabrochó los primeros botones de la camisa y dejó al descubierto una pequeña porción de su musculoso pecho. Anne contuvo un gemido al verlo y desvió la mirada hacia el rostro del hombre.

—No me contrataron para ser su criada, señor Carter —respondió

contrariada—. Prepáreselo usted.

—No se la contrató para esa labor, sin embargo, sí que se lo ha preparado para usted en horas de trabajo.

—Realicé antes todas mis tareas y le pedí permiso a Rose para bañarme. Pídale explicaciones a ella, entonces. —Se quedaron en silencio retándose con la mirada hasta que Anne la retiró. Cuando volvió a mirarle, el temperamento de la muchacha se había suavizado—: Veo que me sigue odiando, señor Carter. —Emitió un leve suspiro de resignación. Ni siquiera los momentos de risa que compartieron tras el incidente con el ojo del oso habían conseguido que la tratara mejor—. Comenzamos con mal pie desde el primer día y, desde entonces, no me ha dado ninguna oportunidad para compensarle por mi desafortunada reacción. Si con su mal carácter pretende intimidarme para que me marche, sigue perdiendo el tiempo.

El señor Carter se acercó hasta la muchacha, quedándose a solo diez pulgadas de su rostro e inclinó su cara hacia ella. Notó como la joven casi dejaba de respirar. Sonrió para sus adentros pensando en la fanfarronería de la muchacha; su presencia le intimidaba más de lo que pretendía hacerle creer. Anne se envaró sin moverse del sitio. El corazón se le aceleró como siempre lo hacía cuando él estaba cerca. Esa fuerza dominante y salvaje que emanaba de su cuerpo le hacía temblar hasta las piernas. El olor a sangre mezclado con el sudor que desprendía su sucia camisa, le llegó a la nariz y, sin poder evitarlo, la arrugó.

—Me doy cuenta de ello, señorita Peabody —dijo con sorna—, pero sus palabras no expresan lo mismo que su cara. Me odia, me desprecia y me teme porque soy medio indio y eso no puede evitarlo por mucho que se esfuerce en demostrarme lo contrario.

—Puede que lo pensase al principio —reconoció muy a su pesar—, pero después de llevar unos días en el rancho, mi prejuiciosa percepción hacia las tribus nativas y hacia usted ha cambiado considerablemente, señor Carter.

—No la creo —respondió acercándose un paso más—. Siempre está en guardia cuando estoy cerca y no hace más que arrugar la nariz como si mi piel apestase.

—Si hago eso es porque... —Caleb dio otro paso y Anne, por instinto, puso las palmas de sus manos sobre la piel de su pecho, tocando con la punta

de los dedos el amuleto que colgaba de su garganta. No quería que avanzase más. Sus pantorrillas habían tocado el borde de la tina y temió que si él daba otro paso, se caería dentro del agua—. Porque usted no me deja en paz con sus continuas provocaciones y si he arrugado la nariz es porque ahora mismo huele peor que una mofeta, señor Carter.

Caleb casi sonríe por el golpe tan diestro que había recibido. «Así que piensa que huelo peor que una mofeta», se dijo sin dejar de mirarla.

—Y su lengua sigue igual de afilada que cuando llegó al rancho, señorita Peabody. —Caleb notaba el calor que desprendían sus manos en su piel y ahogó un suspiro de placer, conteniéndose por besarla ahí mismo. La muchacha le encendía por dentro como nunca nadie lo había hecho. Ese era el motivo por el cual se sentía tan confuso e intentaba por todos los medios que ella se marchara del rancho para que todo volviese a la normalidad—. ¿Siempre arruga la nariz por el mismo motivo?

—No sé si lo he hecho otras veces, señor Carter. —Retiró con lentitud las manos de su pecho. Se sentía abochornada por su atrevimiento. Tocarle había sido un tremendo error—. No soy consciente de ello. ¿Podría retirarse un poco más?

—¿Y sigue diciéndome que no la intimidó?

—Y no lo hace —balbuceó—. Pero no es apropiado que esté tan pegado a mí. No hay ninguna necesidad de ello, se lo aseguro. —De sus labios brotó un suspiro de alivio cuando Caleb se alejó unos pasos—. Siento que por mi causa se haya visto obligado a poner más hombres en el rancho para protegernos.

—Regrese al pueblo, señorita Peabody y coja la diligencia que la trajo hasta aquí. Solo entonces, aceptaré encantado sus disculpas. No me cree más problemas y lárguese de una vez.

—Es injusto por su parte que quiera que me marche con tan débil excusa. Lo que ocurrió en el río podría haberle ocurrido a cualquier hombre que trabaja para usted.

—Se equivoca. A diferencia de usted, ellos acatan mis órdenes sin rechistar.

—Pero Rose me dijo que se habían llevado a todos los indios a la reserva —alegó, alzando la voz—. Pensé que ya no corríamos peligro...

—No solo debe temer a las tribus indias, señorita Peabody —le cortó, alzando también la voz. Exasperado, se quitó el sombrero y lo dejó sobre uno de los ganchos que había en la pared—. ¿Todavía no lo comprende, maldita sea? Debe desconfiar de todos los hombres que crucen el río o se instalen en él. Algunos llevan meses sin estar con una mujer. ¿Entiende lo que trato de decirle? —Ella asintió, parpadeando varias veces—. Si la encuentran sola, le aseguro que les habrá alegrado el día y no precisamente para que le lave la ropa.

—¡Señol Caltel! —gritó la voz aguda de un hombre desde el exterior de la cabaña, cortando de golpe la conversación—. ¡Señol Caltel!

—¡Voy! —vociferó Caleb, molesto por la interrupción.

El señor Carter se giró hacia la puerta y en varias zancadas llegó hasta ella. La abrió con violencia y clavó la vista en el muchacho asiático que, a través de sus negros e inquietos ojillos, le miraba impaciente. Caleb suavizó el semblante al ver a Cheng-gong. Era bajito y de temperamento nervioso. Lo consideraba uno de sus mejores jinetes, además de un excelente lacero. Llevaba cinco años trabajando en el rancho, pero hacía diez que había emigrado de su pueblo natal a California, —«la tierra de la montaña dorada» como así la llamaban ellos— huyendo de la hambruna y de la inestabilidad política de su país.

— To see caballo, señol Caltel y...

—¿Qué ocurre, Chen?

—Telnelo nacel. You come with me.

—¿Qué? —preguntó sin entenderle.

Ese era el único inconveniente que Caleb veía en él. No dominaba bien el idioma y formaba una mezcla de palabras en inglés y en español que le sacaban de quicio.

—Calf nacel, señol Caltel. Venga connigo to the barn.

Anne se contuvo de soltar una carcajada y se colocó la mano en la boca para aguantar la risa. «¡Señor, pero qué gracioso es el muchacho!».

—Creo que lo que quiere decirle es que hoy ha nacido un ternero —intervino Anne, interpretando mejor las palabras del muchacho. Atravesó el

salón y se colocó cerca del señor Carter. Este se giró con ímpetu hacia ella con las manos apoyadas en las caderas en actitud amenazante—. Una de las vacas se puso de parto poco después de irse usted. Rose ya avisó al veterinario.

—¿Y por qué demonios no me lo dijo antes, mujer? —preguntó Caleb, alzando la voz.

—Intenté hacerlo pero usted no me dejó.

El señor Carter entornó los ojos y soltó un gruñido gutural como única respuesta. Se giró y miró al muchacho.

—Enseguida voy, Chen. —El asiático asintió y se marchó a paso rápido hacia el establo—. Y usted... —Se volvió hacia Anne y le apuntó con el dedo a la altura de nariz—. Deje de remolonear y despelleje la carne que he traído. Hágalo antes de que las moscas la devoren y no dejen nada para la cena.

—Sí, señor Carter —dijo obediente la joven.

—¿Le ocurren algo a sus pies, señorita Peabody? —preguntó con ironía cuando se quedó mirando los botines marrones de la muchacha.

—No —contestó sin comprenderle.

—Entonces, ¿a qué espera para moverlos? —Y le apremió con la mano para que lo hiciera.

Cuando ella se dio media vuelta, él ya atravesaba el umbral y saltaba los tres peldaños del porche de una sola vez. Tras tocar tierra con sus pesadas botas, tomó el mismo camino que Cheng-gong a paso rápido. Mientras tanto, Anne le maldecía en silencio una y otra vez.

Capítulo 12

Esa misma noche...

«El pequeño Caleb sintió el golpe en la espalda como si le hubiesen partido en dos el cuerpecito. Reprimió el aullido de dolor, apretando los dientes. Si se quejaba o lloraba el castigo sería mayor. Estaba acostumbrado a recibirlos y sabía que cuando el hombre se cansase de golpearle lo dejaría en paz durante días. Su rostro se tensó a la espera de la siguiente golpiza.

—¡Basta, padre! —gritó la joven Emma intentando quitarle, en vano, la cinta de cuero de las manos. No era la primera vez que se interponía entre su padre y su hermanastro. Las iras de su padre podían llegar a ser brutales y ella intentaba evitarlas cada vez que se emborrachaba y perdía el control. El hombre locuaz y cariñoso de antaño, se había convertido con los años en amargado y violento. La muerte de su mujer, tras el alumbramiento, le había afectado hasta el extremo de enloquecer de dolor—. ¡Es tan solo un niño! —Se interpuso entre el pequeño Caleb de cinco años para protegerlo—. ¡No tiene la culpa de nada, padre! ¡Él es inocente! —El hombre negó con la cabeza—. ¡Recuerde que el salvaje ya pagó su castigo con la muerte el mismo día que la mancilló! ¡No debe volcar su ira en el pequeño!

—¡*Noh griarré...* —vociferó, beodo, el señor Carter— un *engüendrro* del *biablo*! ¡Ni tú *tancopo*! ¡Lo *prrobibo*! ¡Y *ahorra aparrta* o... o te *golpearré*!

—Hágalo padre. Estoy dispuesta a recibirlos si así aplaco su enojo —dijo desafiándole.

A sus dieciséis años, Emma había madurado más rápido que la mayoría de las niñas de su edad y veía la realidad sin artificios románticos ni delicadezas, por lo que enfrentarse a su padre se había convertido en una pesadilla diaria y peligrosa.

—¡No, Emmy! ¡Tú no! —gritó el pequeño, abrazando a su hermana por la cintura con la intención de protegerla—. ¡Vete, Emmy!

Emma vio como las lágrimas del niño surcaban su delicado y oscuro rostro. Sentía un profundo amor por él desde el mismo día que abrió los ojos y le sonrió. Pensó que el pequeño no merecía semejante sufrimiento. Desde su nacimiento, Rose y ella se ocuparon de cuidar del pequeño —a escondidas de su padre— cuando vieron que intentaba ahogarle con sus propias manos nada más nacer. Caleb se crió entre los cariñosos brazos de Rose, hasta que un día el señor Carter supo de él y lo encerró en una lúgubre habitación de la casa sin apenas agua y comida.

—Digo que te *parrtes*, Emma —exigió el hombre—. *Noh me besafies*.

—Yo cuidaré de él, padre. Te prometo que lo alejaré de la casa y no volverás a saber nada de él.

—*¡Noh! Chufrrirá ijual bolorr que tu madre.*

El pequeño gritó, temeroso, cuando vio la maldad reflejada en el rostro del hombre e instó a su hermana a marcharse de allí. No quería que la golpeará también. El viejo señor Carter gruñó al escuchar al crío y dio un paso hacia él con la intención de apartarlo de su única y verdadera hija. La vista se le nublaba a consecuencia de la enorme ingesta de alcohol, lo que hizo que tropezase con la esquina de la cama, cayendo al suelo de inmediato. Emma apartó de su cintura a su hermanastro y se apresuró a quitarle la cinta de cuero a su padre, guardándola debajo del colchón sin que le viera. Abrazó al tembloroso niño y le dio un beso en la cabeza para apaciguarlo. El señor Carter intentó levantarse, resbaló y volvió a caerse. Estaba tan beodo, que no consiguió ponerse de pie y durmió las siguientes horas de embriaguez en el suelo de la habitación. Emma aprovechó para sacar al pequeño de la pestilente y hedionda estancia sin dejar de acariciarle en todo momento la cabeza».

Anne acariciaba el cabello largo y enmarañado del señor Carter con preocupación. Aún era de noche. El hombre había enloquecido y gritaba sin cesar el nombre de la señora Carter mientras se aferraba a su delgado cuerpo. Tenía la frente empapada de sudor y le castañeaban los dientes. Estaba sufriendo una horrible pesadilla y dudaba si despertarle o no. Le había encontrado acurrucado en el suelo junto a los pies de la cama. Le había llamado varias veces sin conseguir que reaccionase, por lo que no le quedó más remedio que sentarse junto a él y, con cuidado de no sobresaltarle, le acarició la cabeza para tranquilizarlo. Un rato antes, había escuchado sus gritos desesperados y, dudó en subir, pero cuando volvió a gritar con tanta intensidad temió que algo malo le estuviese sucediendo. No comprendía cómo la señora Miller aún no le había oído. Le extrañó bastante porque la noche anterior se levantó enseguida de la cama tras el ruidoso incidente de la ventana. Siguió acariciando su oscuro cabello, susurrándole suaves y reconfortantes palabras. Pronto amanecería y ella seguía sin saber qué hacer con el señor Carter. Anne dio un pequeño suspiro de impotencia. Deslizó, con delicadeza, una mano sobre su espalda y le acarició sobre esa zona. Notó que sus caricias comenzaban a apaciguarle. Sintió, a través de la tela, unas protuberancias en la piel. Intrigada, alzó la prenda y, bajo la luz que proporcionaba la luna a través de la ventana, pudo distinguir unas marcas profundas y no recientes. Tragó saliva apabullada y continuó el escrutinio en silencio. Las marcas continuaban por toda la espalda hasta llegar a los hombros cruzándose unas con otras como si fueran una larga e irregular trenza. Se puso nerviosa al descubrir semejante atrocidad y desvió la vista hacia el suelo. Se quedó horrorizada al descubrir que el señor Carter tenía la piel flagelada. «¿Quién le ha infringido semejante daño?», se preguntó con un nudo

en la garganta. El odio que durante días había sentido por él, se evaporó de inmediato. Bajó la vista hacia su rostro y se sobresaltó al ver que sus oscuros ojos la miraban con fijeza. Durante unos momentos, ninguno de los dos dijo nada; el silencio se hizo dueño de la situación. De repente, el señor Carter se movió como si le hubiesen pinchado en el trasero y le gritó:

—¡Váyase, señorita Peabody!

—Pero señor Carter —balbuceó ella ante aquel inesperado arrebató de furia.

—¡Lárguese ahora mismo de mi casa! —Anne se quedó sin palabras—. ¡No quiero volver a verla nunca más!

Viendo que ella no se movía del sitio, Caleb se levantó iracundo y bajó las escaleras con tal rapidez que llegó a la planta baja en un santiamén. Allí tropezó con la sombra inmóvil de la señora Miller que estaba junto a la mesa del salón. Su enojo no hizo sino crecer.

—¡Sigue durmiendo, Rose! —gritó a la anciana.

Rose tenía los ojos anegados en lágrimas. No era la primera vez que le oía gritar durante la noche como si estuviese poseído por el demonio. Sufría en silencio cada vez que al señorito Caleb le visitaban los fantasmas y le perturbaban sus sueños. Nunca le había dicho que conocía su desdicha. Ni que en varias ocasiones estuvo tentada de subir a su habitación para consolarle, ya que era consciente que ese gesto tan humano le hubiese enfurecido más. Se quedó de pie y nerviosa sin saber qué hacer.

Caleb fue hacia el lugar donde dormía Anne y cogió la maleta y las prendas que descansaban sobre la silla con violencia. En pocas zancadas, se plantó frente a la puerta, la abrió y lanzó hacia el exterior todas sus pertenencias. La muchacha bajó con prontitud las escaleras y casi sin respiración.

—¿Qué ha hecho, muchacha? —preguntó en voz baja la señora Miller sin dejar de frotarse las manos con nerviosismo—. No debió subir.

—¡Se ha vuelto demente, Rose! —exclamó Anne, esperando un reproche de la mujer hacia la brusca reacción del señor Carter. Como el reproche no llegó, cosa que le extrañó, dijo con voz afligida—: No he hecho nada malo, Rose. Te lo aseguro.

La muchacha no vio ningún cambio en la actitud de la anciana y se quedó desconcertada. No era algo usual en ella. Desilusionada, se dirigió corriendo hacia el porche. Cuando vio lo que había hecho el señor Carter con su ropa, le golpeó con los puños cerrados en el pecho.

—¡Es usted un perturbado! ¡No puede tratarme tan deleznablemente! ¡No después de haberle consolado!

—¡Nadie le pidió que lo hiciera! ¡Fuera! —bramó, sujetando con fuerzas sus muñecas.

Caleb la apartó de él con un leve empujón y se quedaron enfrentados y jadeantes. Había tal agresividad y locura en su mirada que Anne no volvió a replicarle por temor a ser golpeada. Por segunda vez en su vida, sintió un miedo aterrador hacia el hombre. Caleb rompió el contacto visual y la agarró del antebrazo con fuerza, empujándola fuera del porche. Ella bajó los tres escalones de sopetón, cayó sobre la tierra y se golpeó la sien con una piedra. Segundos más tarde, se incorporó hasta quedarse sentada y se tocó la zona dolorida con cuidado. Supuso que en poco tiempo le saldría un buen bulto. La ira inundó su ser y acribilló con la mirada al hombre, odiándole con toda su alma. En ese momento, notó que el frío de la noche traspasaba su fino camisón de algodón y sufrió un leve estremecimiento. Caleb se giró hacia la vivienda, entró y cerró con ímpetu la puerta; era consciente que le había hecho daño, pero no le importó en absoluto. La ira que bullía en su interior era más fuerte que su sensatez y, cuando se encontraba en semejante estado, le era difícil controlarse. La señorita Peabody había curioseado en una parte prohibida de su vida y eso le había molestado. Se sentía violento y vulnerable por su tremenda osadía. Cuando se despertó abrazado a ella, pensó que era Emma quién le acariciaba. Pero cuando se dio cuenta que no se trataba de su hermana y reconoció el rostro fruncido de la señorita Peabody en la penumbra, se quedó paralizado y rígido. Se tensó más cuando sintió como la yema de sus dedos recorrían las brutales marcas de su piel. Se dio cuenta que se encontraba en el suelo de su habitación y, eso, le bastó para sospechar que la muchacha le había oído gritar y que por ese motivo había subido a su habitación. Un escalofrío de terror recorrió todo su cuerpo al recordar lo soñado y lo apartó de inmediato sacudiendo con fuerza la cabeza. El atrevimiento de la joven le había encolerizado de tal manera, que lo primero que se le había pasado por la cabeza era echarla de casa.

Poco después, Caleb volvió a abrir la puerta y arrojó al entarimado del porche los botines marrones, el pequeño bolso y unos cuantos centavos: el dinero ganado por los servicios prestados en el rancho.

—¡No soy ninguna fulana para que me trate con tanto desprecio, señor Carter! —le gritó Anne, levantándose con esfuerzo del suelo.

Las lágrimas pugnaban por salir, pero ellas las retenía pestañeando sin cesar. No quería darle el gusto de verla llorar estando presente.

—Que el señor Evans la lleve al pueblo —ordenó, en un tono de voz bajo y letal, cuando vio que el capataz asomaba la cabeza por la puerta del barracón con una lámpara en la mano.

Caleb entró en la casa y cerró la puerta con violencia. En ese instante, el rancho se quedó en absoluto silencio. Con la espalda apoyada en la madera de la puerta, sintió latir su corazón a gran velocidad. Vio que Rose le miraba sollozando. No hacía más que santiguarse y enjugarse las lágrimas con el pañuelo que llevaba en la mano. La había asustado y eso le entristeció y enfureció más si cabe. Detestaba verla llorar. No se lo merecía. La observó durante unos segundos y, entonces, lo supo; la mujer no era ajena a su secreto. Por ese motivo no había salido en defensa de la muchacha. Se sintió estúpido porque siempre había pensado lo contrario.

—Señorito Caleb... —susurró la señora Miller, acercándose unos pasos hacia él sin dejar de llorar.

—Detente, Rose —contestó, enervado, sin ánimos de recibir ningún tipo de afecto.

La anciana obedeció. En su semblante arrugado se notaba la ansiedad por abrazarle.

—Hable conmigo, señorito Caleb —dijo en un tono suplicante—. Hable conmigo. La muchacha no tiene la culpa de nada.

Caleb alzó la mano y la hizo callar. No quería escuchar nada a cerca de la señorita Peabody. Seguía furioso con ella. El daño ya estaba hecho y no se arrepentía de la decisión que había tomado. Dejó de apoyarse sobre la puerta y caminó hacia su habitación, dejando a la anciana llorando en el salón.

Con el rostro descompuesto, Anne caminó despacio hasta al primer peldaño del porche. Le temblaba todo el cuerpo. Se sujetó al poste de madera

para no caerse. No salía de su asombro. El hombre se había vuelto demente por completo. «¿Por qué no me he quedado en la cama? ¿Por qué no lo he dejado tirado en el suelo de su habitación cuando lo vi?», se lamentaba con pesar. El frío de la noche se volvió a colar por la tela del camisón, produciéndole otro leve estremecimiento. Se abrazó la cintura en un vano intento de darse calor. Cabizbaja y angustiada, pensó que no le quedaba más remedio que enfrentarse a su nuevo destino con valentía. Algo de lo que ahora mismo carecía. Vio en el suelo los centavos que había arrojado junto al bolso y los botines. Subió los dos últimos peldaños y se acercó hasta el dinero. Con manos trémulas lo cogió. No deseaba hacerlo, pero lo necesitaba para poder sobrevivir mientras buscaba un nuevo empleo en Aguas Bravas. Estaba decidida a encontrarlo aunque tuviese que pegar en todas las puertas del pueblo para que la acogieran. Jamás volvería a pisar el rancho, de eso estaba bien segura. Bastante humillación había sufrido ya como para arrastrarse ante el señor Carter pidiéndole otra oportunidad. Aún le quedaba un poco de orgullo y no pensaba desperdiciarlo frente a ese patán. En esta ocasión, las lágrimas sí brotaron de sus ojos y se deslizaron, sigilosas, sobre su fría piel.

—¡¡Bastardo!! —vociferó ella hacia la puerta cerrada. Luego, recogió el ridículo y los botines del suelo. Antes de bajar los escalones, volvió a gritar—: ¡Usted me recalcó cuando llegué al rancho que quiénes trabajan para la familia Carter son tratados con respeto, ya sean negros, chinos, indios o blancos! ¡Y yo le creí, señor Carter! ¡Creí que cuando mencionó esas palabras no haría distinción con las mujeres! ¡Pensé que sería tratada igual que todos ellos! ¡Ahora veo que me equivoqué! ¡Es usted un maldito hipócrita!

Anne esperó una respuesta. Estaba segura que el hombre no se quedaría callado tras sus palabras, pero transcurrido un tiempo y no verle aparecer, bajó los escalones desilusionada. «¡Cobarde!», se dijo y emitió un suspiro de impotencia. Se sentó en el último escalón, guardó el dinero en el bolsito y se colocó las botas con los pies helados y magullados por las piedras. Anne pensó que jamás le perdonaría semejante humillación. Se levantó asustada al ver que una luz proveniente de los establos se aproximaba a ella.

—¿Le ocurre algo, señorita? —preguntó con prudencia el capataz cuando se quedó frente a la joven.

El hombre bajó el rifle y lo apoyó sobre su pierna derecha, apuntando hacia el suelo. Movi6 la lámpara por el cuerpo de la muchacha y vio que solo

lleva un fino camisón y las botas, además de un buen chichón en la frente. Luego, dirigió la luz hacia el suelo y siguió el reguero de prendas esparcidas por la tierra. Arrugó el entrecejo, pensativo. De inmediato, se hizo una ligera idea de lo que había sucedido: el patrón la había echado del rancho.

—¿Podría llevarme al pueblo, señor Evans? —Fue lo único que pudo decirle Anne, abrazándose el cuerpo, avergonzada. Si el capataz pensaba que ella era una *dama de la noche* por encontrarla en semejante estado, estaba muy equivocado.

—El señor Carter no me ha avisado de que...

—Ha sido él quien me ha pedido que se lo diga. ¿Podríamos marcharnos cuanto antes, señor Evans? —le preguntó impaciente y casi suplicando. No soportaba estar ni un instante más en ese lugar.

—Tendrá que vestirse antes. No puedo llevarla medio desnuda al pueblo —dijo sin ninguna delicadeza. No parecía contento por haberle sacado de la cama a esas horas de la noche. Se podía ver que el hombre se había vestido con prisas. Llevaba los faldones de la camisa arrugados y se le notaban las marcas de la almohada en un lateral de la cara—. Ensillaré el caballo y prepararé la carreta mientras le doy tiempo para que se arregle un poco. Ahora vuelvo.

—Gracias, señor Evans.

El hombre bufó fastidiado y dijo antes de marcharse:

—No es necesario que me las de. Sirvo al patrón. Desde que usted llegó al rancho no ha hecho más que enfurecerle, señorita —le reprochó—. Ya teníamos bastantes preocupaciones con los ladrones de ganado y los entrometidos colonos, para que ahora tengamos que preocuparnos también de los indios. —Bufó, moviendo la cabeza de un lado a otro—. ¡Mil mofetas, muchacha! ¡No habrá manera de apaciguarlos! Hasta ahora, la convivencia con ellos era buena y se mantenían alejados de nosotros gracias al patrón. —Hizo una breve pausa y prosiguió—: No soy partidario de que se maltrate a una dama, el buen Dios es testigo de ello, sin embargo, si el patrón lo hizo... —Y escupió, exasperado, en el suelo—. No sé que le habrá hecho ni me importa, pero estoy seguro de que si la echó sus buenas razones tendría.

—No le hice nada a ese miserable hombre —replicó enojada. Que la juzgaran si saber nada de lo ocurrido era lo último que esperaba escuchar de

un hombre con el que nunca había cruzado ni una sola palabra en todo el tiempo que había estado trabajando en el rancho—. Me he limitado a cumplir con mi trabajo. Rose es testigo de ello.

—Bien, usted sabrá si es cierto o no lo que dice. No tarde en vestirse o se irá andando hasta el pueblo —concluyó como advertencia.

El capataz se fue hacia el establo, arrastrando las botas al caminar y Anne, más enojada si cabe, se apresuró en recogerlo todo, soltando alguna que otra imprecación de paso. Se sentía sola, herida en su orgullo y vulnerable. Soltó un suspiro de tristeza y de desesperación, pensando en su incierta y aciaga vida. Se vistió tras unos matorrales, se aseó lo mejor que pudo con el agua helada del abrevadero y se sentó en uno de los tocones de madera del cobertizo, esperando impaciente al capataz.

Capítulo 13

Habían pasado cinco días desde que el señor Carter había echado a la señorita Peabody del rancho. Cinco largos y tortuosos días en los que no se había sentido ni tan aliviado ni tan alegre como había esperado. Para Caleb, la casa estaba más silenciosa, triste y vacía que nunca y eso le embravecía por dentro. Dio otro trago a la botella de whisky sin llegar a saborear el líquido ambarino que bajaba por su garganta tan rápido como entraba, provocando un fuego abrasador a su paso. Llevaba parte del día bebiendo y estaba bastante ebrio a esas horas de la tarde. Se sentía miserable cada vez que recordaba lo sucedido. Era un maldito «bastardo», cómo así le vociferó la señorita Peabody cuando la echó del rancho. Un «bastardo» sin escrúpulos ni corazón y, lo peor de todo es que, la muchacha tenía razón. La había tratado peor que a una alimaña y no se sentía orgulloso por semejante trato. Fue a dar otro trago y se dio cuenta que la botella estaba vacía. La tiró al suelo con despreocupación y esta impactó contra la pata de una silla sin llegar a romperse. Con la vista desenfocada, sus temblorosos dedos lograron agarrar otra botella del suelo. Descorchó el tapón con impaciencia y bebió. El whisky se derramó por la comisura de su boca, corrió a través de la piel de su garganta y concluyó su viaje en la pechera de su camisa, mientras él seguía enfrascado en sus turbios pensamientos.

Durante esos días de desasosiego y soledad sin la presencia de la muchacha, consiguió terminar de revisar el resto de los libros contables, pero antes de que pudiese entregárselos al juez, fue informado de que el reo se había ahorcado en su propia celda. En ese preciso momento, se sintió impotente y con ganas de golpear el rostro del muerto hasta dejarlo más desfigurado de lo que le había dejado la apretada soga. Como siempre, reprimió sus violentos impulsos. El esfuerzo que había realizado durante todos esos meses había sido inútil. Había perdido tiempo y dinero para nada. Nadie le resarciría por los daños causados, ya que el administrador carecía de familia. Dio otro trago a la botella y resopló frustrado, escupiendo parte de la bebida a su alrededor. Volvió a beber y, a continuación, dejó caer el brazo hacia el suelo. El cristal golpeó contra el entarimado, pero su mano no soltó la botella pese al fuerte impacto.

Instantes más tarde, la señora Miller entraba en la cabaña seguida de

Calcetines. El pestilente olor a alcohol le llegó a la nariz nada más traspasar el umbral. Antes de cerrar la puerta, ordenó al animal que se quedase fuera. El obediente sabueso se tumbó en el suelo y se limitó a esperar a su dueña. La anciana depositó una cesta llena de frutas encima de la mesa. A continuación, cogió la jarra de agua que había sobre ella y fue hacia el rincón dónde había estado el jergón de la señorita Peabody y que ahora solo ocupaba la tina y el aguamanil. Descorrió la tela y arrugó la nariz cuando vio el motivo de su malhumor.

—No voy a consentir que siga en ese estado. ¡No, señor! ¡Demonio de hombre! Apesta como si no se hubiese lavado en semanas —rezongó la anciana al ver su cuerpo reclinado dentro de la tina vacía. Sus cuatro extremidades sobresalían de ella de manera tan exagerada que resultaba hasta cómico—. Si intenta purgar sus demonios con la bebida, entonces es más necio de lo que pensaba.

—*Dégame, Rrous* —contestó la voz ebria del señor Carter.

La señora Miller suspiró disgustada y le echó el contenido de la jarra sobre la cabeza. El hombre emitió un sonoro gemido al sentir el agua helada sobre su rostro. Con la mirada turbia a causa del alcohol quiso enfocar la vista hacia el rechoncho cuerpo de la anciana, pero se movía tanto que le fue imposible fijarla con precisión. Ni siquiera podía discernir con claridad el color de su turbante. Alzó la botella y se la llevó a los labios. La anciana se la arrebató con brusquedad y vació el contenido sobre sucia y pestilente camisa.

—¡No beberá más! —amenazó, señalándole con el dedo cuando vio sus ojos enrojecidos—. ¿Quiere convertirse en un hombre amargado y borracho como lo fue el viejo señor Carter? ¿Eso es lo que quiere?

Caleb intentó levantarse sin conseguirlo. Se había quedado atascado en la tina. Las palabras «borracho» y «viejo señor Carter» era lo único que había retenido en la memoria y no le gustó oírlo porque siempre despreció al viejo. Solo sintió satisfacción cuando Emma le contó que había muerto ahogado en su propio vómito al quedarse dormido boca arriba estando borracho.

—*¡Dégame empász!* —gritó, dando manotazos al aire, al mismo tiempo que reprimía una arcada.

—Nunca le había visto beber tanto. Ni siquiera cuando murió el viejo señor Carter.

La señora Miller negó varias veces con la cabeza y se fue rezongando a la cocina. Puso una olla con agua en el fuego y cuando empezó a hervir, abrió la pequeña bolsa de tela que guardaba en uno de los bolsillos del delantal y sacó un puñado de excrementos de conejo que había recogido del corral. A continuación, lo echó en el interior del recipiente. Cuando la infusión se hizo, apartó la olla del fuego y vertió el humeante y repulsivo brebaje en una taza de peltre. Atravesó el salón con la taza en la mano y llegó dónde se encontraba el hombre. Se la puso frente a sus narices y este arrugó la nariz ante el hediondo olor.

—¿Me... me *guierres matarr, Rrous?*

—No. Lo que quiero es que se lo tome y se restablezca pronto. He hablado con Mose y me ha asegurado que es un remedio muy eficaz para la borrachera. Tómese lo. —Y se lo volvió a poner cerca de la boca.

—¡*Nnoh!* —gritó, ladeando la cara hacia la pared con una mueca de repugnancia en el rostro.

—Entonces le seguiré echando agua fría hasta que se le pase la embriaguez.

— ¡*Dégame!*

—No, señorito Caleb. No le dejaré hasta que empiece a pensar con sensatez. Sé que está así por lo que le hizo la muchacha. A mí no me engaña. ¡No, señor! Se siente mal y su conciencia no le deja vivir tranquilo.

La mujer se quedó observándole unos minutos con la taza humeante en la mano. Exasperada, regresó a la cocina y la depositó sobre la encimera. Cogió un balde de latón y se dirigió hacia la puerta. La abrió, cruzó el porche y caminó hacia el viejo pozo de madera que había detrás de la casa. Extrajo agua con el balde amarrado al mecate y llenó el que había depositado en el suelo. Regresó a la casa, se aproximó a la tina y lo vació sobre su cabeza. El hombre soltó infinidad de juramentos cuando sintió más agua helada sobre él. La anciana realizó la misma operación, varias veces, sin mostrar ningún tipo de lástima. Después, cogió el jabón con aroma a cedro y bergamota de su habitación, lo arrojó al interior de la tina y le amenazó con el dedo:

—Si cuando termine de hacer café no se ha bañado como Dios manda o se le ocurre quedarse dormido ahí dentro, vendré de nuevo y no pararé de echarle agua fría hasta que haya recobrado la cordura. ¡Y arregle de una puñetera vez

la bomba de agua de la cocina! ¡No puedo pasarme todo el día yendo y viniendo del pozo como si no tuviera nada mejor que hacer, señorito Caleb!

Caleb entornó los ojos y soltó otra sarta de impropiedades al escuchar sus gritos. Le costaba enfocar la vista, los oídos le retumbaban y seguía sin verla con nitidez. Cada vez que movía la cabeza la habitación lo hacía con él y le entraban ganas de vomitar.

—*Hasz gafé, Rrous* —respondió, haciendo caso omiso de las quejas de la mujer.

—Eso está mejor. Veo que me ha entendido a la primera. ¿Quiere más agua o tiene suficiente con esa? —preguntó, señalando con la mano hacia el interior de la tina.

—*Sufiguiente.*

—¿Me ha oído bien sobre lo que le he dicho de la bomba de agua?

—Sí. Ya *aglerrarré* la *gomba*. ¡*Larrgo!* —Alzó la temblorosa mano y apuntó hacia la cocina.

—¡No, señor! Me iré cuando le deje ropa limpia y un paño en la silla —replicó ella.

La anciana subió con dificultad las escaleras del altillo, cogió un paño de algodón, una camisa blanca y unos pantalones oscuros del baúl. Bajó las escaleras con cuidado y lo dejó todo donde le había dicho. Cerró la cortina y se marchó hacia la cocina. Desde allí, le oyó vomitar y se preocupó.

—Señorito Caleb...

Pasó unos minutos hasta que él contestó con la boca seca y pastosa:

—Todo está bien, Rose.

—La bacinilla está...

—Lo sé. Acabo de utilizarla.

La señora Miller se relajó y siguió con la tarea. El señor Carter tardó un buen rato en bañarse debido a las reducidas dimensiones de la tina. Le costó trabajo quitarse la camisa, el pantalón y las botas. Cuando lo logró, se frotó el pecho con el oloroso jabón. De manera distraída, comenzó a pensar en la señorita Peabody y en cómo el interior de la bañera se ajustaba más al cuerpo

de ella que al suyo. Soltó una execración al volver a recordarla. La mujer no se le iba de la cabeza ni estando borracho; de hecho no lo había hecho desde que la echó del rancho.

—¿Ocurre algo, señorito Caleb? —preguntó la anciana al oírle gruñir.

—No. ¿Está el café hecho?

—Sí. Si no se da prisa en salir del agua se le quedará helado en la mesa.

El señor Carter se terminó de enjuagar y salió de allí formando un reguero de agua por el suelo. Casi pierde el equilibrio al coger el paño que había colgado la señora Miller en el respaldo de la silla. Se secó despacio. La cabeza aún le daba tumbos. Se vistió y, luego, descorrió la cortina; el suelo presentaba un aspecto desastroso. Rose asintió con la cabeza al verle con mejor aspecto e hizo un mohín de desagrado al ver los charcos de agua sobre la madera. Él caminó hacia la mesa del salón donde la mujer le esperaba sentada, tomándose una taza de café. Dos generosas porciones de pastel de manzana descansaban encima de la mesa. Caleb se sentó en la silla y, antes de echar una cucharada de azúcar en su tazón, probó un sorbito del líquido negro y espeso. Notó que ya estaba dulce y tibio y se abstuvo de echarle más azúcar. Con Rose siempre debía de tener cuidado. Los lapsus de la mujer cada vez eran más graves; cuando no confundía el azúcar por la sal, le echaba en demasía de ambos ingredientes hasta el punto de no poder digerir ninguna de sus comidas. Sin embargo, con la llegada de la señorita Peabody el problema se había terminado por completo. Gruñó malhumorado al volver a recordarla. Se lo bebió de un trago y apartó el plato de tarta hacia un lado. El olor a comida le revolvía el estómago y la cabeza le seguía martilleando sin cesar.

—¿Podrías hacer más café, Rose?

—Claro, señorito Caleb. ¿Prefiere acompañarlo mejor con unas galletas?

—No. Solo café —contestó, masajeándose la frente con las yemas de los dedos.

La mujer se levantó de la silla y calentó agua en la placa de la estufa. Mientras hervía, se dedicó a machacar los granos de café.

—Debería ir a buscarla, señorito Caleb.

—No empieces otra vez con esa historia, Rose.

—Me tendrá que oír le guste o no. —El hombre resopló con exageración temiéndose lo que le espera—. Esa muchacha está sola y... —Negó con la cabeza—. No debió de tratarla de ese modo. No le eduqué para que tuviese esos modales tan salvajes con una mujer.

—Tiene a su familia —replicó.

—¡Diantres! ¡Debe de estar todavía borracho para decirme eso! ¿Es que ya no le queda un poco de humanidad en esa terca mollera? —Terminó de machacar los granos con el pilón de piedra y los echó con energía en el agua hirviendo—. Esa muchacha no tiene familia. Sus padres están ahora con el buen Dios. —Se quedó unos momentos pensativa al recordar algo—. Creo que me lo dijo el día que fuimos al río... —Hizo una pausa—. O tal vez no fuera ese día. Puede que fuera otro..., no lo recuerdo bien. Solo sé que se puso triste cuando me lo contó.

—¿La señorita Peabody es huérfana? —preguntó escéptico—. ¿Nadie puede ocuparse de ella?

—No, que yo sepa. Creo que mencionó que no tenía más parientes. No estoy muy segura de ello. Pregúntaselo a la señora Emma cuando venga a tomarse el café al rancho. Ella fue quién la mandó aquí y, seguramente, estará mejor informada que yo.

Esa nueva noticia sorprendió a Caleb que miraba a la anciana, ceñudo.

—Ahora de nada sirve preocuparse por la señorita Peabody, Rose. Ya estará en Coloma y puede que, con un poco de suerte, hasta haya encontrado trabajo. Un problema menos de lo que preocuparse.

La señora Miller apartó la olla del fuego. Echó el líquido oscuro en una taza y regresó a la mesa. Le tendió la taza humeante al señor Carter y este bebió un pequeño sorbo tras endulzarlo. Sopló varias veces y volvió a realizar la misma operación con cuidado de no quemarse.

—Ella no cogió la diligencia en el pueblo —dijo, mientras se sentaba en la silla.

—¿Cómo dices? —preguntó, temiendo no haberla oído bien. Sopló y bebió de nuevo.

—Me ha oído perfectamente.

—¿Dónde está? —preguntó, dejando de golpe la taza en la mesa. El líquido salpicó parte de la superficie y la manchó.

—Si tiene intención de resarcir lo que le hizo, se lo diré. Si no es así, deje de golpear la mesa con su endiablado malhumor como si fuera un chiquillo. Lo ha puesto todo perdido.

—¿Dónde está, Rose?

—Prométame que no le hará más daño. Ya ha sufrido bastante la pobre muchacha.

—No voy a prometerte nada. Si no me lo dices, la buscaré por todo el pueblo hasta que la encuentre.

—Allí no la encontrará.

—¿Dónde demonios está la señorita Peabody, Rose?

—¿La traerá de vuelta al rancho?

—No.

—Entonces no se lo diré —dijo sin dar su brazo a torcer. Emitió un leve suspiro y agregó apesadumbrada—: Solo estuvo unos días con nosotros y ya la echo de menos, señorito Caleb. Me cuesta reconocerlo pero es así. La muchacha me ayudaba mucho en el rancho. Era muy hacendosa y tenía muy buen corazón.

—¡Rose! —vociferó.

—¿Por qué me grita, señorito Caleb? No le crié para que fuera un hombre maleducado y gruñón.

—¡Dímelo! —exigió.

—¿Qué quiere que le diga? ¡Y deje de gritarme! No estoy sorda.

Caleb se dio cuenta que la anciana había perdido el hilo de la conversación y que la había alterado.

—¿Dónde está la señorita Peabody, Rose?—le preguntó con más suavidad.

—¿La señorita Peabody? —preguntó confusa—. ¡No debió echarla del rancho! ¡No, señor!

—¿Me dirás dónde está, Rose?

—¿Quién?

—La señorita Peabody —dijo, armándose de paciencia.

—¡Ah! La pobre muchacha. ¿Y para qué quiere saberlo? De nada servirá si se lo digo. Usted nunca irá allí.

Caleb se levantó de la silla perdiendo la calma. Le seguía doliendo la cabeza, pero la intriga por saber dónde se hallaba la señorita Peabody era tan imperiosa que el martilleo fue, en ese instante, el menor de sus problemas.

—Entonces, hablaré con Mose. —Refiriéndose al señor Evans, el capataz del rancho—. Él fue quien se la llevó de aquí.

—Él no le dirá nada. Se lo prometió a la señora Emma esa noche. ¡Oh! ¡Pero qué bocazas soy! —exclamó, tapándose la boca con la mano.

—¿Está en La triple C? ¡Maldita sea! ¡Esa mujer acabará conmigo!

—Ya sabía yo que usted no iría allí. —Tanteó el terreno con prudencia—. Tal vez sea hora de que se enfrente a los demonios que dejó en esa casa y que no le dejan dormir tranquilo.

—No me provoques, Rose —masculló, hirviendo de ira.

—Está bien. Allá usted. Mañana, después del desayuno, le haré una visita a la señora Emma. Hace una semana que no la veo.

—Tú nunca vas a La triple C.

—Sí que voy —replicó disgustada.

—No vas, Rose.

—¿A no? —preguntó indecisa—. Pues, entonces, ya va siendo hora de que lo haga, ¿no le parece?

—Mandaré a un par de hombres al rancho para que traigan...

—¡Ni se le ocurra echarla de allí! Es la invitada de la señora Emma y está bajo su protección. La señora Emma no lo consentirá y no se lo perdonará si lo hace.

—¿De qué demonios hablas?

—No blasfeme, señorito Caleb. Respete su decisión. Anne no está trabajando en el rancho, así que desista de...

Caleb la dejó con la palabra en la boca y salió de la casa con tanta rapidez que cuando la señora Miller se levantó de la silla y se giró en su dirección, solo pudo ver que la puerta se cerraba de un portazo. Y, entonces, ella sonrió. Había conseguido alentarlo para que fuese hasta la guarida del dragón después de tantísimos años.

Capítulo 14

Furia cabalgó sin descanso hasta que llegó a La triple C. El señor Carter se bajó de un salto del agotado animal y se quedó mirando la blanca fachada de la casa con desasosiego. El corazón le latía acelerado y el sudor perlaba su frente. Los viejos miedos aparecieron a la luz del día y se sintió abrumado. Apretó los puños hasta dejarlos blancos, intentando calmarse. Se le removieron las entrañas ante el cúmulo de emociones y recuerdos que invadieron su mente en tan escaso tiempo. Se estremeció de miedo. Nunca había conseguido vencer los fantasmas del pasado porque durante años había rehuido de ellos. Observó la casa. Ya no le resultaba tan imponente y oscura cómo cuando se le aparecía en los sueños. Se quedó inmóvil y mudo sin saber cómo proceder.

En ese momento, Tommy salía de las caballerizas con un balde de estiércol en la mano. Al ver al señor Carter, arrugó el entrecejo extrañado; el patrón nunca visitaba La triple C. Dejó el balde en el suelo y, a paso ligero, caminó hacia él.

—Señor Carter... —dijo el muchacho cuando llegó a su altura.

—Dile a la señorita Peabody que salga, Tommy —logró decir Caleb.

—Señor, la señorita P-peabody... —Dudó si mentir o decirle la verdad. Tenía lealtad con la señora Emma, no quería fallarle. Sin embargo, sentía mucho aprecio por el señor Carter. Se decidió por lo primero—. No se encuentra aquí.

Caleb sabía que mentía. El muchacho había bajado la cabeza mientras se lo decía, ocultando lo que sus ojos verdes siempre expresaban con tanta claridad.

—Sé que está dentro, Tommy. —Dio un profundo suspiro y puso la mano en el hombro del muchacho—. No temas si me dices la verdad. Nadie te echará del rancho, muchacho. Ahora ve dentro y búscala. Dile que la espero fuera.

—La señora Carter dio órdenes expresas...

—Yo hablaré con la señora Carter cuando la vea. Ahora vete. Y, Tommy...

—¿Sí, señor?

—Si la señora Carter te envía con la intención de que entre dentro, le dices que te he dicho que no lo haré.

—De acuerdo, señor —dijo nervioso. Se limpió las manos sucias en el desgastado pantalón marrón y se marchó a dar el recado.

Mientras Tommy caminaba hacia la entrada trasera de la casa que daba acceso a las dependencias del servicio, la señora Carter vertía el café sobre una de las tazas de porcelana blanca que había en la mesita del salón. El humo se evaporó en el aire ajeno a los inquietos pensamientos de la mujer. Depositó la cafetera en la mesita y dirigió la mirada hacia la señorita Peabody que estaba sentada frente a ella. La muchacha le hizo un gesto con la mano y la señora Carter echó una cucharilla de azúcar en una de las tazas. La otra la dejó sin endulzar.

—Gracias, señora Carter.

—Oh, no querida. Habíamos quedado que me llamaría Emma.

—Discúlpame. Siempre me olvido.

La señora Howard, que permanecía de pie junto a la señora Carter, recogió la bandeja con maestría y se dispuso a marcharse.

—¿No te quedas con nosotras a tomar una taza de café, Beth?

—Hoy no. Tengo que dar instrucciones a Tilly sobre el almuerzo y, de paso, regañar a Charlotte porque no hizo bien sus tareas. Esa chica se cree que soy estúpida y que no me doy cuenta de que holgazanea la mayor parte del tiempo por la casa.

—Pero no la despidas, Beth y ten un poco de paciencia con ella. Es joven y un tanto despistada.

—No pensaba hacerlo, pero sí darle un buen escarmiento amenazándola con echarla de aquí si no se toma en serio su trabajo. No deberías ser tan indulgente con ella, Emma. Se aprovecha de ti la muy ladina.

—Es tan solo una chiquilla, Beth. Démosle un poco de tiempo para que se adapte a las condiciones del rancho. Si no es así, hablaré seriamente con ella y luego, ya veremos.

—Bien. Si necesitas algo más, avísame. Estaré en la cocina.

El ama de llaves, tras decir esto, se marchó del salón con la bandeja vacía entre las manos.

—La encuentro más recuperada que hace unos días, querida —le dijo la señora Carter a Anne cuando se quedaron solas—. Ya no tienes los ojos hinchados ni los nervios tan crispados como cuando llegaste. Veo que duermes mejor por las noches.

—Un poco mejor, Emma. Te estoy agradecida por tu hospitalidad. Mi intención no fue quedarme cuando llegué... —Anne inclinó la cabeza azorada y se sinceró—: Esa noche estaba desesperada, Emma. A esas horas tan intempestivas, supuse que el hotel estaría cerrado y que lo único que podía hacer era dormir en la calle. Sentí pavor solo de pensarlo. —Dio un leve suspiro de pesar—. A veces siento que abuso de tu generosidad quedándome tanto tiempo en el rancho.

—No lo sientas. —Hizo un gesto con la mano restándole importancia—. Me agrada tu compañía. Puedes quedarte el tiempo que quieras. Hiciste bien en acudir a mí.

—No es mi deseo quedarme indefinidamente. Debo buscar un trabajo enseguida.

—Insisto en que te quedes. Es lo menos que puedo hacer para remendar el daño que mi hermano te ha causado. No tenía constancia de lo mal que te lo ha hecho pasar estos días. Arrojar te al abrevadero y echarte de casa de esa manera... —Y negó contrariada—. Eso ha sido vergonzoso e imperdonable. —El semblante de Anne se ensombreció y la señora Carter cambió de conversación—. ¿Te incomoda si te pregunto sobre el encuentro con los dos indios en el río?

—No, claro —respondió cautelosa.

Anne no le había mencionado ese incidente a nadie y estaba sorprendida de que ella lo supiera. No es que tuviese demasiados deseos de contar la historia, pero se lo había pedido con tanta amabilidad y la había tratado con tanta delicadeza y afectuosidad, que no podía negarle esa petición.

—¿Es cierto que estabas sola y que les amenazaste con el rifle? —preguntó con un brillo de emoción en sus ojos azules.

—Así es. En realidad, Rose me acompañaba, pero la mandé de vuelta al rancho cuando vi que corríamos peligro.

—Vaya. Qué interesante. Eres muy valiente, Anne. Salvaste a una mujer y a su hija de los modocs.

—Sí, eran salvajes.

—Oh, lo sé. Tengo entendido que son parientes de mi hermano —dijo con una naturalidad tan aplastante que dejó a Anne con la boca abierta—. Quería confirmarlo contigo. No quise sacar el asunto antes porque te he visto tan alicaída estos días que temí que empeoraras.

—¿Parientes de tu hermano?

—Sí, querida. No los conozco personalmente, pero me han informado de que así es. Mi hermano siempre me ha hablado mucho de su familia paterna. ¿Rose no te habló sobre ellos?

Anne negó con la cabeza y la señora Carter comprendió la renuencia de la anciana a hacerlo y del tremendo odio que tenía hacia las tribus nativas. Era conocedora de las vejaciones que había sufrido Rose en el pasado; las mismas que su difunta madre. Tras las palabras de Emma, Anne comenzó a recordar la mañana que los tres nativos llegaron al rancho, así como la conversación que mantuvieron ambos hombres aquel día. Ahora comprendía el parentesco y el trato tan familiar que se profesaban, pese a no haberlo sospechado en ningún momento.

—Mi hermano tiene una estrecha relación con toda la tribu —añadió la señora Carter al verla tan callada—. Especialmente con Guardián del Cañón y su abuelo.

—Oh, no lo sabía. ¿Y tú qué opinas al respecto?

—Aunque no tengo relación con ninguno de ellos, no les desprecio por su raza o por sus costumbres. Nunca he sido prejuiciosa en ese aspecto gracias a Caleb. A lo largo de los años he aprendido mucho de él. Me enseñó a tenerles respeto y a convivir con ellos. De hecho, ninguna de las personas que tengo empleadas en mis tierras han pasado por el yugo del desprecio, sea cual sea su raza o procedencia. Aquí nadie recibe burlas o golpizas por ser quienes son. Esa siempre ha sido mi opinión y nadie me hará cambiarla jamás. De ahí que siga soltera y pueda manejar las riendas de mi vida como mejor me plazca sin

que la intervención de un hombre desvíe mis propósitos. —Esbozó una leve sonrisa y, a continuación, tomó un sorbo de café. Anne aprovechó para hacer lo mismo y reflexionó sobre sus palabras. En esos instantes, sintió admiración por la señora Carter porque podía decidir sobre su destino con la misma facilidad con la que hablaba. Emma dejó la taza de porcelana encima de la mesa y, tras observar el gesto pensativo en el rostro de la señorita Peabody, se atrevió a exponerle su más ansiado anhelo—: Mi único deseo, antes de que el buen Dios me llame, es que mi hermano encuentre la paz consigo mismo, además de su lugar en este mundo. Me es indiferente si es rodeado de indios o de hombres blancos. Quiero que sea feliz y que los fantasmas del pasado le dejen respirar tranquilo. Eso es lo único que me interesa y me preocupa de Caleb.

—No te entiendo.

—Es complicado de explicar. —Su rostro se ensombreció por un breve espacio de tiempo al pensar en lo egoísta que había sido en el pasado cuando le hizo prometer a Caleb que nunca la abandonaría. Ahora se arrepentía de haberle obligado a hacer aquella promesa y lo lamentaba porque sabía que él la cumpliría a rajatabla aunque ella le pidiese que la olvidara. Luego, sonrió a Anne como si nada hubiese ocurrido—. No me hagas caso y olvida lo que te he dicho. —Y cambió de asunto—. Parece ser que todos en el rancho sabían del encuentro con los modocs menos yo. Me lo dijo ayer Beth. Según parece se lo había contado Tilly, nuestra cocinera. Y a ella se lo había dicho Tommy que se lo oyó decir a uno de los vaqueros... Bueno, te harás una idea de cómo son estas cosas por aquí. Las noticias vuelan tan rápido que cuando te quieres dar cuenta ya no es un secreto. Pensé que eran chismes de Tommy y no le di demasiada importancia. Suele ser bastante fantasioso con esas historias cuando las pregona por ahí.

—Siempre me ha parecido un chico muy callado y tímido.

—Y lo es con quien no tiene confianza. Aunque también es muy trabajador y disciplinado. —Hizo una pausa y, luego, prosiguió—: El muchacho no tuvo una buena infancia. Caleb lo recogió de la calle y le dio trabajo en el rancho hace bastantes años. Era un pequeño saco de huesos, sucio y desamparado cuando lo encontró y lo trajo aquí. Mi hermano le aprecia mucho. —Y sonrió al recordar el día que llegó a La triple C y lo mucho que había cambiado el muchacho desde entonces—. Tommy está muy emocionado desde que Caleb le

enseñó a lanzar el puñal en Los abetos blancos. Me ha dicho que está deseando volver allí para que le enseñe a utilizar el rifle.

—¿No tiene familia?

—Desgraciadamente, no. Su padre murió al caerse de la mula y su madre sufrió un parto prematuro. El niño y ella murieron el mismo día. Es huérfano como tú. —La señora Carter vio que le había mudado la expresión de la cara y no sabía si se debía al hecho de haber mencionado a su hermano o por referirse al estado de orfandad del muchacho. Desde que llegó a La triple C la joven tenía los ánimos por los suelos. Debía medir bien sus palabras si no quería verla con los ojos enrojecidos de nuevo—. Lamento si te he importunado cuando he mencionado...

—Oh, no te disculpes, Emma —dijo de inmediato Anne. En realidad, ella se había sorprendido al conocer la triste historia de Tommy. Desde luego, no había esperado un gesto tan humano del señor Carter—. Nada de lo que me has dicho me ha molestado. —La señora Carter dudaba en creerla. Veía demasiada tristeza en sus ojos—. Supongo que me encontraré mejor cuando me marche de aquí y olvide lo que ha sucedido en Los abetos blancos —dijo con optimismo. No quería preocupar más a la señora Carter después de lo bien que se había portado con ella—. Un cambio de aires me sentará bien.

—¿Regresarás a Inglaterra?

—No. Allí no me espera nadie, Emma. La casa que teníamos en Essex la vendimos antes de embarcar y lo poco que teníamos en Coloma lo vendí antes de llegar a Aguas Bravas.

—¿No tienes ningún pariente aunque sea muy lejano que te pueda acoger?

—No. Ya te lo dije la primera vez que nos vimos.

—Es cierto. Lo había olvidado. Entonces... —Se quedó un segundo absorta en sus pensamientos y, luego, afirmó convencida—: Te quedarás en el rancho, Anne.

—No puedo aceptarlo, Emma —dijo levándose de la silla, nerviosa.

—Oh, vamos. Siéntate de nuevo y disfruta del café antes de que se enfríe. —Hizo un gesto con la mano hacia la silla para que obedeciese—. Si te vas a sentir incómoda por mi ofrecimiento, entonces lo negociaremos con más tranquilidad hasta llegar a un acuerdo justo.

—Solo me quedaré si trabajo para ti. —Propuso con sinceridad y se sentó en la silla sin apoyar la espalda en el respaldo. Se encontraba tensa—. No volveré a Los abetos blancos. No podría aunque me lo pidieses como un favor personal. No lo digo porque no quiera volver a ver a Rose sino porque... porque...

—Oh, lo entiendo. Precias a Rose pero no a mi hermano. Es bastante comprensible. —Se quedó unos momentos en silencio y luego le preguntó—: ¿Te gusta la jardinería, Anne?

—Sí. En Essex ayudaba a mi madre a plantar semillas y a podar las rosas del pequeño huerto que había en la parte trasera de la casa.

—Estupendo. Pues ya tienes trabajo en La triple C. Ayudarás al señor King, nuestro jardinero. El señor King ha perdido casi toda la visión de los ojos y, a veces, hace algún que otro estropicio cuando poda las plantas. —La señorita Peabody esbozó una ligera sonrisa imaginándose la divertida escena—. Creo que congeniarás bien con él.

—Gracias, Emma.

En ese momento, la señora Howard pegó impaciente con los nudillos de la mano en la puerta para anunciar su presencia. A continuación, entró en la habitación sin esperar respuesta. Se retorció las manos, nerviosa.

—¿Qué ocurre, Beth? —preguntó la señora Carter al ver el rostro pálido de la mujer.

—¡Ay señor! Creo que el buen Dios al fin ha escuchado mis plegarias. No puedo ni hablar de lo emocionada que estoy, Emma. ¡Un milagro es lo que ha ocurrido!

—¡Beth! ¿Qué te pasa? —preguntó, levantándose de la silla, preocupada.

—Mejor que te lo diga Tommy. Casi sufro un desvanecimiento al oírlo. —Instó con la mano al muchacho para que entrase. El joven lo hizo con timidez—. Dile a la señora Carter lo que me has dicho antes, Tommy.

—Salía del establo con un cubo lleno de... —Comenzó a decir el chico.

—Al grano, Tommy —le apremió, haciendo un gesto de impaciencia con la mano.

—El señor Carter quiere que la señorita P-peabody salga fuera de la casa.

—Soltó de sopetón y casi sin respirar.

—¡No! —gritó Anne, levantándose de golpe de la silla.

De repente, a la muchacha comenzó a temblarle el cuerpo. Los momentos de tranquilidad que había tenido se esfumaron de inmediato. La señora Carter se quedó estupefacta con la noticia y preguntó:

—¿Caleb está aquí?

—Sí, señora. Está esperando fuera —respondió Tommy.

—Dile que entre.

—El señor Carter me dijo que él no entraría p-por mucho que usted insistiese. Quiere que la señorita salga conmigo ahora mismo.

—Dile al señor Carter... —La señora Carter se calló cuando notó el temblor en el cuerpo de la muchacha y se acercó a ella. Le puso un brazo sobre los hombros para reconfortarla. Luego, le susurró—: No dejaré que vuelva a humillarte. Me quedaré contigo si así te sientes mejor. —Anne asintió con la cabeza y la señora Carter miró al muchacho—. Puedes marcharte Tommy. La señorita Peabody no se moverá de aquí.

—El señor Carter se enfadará, señora Carter.

—No lo hará si estoy yo aquí.

—Sí, señora. Lo que usted diga.

—Acompáñalo, Beth. De paso, mira el estado de ánimos de Caleb.

—Tommy dice que lo vio tranquilo —informó el ama de llaves.

—Cerciórate. No quiero que Anne se lleve otro disgusto.

—Claro, Emma. Enseguida vuelvo.

El ama de llaves salió con el muchacho por la puerta principal de la casa. Poco tiempo después, el humor del señor Carter se hizo saber en todo el rancho.

—¡Señorita Peabody! ¡Salga de la casa ahora mismo! —bramó con fuerza desde el exterior. Su voz traspasó los cristales de las ventanas del salón hasta llegar a los oídos de las dos mujeres que, asustadas, dieron un respingo en sus asientos—. ¡Señorita Peabody! ¡Salga o entraré por usted!

Caleb esperó un tiempo prudencial y al ver que no aparecía por la puerta, respiró profundo y se armó de valor para atravesar los confines del infierno. Los goznes de la puerta no se vencieron de milagro, pero sí que protestaron tras el impacto que sufrió contra la pared. Entró a grandes zancadas en el vestíbulo y echó un vistazo a su alrededor, comprobando de inmediato que nada había cambiado. Ni los muebles ni el color de las paredes o los objetos que lo adornaban. Nada. Buscó en la primera puerta que encontró y que sabía que se trataba del salón principal y la abrió con brusquedad. La hoja de madera chocó contra la pared y él se tensó cuando el familiar olor del pasado penetró en sus fosas nasales. Durante unos breves segundos, el ambiente le transportó a aquellos terribles y angustiosos años. Los malos recuerdos aún perduraban en esa habitación y supuso que también en el resto de la casa. Un leve escalofrío recorrió todo su cuerpo sin poder evitarlo. Comenzó a sudar a causa del nerviosismo. Lo notaba en las manos y en la tela de la camisa que se le pegaba a la espalda. La misma suerte corrían las axilas que sentía empapadas a los costados de su cuerpo. La resaca que traía de Los abetos blancos se había esfumado tan pronto había traspasado la entrada de La triple C. No tuvo que buscar demasiado a la señorita Peabody. La encontró aferrada al brazo de su hermana como si quisiera arrancárselo de cuajo.

—Caleb... —dijo la señora Carter, apenas con un hilillo de voz y con los ojos abiertos de par en par—. Has pisado La triple C.

—Salga fuera de la casa, señorita Peabody —ordenó con determinación, haciendo caso omiso de las palabras de Emma. No quería hablar sobre ese asunto con ella. No se sentía ni cómodo ni seguro entre esas cuatro paredes.

—No —respondió Anne con firmeza, notando como el corazón le latía desacompañado. Tragó saliva, verle de nuevo la estaba derrumbando por dentro. Reiteró—: No me iré con usted.

—¡Salga ahora mismo! —gritó Caleb desesperado—. ¿No se ha dado cuenta de lo que ha hecho?

—¡He hecho lo correcto!

—¿Lo correcto?! ¡Maldita seas, mujer!

—¡Caleb Carter! Mide tus palabras en presencia de la señorita Peabody —le amonestó la señora Carter al oírle blasfemar.

El señor Carter no tomó en cuenta la regañina y entornó los ojos hacia la

muchacha.

—¿Cree que hizo lo correcto viniendo aquí?

—Sí, lo hice —afirmó Anne y, haciendo acopio de valor, agregó—: Le recuerdo, por si la memoria le falla, señor Carter, que me sacó de la casa a la fuerza y en plena noche para que me buscara un alojamiento en el pueblo, sabiendo que a esas horas no lograría encontrar nada abierto. Tiró toda mi ropa al suelo al igual que hizo conmigo después. Usted me arrojó unos cuantos centavos a la cara como si yo fuera un despojo humano que le estorbaba demasiado. ¡Me trató peor que a un animal! ¡Ni los perros son tratados con tanto desprecio! —exclamó alzando cada vez más la voz—. ¡No me iré con un hombre tan desalmado como usted! ¡No lo haré! ¡Y si tengo que recurrir a la ley, no dude que lo haré!

—¡Ha puesto en riesgo la seguridad de este rancho, mujer! —vociferó. Anne se sorprendió al oírlo. No había tenido en cuenta ese detalle. Estaba tan desesperada cuando salió de la cabaña que ni se le ocurrió que su idea de venir hasta aquí hubiera puesto en peligro a otras personas—. ¡Donde quiera que usted vaya, los modocs la perseguirán! ¡Se vengarán aunque tengan que atravesar todo el condado! ¡Regrese al rancho!

—¡No! ¡Me iré de aquí y pediré ayuda al marshal! Él me defenderá —espetó Anne decidida.

—¡No cuente con ello! El pobre infeliz se lisió la pierna hace días mientras trataba de detener a unos cuatreros. Hasta ahora, nadie le ha reemplazado en el cargo. Los modocs lo arrasarán todo antes de que él consiga desenfundar su arma e impida una matanza con gente inocente. ¡Porque eso es lo que ocurrirá si no se viene ahora mismo conmigo!

—¡Entonces, recurriré al sheriff! —gritó desesperada y cómo último recurso.

—¡Diablos, mujer! —vociferó cada vez más exasperado—. ¡¿Por qué no avisa también a los rangers y habla en persona con el capitán Harry Love?! ¡Seguro que le darán una recompensa mejor que la que obtuvo por Joaquín Murrieta si se enfrenta esta vez a los modocs!

—¡No sé quién diantres es ese hombre ni me importa, señor Carter! ¡Avisaré a todos los representantes de la ley que sean necesarios si con ello recibo ayuda!

—¡Yo se la estoy ofreciendo! —Y resopló al ver la tozudez en su rostro—. ¿Pretende avivar más el odio entre el hombre blanco y las tribus nativas por una estupidez suya? ¡Utilice por una vez la sesera y deje de tenerme miedo!

Caleb se acercó unos pasos hacia ella. La sangre le hervía por dentro. Cada minuto que pasaba en esa habitación su cólera crecía. Se asfixiaba con el aire rancio del pasado y con los lúgubres retratos de los antepasados que le miraban con sus oscuros y tenebrosos ojos; parecían acusarle de todos los males que había sufrido la familia en todos esos años. La señorita Peabody se apartó de Emma cuando él continuó caminando en su dirección. El viejo sillón orejero de seda aguamarina fue el mueble que había escogido para protegerse de él. Caleb alzó una ceja de manera interrogativa al mismo tiempo que un leve escalofrío le recorrió la columna vertebral al reconocer el familiar sillón. Siendo niño se había escondido detrás de él y se había orinado de miedo en los pantalones cuando el viejo y borracho señor Carter lo buscaba con la intención de golpearle.

—Si se acerca más... —le amenazó Anne, alzando el brazo con ímpetu y apretando con fuerza el jarrón de porcelana que había cogido de un pedestal de madera—, no respondo de mis actos, señor Carter.

—Le doy cinco minutos para que salga. Si no lo hace, vendré por usted y me la llevaré a la fuerza. Usted decide.

Caleb se giró y caminó hacia la salida. Antes de cruzar el umbral de la puerta, Anne le arrojó el jarrón de porcelana. El objeto le rozó la cabeza e impactó contra la blanca pared, haciéndose añicos antes de llegar al suelo. Él se dio media vuelta, entornó los ojos y reiteró en un tono de voz bajo y mortal:

—Cinco minutos.

Salió del salón con la misma velocidad que entró, dejando más tensión en la habitación de la que había a su llegada. La señora Carter, atónita por lo ocurrido, se acercó a la muchacha. Cuando le tocó el hombro seguía temblando.

—Lo siento mucho, Emma —musitó la señorita Peabody tras lo ocurrido—. Te pagaré el jarrón.

—Tranquilízate, Anne. El jarrón es lo que menos me preocupa ahora mismo. —La joven le miró, respiró hondo y exhaló el aire al mismo tiempo que se desplomaba en la silla más cercana—. Vuelve con Caleb, Anne.

— ¿Te has vuelto loca?

—No, querida. He visto con claridad las intenciones de mi hermano e insisto que te vayas con él. Te protegerá mejor que nadie. Confía en lo que te digo.

—Me volverá a vilipendiar. No puedo hacer lo que me pides, Emma. Me iré ahora mismo de aquí.

—Te buscará donde quieras que vayas y te traerá de vuelta al rancho. No se dará por vencido. ¿No te has dado cuenta de lo que ha pasado, Anne? —La muchacha la miraba sin comprender con las manos en el regazo. Estaba en un estado de confusión y nerviosismo tan alarmante que no podía pensar con claridad—. Caleb no había pisado La triple C desde hacía muchos años y ha venido expresamente a por ti. ¿Comprendes ahora su comportamiento?

—No. Solo sé que ha perdido la cordura y que no se ha cansado de avergonzarme y que... que me estoy volviendo loca. ¡Santo cielo! —Se tapó el rostro con las manos. Poco después, las volvió a poner en el regazo y añadió angustiada—: Os he puesto a todos en peligro por mi imprudencia y...

—Tranquila, querida —la cortó la señora Carter—. No estás loca solo contrariada por las circunstancias. —Se sentó cerca de la muchacha y le cogió la temblorosa mano, intentando reconfortarla—. Vete con Caleb y no te preocupes por nuestra seguridad. Travis ha duplicado el número de hombres y protegerá el rancho con uñas y dientes para protegernos. Si hace falta le pediré que lo triplique. Ahora, no debes preocuparte por eso. —Emitió un leve suspiro y la miró de hito en hito—. Si hubieras visto lo que yo he visto hace unos instantes en el rostro de mi hermano, Anne, pensarías de otro modo.

—No comprendo lo que tratas de decirme, Emma —contestó aturdida.

—Es bien sencillo. Caleb siente algo por ti.

—¿Por mí? —Anne negó con la cabeza—. Definitivamente creo que te estás contagiando de mi locura, Emma.

—Si así fuera, sería la primera en reconocerlo. Creo que él se encuentra bastante confuso con los nuevos sentimientos que está experimentando, por eso actúa con tan poca delicadeza cuando te ve.

—Me odia con toda su alma, Emma.

La señora Carter esbozó una breve sonrisa ante el gesto de desagrado que vio en el rostro de la muchacha.

—Si te odiara, estoy segura que no te hubiera permitido trabajar en el rancho. No habría tenido en cuenta mi petición por mucho que me quiera. Y te aseguro que me quiere con toda su alma. No sé si eres consciente, pero tú le representas un constante desafío y, el muy granuja, se ha dado cuenta. Disfruta provocándote aunque lo disimule bajo esa máscara imperturbable que nos muestra. —Hizo una pausa y se quedó pensativa unos momentos—. Tanta responsabilidad sobre sus espaldas le ha vuelto más serio y hosco y eso ha forjado más su carácter en estos últimos años. Supongo que tu presencia se ha convertido en una carga adicional para él.

—¿Estás justificando su deplorable comportamiento?

—De ninguna manera. Solo trato de decirte que ésta es su forma de disculparse contigo, te guste o no. Él no sabe expresarlo de otro modo. —Anne volvió a negar con la cabeza sin estar convencida de lo que le decía—. Sí, querida. Y te lo hará saber cada vez que trate de enmendar sus errores contigo. No esperes reconciliaciones románticas por parte de Caleb porque no las obtendrás. —Hizo una pausa y continuó—: Debo confesarte que jamás lo había visto comportarse con tanta ferocidad por una mujer. Sé que es algo brusco, cabezota e intimidante cuando se lo propone.

—¿Algo? —preguntó la muchacha sin poder contenerse.

—Bueno, bastante, lo admito. A veces, a mí también me asusta un poco su carácter, pero le conozco lo bastante bien como para asegurarte que en el fondo es un buen hombre. Tú has conseguido lo que nadie ha podido hacer en muchos años, querida: vencer sus miedos.

—Pero... No te entiendo, Emma. ¿Qué miedos?

—Esa historia es mejor que te la cuente Caleb. No me corresponde a mí hacerlo. Ahora vuelve al rancho.

—Yo... no puedo hacerlo, Emma.

Caleb volvió a bramar desde el exterior, llamando a la señorita Peabody. Ella siguió negando con la cabeza a la señora Carter. No quería marcharse con él y menos cuando lo notaba tan agresivo; no le inspiraba ninguna confianza. Al cabo de unos minutos, la presencia del hombre se volvió a notar en el salón

y Anne encogió la punta de los dedos de los pies cuando lo vio aparecer. En varias zancadas, Caleb llegó hasta la muchacha, la agarró por la cintura y se la colocó en el hombro como si fuera un saco de arroz. Emma le miró entre asombrada y enmudecida sin moverse del sitio. Caleb salió con premura de la casa, haciendo caso omiso de las protestas de la señorita Peabody. Cuando se acercó a su caballo la dejó de golpe en el suelo y la muchacha casi pierde el equilibrio. Tommy, que en ese breve espacio de tiempo había conseguido dar de beber al sediento animal, soltó las riendas y se alejó unos pasos de ellos. Estaba preocupado por lo que podría suceder en breve. La actitud iracunda del patrón le producía miedo.

—Suba al caballo —ordenó él con voz firme y baja.

—¡No! —gritó ella furiosa. Le golpeó con los puños en el pecho, queriendo descargar en él toda la ira que guardaba dentro. Algunos mechones rizados se habían soltado del recogido que llevaba en la cabeza, confiriéndole a su rostro un aspecto indómito—. ¡Patán sin sentimientos! ¡Mentecato! ¡Abominable gusano! ¡No puede volver a tratarme con tan poca delicadeza y menos delante de toda esta gente!

Caleb agarró sus delgadas muñecas con fuerza y detuvo los golpes. Vio varias lágrimas recorrer sus mejillas y se recriminó por haberla hecho llorar. De súbito, la besó. Tommy boqueó cuando vio cómo los labios del señor Carter chocaron con fuerza contra los de la señorita Peabody sin previo aviso. El hombre presionó sus labios para que ella sintiera el deseo y la ansiedad que tenía desde hacía días. El ritmo cardíaco de Caleb se aceleró. Un cosquilleo le recorrió el estómago debido a la excitación. Su miembro apretó la tela del pantalón con insistencia. Poco después, Anne se retiró con brusquedad de su boca y le miró estupefacta. Caleb le soltó las muñecas, observando el desconcierto en su rostro. Era todo un espectáculo ver cómo las mejillas escarlatas competían con el intenso color de su pelo. Ella vio la lujuria en sus ojos y, agitada como estaba, se palpó los labios con la yema de los dedos sin poder dejar de mirarle. Se sintió abrumada y sorprendida por su osadía. Acto seguido, la palma de su pequeña mano voló hacia la mejilla del hombre con tal rapidez que a este no le dio tiempo a esquivarla. El sonido sordo de la bofetada se escuchó en todo el rancho, dejando tan estupefacto a Tommy como a los peones que se habían acercado hasta ellos.

—Jamás vuelva a hacer eso —masculló el señor Carter a la señorita

Peabody, apretando los puños a ambos lados de su cadera hasta dejarlos blancos. Le picaba la piel, pero no hizo ningún intento por aliviarla.

—Y usted jamás vuelva a tomarse semejantes libertades conmigo —le espetó airada—. No se ha ganado ese derecho. Yo decidiré quién puede besarme. Respéteme, señor Carter.

—Suba al caballo —ordenó en voz baja. Las palabras de la joven le habían herido el orgullo.

No fue hasta ese preciso momento, cuando Caleb fue consciente de que la señorita Peabody había ganado *la guerra de voluntades* que pugnaba entre ellos. En realidad, ella la había ganado mucho antes: el mismo día que la echó del rancho. Caleb admiró su terquedad, su coraje y rebeldía. Era la única mujer que había podido subyugarle y arrastrarle hasta el rancho sin apenas mover un dedo. Y lo más curioso de todo es que ella continuaba desafiándole como si compitiera con un igual sin importarle siquiera el tamaño de su contrincante ni su fuerza. «Mía», pensó con posesividad sin dejar de mirar sus llorosos ojos.

—Y si no lo hago, ¿qué hará? —preguntó ella, retándole con la mirada. Se pasó la yema de los dedos por la mejilla y se limpió el rostro surcado de lágrimas.

—La volveré a besar —contestó, alargando el brazo para quitar una lágrima traviesa de la barbilla.

—No se atreverá —replicó, dándole un manotazo para que no la tocara. Caleb gruñó por ese gesto de desprecio.

—Sabe que sí lo haré. No me detendré aunque tenga que tumbarla en el suelo si así consigo lo que quiero. Usted decide —le advirtió, acercándose más a ella para amedrentarla.

Anne retrocedió unas pulgadas y echó un vistazo a su alrededor sopesando qué hacer. Había bastante gente observándoles y se azoró. No se arrepentía en absoluto por su comportamiento puesto que el señor Carter se había sobrepasado con ella, pero sí que se sintió un tanto avergonzada al ver el asombrado semblante de la señora Carter en el umbral de la casa. A ella sí le debía respeto y gratitud. No pretendía causarle más problemas de los que ya le había ocasionado; cedería por ella. Recordó lo que le había dicho Emma en el salón: «Él siente algo por ti». Y para su sorpresa, tenía que admitir que era

cierto. «¿Por qué sino me ha besado con tanto descaró delante de todo el mundo?», se preguntó. No creyó que lo hubiese hecho para humillarla. Había visto en sus ojos el deseo y había sentido un bulto duro a través de la tela de su vestido. Casi se sintió desfallecer al imaginarse de qué se trataba. «Pero ¿siento yo lo mismo?». No estaba segura. Ignoraba si un corto y forzado beso implicaba que ya amaba a esa persona hasta el extremo de querer pasar la eternidad con ella. Solo sabía que le atraía demasiado y que su cuerpo se reblandecía al escuchar su voz. Suspiró abrumada. El carácter del señor Carter era difícil e impredecible. Chocaba con frecuencia con el suyo y eso la exasperaba sobremanera. Le miró y se resignó a obedecerle; no tenía otra opción.

—Usted gana, señor Carter.

Caleb quiso rebatir sus palabras, pero se abstuvo de hacerlo al dejar que ella así lo creyera. De momento, no pensaba aclarar nada sobre ese asunto.

—Monte a horcajadas sobre la silla de montar.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó, parpadeando varias veces.

—Lo que ha oído, señorita Peabody. Le aseguro que su trasero se lo agradecerá.

—Eso es inapropiado. No puedo sentarme como lo hace usted, señor Carter.

—Me importa un comino si es inapropiado o no. Usted lo hará porque yo se lo ordeno.

—Cuide sus modales conmigo, señor Carter —replicó entrecerrando los ojos. Detestaba cuando empleaba ese tono tan autoritario con ella creyéndose que le pertenecía. Ella no era propiedad de nadie y menos de un hombre tan brusco y posesivo como él—. No voy a consentir que me manipule a su antojo sin tener en cuenta mi opinión.

—Suba, mujer —masculló exasperado—. Lo hago por su bien.

—Lo haré con una condición.

—Nada de condiciones, señorita Peabody —replicó, pensado en la inesperada actitud negociadora de la mujer.

—Si no es así, le aseguro que le haré la vida imposible. Me escaparé del

rancho a la menor oportunidad que tenga.

—Durante los cinco días que la perdí de vista, siguió haciéndome la vida imposible, señorita Peabody. No me supondrá ningún esfuerzo volver a buscarla, se lo aseguro.

—¿Y bien? —preguntó, cruzándose de brazos.

Él resopló. Sabía que ella insistiría hasta agotarlo si no satisfacía esa maldita condición.

—Diga cuál es y terminemos con esto de una vez.

—Si vuelve a humillarme como lo hizo aquella noche...

—Tiene mi palabra de que nunca volverá a ocurrir —le cortó—. Ahora suba y no perdamos más el tiempo.

Anne le miró durante unos largos minutos y, al final, le creyó.

—¿Y mi equipaje?

—Emma se encargará de mandarlo al rancho. Ahora, monte.

Ella lo hizo con su ayuda. Cuando él la cogió por la cintura y la izó, sus ojos se encontraron. Una corriente eléctrica les atravesó a ambos cuando sus cuerpos se rozaron de nuevo. Anne, carraspeó azorada y desvió la vista hacia la garganta del hombre cuando volvió a sentir cierto calor en el bajo vientre. Caleb tragó saliva al notar como su entrepierna se despertaba de nuevo. La mujer lo estaba volviendo chiflado y él no sabía por cuánto tiempo podría refrenar el deseo de poseerla.

Una vez en el caballo, Anne intentó acomodarse el vestido lo mejor que pudo sin poder evitar que quedaran al descubierto las medias blancas que le cubrían las pantorrillas. El rubor en sus mejillas apareció de manera instantánea. Caleb la vio sonrojarse y reprimió una sonrisa; era bonita hasta cuando se volvía tímida. Sin embargo, no ahorró su sufrimiento acomodándole mejor la tela. Pensó que se lo tenía bien merecido. Con agilidad, se subió a la grupa y tomó las riendas.

—¡Caleb! —exclamó la señora Carter desde el quicio de la puerta con las manos entrelazadas en el regazo. Su hermano giró la cabeza hacia ella.

—Con mi vida, Emma —le aseguró él, al advertir la preocupación en su

VOZ.

En un acto reflejo, atrajo a la señorita Peabody hacia su cuerpo, pese a la negativa de la joven que se había envarado al sentir el contacto de su pecho sobre su espalda. La señora Carter suspiró aliviada al saber que la señorita Peabody se encontraba en buenas manos. Caleb siempre la protegería. Al fin, todo se había solucionado. La inesperada decisión de la muchacha quedándose en La triple C había obrado el milagro que ella siempre había deseado. Su hermano había pisado el rancho para enfrentarse a los miedos que tanto le atenazaban y ella se sentía satisfecha por el gran paso que había dado.

—Dile a Rose que dentro de unos días me pasaré por el rancho.

Caleb asintió con la cabeza y espoleó, impaciente, a su caballo con ganas de abandonar la propiedad. Sentía el resquemor del pasado en cada poro de su cuerpo y no le gustaba. Furia salió al trote del rancho con una nueva viajera en el lomo.

Capítulo 15

No habían cabalgado ni una milla cuando el señor Carter se apeó del caballo, dejando a la señorita Peabody montada sobre el animal. Había tal tirantez entre ambos que Caleb creyó conveniente empezar a darle su primera lección y, de este modo, arreglar su lamentable comportamiento con ella.

—¿Hacia dónde vamos, señor Carter? —preguntó extrañada Anne cuando vio que desviaba el animal hacia un sendero adyacente al principal.

—A partir de ahora, comenzará su primera lección a lomos de un caballo, señorita Peabody. Verá la diferencia que hay con un burro.

—¿Montaré yo sola? —preguntó sorprendida.

Anne se colocó la mano en la frente e hizo sombra en sus ojos. Se había dejado olvidado el sombrero de paja en La triple C y le costaba enfocar la vista; los rayos de sol le daban en el rostro.

—Sí. Y, por su bien, no se le ocurra pincharle en los cuartos traseros o lo lamentará. —Las comisuras de la boca del hombre se alzaron con levedad al recordar el rostro divertido de la muchacha el día que le contó su travesura—. Furia se portará bien con usted si yo estoy cerca. Haga todo lo que yo le diga.

—No pensaba pincharle. Supongo que es manso el caballo.

—Conmigo lo es.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Y pretende que me quede aquí sentada después de lo que me ha dicho?

—Tranquilícese. No soltaré en ningún momento las riendas. ¿Qué le parece si comenzamos en presentarle a Furia?

—Sería un buen comienzo. La primera vez que me monté en él, creo que no le gusté demasiado.

—¿Se refiere al día que fui a recogerla al río?

—Sí.

—Debo admitir que yo le puse nervioso. Le grité a usted y él notó el cambio de humor en mi voz. Ahora, mantenga el cuerpo relajado y no tenga

miedo de Furia.

—No lo tendré si usted no se aleja de mí. Dígame que no lo hará hasta que ambos hayamos entablado cierta amistad.

Caleb sonrió con levedad.

—¿Cierta amistad?

—Me ha entendido bien, señor Carter.

—De acuerdo. No me alejaré. Si quiere ser su amiga, inclínese hacia adelante y acaríciala despacio la cruz y las crines. —Anne lo hizo. Movi6 con suavidad su mano sobre el pelaje colorado y moteado de blanco. En ese momento, record6 lo que le había dicho la señora Carter en el sal6n a cerca del peculiar modo que tenía su hermano de disculparse para enmendar los errores cometidos. Supuso que su propuesta de enseñarle a montar a caballo se ajustaba a ese hecho y empezó a comprender mejor el áspero y abrupto carácter del hombre. Había notado cómo su voz se había suavizado y su rostro era menos severo—. ¿Le gusta?

—Sí. Y parece que a él también —contestó cuando el caballo emitió un pequeño relincho.

—Susúrrele algo para que se vaya acostumbrando a su voz.

Ella lo hizo en un tono bajo y firme, prestando atención a los movimientos que el animal le transmitía tanto con las orejas como con la cabeza y el cuerpo. Durante un buen rato, Anne disfrutó acariciando el elegante y llamativo pelaje del animal cuyas manchas blancas le permitía camuflarse de sus depredadores. Cuando dejó de acariciarle y se incorporó sobre la silla con la satisfacción reflejada en sus sonrosadas mejillas, Caleb prosiguió el sendero a pie, saboreando los rayos de sol que le golpeaban en el rostro. El camino les llevó hacia la cima de una pequeña elevación montañosa. El promontorio conservaba una encina cuyo follaje proporcionaba la suficiente sombra como para resguardarse. Desde lo alto, pudieron ver como el azul del cielo, plagado de pequeñas nubes blancas, se fundía con la vasta y alargada depresión rodeada de montañas. Divisaron también el sagrado monte Shasta donde habitaban los *Je su chin* —diablillos negros—, que castigaban a la gente con la confusión, la locura o la muerte si eran irrespetuosos con la montaña.

Caleb se alejó de la encina y amarró el caballo overo en la gruesa rama de un añoso y seco árbol. No quería que Furia probase ninguna bellota cercana a la base de la encina. Aunque sus frutos eran uno de los alimentos básicos para la tribu achumawi, en cambio para los caballos resultaban perniciosos hasta el extremo de causarles cólicos y estreñimientos. A continuación, ayudó a bajar a la señorita Peabody del caballo y le propuso sentarse bajo la sombra de la encina y desde allí contemplar el paisaje. Cuando llegaron, ella se sentó y acomodó ambas piernas hacia un lado, cubriéndolas con la tela del vestido. Él las flexionó y apoyó los codos en sus rodillas. Ambos eran conscientes que la tensión había desaparecido después de la distendida sesión ecuestre.

—¿Qué tal le ha parecido el paseo? —preguntó Caleb al mismo tiempo que cortaba una brizna de hierba con la mano y se la colocaba en la comisura de la boca.

—Maravilloso —contestó Anne con una enorme sonrisa en el rostro. Montar a caballo le había resultado una experiencia enriquecedora. Observó el perfil sereno del señor Carter y tuvo que admitir que su salvaje y atractivo rostro la seguía teniendo encandilada. Aprovechó el momento para preguntarle aquello que tanto le rondaba por la cabeza desde hacía días—: ¿Por qué lo hizo, señor Carter?

—No la entiendo, señorita Peabody —contestó, mirándola extrañado.

—Me refiero a la noche que usted me echó de la casa. ¿Por qué lo hizo?

—¿Me guarda rencor desde entonces?

—No, pero necesito una respuesta convincente para calmar mi curiosidad.

Caleb no respondió y dejó de mirarla. A él le resultaba difícil expresar en voz alta lo que las pesadillas le producían por las noches. Se quedó un buen rato en silencio, contemplando la falda verde de la montaña salpicada de flores silvestres; aportaban colorido a las zonas más agrestes del valle. A lo lejos divisó la granja de la viuda Taylor. Los pocos animales que le quedaban pacían con tranquilidad en el otro extremo de la propiedad. Luego, dirigió la vista hacia la encina al escuchar ruido a su espalda. Tres urracas golpeaban con el pico las bellotas caídas en el suelo intentando abrirlas. Miró de nuevo la falda de la montaña y cerró los ojos, sintiendo cómo los rayos del sol le acariciaban la piel.

—Miedo —dijo de pronto Caleb. Abrió los ojos, pero no la miró.

A Caleb le había costado decidirse. Su corazón se había acelerado tras soltar la palabra. Esperó anhelante la respuesta de la señorita Peabody sin dejar de observar el paisaje.

—¿Por lo que pudiera pensar de usted al verle en semejante estado? —preguntó intrigada Anne, mirando su anguloso perfil.

—Sí. Había tocado una parte dolorosa de mi vida y eso me cogió desprevenido. Nadie lo había hecho hasta ahora, salvo Emma. —Siguió sin mirarla. Anne le comprendió y se quedó en silencio—. No me pida que le cuente lo que sucedió. No borraría mi sufrimiento.

—Pero aliviaría la carga tan pesada que guarda en su corazón.

—No lo creo. He soportado esa carga durante muchos años. Le aseguro que puedo seguir haciéndolo durante el resto de mi vida.

—De acuerdo. Si así lo quiere respetaré su decisión. Me gustaría que supiera que si le ofendí esa noche con mi comportamiento, lo siento de veras, señor Carter. Solo pretendía reconfortarle.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Caleb, girando la cabeza hacia ella con los ojos entornados.

Anne vio que se le habían soltado algunos mechones negros de la cinta de cuero que amarraba su larga y negra cabellera, restándole dureza a su rostro.

—Sí —respondió con sinceridad y sin apartar la mirada—. Sufrí mucho cuando le vi en ese estado y mi intención no fue otra que aliviar su dolor y serle útil.

—Alíviemelo ahora, señorita Peabody —dijo de repente.

Caleb escupió la brizna de hierba que mascaba y se arrodilló frente a ella. Sus rostros se quedaron a escasas pulgadas y sus alientos se encontraron. El corazón de la muchacha se aceleró y su cuerpo tembló excitado por su proximidad y su repentina petición.

—¿Quiere que le acaricie ahora como esa noche? —preguntó con escepticismo.

—No. Lo que quiero es que alivie mis ansias por besarla otra vez. —Y sus ojos brillaron con picardía.

—No se lo ha ganado todavía, señor Carter.

—¿Eso quiere decir que me lo ganaré algún día, señorita Peabody?
—preguntó, elevando con levedad la comisura de sus labios.

Anne se quedó callada al darse cuenta de su precipitada respuesta. Se había delatado y le había dado a entender que, tarde o temprano, obtendría lo que él tanto anhelaba.

—No, yo...

—No se haga de rogar, señorita Peabody. Dejará que la bese porque sé que también lo desea —susurró cerca de su boca con un deje de prepotencia. Caleb nunca había sentido tanto deseo por una mujer. No de manera tan apremiante y brutal—. No seré tan brusco, se lo prometo.

Anne se le quedó mirando si saber qué contestar. Desde luego que romántico no era el hombre. Cuando quería algo, iba al grano y sin más preámbulos. Observó sus hipnóticos ojos negros y se quedó prendada de ellos. Estaba descubriendo la otra cara del señor Carter y eso le entusiasmaba. Esa nueva versión era mucho más accesible y atractiva que la que había conocido días atrás. Sintió el deseo de besarle, de acariciarle y de explorar nuevas emociones con él.

El suave y cercano aliento de su boca incitó a la joven a acariciarle la mejilla con delicadeza. Caleb contuvo un suspiro de placer al sentir la yema de sus dedos recorrer su piel. Reprimió otro cuando sus dedos rozaron sus finos labios, dibujándolos con lentitud. Se quedó inmóvil para no asustarla; quería que le acariciase con total libertad para que se fuera acostumbrando a él sin ningún tipo de reservas. Anne apartó la mano sin dejar de mirarle y se arrodilló también. Osó en quitarle el sombrero negro de la cabeza, lo depositó entre la hierba y, sin previo aviso, le dio un suave y apenas perceptible beso en los labios. Él se sintió entre aliviado y sorprendido por su impulsividad. Ahora estaba seguro que no le tenía miedo ni que le causaba repulsión. Ese beso tan casto le supo a poco, pero se contuvo de estrecharla entre sus brazos y de devorarle los labios hasta quedar satisfechos de ellos. Con cuidado, puso sus enormes manos en su estrecha cintura y la atrajo despacio hacia su cuerpo. Posó sus labios en los de ella. Cuando sus bocas se juntaron, Caleb intentó profundizar el beso. Empujó su lengua, instándole a que le dejase entrar. Anne tardó unos segundos en reaccionar y luego, accedió con timidez. La lengua de

él penetró y comenzó a examinar la nueva concavidad con ansiedad. Ella emitió un leve gemido ante esa nueva y desconocida invasión. El músculo se retorció dentro de su boca como si buscara algo y ella no sabía qué. Su ignorancia hizo que replegara la lengua. Su mente y su cuerpo buceaban en un mar desconocido lleno de sorprendentes y maravillosas emociones que le bloqueaban el raciocinio. Le gustaba el sabor a café de su boca y el olor a cedro y bergamota de su piel. Él se detuvo y se alejó unas pulgadas de su rostro; el corazón le latía tan acelerado que casi no podía respirar. Anne jadeó insatisfecha. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios hinchados. Caleb se sintió poderoso al verla en ese estado. El suave perfume a lavanda y la suavidad de sus labios le volvían loco. Sintió un tirón en su entrepierna y el deseo se acrecentó. Subió las manos a los costados, se acercó de nuevo y continuó besándola. Ella no opuso resistencia y colocó sus pequeñas manos sobre su camisa, a la altura de su pecho, para sostenerse. Las ráfagas de calor que barrieron el cuerpo de Anne comenzaron desde los inhiestos pezones que pugnaban por salir de la tela del vestido hasta el centro de su entrepierna. Él deslizó una mano hacia su pecho y la mantuvo ahí, esperando una negativa suya. Ella gimió en su boca con el contacto y se separó de él; respiraba agitada. Caleb no quería que se distrajera y le tomó la barbilla con la yema de los dedos para continuar con el beso. Con la otra mano buscó los pequeños botones delanteros del vestido. Comenzó a desabrocharlo cuando sus dedos tocaron el primero de la larga hilera que poseía la tela. La paciencia no era su mayor virtud por lo que tuvo que armarse de ella mientras la besaba. Su excitación creció. Su falo pulsaba con fuerza queriendo salir de su confinamiento. «¡Que Dios se apiade de mí!», pensó de pronto. Temía perder el control y estropear el magnífico momento. El placer que sentía por estar dentro de ella nublaba cualquier atisbo de razón. No pensaba en otra cosa que en hacerla suya cuanto antes.

Se desesperó al no poder desabrocharle el vestido y dejó de besarla. Con apremio, la instó a tumbarse en la hierba para tener mayor acceso a la prenda y, de este modo, utilizar ambas manos. Se inclinó sobre la mujer y, en ese momento, el sonido de un disparo reverberó en el aire. Su caballo relinchó y tironeó de las riendas al querer soltarse de la gruesa rama del árbol. Las urracas alzaron el vuelo alborotadas. Caleb se quedó inmóvil, jadeante y con el corazón a punto de estallarle en el pecho. Tras unos segundos, su mente se quedó en blanco. Luego, sintió una punzada de dolor en la oreja. Reaccionó y cubrió con su enorme cuerpo la figura femenina.

—No se mueva —le ordenó él.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella entre la niebla del placer.

Cuando Anne consiguió esclarecer su cerebro, se encontró aprisionada bajo su formidable cuerpo. Sintió el tibio calor y el peso de todos los músculos masculinos como si la envolvieran en una pesada manta. Una gota de sangre cayó sobre su frente y él se la quitó con el pulgar. Restregó la gota en su camisa blanca, manchándola de carmesí.

—Problemas. —Miró inquieto, de izquierda a derecha, sobre la cabeza de la muchacha—. No sé cómo se las arregla para atraerlos tan pronto, señorita Peabody —murmuró con sorna, intentando no alarmarla demasiado.

Caleb se rozó la oreja y sus dedos se volvieron a impregnar de sangre y, solo entonces, supo que alguien le había disparado. La pregunta era quién lo había hecho. Porque si una cosa tenía bien clara Caleb es que les habían seguido hasta allí. Nadie conocía de su precipitada marcha hacia La triple C y menos del improvisado desvío que habían tomado para llegar hasta la montaña. Gruñó furioso por no haber tenido mayor cuidado; gruñó por haberse dejado el rifle en la montura. Solo contaba con el puñal y de poco le servía si el enemigo se hallaba en la distancia y bien armado.

—¿Se ha hecho más enemigos mientras estuvo en La triple C, señorita Peabody? —preguntó Caleb en el mismo tono burlón, mirando en la dirección en la que creyó que había sonado el disparo. Ella negó con la cabeza, percibiendo su tibio aliento en la frente—. ¿Algún prometido furioso que dejó abandonado en Coloma?

—¿Está burlándose de mí, señor Carter? No hubiese dejado que me besara si estuviera comprometida con otro hombre.

—Es bueno saberlo. A partir de ahora, considérese comprometida. Le sugiero que no intente coquetear con otros hombres en mi presencia. Soy algo celoso, ¿sabe? —agregó irónico.

Anne se quedó boqueando y sin parpadear. «¿Qué me considere comprometida?», se preguntó con incredulidad. Pensó que el hombre se mofaba otra vez de ella. «¡Santo Cielo! Si ni siquiera me ha cortejado. ¿Y cómo se le ocurre decir que no coquettee con otros hombres cuando ignoro cómo hacerlo? ¿Quién se va a fijar en mi pecoso rostro?». Odiaba esas manchas tanto como su pelo. Desde su infancia, los niños se burlaban

llamándola «cabeza de zanahoria».

—Deje de mirarme así —objetó incómodo—. Y no le dé más vueltas a lo que le he dicho. —Volvió a mirar hacia la lejanía y no vio nada fuera de lo normal en ella—. Me gustaría saber quién demonios nos está disparando.

—¿Nos están disparado? —preguntó extrañada al mismo tiempo que arrugaba la nariz.

Anne había pensado que cuando dijo «problemas», se refería a que alguien los había pillado besándose, comprometiendo de este modo su reputación.

—Sí.

—¿Quién?

—No lo sé. Y no saque conclusiones precipitadas hasta que lo averigüe —aseveró al leer en su rostro asustado la palabra «indio». Guardián del Cañón le había informado que aún no había visto a ningún guerrero modoc por los alrededores del bosque o del río y, desde entonces, Caleb estaba preocupado. Estaba casi seguro que en algún momento aparecerían para cobrarse su venganza—. No se mueva ni se levante a menos que yo se lo ordene, ¿entendido?

—¿Qué va a hacer usted?

—Defenderme o nos coserán a plumazos. Ahora sea buena chica y cierre el pico —respondió al verla abrir la boca para protestar.

Caleb no pudo reprimir las ganas y le dio un breve beso en los labios, dejándola atónita. Se dejó caer hacia un lado y se quedó boca abajo mientras aplastaba la hierba contra su cuerpo. Otro disparo sonó cerca de ellos y él maldijo entre dientes. Anne ahogó un grito tapándose la boca. Se tumbó boca abajo como había hecho el señor Carter y se quedó en esa posición. Levantó unas pulgadas la cabeza de entre las florecillas silvestres que tenía delante y vio cómo él se arrastraba con agilidad entre la hierba baja y se acercaba a su caballo. Este piafaba y tiraba de las riendas de cuero trenzado con insistencia. Caleb rodeó al animal y se situó en el lateral derecho. El animal resopló con fuerza un par de veces. Caleb se levantó despacio y, del mismo modo, le acarició el pelaje del cuello. Notó cómo el equino reconocía su olor y se tranquilizaba. Cogió con lentitud el arma de la funda de cuero que portaba el animal, luego abrió el hebillaje dorado de la alforja y sacó toda la munición;

no quería quedarse sin balas en caso de que las cosas se complicasen. Otro disparo atravesó el aire en su dirección. Se agachó cerca de las patas del animal para estar menos visible. Su precipitada reacción hizo que la bolsa donde guardaba los cartuchos se cayese de sus manos y se abriera, desperdigando parte de su contenido entre la hierba. Maldijo en voz baja mientras los recogía con premura, sintiendo cómo el caballo volvía a tensarse. Poco después, reptó hacia las protuberantes raíces que sobresalían de la base de la encina, se ocultó tras ellas y respiró con celeridad. El sudor le caía por la frente y se deslizaba por su cara. Estaba tenso y enfadado consigo mismo. Gruñó sin poder evitarlo. Le había dicho a Emma que protegería a la señorita Peabody con su vida y él había bajado la guardia demasiado pronto. Intentó otear la zona desde esa posición, pero los rayos de sol le golpearon en los ojos y le dificultaron la labor. Se levantó del suelo y atisbó movimiento entre unos grandes matorrales a menos de una milla. Anne se tapó los oídos cuando le vio apuntar y apretar el gatillo con determinación. Poco después y en la distancia, se escucharon relinchos de caballos seguido de dos disparos. Caleb se agazapó por instinto. Cuando volvió a mirar, un caballo salía de entre los matorrales con dos jinetes montados en el lomo. El animal cruzaba veloz el prado y en dirección opuesta a la granja de la viuda Taylor. Caleb no pudo distinguir quiénes eran. Disparó sin darles alcance y, luego, bajó el arma con el semblante ceñudo; huían en un solo caballo. «¿Acaso he herido al otro?», se preguntó. Pese a la incertidumbre, no tuvo intención de ir a comprobarlo. No quería sufrir ningún percance si se acercaba hasta allí. Estaba claro que tenían que largarse de inmediato. Se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano, respiró profundo y cerró los ojos unos segundos para calmarse. La señorita Peabody se levantó del suelo con la respiración agitada y se acercó a él cuando le vio en semejante estado.

—¿Se encuentra bien, señor Carter? —preguntó preocupada, mientras se abrochaba con rapidez los botones del vestido.

—Sí. Tenemos que marcharnos. Somos un blanco fácil desde aquí arriba. Alguien quiere nuestros pellejos y no estoy dispuesto a dárselos con tanta facilidad —aseguró, acercándose hacia Furia.

El animal seguía nervioso. Le acarició el lomo para calmarlo.

—He visto un caballo correr a lo lejos.

—Yo también. Nos iremos por si vuelven.

—¿Vuelven?

—Ajá. Eran dos jinetes.

Anne no pudo detener el leve estremecimiento de terror que recorrió por su columna vertebral al pensar de nuevo en los dos salvajes. Desde el día que hirió a uno de ellos, no pensaba en otra cosa que en su desdichado destino: violada, vendida como esclava o muerta. Miró al señor Carter y sintió alivio al saber que la protegería como antes.

—Antes de irnos deje que le mire la herida.

—Estoy bien, mujer —replicó incómodo, dejando de acariciar al caballo.

—Está sangrando.

—No es nada.

—No se haga el hombre duro conmigo, señor Carter. No me iré de aquí hasta que le haya examinado la herida —objetó al mismo tiempo que se cruzaba de brazos.

Pese a la testarudez de él, Anne se tomó la libertad de retirarle un mechón de pelo manchado de sangre que tenía pegado a la garganta. Caleb intentó apartarla de nuevo con la mano, pero ella insistió y él no tuvo más remedio que resignarse a sus cuidados. Anne vio que el reguero de sangre provenía de la oreja; un desgarró que no dejaba de sangrar y que le debía de doler horrores.

—¿Podemos irnos ya, señorita Peabody? —preguntó impaciente al sentir su aliento sobre su cara. Su cercanía le estaba matando.

—¿Tiene algún pañuelo limpio?

—No —dijo con brusquedad.

—¿Y un poco de whisky?

—No voy a desperdiciar un buen whisky por algo tan insignificante —replicó. Al ver la ceja alzada de la muchacha, bufó—. Está bien.

Caleb se acercó a Furia, cogió la botella que guardaba en una de las alforjas y se la entregó con renuencia.

—Présteme su cuchillo.

—¿Para qué lo quiere?

—Confíe en mí, señor Carter. Le aseguro que no lo utilizaré contra usted por mucho que lo haya deseado durante todos estos días.

Él se lo entregó sin rechistar. Era consciente que su comportamiento había sido bastante nefasto con la muchacha. En ese instante, ella le dio la espalda. El señor Carter puso los ojos en blanco cuando adivinó sus intenciones. Aguantó una carcajada ante su pudor. Hasta ahora, había visto y tocado a la señorita Peabody más de lo que le estaba permitido, que en su opinión no era mucho. Ella se levantó el dobladillo del vestido y dejó al descubierto las enaguas blancas para rasgar una buena parte del tejido. Poco después, se volvió y le devolvió el arma.

—Le compraré unas enaguas nuevas, señorita Peabody.

—Vaya, señor Carter. Ese sí que es un buen detalle por su parte. Y ahora que lo pienso mejor, creo que también necesitaré...

—Solo las enaguas, señorita Peabody. No abuse tan pronto de mi gratitud.

Anne sonrió y procedió a limpiarle la herida con un buen chorro de alcohol. El líquido amarillento se derramó en el suelo y él gruñó por el escozor que le produjo y por el modo en que se desperdiciaba la bebida. Ella le volvió a echar y le miró de soslayo. En ese instante, el hombre apretó la mandíbula. La muchacha sonrió para sus adentros pensando que el señor Carter no era tan duro y fiero como le hacía creer; más bien pertinaz y brusco cuando se lo proponía. Pasó el trozo de tela con sumo cuidado alrededor de la piel para limpiarle los restos de sangre seca.

—Me temo que ha perdido un buen trozo de oreja, señor Carter —expresó con seriedad—. ¡Santo cielo! El agujero es tan grande que se podrían meter dos cartuchos dentro de él.

Caleb se asustó y le dio un manotazo en la mano para que dejase de manosearle. Se palpó la zona con rapidez y comprobó que aún conservaba el pabellón auditivo, excepto por ese pequeño desgarró que le dolía como mil demonios.

—Pero qué graciosa se ha vuelto, señorita Peabody.

—La ocasión lo requería, señor Carter —expresó sonriente, arrugando la tela manchada de sangre entre sus manos—. La cara que ha puesto era digna de

ver, se lo aseguro.

—Veo que le gusta jugar, señorita Peabody —dijo con cierto retintín.

—Un poco. Usted hace lo mismo conmigo, no lo niegue. —Y volvió a sonreír al verle entrecerrar los ojos en un gesto vengativo. Sabía que no lo dejaría pasar.

—No asuma todavía esa victoria. El juego no ha hecho más que empezar. —Cuando la vio abrir la boca para replicar, dijo—: No. Es hora de ponerse en marcha. Continuaremos con esto en otro momento.

Ella se tragó las palabras y refunfuñó; el señor Carter tenía la fea costumbre de hacerla callar siempre que le interesaba. Caleb recuperó el sombrero abandonado sobre la hierba y se lo colocó. La subió al caballo y, con posterioridad, lo hizo él. Emprendieron la marcha hasta llegar al camino principal. A partir de allí, continuaron a medio galope y sin detenerse hasta Los abetos blancos.

Capítulo 16

La luz de la luna se filtraba a través del cristal de la ventana de la cocina, proporcionando una tenue luminiscencia en el interior de la cabaña. Una enorme mano tapó con firmeza la boca de la señorita Peabody mientras dormía de manera apacible en su lecho. Se despertó sobresaltada y abrió los ojos con terror sin poder ver nada. El corazón le dejó de latir. El único pensamiento que se le pasó por la cabeza fue que los salvajes la habían encontrado y que se la llevaban del rancho en contra de su voluntad. Un súbito temblor se apoderó de su cuerpo en cuestión de segundos.

—Tranquila —susurró una voz familiar cerca de su oreja. Cuando notó que ella se relajaba, le quitó la mano y se quedó mirándola.

—Me ha... —Comenzó a decir ella.

—Chsss... Hable bajito o despertaremos a Rose —contestó el hombre.

—Me ha dado un susto de muerte, señor Carter. ¿Qué ocurre? —preguntó al mismo tiempo que se tapaba con pudor hasta la nariz.

La cercanía de Caleb había acelerado el pulso de la muchacha y su corazón latía agitado. Apenas podía vislumbrar su rostro.

—Quiero enseñarle algo.

—¿Ahora?

—Sí. Levántese y venga conmigo.

—¿A dónde vamos?

—Sígame. —Él hizo un gesto con la mano y señaló el piso superior.

Ella parpadeó a causa del sueño y miró la dirección que le indicaba.

—¿A su habitación? —preguntó ceñuda y él asintió.

—Lo que quiero enseñarle le gustará.

Anne suspiró adormilada y dijo al cabo de unos segundos:

—Espero que no me haya despertado para enseñarme las estrellas, señor Carter. Nunca he tenido ningún interés por el firmamento y menos esta noche.

Caleb puso los ojos en blancos en la penumbra y se abstuvo de contestarle. La ingenuidad de la señorita Peabody le había dejado enmudecido. «¿Piensa que va a contemplar las estrellas? ¡Infiernos, no!» se dijo. No se encontraba en condiciones de observarlas cuando una tremenda erección se alojaba impaciente entre sus piernas.

Cuando los ojos de la muchacha se adaptaron a la escasa luz de la estancia, pudo apreciar que el cristal seguía con el mismo apaño que el señor Carter le hizo en su día; a su llegada no se había percatado de ese detalle. Se levantó del lecho intrigada y se quedó de pie con la cobija echada sobre los hombros. Se estremeció al sentir frío en sus pies descalzos. Desde su llegada a Los abetos blancos, todo había sido un remolino de emociones. Recordaba el abrazo inesperado de la señora Miller que casi la hizo llorar al verla. De hecho, se le quebró la voz cuando trataba de explicarle cómo habían sido sus días en La triple C. Debía de reconocer que había echado de menos a la anciana. En tan poco tiempo, la mujer se había convertido en la única y mejor compañía femenina que ella había tenido en el rancho. La pérdida de sus padres había dejado un vacío tan grande en su vida que la señora Miller lo había llenado con sus consejos y algunas que otras reprimendas. El crujido del primer peldaño la hizo mirar hacia la escalera. Observó cómo las musculosas piernas del señor Carter se ceñían a su pantalón y subían con agilidad los escalones. Su espalda era tan ancha que abarcaba casi todo el hueco de la entrada. Desde lo alto, él le apremió con la mano para que subiera. Ella emitió un leve suspiro de cansancio y le siguió con pesar. Seguía teniendo mucho sueño. Ahogó un bostezo contra la cobija.

Una vez en la habitación, Caleb colocó una enorme tabla de madera en la oquedad y, acto seguido, la abrazó con anhelo. No había hecho otra cosa que pensar en ella. Las horas se le habían hecho interminables desde que tuvo que marcharse con urgencia hacia los pastizales —tras dejarla en manos de Rose—, cuando le informaron que habían encontrado muertas a una manada de reses cerca de un riachuelo. Los animales habían sido abatidos. Sospechó enseguida de los colonos, pero al carecer de pruebas que lo incriminasen desistió de denunciarlos al marshal. Desde entonces, se sentía impotente y con las manos atadas. Si por Caleb fuese, habría solucionado el problema de inmediato. Conocía un método rápido y efectivo para ello: tomarse la justicia por su mano del mismo modo que lo hacían en Montana. Tenía entendido que había pequeños grupos de ganaderos que se organizaban en asociaciones —al

margen de la ley— y que contrataban a pistoleros para que protegiesen sus derechos de propiedad en la frontera. Pero Caleb no pensaba aplicar semejante medida en sus tierras. No le gustaba estar en continuo desafío con la ley como hacían en Montana.

Anne le sacó de sus cavilaciones cuando él dejó de abrazarla de manera inconsciente.

—¿Qué le pasa, señor Carter? —preguntó en un susurro. Su actitud le estaba preocupando—. ¿Ha vuelto a tener una pesadilla? ¿Me ha despertado por ese motivo?

—No —contestó, mirándola con fijeza.

—Entonces, ¿por qué ha cerrado la entrada de la habitación? ¿Y de dónde ha sacado esa tabla?

—Estaremos mejor así —expresó por toda respuesta.

Caleb la rodeó con sus fuertes brazos y la abrazó de nuevo. Sintió a través de la manta el contorno de sus pechos y de sus caderas. Se excitó otra vez.

—Pero...

—No más preguntas, señorita Peabody. Déjeme disfrutar de su compañía durante un rato.

—¿Quiere que nos volvamos a besar? —preguntó a boca jarro, notando como la excitación masculina presionaba su estómago.

—¡Diablos, sí! Eso es lo que quiero hacer, ¿usted no?

—Sí, pero comprenderá que no es apropiado. Rose está durmiendo abajo. Le faltaremos el respeto. —El señor Carter gruñó en desacuerdo y propuso darle solo un beso. Ella asintió con renuencia—. ¿Puedo preguntarle algo antes de que me bese? —Caleb al ver el ceño de preocupación en su rostro, asintió resignado—. ¿Qué siente realmente por mí, señor Carter?

—¿Qué me cuelguen, mujer! No se anda con medias tintas cuando se lo propone —expresó incómodo, sintiéndose cómo si le hubiesen disparado en el pecho.

—Usted siempre me ha hablado con claridad y sin tapujos. Trato de hacer lo mismo en este momento. Sinceramente, no tengo por costumbre ser tan

franca, señor Carter, pero desde que le conozco usted no ha hecho más que sacar de mi interior todo lo que pienso con sus continuas provocaciones. —Hizo una breve pausa y prosiguió titubeante—: Yo no tengo experiencia con los hombres, señor Carter. Si le permití que me besara en la montaña fue porque lo deseé. No me voy a retractar por lo que hice, sin embargo, no quiero que me utilice para que después se deshaga de mí como si fuera un zapato viejo. No sé si se habrá dado cuenta de que no soy de esa clase de mujeres.

—Sé perfectamente que no lo es y no debe de preocuparse por nada —dijo en voz baja—. Le prometo que no le haré daño. ¿Se conformaría si, de momento, solo le digo esto?

—Supongo que sí —contestó.

Anne no quiso presionarlo al intuir que se sentía tan confuso como ella con la nueva relación que se había iniciado entre ellos. De hecho, desde que había llegado al rancho, no sabía muy bien cómo comportarse en su presencia después de la breve intimidad que habían compartido.

El señor Carter suspiró aliviado. «¡Diablos! ¿Qué me cuelguen si sé qué demonios siento por la señorita Peabody?», se preguntó confuso. Solo estaba seguro de que le atraía, le gustaba y que la deseaba con desesperación. Si había algo más aparte de eso, lo ignoraba por completo o puede que no supiese ponerle nombre. Nunca se había enamorado de una mujer y no sabía qué se sentía al respecto. La miró unos breves instantes y le pareció la mujer más hermosa del mundo. Tenía el cabello alborotado y sus preciosos ojos ambarinos no dejaban de mirarle expectantes a la espera de que él diese el siguiente paso. Y eso fue lo que hizo Caleb. Tomó su rostro entre sus manos y besó sus labios con suavidad, pese a que en su fuero interno se moría por devorar su boca con más urgencia. Ella emitió un suspiro entrecortado y él continuó ansioso, impregnándose con su saliva como si la estuviera marcando. Anne se sujetó a la cintura de su pantalón al notar que las piernas se le doblaban.

—¿Es decente eso que está haciendo, señor Carter? —balbuceó ella separándose de sus labios.

—¿Acaso no se lo parece? —respondió con la voz ronca debido a la lujuria.

—No lo sé —contestó turbada—. Una vez me dieron un beso y no fue ni

remotamente parecido a este. Tampoco se parecía al que me dio en la montaña.

—Entonces es que no supieron besarla bien, señorita Peabody.

—Claro, claro. Debe de ser eso —contestó con ignorancia.

—Ahora déjeme que siga. ¿Le gusta lo que le hago?

—Sí.

Caleb prosiguió. El siguiente paso fue introducir su lengua en el interior de la concavidad. Anne le dio acceso rápido. Ya conocía esa parte y no le había desagradado. Esta vez, ella se atrevió a tocarle con la punta de su lengua. Se sintió rara cuando el músculo del hombre la atrapó y se enredó como si tuvieran una lucha encarnizada. El baile duró un tiempo hasta que él se separó, jadeando. Caleb sentía un calor abrasador en los testículos. Estaba tan excitado que temía perder su autocontrol. Llevó a la muchacha hacia la cama y la tumbó en el colchón. Se quitó el pantalón con rapidez y, dejándose la camisa, se quedó de pie y la contempló unos momentos. Se sintió ebrio por acariciarla, besarla y por enterrarse en su cuerpo. La muchacha agrandó los ojos al ver la magnitud y rigidez de su miembro y tragó saliva. Sus manos se aferraron con fuerza a las sábanas sabiendo lo que vendría a continuación. Anne pensó que no debía continuar, pero su fogoso cuerpo anhelaba tanto el contacto masculino que no supo cómo dar marcha atrás y salir corriendo de la habitación. Trémula, se subió el camisón hasta la cintura, cogió el dobladillo de la tela y se cubrió el rostro con la intención de no observar lo que venía después.

—Señorita Peabody... —susurró aún de pie y mirándola extrañado.

«¿Qué demonios le pasa ahora a la mujer?», se preguntó.

—Sí —dijo a través de la tela. Su voz salió débil y apagada.

—¿Qué se supone que está haciendo?

—Yo... lo que una mujer debe de hacer en el lecho, señor Carter. Facilitarle la tarea a... bueno... se supone que a su esposo, pero usted no es mi esposo y aunque no estemos casados...

—Descúbrase ahora mismo la cara —ordenó impaciente, notando cómo su excitación menguaba.

Ella lo hizo, mirándole con timidez y desasosiego.

—¿Qué he hecho mal? Esto es lo que una mujer debe hacer cuando un hombre quiere... usted ya sabe.

—No, no lo sé. Explíquemelo.

—Aliviarse —dijo con un hilillo de voz, avergonzada—. Un día... un día me lo contó la hija de la señora Hawkins. Dijo que se debe... se debe dejar que el hombre... —Suspiró nerviosa sin saber cómo proseguir—: Dijo que él siempre sabe cómo proceder y que una mujer debe de quedarse quieta y esperar a que todo termine.

Caleb emitió un leve suspiro de incredulidad y negó con la cabeza.

—Pues usted no va a quedarse quieta si pretende yacer conmigo. No quiero tocar a una momia sino a una mujer de carne y hueso.

—¿Está usted seguro? Digo... claro, debe de estarlo. Es un hombre y los hombres saben de estas cosas.

Caleb se tumbó encima de ella e invadió su pequeño cuerpo para acallarla. Apoyó lo antebrazos a ambos lados de su cabeza, quedando sus rostros a escasas pulgadas.

—Tranquila —susurró sobre los suaves labios de la joven al notarla tan rígida—. No voy a hacerte daño.

Ella tragó saliva y respiró con dificultad intentado relajarse, pero no podía. Estaba demasiado nerviosa. Su falta de conocimiento e inexperiencia en las relaciones con los hombres la convertían en un ser débil. La piel de su cuerpo se incendió al notar cómo el cuerpo del hombre se adhería al suyo a través de la camisa. El contacto le estremeció y le provocó un estallido de calor que se inició desde el mismo centro de su entrepierna hasta desembocar en las puntas de sus sonrosados senos; ahora comprimidos por el cuerpo del hombre. Caleb no dejó caer todo su peso sobre la muchacha para no aplastarla. Pero sí hizo que notara el deseo que tenía de ella al frotar su miembro entre los muslos femeninos. Ella ahogó un gemido, parpadeó desconcertada y él la besó sin poder esperar más. Le penetró la boca con la lengua y cuando quedó bien saciado de ella, bajó sus labios por el lateral de su esbelto y delicado cuello y regó de besos y de pequeños mordiscos su lechosa piel. Consiguió quitarle el camisón y prosiguió con el banquete hasta llegar a sus senos. Juguetó con ellos mientras escuchaba los gemidos entrecortados de la muchacha. Notó cómo sus pequeñas manos se aferraban a

su espesa y negra cabellera cada vez que la saboreaba con deleite. Caleb se sentía al borde del precipicio. Temía no poder controlarse y derramarse antes de tiempo por lo que se arrodilló sobre el colchón y la instó a abrir los muslos. Supo que estaba lista para él cuando tocó los labios vaginales con la yema los dedos y estos se impregnaron con su esencia. Ella gimió al percibir el suave contacto y abrió los ojos de par en par. Él sonrió ante su evidente inocencia y desconcierto. Se colocó entre sus piernas y ella volvió a asustarse al mirar la grandeza de su miembro. Él notó su preocupación cuando sus ojos se encontraron y, sin perder el contacto visual, se estimuló la verga bajando y subiendo la mano con lentitud para humedecérsela. No perdía ningún detalle de los asombrados gestos de la muchacha; era tan transparente como el agua. El hecho de que le mirase de ese modo, aumentaba su excitación y se la ponía más dura. Anne le contemplaba cohibida. Caleb le flexionó las piernas con impaciencia y se inclinó sobre el cuerpo femenino. La punta de su glande rozó los rosados pliegues y ambos gimieron solo con el contacto; ella sorprendida y él de placer. Se posicionó mejor buscando la entrada y la besó en el mismo momento que la penetró por completo. Ella profirió un grito ahogado contra su boca al sentir dolor. El hombre se quedó quieto y con la respiración acelerada; el corazón estaba a punto de estallarle del pecho. Pasados unos minutos, se alejó de sus labios y la miró, queriendo saber cómo se encontraba. Ella mantenía los ojos cerrados. Él la oía respirar con dificultad. Una lágrima se deslizó sigilosa por la mejilla. Él lamió esa lágrima salada y le besó el párpado. Estaba nervioso; no había querido hacerle daño. Solo facilitarle la espera ante lo inevitable.

—Anne... —susurró Caleb.

Al no recibir contestación se preocupó. Besó ambos párpados con suavidad hasta que ella los abrió por completo. La miró con el ceño fruncido, mientras la joven pestañeaba y enfocaba la vista.

—Sin duda... —consiguió decir Anne con un hilillo de voz—, la delicadeza no es su mayor virtud, señor Carter.

Caleb suspiró, aliviado. «¡Por todos los infiernos! Casi consigue matarme de un infarto».

—Creí que era lo mejor —susurró con voz grave—. La noté muy nerviosa. A partir de ahora, todo será más fácil.

—Pero ¿no hemos terminado?

Caleb casi suelta una carcajada. La señorita Peabody era increíble cuando se lo proponía.

—No —dijo con dificultad. Su miembro quería que la fiesta continuase, mientras él se reprimía a duras penas—. Lo mejor está por llegar, señorita Peabody, se lo aseguro.

—¿Lo mejor?

—Eso he dicho.

Caleb le dio un profundo beso en los labios y ella se derritió en el instante. Se movió dentro de ella y la escuchó jadear. Su endurecido miembro comenzó a entrar y a salir despacio. Estaba tan húmeda y estrecha que le costaba controlarse. Sentía como le engullía por completo una y otra vez. Embistió con mayor rapidez para sentirla mejor y profundizó con cada arremetida. Los gemidos se intensificaron, envolviéndolos a ambos durante un largo rato. Se dejaron llevar por el placer que experimentaron sus cuerpos sudorosos. Las manos de ella se agarraban con fuerza a la tela de su camisa, estrujándola con cada estocada que recibía.

—Me... me está ocurriendo algo extraño..., señor Carter —susurró Anne, ignorando que las nuevas sensaciones que estaba experimentando la conducirían hacia su propio placer.

—Deje de pensar, señorita Peabody —jadeó sobre sus labios.

Él se paró y despegó su cuerpo de la muchacha sin salirse de su cálido interior. Estrujó un seno, lo lamió con la lengua y, luego, lo chupó. Ella se arqueó, por instinto, ante la necesidad de que no parase. Él se detuvo y una sonrisa de medio lado afloró en su rostro. Anne vio el brillo lujurioso en sus ojos almendrados y se excitó más. Dejó la mente en blanco y galopó sobre las tortuosas montañas que anidaban en su cerebro, dejando que el sonido irregular de su respiración fuera lo único que importara esa noche. Él salió de su interior y volvió a penetrarla, soltando un jadeo al mismo tiempo que cerraba los ojos. Caleb se sentía emborrachado por el placer que experimentaba al poseerla una y otra vez. El interior de la vagina se contraía como si sufriera pequeñas descargas eléctricas y estrujaba la rígida verga sin compasión. Anne notó cómo un extraño cosquilleo comenzó a crecer en su cuerpo y se alarmó. Él acalló sus pensamientos con los labios y la obligó de

esta manera que se olvidara de todo. En cuestión de segundos, ella explotó de gozo y llegó hasta la cúspide más alta de algún lugar para, más tarde, caer en picado y quedarse lánguida y sin vida, mientras su sexo seguía palpitando a otro ritmo. No escuchó el fuerte y salvaje gruñido gutural que el hombre emitió tras una última embestida ni fue consciente de cómo su miembro, tras una disparidad de sacudidas, expulsaba la simiente caliente en su interior y la inundaba por completo.

Poco tiempo después, el cuerpo sudoroso de Caleb se retiró de la muchacha y se dejó caer hacia un lado de la cama con los ojos cerrados y la respiración entrecortada. Entró en un estado de sopor tan agradable que se quedó en esa posición sin moverse. Caleb nunca había gozado tanto con una mujer sin sentirse juzgado. Tampoco es que hubiese tenido muchas oportunidades de hacerlo. Todas le repudiaban cuando le veían. Las pocas mujeres blancas que había en el pueblo le despreciaban porque llevaba sangre india y las mujeres achumawi le evitaban por ser un mestizo de sangre blanca. Así que la única vez que yació con una mujer fue pagándole por adelantado. De esa forma pudo conocer cómo era la intimidad con un cuerpo femenino sin sentirse sucio y vacío tras el mutuo intercambio.

—Señorita Peabody... —susurró cerca del oído de la mujer, instantes más tarde. Se había quedado dormida con la manta enredada entre las piernas. La trajo con suavidad hacia él hasta que la espalda de la muchacha quedó pegada a su pecho, mientras su flácido miembro se acomodaba entre las redondeadas nalgas. Le dio un beso en la coronilla y, en ese instante, ella abrió sus adormilados ojos y parpadeó confusa. Le susurró con dulzura—: Tiene que irse. —Notó que se ponía rígida ante su brusca petición y agregó de inmediato—: No la estoy echando como si fuera un zapato viejo. Ya me gustaría que se quedara más tiempo conmigo en la cama, pero dentro de un rato amanecerá y tengo que ocuparme del rancho. Además, Rose se levantará pronto y pondrá la casa patas arriba. No quiero que la vea aquí conmigo.

—¿Porque le avergonzaré? —preguntó con la voz áspera y sin girarse hacia el hombre.

—A mí no, se lo aseguro. En todo caso será usted quién se sienta avergonzada cuando Rose nos pille juntos.

—Entiendo. Señor Carter...

—¿Sí?

—Antes de irme necesito saber algo.

Caleb se quedó callado unos instantes sin dejar de abrazarla.

—¿Qué desea saber? —preguntó con cierta cautela. Nunca sabía por dónde podía salirle la muchacha.

—¿Por qué no se ha desnudado completamente cómo yo?

La perspicacia de la mujer le dejó desconcertado. No podía creerse que la señorita Peabody se hubiera fijado en ese detalle tan nimio después del placer tan inmenso que habían compartido.

—¿Acaso importa eso?

—No me importaría si... —Hizo una pausa sopesando sus palabras. Desasiéndose de los brazos que le envolvían la cintura, se giró y se quedó frente al hombre. Él no perdió la ocasión de volver a abrazarla, apretándola más contra su cálido y enorme cuerpo. Ella ahogó un gemido al sentir su miembro pegado a su piel. Alzó la vista hacia esas dos lagunas negras que le miraban sin pestañear y dijo con cierta dificultad—: Usted no ha confiado en mí. —Él arrugó el entrecejo extrañado—. Yo sí lo he hecho. Me he entregado completamente y sin ningún reparo. ¿Tiene miedo de que le vuelva a ver las marcas de la piel?

—Sí —respondió con sinceridad—. Todavía no estoy preparado para descubrirlas.

—Entiendo —respondió apesadumbrada—. Si alguna vez desea hacerlo, piense que nunca le juzgaré, señor Carter.

Anne se levantó despacio de la cama, cogió el camisón y se quedó de pie frente a él. Se sentía dolorida por el continuo vaivén que había sufrido su cuerpo. Notó la entrepierna pegajosa y apretó los muslos de manera inconsciente. De repente, le entró frío y se puso el camisón. Luego, se arrojó con la manta que había traído de su cama para darse más calor. Mientras tanto, Caleb se incorporaba del lecho y se dirigía hacia el lugar donde descansaba la tabla de madera. La levantó y la apoyó contra un lateral del baúl. Antes de que ella bajase por la escalera, la aprisionó contra su cuerpo, le dio un último beso en los labios y le susurró:

—Puede que algún día lo haga, señorita Peabody.

Anne curvó las comisuras de sus labios hacia arriba y se marchó satisfecha con su respuesta. Guardaba la esperanza de que con el tiempo el señor Carter confiase más en ella.

Caleb no regresó a la cama hasta que vio cómo la cortina donde dormía la señorita Peabody se cerraba con suavidad. Al instante, descubrió las pequeñas manchas escarlatas sobre el colchón. Preocupado, arrugó el ceño. Quitó la colcha y la echó al suelo sin saber la excusa que le daría a Rose por la mañana cuando las viera. Se palpó la oreja cuando sintió una leve punzada de dolor. Su sonrisa se iluminó en ese instante al dar con la respuesta.

Capítulo 17

La señora Miller sacó otra hogaza de pan del horno y la depositó sobre una tabla de madera para que se enfriara. El delicioso olor se propagó por toda la estancia. Introdujo la última masa de pan fermentada en el horno y, a continuación, se limpió las manos impregnadas de harina en el delantal. En ese instante, el señor Carter subía los últimos peldaños de la despensa subterránea al mismo tiempo que silbaba una alegre canción. Apretó contra su pecho los dos tarros de tomates en conserva que llevaba consigo y se agachó para cerrar la trampilla con la mano que le quedaba libre. La volvió a cubrir con la alfombra y le entregó los recipientes a la anciana. La mirada inquisitiva de la mujer seguía todos los gestos del señor Carter al notarle de tan buen humor.

—Voy a despertar a Anne —dijo la señora Miller mientras depositaba los tarros sobre la encimera.

La anciana vio que el hombre se aproximaba a la ventana de la cocina y echaba una ojeada al rancho.

—Déjala dormir un rato más, Rose —sugirió él en voz baja.

La mujer arrugó el ceño. El comportamiento del señorito Caleb era bastante sospechoso esa mañana. Nunca se levantaba de buen humor al amanecer y menos cuando tenía una de sus horribles pesadillas. Comprendía que la vuelta de la muchacha era motivo de alegría, pero no pensaba que a él le produjese tanta y de inmediato. Algo le ocurría y estaba dispuesta a averiguarlo.

—¿A qué se debe su repentina preocupación por la muchacha? ¿Pasó algo ayer que yo deba saber?

—Supongo que seguirá agotada del viaje, Rose —respondió con una evasiva, alejándose de la ventana.

Caleb no quería que la anciana se enterara de lo ocurrido en la cima de la montaña y, menos, lo que sucedió esa noche en su habitación.

—¡Caramba! Pero si se acostó más temprano de lo habitual. —Negó con la cabeza y se quejó—: No debe ser sano dormir tanto. Necesito que alguien me traiga huevos del gallinero. No puedo hacer todo el trabajo yo sola.

—Siempre te las has apañado muy bien sin nadie, Rose —objetó con retintín, provocándola.

—Muchacho impertinente, entrometido y... —Se calló sin saber qué más decirle—. Pues ahora necesito su ayuda para hacer el pastel de manzana. Voy muy retrasada y no tengo huevos. Mose y los muchachos saldrán del barracón enseguida y querrán desayunar.

—Es pronto, Rose. Tardarán un buen rato en hacerlo. Iré yo.

—¡No, señor! No permitiré que vuelva a alborotar a mis gallinas otra vez.

—Te prometí que no lo haría.

—Pero no se lo prometió a ellas. Todavía se sienten amenazadas cuando le ven, señorito Caleb. —Suspiró disgustada—. Me acercaré yo y cuando vuelva la despertaré. Y vigile el pan —le ordenó, señalando con la mano en dirección a la estufa de hierro—. No quiero que se hornee demasiado.

El señor Carter asintió con la cabeza. Los desvaríos de la mujer cada vez eran mayores. «¿Prometer a unas gallinas que no las asustaría más?», se preguntó y negó con la cabeza. Jamás haría semejante sandez. Tenía que estar muy borracho para prestarse a eso. De todas maneras, no estaba dispuesto a contradecirla demasiado. Se había levantado de buen humor y mucho tenían que torcerse las cosas para que su estado de ánimos se agriase tan pronto.

La mujer salió de la cabaña y cerró la puerta. El señor Carter se acercó a la hogaza de pan que seguía enfriándose en la tabla de madera. Partió un buen pellizco con los dedos y sopló para entibiárselo antes de metérselo en la boca. Lo masticó despacio, degustando su sabor; estaba ligeramente ácido, suave y con la corteza crujiente como a él le gustaba. Sonrió de medio lado. «Sin lugar a dudas, Rose sigue siendo la mejor cocinera de todo el condado. Siempre y cuando no se sobrepase con la sal y arruine la masa», pensó complacido. Cortó otro pedazo de pan y lo sujetó con la punta de los dedos para no quemarse. Luego, caminó hacia el fondo del salón al mismo tiempo que soplabla la masa. Descorrió con suavidad la cortina donde dormía la señorita Peabody y se quedó contemplándola unos instantes. «Hasta dormida es bonita», se dijo. Desvió la vista hacia el rincón y vio que todas sus pertenencias volvían a estar en su lugar. Sonrió satisfecho al tenerla de nuevo en casa. Desde que ella se marchó de su habitación, el deseo de tenerla entre sus brazos no había hecho sino crecer. Se agachó y acercó su rostro al de ella.

Movió el trozo de pan caliente a unas pulgadas de su nariz, esperando alguna reacción.

—Señorita Peabody... —susurró cerca de su oído.

Caleb sonrió al verla arrugar la nariz como si estuviera husmeando algo en el aire. De pronto, abrió sus legañosos ojos y parpadeó un par de veces.

—¡Santo cielo! ¿Qué está haciendo aquí, señor Carter? —preguntó abochornada, tapándose hasta el cuello con la cobija.

El señor Carter le devolvió una sonrisa traviesa.

—Despertarla antes de que lo haga Rose y alimentarla de paso. Debe de tener mucha hambre después de la noche tan agitada que tuvimos, ¿no le parece? —Le metió el trozo en la boca cuando ella fue a replicar—. Mastique bien o se ahogará.

—No puede... invadir mi... intimidad... —contestó con la boca llena— cada vez... que le plazca. Me... me abruma, señor Carter. —Tragó el bocado y continuó—: Está muy rico, pero insisto en tener un lugar privado. O sustituye la cortina por una pared o me marcharé de aquí enseguida, ¿me ha oído?

—Perfectamente. Todavía conservo el oído intacto, señorita Peabody.

—¿Y bien?

—¿Qué?

—¿Qué hará al respecto?

—Dentro de poco lo verá. ¿Quiere más? —preguntó, cambiando de conversación. Ella asintió—. Pues tendrá que cogerlo usted misma antes de que Rose regrese del gallinero. Le aviso que esta mañana está bastante arisca.

—Rose siempre está arisca. —Hizo una pausa y añadió con dulzura—: ¿Y no podría traerme otro pedacito de pan, señor Carter?

—No soy su criado, señorita Peabody sino su jefe. Lo de antes fue solo un pequeño adelanto para abrirle el apetito. —Se inclinó hacia adelante y le besó con suavidad en los labios—. Y esto para mejorarle el día. —Ella abrió los ojos como platos ante su descaro—. Hoy tiene que cocinar pastel de manzana. Procure no tardar demasiado en vestirse. Tengo mucha hambre.

Los ojos de Caleb brillaron con picardía y ella se sonrojó hasta la raíz del

pelo. Anne sacó los brazos del calor de la manta y, sin previo aviso, empujó con todas sus fuerzas el pecho del hombre. Este cayó al suelo y soltó unas risotadas. Ella se levantó del lecho arropada con la cobija y cerró la cortina de un fuerte tirón. Las carcajadas del señor Carter se pronunciaron al otro lado de la tela, lo que la exasperó sobremanera. Sintió dolorido el bajo vientre y los muslos e hizo un mohín de disgusto. Luego, se despojó del camisón de algodón y cogió los calzones y las enaguas de la silla. Escuchó abrirse la puerta de la casa y se apresuró en vestirse y en asearse.

La señora Miller entró en el salón transportando entre sus regordetas manos una cesta de junco —en forma de tazón— lleno de huevos. Se paró en seco al ver al señor Carter en el suelo y riendo como un loco. Frunció los labios, contrariada.

—¿Qué se supone que está haciendo ahí, señorito Caleb?

—Me caí —respondió de manera escueta.

—¿Se puede saber qué demonios le pasa esta mañana? Su comportamiento me está preocupando. No es ya un niño para que esté revolcándose de esa manera por la casa.

Caleb se levantó sin dejar de sonreír y se aproximó a la señora Miller.

—Pregúntale a la señorita Peabody, Rose. Tal vez ella sepa por qué me he caído.

—¡Cállese de una vez, mentecato! —graznó Anne desde el otro lado de la cortina.

—¡Diantres! ¿Qué le ha hecho a la pobre muchacha otra vez? Le advierto que si vuelve a molestarla seré yo quien se marche del rancho. Se lo advierto, señorito Caleb. —Y le apuntó con el dedo en el pecho.

—No le hice nada —dijo, alzando las manos en actitud defensiva.

—Estoy bien, Rose —aseguró Anne, descorriendo la cortina en ese instante. Se atusó las arrugas de la falda de percal azul estampada y entrecerró los ojos al posar la vista en el señor Carter. A continuación, dijo con retintín—: Parece ser que el señor Carter se ha levantado esta mañana de muy buen humor y pretende contagiárselo a todo el mundo, Rose.

—¡Cielos, señorita Peabody! —contestó él con aire inocente—. ¿Insinúa

acaso que usted no lo debería de tener?

Anne se sonrojó, una vez más, ante su provocación; la mañana había comenzado demasiado intensa para su gusto. La señora Miller no dejó de escrutarlos como si sospechara algo y Anne no supo dónde meterse en esos momentos.

—Sí, claro. Agradezco su profundo interés por querer que regresara al rancho.

—¿Ah, sí? Me alegro de oírlo.

Anne tragó saliva con dificultad al ver como barría todo su cuerpo con deliberación, comiéndosela con los ojos.

—Bueno, ya está bien de hacernos perder más el tiempo, señorito Caleb. —Cortó la conversación la señora Miller—. Atienda a sus obligaciones. —Y señaló con el dedo hacia la puerta abierta—. Cuando tengamos el desayuno listo, le avisaré.

La anciana se marchó hacia la cocina con la intención de emplear su tiempo en otros menesteres más productivos. Hizo un mohín de desagrado al ver el pan pellizcado. Se imaginó quién lo había hecho.

—La espero esta noche, señorita Peabody —susurró Caleb cerca de su oído y ella se estremeció al sentir el aliento tibio sobre su piel.

—No iré —le contestó en el mismo tono de voz, comprobando que la señora Miller continuaba de espaldas a ellos.

—La despertaré como anoche si no viene. —Y le robó un beso.

—Se ha vuelto muy descarado, señor Carter.

—Esta noche, señorita Peabody.

Caleb se marchó de la casa, dejándola con el ceño fruncido. Poco después, la señora Miller llamó su atención, chasqueando los dedos en el aire.

—¿Sigue todavía dormida, Anne?

—No, Rose. Es solo que hoy me he levantado algo distraída —contestó, caminando hacia la anciana.

—¿Es por el señorito Caleb? —le preguntó, mientras le señalaba la cesta de junco.

Anne supo lo que le mandaba la anciana y cogió dos huevos para, a continuación, cascarlos en un plato.

—No.

—No hace falta que mienta, muchacha. He visto cómo él la mira. —Anne se puso nerviosa y se le cayó el tenedor al suelo. Lo cogió, lo frotó en el delantal y siguió batiendo. La anciana reprimió una sonrisa y continuó—: Desde que regresó de La triple C está muy cambiado. Más alegre, diría yo. ¿Le gusta el señorito Caleb, Anne? —preguntó con franqueza.

El tenedor se volvió a caer al suelo y la anciana esta vez sí que la miró con atención. Vio el temblor en sus manos y esbozó una sonrisa. Anne volvió a recogerlo sin atreverse a mirarla.

—Yo... bueno... yo... —contestó sin saber lo que responderle. Batió con más energía los huevos.

—También he visto cómo le miras.

Esta vez, el plato cayó al suelo, formando un gran estropicio a sus pies.

—Lo siento, Rose. Esta mañana estoy muy torpe.

—Eso veo —dijo, confirmando sus sospechas—. Continúa cortando las manzanas. Hoy prepararé yo la mezcla para el pastel de manzana o nos quedaremos sin huevos.

Anne asintió con la cabeza. Se sentía avergonzada. No pensó que fueran tan evidentes sus sentimientos hacia el señor Carter. Limpió el lugar con diligencia mientras la anciana cogía los huevos que necesitaba del cesto y, tras cascarlos en el borde del plato, comenzó a batirlos. La señora Miller echó la leche, el azúcar y la harina sobre los huevos y continuó batiendo la mezcla con energía.

—He terminado con las manzanas, Rose —dijo, minutos después, depositando las láminas en un plato de peltre. Con suma discreción, agarró el tarro de azúcar que acababa de utilizar la anciana y lo dejó fuera de su alcance para que no estropease la mezcla.

—Bien, muchacha —contestó, echando la mezcla en un recipiente para hornear. Colocó todas las rodajas de manzana sobre ella y agarró la vasija por las asas.

—¿Machaco ya los granos de café, Rose?

La anciana asintió con la cabeza al mismo tiempo que llevaba el pastel al horno. Antes de comenzar a machacar los granos, Anne puso una olla con agua en una de las placas de la estufa para que se fuera calentando.

—Anoche, el señorito Caleb volvió a tener una de sus horribles pesadillas, Anne. —La muchacha detuvo el pilón de piedra que agarraba con la mano y la miró con desasosiego—: Oí desde mi habitación como se quejaba y se movía nervioso en la cama. —Anne tragó saliva, sintiendo que el mundo se le derrumbaba a los pies—. Estuvo así un buen rato. No quise subir. Ya sabes cómo se puso la última vez que... —Suspiró apesadumbrada—. En fin... parece ser que poco después se calmó y pude quedarme dormida. Esta mañana vi que las sábanas estaban manchadas de sangre y me asusté. Pensé que se había herido con ese afilado cuchillo que siempre lleva consigo. —La muchacha se quedó pálida y casi sin respiración—. Esta mañana he hablado con él y me ha dicho que... ¿Te ocurre algo, Anne? —preguntó cuando vio que la joven había dejado de triturar los granos de café.

—No, Rose —dijo con apenas un hilillo de voz.

—Te has puesto pálida, muchacha. Toma un pedazo de pan. —La mujer cortó un buen trozo de la hogaza que seguía enfriándose e insistió que lo ingiera. Se quedó satisfecha cuando la vio masticar—. Ya decía yo que estás en los huesos y que necesitas rellenar ese cuerpo tan delgaducho. Tienes que comer más, Anne.

—¿Qué le dijo, Rose?

—¿Quién, Anne?

—El señor Carter.

—¿Sobre qué?

—Sobre la sangre en las sábanas—dijo impaciente y al borde del colapso.

—Ah, eso. Pues me dijo que ayer se hirió en la oreja con la rama de un árbol y que durmiendo la había manchado. —Anne dio un suave suspiro de alivio, expulsando el aire que había acumulado en sus pulmones—. Me enseñó el corte y vi que no era muy grave. —Hizo una leve pausa y prosiguió—: Antes de que se me olvide, Anne. Por nada del mundo intentes subir otra vez si lo escuchas gritar o quejarse. Se le pasará al cabo de un rato.

—Sí, Rose.

Fue lo único que consiguió decir. Si el señor Carter había mentido a la anciana y no le había contado lo sucedido en la montaña ni lo que pasó entre ellos en su habitación, ella tampoco lo revelaría. Anne recordó los gemidos de placer cuando estuvieron juntos en la cama y, suspiró con pesar sobre los momentos que no volvería a tener ni esa noche ni ninguna otra. Decidió que los encuentros a hurtadillas con el señor Carter se tenían que terminar. Se lo haría saber a la menor oportunidad que tuviera.

Capítulo 18

Esa tarde, Anne salía del huerto con un cesto de verduras en la mano y vio al señor Carter en las caballerizas a través de la puerta abierta de doble hoja. Se encontraba en el pasillo central del edificio pasando la bruza a Furia. Sintió una punzada en el pecho de impaciencia por volver a estar junto a él. Un par de cabezas equinas, asomadas por las puertas de sus respectivos compartimentos, emitieron algún que otro relincho tratando de captar la atención del hombre sin obtener ningún resultado. Anne respiró hondo para insuflarse valor. Necesitaba hablar con él, pero sabía que le costaría hacerlo después de lo que habían compartido esa noche. Mientras caminaba, se pasó el borde del delantal por la sudorosa frente. Estaban a finales de mes y, pese a lo acalorada que se sentía, el calor ya no le resultaba tan sofocante como semanas atrás. En ese momento y cómo si hubiese notado su presencia, él miró en su dirección y esbozó una ligera sonrisa al verla. Dejó de cepillar al animal, lo metió dentro del compartimento y cerró la puerta. Mientras ella llegaba a las caballerizas, Caleb se lavó las manos en un balde con agua que había en el suelo y se las secó en el paño que había en el colgador de la pared.

—Necesito hablar con usted, señor Carter —dijo Anne cuando entró en el edificio.

La joven se detuvo en seco y se quedó unos instantes junto a la puerta, mirando con interés el interior. Comprobó que el recinto era enorme. El largo pasillo central dividía, a ambos lados, los compartimentos destinados a los caballos. La mayoría permanecían vacíos. El olor a caballo, a cuero y heno limpio impregnaba todo el ambiente. Observó que tenía una buena ventilación debido a las tres ventanas laterales que había en una de sus paredes, de ahí que el aire no se encontrara demasiado enrarecido por excrementos u orines. Apartó de un manotazo el insecto que le sobrevolaba la cabeza y colocó el cesto de verduras en el colgador de bridas de tres cabezadas que había en la entrada. Se aproximó hasta el señor Carter cuando vio que Furia asomaba la cabeza por la roída puerta de madera. Decidió desviar su camino y dirigirse hacia el animal; le costaba mirar al hombre a los ojos. Cuando llegó hasta el equino, le acarició el cuello con suavidad. Furia soltó un pequeño resoplido y se dejó tocar al reconocer su olor. Una de las yeguas que había encerrada en el compartimento adyacente relincho, pero Anne no se atrevió a acariciarla por

temor a recibir un mordisco.

—Sí, creo que necesitamos hablar —contestó él, acercándose hasta ella. Anne dejó de acariciar al animal y este al notar que no recibiría más atenciones, se dispuso a comer el heno que había apilado en un rincón del habitáculo—. Creo que va siendo hora de que nos dejemos de tantas formalidades y utilicemos nuestros nombres de pila.

—Oh, vaya —contestó contrariada. No esperaba esa petición por parte del señor Carter—. Me resultará extraño llamarle por su nombre.

—Te acostumbrarás enseguida —respondió, alzándole la barbilla con la yema de los dedos para que le mirase a los ojos. Había notado que se posaban en todas partes menos en él. La notó nerviosa.

—Supongo que sí, pero solo en privado —objetó, clavando los ojos en Caleb—. No quiero que nadie piense que me tomo demasiadas libertades con us... contigo. Con lo que vieron en La triple C es más que suficiente.

Caleb asintió conforme. Sabía de sobra lo importante que era guardar las apariencias en un pueblo tan pequeño y chismoso como Aguas Bravas.

—¿Qué es lo que querías decirme?

—He estado pensando que...

Anne calló de repente cuando Caleb la apartó de la puerta sin ninguna delicadeza y la introdujo en un compartimento vacío. La pegó a su musculoso cuerpo y la besó con ansiedad. La había echado de menos.

—Alguien podría vernos —susurró Anne cuando pudo despegar sus labios de la boca hambrienta del hombre—. No deberías tratarme de este modo cuando hay hombres haciendo guardia por el rancho.

Anne le apartó con un leve empujón y puso distancia de por medio. Él gruñó desilusionado al no continuar con el festín.

—¿Y por qué crees que te he traído aquí?

—Sigue sin parecerme prudente, Caleb.

El señor Carter resopló resignado y salieron del compartimento, quedándose visibles en el centro del pasillo.

—Está bien. ¿Qué sucede? —preguntó con las manos en las caderas.

—Es sobre Rose. Me ha dicho que anoche oyó ruidos en tu habitación y bueno... ella pensó que volvías a tener una de tus horribles pesadillas. ¿Comprendes lo que trato de decirte?

—Me hago una ligera idea —respondió, curvando las comisuras de sus labios.

—¿Por qué sonríes? No le veo la gracia. No podemos seguir viéndonos allí, Caleb.

—¿Y dónde sugieres que lo hagamos?

—Oh, pues... Eso es lo que trataba de decirte antes de que me besaras. Había pensado que no deberíamos tener más encuentros furtivos por ahora.

—Ni lo sueñes —replicó molesto.

—Pero Caleb...

—He dicho que no. Ya me cuesta no poder tocarte durante el día, no quiero ni imaginarme en reprimirme por las noches.

—Sé razonable, Caleb.

—No. Encontraré el modo de que podamos vernos sin que tu reputación se vea afectada.

Ella suspiró resignada. Se quedaron unos segundos en silencio hasta que la joven volvió a hablar:

—Quiero preguntarte una cosa, Caleb.

—¿Qué?

—¿Es cierto lo que me dijiste ayer en la montaña? —preguntó, nerviosa, al mismo tiempo que arrugaba con las manos el borde del delantal blanco.

—¿Qué dije?

—Que estabas comprometido conmigo. ¿Te referías a un compromiso matrimonial?

Caleb parpadeó un par de veces al cogerle desprevenido la pregunta.

—No recuerdo haber hablado sobre matrimonio estando allí arriba. De hecho, lo que más me preocupaba en ese momento era que recibieras un balazo por mi culpa. Estabas bajo mi responsabilidad, Anne. Solamente pensaba en

protegerte y en largarme cuanto antes.

—Entiendo —respondió contrariada. Por lo visto, había sido un comentario banal con el fin de distraerla mientras le disparaban—. ¿Has sabido algo de lo ocurrido? —preguntó cambiando de asunto.

—No, pero no debes preocuparte por nada. Ya me ocupo yo. —Dio un paso hacia ella hasta que la punta de sus polvorientas botas quedaron a escasas pulgadas del ruedo de su vestido—: Debes de saber que nosotros... —Hizo una pausa, miró hacia el suelo nervioso y golpeó con el tacón de la bota el suelo. Luego, volvió a mirarla sin dejar de pasarse la mano por la barbilla—. Lo que trato de decirte es que... ¡Diablos! No se me da bien hablar de esto con una mujer.

—¿Tan grave es?

—No, no es grave es solo que...

—Entonces, dilo sin rodeos. Es lo que haces siempre.

—Está bien. —La miró con intensidad y soltó de sopetón—: Eres mi mujer, Anne. Lo eres desde el mismo momento que yaciste conmigo en mi cama. —Anne se ruborizó y Caleb suspiró aliviado tras decirlo en voz alta.

—Tu mujer —susurró contrariada ante esa extraña declaración de amor tan posesiva—. Pero... no estamos casados, Caleb.

—Ni lo estaremos porque no necesito que me lo confirme ningún charlatán de túnica negra para saberlo. Eres mía y solo mía. Eso es lo único que me importa en este momento. —Y se cruzó de brazos con el firme convencimiento reflejado en su postura y en su rostro.

A Caleb le había cambiado la vida de manera abrupta desde el mismo momento que fue a buscarla a La triple C. Y más aún cuando yació con ella en su habitación. Para él, esa noche había sido memorable. Llegó a pensar que la atracción que sentía por la señorita Peabody no era más que el deseo por probar los placeres de la carne, que esa inquietud que le apretaba las entrañas se calmaría si satisfacía lo que tanto anhelaba y que su vida volvería a la normalidad. Pero no fue así. El deseo por volver a enterrarse entre sus piernas había crecido de manera abismal y le tenía enloquecido desde entonces. Esa amalgama de sentimientos que semanas atrás le tuvo tan confuso se habían esfumado como por arte de magia, dejando en su lugar una necesidad

imperiosa y aplastante de no apartarla de su vida. Era consciente que se había enamorado de la señorita Peabody hasta los huesos y que ya no había marcha atrás.

—Pero no lo estamos ante los ojos de Dios —insistió Anne.

La sola mención de esa deidad cristiana, reactivó en el señor Carter vestigios ocultos de su turbulento pasado y, de pronto, su buen humor se agrió y su semblante se volvió pétreo. Los músculos de su cuerpo se tensaron del mismo modo que se le crisparon las manos.

—¿Qué dios? —preguntó enervado, descruzando los brazos del pecho—. ¿El que el hombre blanco alaba y nunca está cuando se le necesita? ¿El que hace caso omiso a las miserias humanas? ¿El que no impide que los hombres se odien ni se maten entre sí? ¿A ese dios te refieres?

Anne no comprendió el arrebato de ira tan repentino que le había dado y replicó:

—Me refiero al padre de todos los hombres...

—¿El padre del que hablas nunca se acordó de mí cuando clamaba su auxilio! —escupió de manera despectiva, abordando la conversación a un nivel más personal—. ¡Nunca movió un solo dedo por facilitarme las cosas! ¡No me dio amor, protección ni un techo donde cobijarme! De eso se ocuparon Emma y Rose, no él. —Irritado como estaba no se daba cuenta que cada vez alzaba más la voz. Se escucharon algunos relinchos de inquietud a su alrededor, pero él ni siquiera fue consciente de ello—. ¡Ese dios no evitó que recibiese golpizas por mucho que Rose se empeñara en rezarle a diario! ¡Sus plegarias no evitaron que el viejo Carter se emborrachase cada día y se ensañase conmigo por ser un sucio bastardo que despreciaba y odiaba a muerte! —Anne ahogó un gemido al conocer, a groso modo, su desdicha. Siempre se había preguntado el motivo de las marcas de su piel y saberlo le produjo una profunda tristeza. Era consciente que Caleb tenía el alma tan destrozada que mucho temía que no se le pudiese recomponer algún día—. ¡No me proporcionó sabios consejos como lo hicieron mi abuelo o Guardián del Cañón! ¡Ellos fueron los que me enseñaron a respetar y a ver a sus dioses! ¡Dioses como la Madre Tierra, el Padre Sol, la Madre Luna e incluso el viento que acaricia mi piel a diario! ¡A todos ellos les debo mi vida y no al dios que rezáis y que se oculta del hombre blanco como si le tuviese miedo!

Caleb terminó de hablar con la respiración entrecortada. Notaba como su corazón latía desacompañado. Había desvelado parte de sus sufrimientos y, ahora, se sentía desnudo y vulnerable. Pese a haberse quitado un peso de encima, el temor de encontrarse con algún gesto de compasión o recriminación en el rostro de Anne le oprimía el pecho como si quisiesen arrancárselo. Era algo que nunca había soportado de la gente, por lo que le dio la espalda en un arrebato de ira y se quedó con los puños apretados y con la vista enfocada hacia ninguna parte, tratando de controlar su acelerada respiración.

Las reveladoras palabras del señor Carter había dejado enmudecida a la señorita Peabody. A través de la camisa del hombre, pudo notar como los músculos de su espalda se contraían debido a la tensión que sufría. A cuenta gotas y como si tirara del hilo de una gruesa madeja, Anne había descubierto algunos de los sentimientos más turbulentos y dolorosos de la vida del señor Carter. Se hizo una ligera idea del inmenso sufrimiento que había padecido y que aún arrastraba, haciéndole perder la fe en Dios. Y, pese a todo, le comprendía a la perfección; esa era la razón por la que ni se atrevía a amonestarle por su áspero e inesperado genio. No es que ella estuviera demasiado agradecida con el misericordioso Dios; al contrario, se sentía disgustada con él porque le había arrebatado a sus padres y la había dejado desamparada y sola en el mundo. Pero siempre había guardado un rayito de esperanza en su corazón pensando que su dios le reservaba un destino mejor. Anne emitió un suave suspiro y se aproximó al cuerpo de Caleb con indecisión. Sabía que se encontraba en un momento delicado donde los consejos o consuelos sobaban, así que lo único que se le ocurrió fue abrazarlo por la cintura.

El señor Carter se tensó al sentir los delgados brazos de la joven alrededor de su cuerpo. Iba a desasirse de todo contacto humano cuando unas palabras amortiguadas contra la tela de su camisa le detuvieron.

—Te amo por encima de todos los prejuicios humanos que asolan esta tierra, Caleb Carter. Nunca lo olvides.

Al instante, un nudo se trabó en la garganta de Caleb. Inspiró hondo y soltó de sopetón el aire que había retenido en los pulmones. El alivio fue inmediato. Tuvo que reconocer que la joven era valiente; mucho más que él si lo pensaba con detenimiento. A Caleb no se le daba expresar bien los sentimientos en voz alta. Siempre creyó que eso le hacía ser un hombre débil y estúpido, así que se

quedó en silencio y dejó que el calor del cuerpo femenino le siguiese traspasando la piel, mientras su acritud se esfumaba a medida que transcurría el tiempo.

—Ya sé lo que podemos hacer con Rose, Caleb —dijo Anne, más tarde, tras despegar la cara de su espalda. Su voz sonó natural y hasta despreocupada, como si no hubiese sucedido nada anteriormente. La aparente despreocupación de Anne se debía al hecho de que lo había notado más calmado—. ¿Conoces alguna adormidera que sea igual de eficaz que el láudano?

Caleb parpadeó, varias veces, creyendo haberla oído mal. Al ver que Anne esperaba una respuesta, se deshizo de su abrazo y se giró hacia ella con una ceja alzada.

—¿Para qué quieres...? —preguntó, pero se cayó al instante—. ¿No pretenderás drogarla para que podamos yacer juntos?

—Sí, eso pretendo —afirmó, intentando no ruborizarse cuando escuchó la palabra «yacer».

Caleb iba a negar con la cabeza ante su disparada idea cuando se dio cuenta de lo que trataba hacer: distraerle con el fin de evitar hablar de lo ocurrido.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo —contestó, fingiendo incredulidad. Ella notó que había recuperado su carácter habitual y se tranquilizó—. Eres la mujer más despiadada de la faz de la tierra.

—Y tú un hombre con un genio de mil demonios que no sabe controlarse en mi presencia —espetó en su defensa.

—No sé de qué te extrañas. Ya sabías eso cuando me conociste. —A continuación, la envolvió entre sus fuertes y musculosos brazos y la mantuvo de ese modo, mientras absorbía el calor y la fragancia de su cuerpo.

—Debo marcharme, Caleb —susurró Anne, minutos más tarde, contra su pecho.

—¿Por qué? —preguntó con la barbilla apoyada en su coronilla—. No quiero que te vayas todavía.

—Rose se preguntará dónde estoy —respondió, apartándose unas pulgadas

de su cuerpo y alzando la vista hacia sus almendrados ojos negros—. Le dije que no tardaría en recoger las verduras del huerto. Además, tengo que ayudarle a zurcir la cesta de pantalones que trajo esta mañana del barracón.

Anne hizo amago de marcharse cuando él la detuvo, agarrándola del antebrazo—: Espera solo un momento. —La soltó de inmediato cuando vio salir de la parte trasera del gallinero a uno de sus hombres—. Quiero enseñarte algo. No te muevas de aquí.

Caleb anduvo unos pasos y se acercó a uno de los montureros de pino silvestre que había en la pared. Abrió el hebillaje dorado de la alforja que colgaba en él y sacó un par de puñales con los mangos de marfil y las hojas de obsidiana lascada; ambas enfundadas en dos bonitas vainas de cuero de las que sobresalían unas cintas largas y trenzadas del mismo material. Estaban cosidas a las vainas y servían para amarrarse a la cintura. Cerró la alforja, caminó hacia Anne y se los mostró. Ella cogió una de las empuñaduras, la sacó de la vaina y la examinó con detenimiento. A continuación, hizo la misma operación con la otra. Vio que los puñales eran bastantes similares.

—¿Te gustan? —preguntó Caleb.

—Sí. Son preciosos. ¿Los has comprado en el pueblo?

—No. Los he hecho yo. —Anne parpadeó sorprendida. Él cogió uno de los cuchillos y lo metió en la vaina. Se aproximó a ella, colocó la cinta de cuero por su estrecha cintura e hizo un sencillo nudo para sujetarla—. Llévalo siempre contigo. Te será útil.

—¿Me estás haciendo un regalo, Caleb? —preguntó emocionada.

—Sí —contestó azorado—. El otro es para Tommy.

—Gracias —dijo, esbozando una hermosa sonrisa.

Anne le tendió el otro puñal y Caleb se fue hacia el monturero y lo volvió a guardar en la alforja. Cuando regresó junto a ella, Anne miró a su alrededor y, tras cerciorarse de que no había nadie husmeando por los alrededores, se alzó de puntillas, apoyó las palmas de las manos en el pecho del hombre y le dio un beso de agradecimiento en los labios. Se retiró con una sonrisa bobalicona en el rostro. Hacía mucho tiempo que no recibía un presente tan bonito. El regalo le supo mejor que un halago o un simple ramo de flores.

Caleb no esperaba ninguna muestra de gratitud y carraspeó incómodo. Ese

beso no era cómo los que él le robaba ni como los que habían compartido la pasada noche. Sintió que era especial y diferente. Se conmovió al recibirlo aunque su rostro no lo mostró.

—Vamos a practicar con él —dijo Caleb.

—¿Ahora?

—Sí.

—Pero Rose se preguntará...

—Si te regaña, yo me haré responsable de todo.

Anne curvó hacia arriba las comisuras de sus labios y él supo lo mucho que le había gustado su respuesta.

—Bien. Después regresaré por la cesta.

Caminaron hacia el abrevadero, lo rodearon y se detuvieron en el mismo lugar dónde Caleb había enseñado a practicar a Tommy. Él partió una delgada rama de un arbusto cercano y la colocó en el suelo de manera horizontal. A continuación, señaló con la mano el árbol que tenían enfrente.

—¿Es la misma distancia que le pusiste a Tommy cuando practicaba contigo? —preguntó Anne, mirando el trecho que había entre la rama que él había colocado en la tierra y la corteza, rugosa y de color anaranjado rojiza del abeto.

—Tendrás el mismo tratamiento que él. Diez pies —aseguró al darse cuenta que ella no quería que la trataran de modo diferente por ser una mujer. Eso le produjo cierto regocijo. Ya había advertido que era una rival competitiva y tenaz. Y sugirió—: Si es poco para ti lo podemos aumentar.

—Oh, no. Diez pies estará bien —contestó satisfecha, colocando las punteras de sus botines junto a la rama atravesada en el suelo—. Podemos empezar. No, espera. No has señalado el blanco en la superficie del tronco. ¿Cómo sabré dónde clavarlo?

Caleb se aproximó hacia el abeto y le señaló el enorme agujero que el tronco tenía por defecto en un lateral. Luego, volvió junto a ella.

—Intenta clavarlo al lado del agujero.

—Pero Tommy... —replicó, ceñuda.

—Empezó igual que tú, Anne. No voy a hacer ninguna concesión especial contigo.

—Oh, bien.

—Pero antes de que lo lances, te haré una demostración. Observa con atención. —Ella asintió cuando lo vio posicionarse a su lado—. Coge el cuchillo por la empuñadura como si agarrases el mango de un hacha y coloca el pulgar encima de la empuñadura. Como la distancia hasta el blanco es corta, doblaré la muñeca hacia atrás en dirección a mi antebrazo. —Hizo una sencilla simulación—. Si el rango fuera medio, entonces doblaría mi muñeca solamente un poco. —Volvió a realizar otra demostración bajo su atenta mirada—. Y si fuera largo, no la doblaría y así evitaría que el puñal girase demasiado en el aire. Lo importante no es la fuerza que emplees sino la suavidad al lanzarlo. Hay que aplicar solamente la fuerza necesaria. —Caleb continuó—: Ahora, apoyaré mi peso en la pierna dominante, en mi caso la derecha. Colocaré la izquierda un paso por delante y la dejaré descansar sin ejercer peso. Como la distancia es corta, fijate bien en el movimiento de mi mano. —Hizo la exhibición con su propia arma. La agarró de la empuñadura, la sacó con agilidad de la vaina y la lanzó sin titubeos hacia su objetivo.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó perpleja cuando, en apenas un segundo, el puñal estaba clavado cerca del borde del agujero.

—Acabo de explicártelo —respondió y se contuvo de dar un bufido de desesperación al saber que tendría que volver a repetírselo de nuevo. Armándose de paciencia comenzó a decir—: Si el objetivo es una distancia corta, dobla la muñeca hacia atrás y...

—No, no. Eso lo he entendido, Caleb. Me refiero a cómo lo puedes sacar con tanta facilidad de la vaina.

—Es cuestión de práctica —contestó con modestia y encogiéndose de hombros.

A continuación, caminó hacia el árbol para recuperar el arma. Lo sacó sin ninguna dificultad del tronco y regresó junto a ella.

—Pues tendré que practicar bastante si no quiero hacer el ridículo delante de ti.

—Sería una sesión muy aburrida si no fallas en algún momento, ¿no crees?

—Ni se te ocurra burlarte de mí, Caleb Carter —le espetó.

—Lánzalo de una vez y deja de parlotear tanto. Demuéstrame lo que has aprendido, Anne Peabody. —Le provocó.

Anne se preparó del mismo modo que él. Pero cuando tenía la mano alzada y dispuesta a lanzar el puñal, él la detuvo y le agarró la muñeca con fuerza. Ella le miró extrañada. Vio que Caleb tenía la vista posada en otra dirección que no era el tronco: la espesura del bosque.

—¿Qué ocurre?

—Chsss...

De repente, todos los sentidos de Caleb se pusieron alerta. Había escuchado durante tres veces consecutivas el chillido agudo y estridente de un *hemala* —águila— entre los árboles.

—Caleb...

Él le colocó su dedo en los labios y ella no volvió a replicar. Para cerciorarse de lo que había oído, Caleb miró hacia el cielo. Los intensos rayos del sol le cegaron durante unos instantes. Se hizo sombra con la mano en los ojos para comprobar si había algún águila volando sobre sus cabezas y no vio a ninguno. Bajó su mano y, solo entonces, soltó la muñeca de la joven. Segundos después, se volvió a escuchar el chillido del ave en la frondosidad. Supo de quién se trataba y lo que su aviso significaba. Su cuerpo se tensó preparado para lo que se avecinaba. Volvió a agarrar la muñeca de la muchacha y caminó a paso ligero hacia la cabaña sin que a ella le diera tiempo a preguntarle lo que sucedía. Habían dejado atrás el abrevadero cuando la figura de Guardián del Cañón emergió del bosque y se dirigió presto hacia ellos. Hizo un rápido saludo y, con la voz entrecortada a causa de la agotadora carrera, dijo en su propio idioma:

—*Gente del sur...* han cruzando... el río. Han dejado los caballos... en la orilla.

—¿Cuántos son? —preguntó Caleb impaciente.

Apenas se detuvo en observar las pinturas de guerra que el guerrero achumawi llevaba en el cuerpo; estaba familiarizado con ellas. La intensidad del polvo de ocre rojo —símbolo de la vida humana— quemado, molido y mezclado con grasa de venado, predominaba sobre los trazos negros de sus

brazos —el color de la muerte— y los blancos de su rostro —realizados con una pasta blanquecina de arcilla. Dichas rayas se las había pintado de acuerdo a su *tinihowi* —su espíritu guardián— con un palito de roble y frente a un cesto de tule lleno de agua que le servía como espejo.

—Diez.

—¿Y Nube Blanca y Pequeña Saltamontes? —preguntó preocupado.

—Están ocultas bajo un gran árbol. Sabía que *gente del sur* vendría algún día y lo tenía todo preparado.

—Esta no es tu lucha, Guardián del Cañón —dijo Caleb—. Vete con tu esposa y tu hija.

—No —dijo con determinación—. Nube Blanca y Pequeña Saltamontes saben que Guardián del Cañón tiene una terrible cuenta que saldar con Gran Halcón y *rostro pálido* —agregó, mirando a Anne—. Guardián del Cañón no tiene corazón de mujer para luchar contra *gente del sur*. Estoy preparado para la lucha.

—Como quieras —contestó resignado, viendo que no conseguiría disuadirlo por mucho que insistiese. Era tan tozudo como una mula.

Caleb pensó con rapidez sobre la situación en la que se encontraba en esos momentos. Contaba con cinco de sus mejores hombres, incluyendo a Guardián del Cañón, frente a diez sanguinarios guerreros modocs. Suspiró hondo ante la visible diferencia, pero no se acobardó. Sus hombres no eran pistoleros profesionales, sin embargo, sabían disparar y podían dar en el blanco si la ocasión la requería. Algunos incluso habían estado practicando durante estos días intentando mejorar su puntería.

—Traigo esto.

Guardián del Cañón le ofreció a Caleb unas bolsitas de tela en cuyo interior se hallaban los pigmentos que utilizaba para pintarse el cuerpo.

—No hará falta —rehusó, apartándolas hacia un lado con la mano—. Intentaré hablar con ellos.

—*Gente del sur* no viene a hablar con Gran Halcón. Quieren venganza.

—¿Qué ocurre, Caleb? —preguntó Anne, asustada, sin dejar de contemplar el cuerpo del nativo.

La muchacha parpadeó un par de veces cuando se fijó en la única prenda que cubría su cuerpo: un taparrabo. El hombre estaba irreconocible; parecía que se hubiese revolcado en un lodazal de colores. Su aspecto era aterrador e inhumano.

—Diez guerreros modocs han cruzado el río y se disponen a atravesar el bosque —expuso él de manera llana, mirándola de hito en hito. Ella comprendió al instante lo que eso significaba. A continuación, le ordenó—: Entra en la cabaña con Rose, atranca la puerta y cierra todas las ventanas. No te separes del rifle ni del puñal. No salgáis de allí hasta que yo lo ordene.

—Pero...

—¡¡Ahora!! —vociferó con ímpetu, endureciendo los rasgos de su rostro.

Anne vio el brillo peligroso en sus ojos y no rehusó. Sin embargo, se quedó mirándole durante unos largos minutos hasta que claudicó. La beligerancia que vio en él la acobardó al instante. Guardó el cuchillo en la vaina y salió corriendo hacia la casa. Por el camino, se recogió el borde del vestido con la mano para no dar un traspie. Subió los escalones jadeando, abrió la puerta y la cerró con violencia. Luego, la atrancó con manos trémulas y se quedó apoyada en la madera con el corazón latiéndole desacompañado. El fuerte ruido del portazo despertó a la señora Miller que dormitaba feliz en su sillón. Cuando Anne consiguió respirar mejor, informó de lo sucedido a la anciana y ambas obedecieron las instrucciones del señor Carter.

En el exterior, el ceño pronunciado de Caleb se suavizó cuando vio cómo la puerta se cerraba con brusquedad. Sabía que la había asustado, sin embargo, no lo lamentaba. Había aprendido que con ella ese era el mejor modo de amedrentarla si quería que le obedeciese a la primera.

—Gran Halcón ha enseñado a obedecer a la mujer blanca —dijo Guardián del Cañón. Caleb dirigió la mirada hacia él. El brillo travieso que vio en sus ojos le alertó de una nueva provocación—. Mantengo mi oferta.

—¿Todavía no te has dado por vencido? —preguntó, caminando a paso ligero hacia el estrecho sendero que conectaba con el bosque.

A Caleb se le había ocurrido una idea y pensaba ponerla en práctica antes de que llegasen los modocs al rancho.

—Guardián del Cañón se ha dado por vencido, pero Nube Blanca no

—respondió, caminando junto a Caleb—. Cree que Gran Halcón debe tener esposa e hijos antes de hacerse viejo como Conejo Manco. —Refiriéndose a uno de los ancianos más longevos de su tribu.

—¿Ahora Nube Blanca se ha vuelto una casamentera? —preguntó sin detenerse.

—No. Ve indecisión en el hijo de Caballo Negro y está preocupada. A Nube Blanca le gusta la mujer blanca como esposa para Gran Halcón. Dice que su mirada es honesta.

—Hablaré con tu mujer y tranquilizaré sus temores cuando todo esto termine, hermano. —Hizo una pausa y se detuvo frente a un gran abeto. En ese momento, pensó en la presa favorita de los pumas y, cambiando de tercio, preguntó—: ¿Recuerdas cómo conseguimos atrapar el último ciervo que tenía la cuerna rota?

El guerrero achumawi asintió con la cabeza y preguntó intrigado:

—¿Gran Halcón piensa capturar a *gente del sur* como si fuese un ciervo?

—Sí. Esa es mi intención —dijo con la idea de igualar el número de guerreros modocs al de sus hombres.

Guardián del Cañón sonrió por su astucia.

—Es una buena idea, pero *gente del sur* no es estúpida. No se dejarán cazar como un ciervo.

—No perdemos nada si lo intentamos.

—Entonces, démonos prisa. *Gente del sur* llegará pronto. —Alzó con ímpetu su arco hacia el cielo y exclamó con energía—: *Ahee!* ¡¡Que *tinihowi* nos proteja en la caza!!

—*Ahee!* ¡¡Que así sea!! —exclamó a su vez, al mismo tiempo que se tocaba el amuleto protector de madera que colgaba de su cuello.

Capítulo 19

La punta envenenada de una flecha dio justo en el pecho del vaquero que se encontraba acuclillado en el tejado del gallinero. Tras un gruñido de dolor, el cuerpo se precipitó hacia el vacío hasta impactar contra el suelo, provocando un sonido sordo con su caída. Esa fue la señal clara para Caleb de que los modocs habían llegado al rancho y no, precisamente, para conversar. El vaquero no se movió del suelo. Permanecía boca arriba con una mueca de dolor en el rostro y en una postura extraña. O bien había muerto o bien estaba inconsciente. Nadie se aventuró a ir hasta él para averiguarlo por miedo a exponerse a una muerte rápida y segura sin antes haber presentado batalla ante el enemigo. Un pequeño surco fue apareciendo alrededor de la herida, tiñendo de rojo intenso su fina camisa. El silencio se propagó en toda la propiedad. Ni las aves que anidaban en las copas de los árboles se atrevieron a trinar o a levantar el vuelo para huir del lugar. Los tres restantes vaqueros, inmóviles y tensos como la cuerda de un arco, esperaban una señal de su patrón sin apartar el dedo del gatillo. Pero Caleb no realizó ningún movimiento. Se limitó a apuntar con el rifle hacia el follaje mientras escrutaba el bosque. Estaba apostado en un lateral de la cabaña, casi oculto por las plantas trepadoras que cubrían la pared. Con la mandíbula apretada, echaba fugaces miradas al hombre que había sido alcanzado con la flecha y que se encontraba a pocos pies de él. Sintió el deseo de ir hasta allí para ayudarlo, pero un gesto negativo por parte de Guardián del Cañón le hizo desistir; de alguna manera el guerrero achumawi le había leído el pensamiento. Guardián del Cañón se encontraba camuflado detrás unos arbustos de manzanita. Apenas se le distinguía entre las leñosas y densas ramas cuyas flores producían unos pequeños frutos globosos en racimo y con forma de manzanas rojas. De pronto, unos espeluznantes gritos de dolor se escucharon entre la espesa vegetación, enviándole la información que tanto ansiaba Caleb: algunos guerreros modocs habían caído en las trampas que Guardián del Cañón y él habían preparado con anterioridad en el bosque. Desvió la vista hacia el guerrero achumawi y le hizo saber con la mirada que, después de todo, sí que podían ser estúpidos los modocs.

La segunda flecha se clavó en uno de los postes de madera del porche y cercano al arbusto de manzanita en el que se encontraba Guardián del Cañón. Este tensó el arco, apuntó en dirección hacia el lugar donde había salido la

flecha y disparó con decisión; luego, se ocultó. Un grito parecido a un gorgoteo se dejó oír a continuación. Poco después, el cuerpo desnudo y cubierto en su totalidad de arcilla blanca —pinturas de guerra utilizadas por la tribu modoc—, salió de entre la espesura y cayó de bruces contra el suelo. Un taparrabo era la única prenda que cubría su cuerpo. La flecha había penetrado en su yugular y el vértice salía unas pulgadas de su nuca. El moribundo intentó ponerse en pie sin poder lograrlo. Tumbado de medio lado, intentó quitarse la flecha con fuerza lo que le provocó un desgarramiento en la piel de tal calibre, que solo logró que la herida empeorara y se hiciera mortal. La sangre roja, abundante y espesa, manchó sus temblorosos dedos y su pecho se tiñó del mismo color. La lucha por sobrevivir se hizo tan agónica e insoportable que Caleb tuvo que disparar a su cabeza para que se reuniese pronto con *kumush* —su dios creador— y, de este modo, ahorrarle tanto sufrimiento. La testa del guerrero modoc quedó tan destrozada como lo hubiese estado una calabaza madura y jugosa si hubiese sido el blanco elegido. El sonido seco del arma sonó en todo el rancho. Anne y la señora Miller ahogaron gritos de pánico al oírlos dentro de la vivienda. La joven pudo ver cómo el guerrero modoc expiraba a través de las fisuras de la ventana que el señor Carter había arreglado de manera tosca. En ese instante, se tapó la boca con la mano y se tragó una arcada al ver sus sesos esparcidos por la tierra. La ganas de vomitar se hicieron acuciantes, no obstante, aguantó el deseo de hacerlo. La señora Miller que la miraba asustada, se encontraba atrincherada detrás del sillón.

—Deberíamos escondernos en la despensa, Anne —dijo en voz baja la anciana, señalando el lugar que había bajo la alfombra.

—Es demasiado pequeño para las dos, Rose. Esperemos un poco más a ver qué sucede.

Anne dejó de hablar cuando un disparo impactó en la puerta de la casa. La anciana agrandó los ojos horrorizada y se persignó. La muchacha se tensó y miró la entrada con temor. Con los nervios a flor de piel, Anne desvió la vista y continuó espionando entre los tablones de madera de la ventana.

Mientras tanto, otra flecha envenenada rozaba la tela de la camisa de Caleb a la altura del hombro; de inmediato, se puso a cubierto. Su respiración se aceleró más si cabe. Escuchó cómo los latidos de su corazón retumbaban en su cabeza e intentó mantener la calma. Si perdía el control, todo se volvería un caos y los hombres dispararían como posesos hasta acabar con la escasa

munición que tenían. «¿Por qué demonios se demora tanto Chen?», pensó desesperado. «Recoger la mercancía en el pueblo no debe de suponerle tanto tiempo». Suspiró hondo e intentó calmarse. Miró hacia su derecha e hizo un leve asentimiento con la cabeza. Dos de sus hombres dispararon hacia el bosque. Varias flechas y un único disparo salieron como respuestas sin alcanzar un objetivo. Miró hacia su izquierda e hizo el mismo gesto; quería saber la posición aproximada de sus contrincantes. Otro de sus hombres presionó el gatillo en la dirección opuesta: el abrevadero. Tras descargar unos cuantos tiros volvió a refugiarse tras la pared de madera en la que se encontraba escondido.

Comadreja de Cola Larga sintió una leve punzada de dolor en el muslo. Le habían alcanzado. Echó un vistazo a su pierna y vio la herida. Suspiró aliviado. Apenas era un simple rasguño. Se resguardó detrás del grueso tronco de un abeto y, utilizando un trozo de tela que guardaba en su bolsa de piel, comenzó a limpiarse la herida con premura. Le costó retirar la arcilla blanca y seca que tenía adherida, pero no se dio por vencido. Con despreocupación, tiró la tela manchada entre la hierba y cogió otro pedazo de la bolsa. Realizó la misma operación hasta que quedó satisfecho. Después de lo ocurrido con Oso Solitario, no se arriesgaba a sufrir semejante dolor por un rasguño mal curado. Luego, se ató con precisión y sobre la herida la misma tira de tela para evitar que sangrara más y respiró hondo. En comparación con la herida de Oso Solitario —que había fallecido al llegar a la aldea el mismo día que le hirieron—, la suya provocaría risas entre los niños del poblado. La añoranza por su hermano le agrió la sangre. Su corazón yacía en la tierra desde que había encendido la pira e incinerado su cuerpo. Durante unos breves instantes, rememoró la promesa que le hizo a Oso Solitario y que expresó ante el Consejo tribal cuando este se convocó:

«...la sangre de mi hermano muerto por una mujer blanca clama venganza. No me detendré hasta conseguirla. Es una promesa que hago. He hablado».

Pero entonces, Viejo Schonchin —jefe del pueblo modoc— mostró su desacuerdo con Comadreja de Cola Larga al no querer desenterrar el hacha de guerra contra el hombre blanco, demandando la paz para su pueblo. Comadreja de Cola Larga aún recordaba las palabras que el viejo jefe dijo con frustración ese día:

«Yo creo que si matamos a todos los hombres blancos, no vienen más. Nosotros matamos y matamos, pero cada vez vienen más y más como la hierba en primavera. Arrojo

mi arma. Digo que no lucharé más. Mi corazón está enfermo. Soy un hombre viejo. He hablado».

Estas palabras de derrota nada tenían que ver con las que pensaba Viejo Schonchin tiempo atrás donde su sangre, aún joven, afloraba tempestuosa por sus venas a favor de la lucha contra el hombre blanco. Por aquel entonces, había tomado parte activa en las primeras hostilidades que se produjeron contra los colonos blancos y que trajeron la epidemia de peste al poblado, diezmándolos hasta la mitad. La situación se agravó más cuando los colonos comenzaron a invadir las tierras del lago Tule con la intención de adueñarse por completo de ellas.

En ese instante, la memoria de Comadreja de Cola Larga regresó al presente cuando varios disparos silbaron cerca de él. Decidió cambiar de lugar y se ocultó detrás de un grupo de arbustos de enebro. Desde allí, contó las bajas que había sufrido el grupo. Tras comprobar que solo había perdido a tres guerreros, soltó un espeluznante alarido de guerra con la garganta para animar a sus hermanos a continuar. Se sentía satisfecho de haberlos convencido para que se uniesen a su justa lucha aún en contra de la voluntad de Viejo Schonchin y del Consejo. Los modocs le respondieron con el mismo entusiasmo alzando sus armas al aire.

Convencido como estaba en capturar a la mujer blanca, Comadreja de Cola Larga decidió atacar desde otro punto más accesible a la propiedad. Ordenó a dos guerreros que le acompañasen y juntos bordearon el claro del bosque. Se situaron en un lateral de la casa y se escondieron entre unos abetos cercanos a ella. Desde allí escudriñaron mejor el lugar. Comadreja de Cola Larga sabía que la mujer blanca vivía en la casa porque había rastreado la zona con anterioridad. De hecho, la noche que Comadreja de Cola Larga se propuso llevar a cabo su venganza en el rancho, la fuerte tormenta le hizo pensar que el Pájaro Trueno estaba tremendamente encolerizado con él; o eso creyó cuando vio cómo le enviaba desde el cielo infinidad de relámpagos destellantes —producidos por sus poderosos ojos— con la clara intención de atemorizarle y hacerle cambiar de parecer. No obstante, él no se dio por vencido y decidió continuar con su objetivo. Pero el potente rugido de sus truenos y el desapacible viento que levantó, poco después, le detuvo en el acto y le hizo dudar en su cometido. Notaba que la cólera del Pájaro Trueno crecía de manera alarmante y que arrojaba hacia la Madre Tierra toda el agua que transportaba sobre su espalda, cayendo con fuerza sobre su cabeza. Al

instante, vio cómo se formaron grandes charcos de agua a su alrededor. El temor de no poder vadear el río a tiempo para regresar a la aldea o de ser alcanzado por uno de sus poderosos rayos, le hizo desistir y se marchó raudo de allí. Sin embargo, el guerrero modoc no era el único que había desafiado esa noche la ira del Pájaro Trueno. Comadreja de Cola Larga sabía que los hombres blancos que se encontraban escondidos debajo de la ventana de la casa también fueron víctimas de su tremenda furia y de su enorme poder de destrucción.

Comadreja de Cola Larga borró ese desapacible recuerdo de su cabeza y, de repente, sus ojos negros brillaron con malicia. Su rostro mostró una sonrisa siniestra al saber que, en ese momento, el Pájaro Trueno no se encontraba enojado con él y que, al fin, cumpliría su ansiada promesa. Como no podía devolverle la vida a su hermano, pensó que el mejor trofeo que le podía llevar a Mujer que Camina Despacio y a su hija, Ardilla Moteada, sería su cabellera de fuego; de este modo, les recompensaría por su pérdida y su sufrimiento.

El guerrero modoc quiso aproximarse más a la vivienda y caminó, acuclillado y con sigilo, hacia la parte trasera de esta. Cuando llegó, vio que la casa no estaba tan bien custodiada como había esperado; se relamió los labios al ver que solo había dos hombres junto a la cabaña y que se encontraban de espaldas a él. Decidió cogerlos desprevenidos. Se arrastró por el suelo hasta posicionarse junto a la rueda de una vieja carreta. Desde esa posición, hizo un gesto con la mano hacia sus dos hermanos para que avanzasen en su dirección. Estos hicieron el mismo recorrido y se situaron junto a él. Los tres rostros blanquecinos de arcilla se quedaron inmóviles y en silencio, esperando el momento justo para atacar y derramar más sangre. Comadreja de Cola Larga observó a los dos hombres y reconoció a uno de ellos por sus pinturas de guerra: pertenecía a *gente del río*; le extrañó bastante que estuviese allí. Hizo un gesto con la mano hacia sus dos acompañantes y señaló el arbusto de manzanita donde se encontraba Guardián del Cañón. Los dos fieros guerreros entendieron la orden y esbozaron sonrisas aviesas al mismo tiempo que se levantaban del suelo. Comadreja de Cola Larga también se irguió y dejó que sus hermanos se ocupasen del guerrero achumawi mientras él hacía lo propio con el otro hombre.

En ese preciso momento, la casualidad hizo que varias piñas secas cayeran sobre el tejado de la casa y rodaran por él hasta rozar el hombro de Caleb. Por instinto, este se giró de inmediato y encañonó a su espalda. Fue, entonces,

cuando vio a los tres guerreros modocs. Durante unos breves instantes, los intrusos se detuvieron al sentirse descubiertos. Caleb reaccionó rápido y apretó el gatillo hacia el que se hallaba más cerca de Guardián del Cañón. Segundos más tarde, el cuerpo sin vida del joven guerrero modoc se desplomó en el suelo.

—Gran Halcón es igual de rápido con el rifle como con el puñal —dijo Guardián del Cañón, antes de proferir su particular grito de guerra y enfrentarse con beligerancia hacia el otro guerrero que se abalanzaba con violencia sobre él.

A Comadreja de Cola Larga no le dio tiempo a disparar con su rifle al verse encañonado por el hombre que acababa de matar a uno de sus hermanos. Caleb apretó el gatillo, pero el guerrero modoc consiguió reaccionar a tiempo y se apartó de la trayectoria de la bala, lanzándose contra la pared de la cabaña. El fuerte golpe que sintió en el hombro hizo que el arma se le escapase de las manos y cayese lejos de él. El segundo disparo que recibió cerca de los pies, le hizo rodar por el suelo hasta que se puso a cubierto detrás de la vieja carreta.

El dedo de Caleb no volvió a apretar el gatillo al escuchar el terrorífico grito de guerra que profirió Comadreja de Cola Larga desde su escondrijo. El guerrero modoc aprovechó los instantes de desconcierto de Caleb. Salió de su escondite y, rápido como un rayo, se abalanzó sobre él con el puñal en la mano. El rifle de Caleb cayó al suelo y su sangre salvaje fluyó por todo su cuerpo dispuesto a luchar, cuerpo a cuerpo y hasta el final, contra el belicoso guerrero modoc. No tardó en comprobar la tremenda fuerza de su contrincante, por lo que tuvo que emplearse a fondo. Tras un largo forcejeo, Caleb consiguió golpear la muñeca de su oponente y el puñal cayó en la tierra. De un puntapié lo alejó de su enemigo al mismo tiempo que intentaba recobrar sus fuerzas. Jadeando, retrocedió unos pasos e intentó recuperar su rifle, pero no fue lo bastante ágil como para cogerlo a tiempo. Recibió una tremenda patada en el rostro que le hizo olvidarse de su objetivo. Sacudió la cabeza y el sombrero negro se precipitó hacia la tierra, exponiendo por completo su larga y negra melena. El dolor que sintió cerca del ojo le mantuvo unos segundos desorientado, apareciendo infinidad de lucecitas brillantes frente a él. Volvió a sentir otra patada en el rostro que casi le hace perder el equilibrio si no llega a sujetarse a la pared de la vivienda. Un hilillo de sangre recorrió su mejilla y se detuvo a la altura del labio superior. Haciendo acopio de sus menguadas

fuerzas, consiguió ponerse erguido y se mantuvo en esa posición tratando de orientarse. Segundos más tarde, se aproximó al fiero guerrero con los puños alzados y su mirada más mortal y asesina. Sin más preámbulos, le lanzó su mejor derechazo en la mandíbula y esta crujió. Luego, se sacudió la mano un par de veces, reprimiendo el tremendo dolor que sintió en los nudillos tras el golpe. El guerrero modoc trastabilló hacia atrás sin llegar a caerse en el polvoriento suelo. El golpe lo dejó aturdido unos instantes, pero se recompuso enseguida y escupió al suelo la sangre que manaba de su boca. El sabor metálico le obligó a volver a escupir. El intenso dolor que sintió en el pómulo lo encolerizó más. Se limpió con violencia los restos de saliva ensangrentada en el blanquecino antebrazo y, furibundo e impaciente por acabar pronto con su contrincante, sacó otro puñal de obsidiana lascada que llevaba sujeto a su cintura. Le amenazó, varias veces, zarandeando el arma cerca de su cuerpo. Caleb evitó que lo trinchasen como a un pavo y se movió con agilidad. Sus continuos movimientos lograron poner cierta distancia entre ambos. El guerrero emitió otro espeluznante grito con la garganta al no conseguir clavarle el cuchillo y volvió a arremeter contra él cegado por la ira. Caleb lo esquivó. Comadreja de Cola Larga retrocedió unos pasos y balanceó el puñal de derecha a izquierda. Tan rápido como un *cimmu* —coyote—, Caleb sacó su cuchillo de la vaina y lo lanzó con destreza hacia el guerrero. En un acto reflejo, Comadreja de Cola Larga lo esquivó y el puñal se perdió entre la maleza. El guerrero modoc lo fulminó con la mirada. Una sonrisa cruel de dientes irregulares y ensangrentados apareció en su rostro, produciendo leves escalofríos en la columna vertebral de Caleb. El guerrero arremetió, otra vez, con la afilada arma con la intención de arrinconarlo contra la pared de la casa. Los movimientos irregulares del puñal mantuvieron a Caleb en una continua e incesante danza con el propósito de cansarle. En una de esas arremetidas, la hoja le rasgó la tela de la camisa blanca y le hizo un corte, no demasiado profundo, en su abdomen. Ahogó la punzada de dolor que sintió en ese instante. Vio su sangre en la hoja afilada del puñal y temió que la herida fuese grave. No se atrevía a desviar la mirada hacia su cuerpo por miedo a recibir otra puñalada. Jadeó de manera entrecortada y sus movimientos se hicieron más lentos. El copioso sudor le bañaba el rostro y se mezclaba con la sangre que recorría su mejilla. Su único pensamiento fue salir pronto de allí y conseguir un arma si quería seguir con vida.

—¿Hablas la lengua de los *rostros pálidos*? —preguntó Caleb entre jadeos y en su propio idioma al no hablar la lengua de los modocs.

—Sí —contestó su contrincante, sofocado.

—Entonces..., hablemos.

—¡No! —bramó—. ¡Luchar y morir con honor! —El guerrero modoc observó durante unos breves momentos las prendas del hombre y le recriminó por su aspecto—: Ser traidor de tu pueblo. —Y escupió en la tierra a escasas pulgadas de los pies de Caleb—. Llevar pantalón de color tierra mojada como *rostros pálidos*.

—No soy ningún traidor —le espetó dolido por el insulto—. Nunca he deshonrado a *gente del río*. Mi corazón está con ambos pueblos. Mi corazón quiere la paz. —Hizo una pausa y prosiguió—: Te atreves a insultarme cuando muchos de vosotros vestís como los *rostros pálidos*.

—¡No ser hermanos de Comadreja de Cola Larga! —replicó con ímpetu.

—¡Ey! Tranquilízate —dijo alzando las manos en un gesto de rendición. Reprimió el dolor del costado mientras bajaba los brazos despacio. Tras conocer el nombre del guerrero, añadió con suavidad—: Gran Halcón solo quiere hablar con Comadreja de Cola Larga. —El guerrero modoc ladeo la cabeza al escuchar por primera vez su nombre—. Zanjaremos este asunto sin derramar más sangre y llegaremos a un acuerdo justo.

—Ser tarde para hablar. Vengar Oso Solitario. Ahora, también matar Gran Halcón. He hablado —reiteró con terquedad y arremetió con el puñal contra Caleb.

Caleb logró esquivar el filo de la hoja, saltando hacia atrás y golpeándose la espalda contra la pared. Soltó un gruñido de dolor tras el impacto. El guerrero modoc se carcajeó al verlo tan indefenso y Caleb aprovechó ese descuido para escabullirse de él. Con inusitada velocidad, corrió hacia la parte delantera de la casa, pero antes de conseguir aproximarse al porche, trastabilló y fue atrapado. El guerrero modoc lo tumbó boca arriba sobre la polvorienta tierra y le presionó con fuerza la mandíbula, dejándole inmóvil y con la nuca pegada al suelo mientras apoyaba la cortante hoja sobre su garganta. Comadreja de Cola Larga, que jadeaba sobre su cara, no desvió la vista de su presa y le enseñó, una vez más, sus dientes torcidos, mostrando su sonrisa más cruel y perversa. La imagen desquició a Caleb. Vio la ira en los ojos enloquecidos del guerrero y supo que iba a morir.

Capítulo 20

Cheng-gong azuzó a la yegua morgan con apremio, instándola a ganar más velocidad. El animal sorteaba los arbustos que se encontraba a su paso con agilidad. Estaba a menos de una milla de Aguas Bravas, sin embargo, el camino se le estaba haciendo más largo de lo acostumbrado. Era la segunda vez que volvía a recorrer el mismo trayecto, pero en esta ocasión lo hacía con desasosiego. Siempre había sido un buen hombre y un excelente vaquero, pero no cuando debía de enfrentarse a unos fantasmas. En ese preciso instante, agachó la cabeza y esquivó las retorcidas ramas de un roble negro que sobresalían y atravesaban parte del camino. Las chaparreras y las botas hicieron su cometido, protegiéndole las piernas y los tobillos de los cactus del serpenteante sendero. Emitió un suspiro de alivio al sentir su cabeza intacta, pero dicho alivio le supo a poco. Los temores que le carcomían el cerebro no lo dejaban tranquilo.

Había sido víctima del pánico cuando regresaba del pueblo y se adentraba en Los abetos blancos. Atravesaba el estrecho sendero cuando, de repente, tuvo que detener a la yegua. Había oído unos espeluznantes alaridos —parecidos a los que emitían los salvajes cuando estaban en pie de guerra— no muy lejos de él. Desmontó del animal de manera precipitada, desenfundó el revólver que llevaba en el cinto y se escondió entre la maleza. La yegua permaneció a su lado en todo momento, aunque inquieta; tenía los ollares dilatados a causa del peligro. En semejante estado, temía que el animal huyese despavorido por el bosque con la pesada carga que transportaba en la grupa, por lo que tuvo que susurrarle y acariciarle la cabeza con suavidad en un intento de calmarla. Mientras lo hacía, escudriñaba nervioso a través de las ramas, intentando ver más allá de la espesura del bosque. Sus ojos se toparon con un ser terrorífico. Se quedó inmóvil y atónito con el hallazgo. Un fantasma, de ojos enloquecidos y con apariencia humana, se encontraba agazapado cerca del abrevadero al acecho de alguna presa. Apenas unos instantes más tarde, avistó a otro que salía del bosque con un puñal en la mano y que caminaba tambaleante en dirección hacia la cabaña. El fantasma llegó al claro y se detuvo, desorientado. Cheng-gong vio que tenía atravesada una flecha en la garganta; la punta le sobresalía a la altura de la nuca. Minutos después, escuchó desde algún lugar del rancho que remataban al demonio de un tiro en

la cabeza. Vio cómo su cuerpo se quedaba inmóvil y sus sesos se esparcían por el suelo. Esa imagen le asustó tanto que su cuerpo comenzó a temblar de manera incontrolada. Sabía lo que significaba la aparición de esos demonios a la luz del día: que atacarían a los vivos para que sus almas pudiesen ser reemplazadas en el infierno. Como no quería morir a manos de ningún fantasma, se largó de allí tan rápido como pudo.

Exhaló con fuerza el aire de sus pulmones, mientras el equino, —ajeno a los turbulentos pensamientos de su amo—, galopaba por el pedregoso camino formando una nube de polvo a su paso. «Soy un gallina. Un verdadero vaquero no sabe lo que es el miedo ni huye asustado como un vulgar ladrón», se recriminaba momentos después sin perder de vista los arbustos espinosos que se encontraba por el camino.

Cheng-gong era consciente que no había obrado con sensatez y que debido a su tremenda cobardía, iba a perder el trabajo que le daba techo y comida durante todo el año, además de una razonable paga —un dólar y cincuenta centavos diarios incluyendo cama y comida— en comparación al dólar que otros vaqueros recibían en los ranchos colindantes. A medio camino, los remordimientos se acrecentaron y se sintió cada vez más arrepentido de su precipitada e impulsiva huida. En un arrebato de valentía se dijo: «No defraudaré al patrón. Me enfrentaré a los fantasmas y moriré con honor como un vaquero americano». Y gritó a pleno pulmón:

—¡¡Ajúa!!

En lugar de continuar hacia Aguas Bravas, retrocedió parte de lo que había cabalgado y se dirigió hacia los herbazales con la esperanza de avisar a tiempo al capataz. Cuando Cheng-gong llegó a la fértil y llana pradera rodeada de escarpadas montañas y repleta de zacate punta blanca, pasto llanero y zacate borreguero —que servían de forraje para el ganado—, la yegua estaba a punto de desfallecer, aun así el animal no dejó de galopar como una posesa. El sobreesfuerzo realizado por el atlético y fuerte animal, bien podría considerarse digno de admiración.

El viejo capataz, que en ese instante se encontraba oteando el horizonte, se extrañó de ver la figura de un jinete cabalgando a la velocidad del rayo y en su dirección. El rastro de polvo que dejaba a su espalda era la prueba fehaciente de ello. Con los ojos entornados y el ceño fruncido hasta que sus cejas marrones se quedaron en una gruesa línea horizontal, alzó su magro cuerpo

sobre los estribos y se quedó en posición vertical sin dejar de clavar la vista en el jinete. Descontento con la visibilidad que tenía, se elevó con destreza hasta colocar las gastadas botas oscuras encima de la silla de montar, quedándose de pie sobre el caballo. Sostenía las riendas con la mano enguantada al mismo tiempo que mantenía el equilibrio con total naturalidad. Su caballo permaneció en todo momento inmóvil, conocedor de las pericias de su amo, ya que no era la primera vez que lo hacía. De hecho, era bien conocido en todo el condado las particulares habilidades del capataz. Si se le llegaba a comparar con un vaquero texano —había quienes decían que los texanos para la ganadería no tenían rival; que eran los mejores jinetes del país, que habían nacido en la silla de montar y que crecían manejando el lazo, el revólver y el rifle—, era único en su especie. Un vaquero californiano como el señor Evans, tenía su estilo propio de montar, de tomar las riendas y hasta de manejar el ganado; adquirido gracias a las raíces y maneras hispano-mexicanas.

Desde esa altura, el capataz distinguió mejor al jinete que se aproximaba. Ordenó a unos de los vaqueros que le acompañaba que siguiese vigilando las manadas de reses, mientras él cabalgaba hacia el recién llegado.

—¿Qué ha ocurrido, Chen? —preguntó el señor Evans cuando llegó a su altura. Se bajó del caballo con agilidad y se aproximó hacia él. Cheng-gong le miraba con los ojos desorbitados y la respiración entrecortada sin poder soltar una palabra—. Tranquilo, muchacho —agregó, intentando apaciguarlo.

El muchacho estaba más nervioso de lo habitual y eso inquietó al señor Evans. Cheng-gong se bajó del caballo con el rostro sudoroso y descompuesto. El capataz se giró hacia el valle y emitió un corto silbido. El sonido alertó al vaquero que se encontraba cerca de un grupo de terneros que descansaban sobre la tierna y verde yerba. El señor Evans le hizo un gesto con la mano para que se acercase y el joven, de raza negra, giró su caballo y cabalgó hacia ellos.

—¿Ocurre algo, señor Evans? —preguntó ceñudo el muchacho cuando llegó donde se encontraba el capataz.

Sin bajarse del caballo, los enormes ojos castaños del muchacho no dejaron de escrutar el semblante de Cheng-gong, tratando de adivinar el motivo de su inesperada llegada. Ese día le tocaba quedarse en el rancho, de ahí que se sintiese tan extrañado de verle en la pradera.

—Eso intento saber, Jeremy —le respondió, mirándole de soslayo—. Ocúpate de la yegua y de la carga que trae, mientras intento sacarle una condenada palabra.

—¿Quiere que hable yo con él, señor Evans?

—No, hijo, no. Ya me ocupo yo de Chen. Cuando termines con el animal vuelve a tu puesto.

—Sí, señor —dijo sin preguntarle nada más.

Jeremy cogió las riendas de la yegua morgan desde su montura y se marchó de allí con el rostro serio y preocupado.

El capataz anduvo hacia su caballo, cogió el pellejo de agua que llevaba colgado en el cuerno de la silla de montar y se lo ofreció a Cheng-gong. Este bebió con apremio, derramando parte del líquido entre la hierba baja. Cuando terminó de beber, tragó saliva angustiado, sopesando el modo de explicarle lo ocurrido. Notaba como el señor Evans le apremiaba con la mirada para que hablase. Pese a temer la reacción inmediata del capataz, soltó a bocajarro:

—To kill hombre.

—¿Quién ha matado a un hombre? —preguntó el capataz, manteniendo la calma. Si se alteraba en ese instante, lo único que conseguía era poner más nervioso al muchacho, además de no sacarle una miserable palabra de la boca.

—*Kuei* —susurró aterrorizado, hablando en su lengua natal—. *Bodys and painted faces de blanco como un kuei.*

Aunque el señor Evans estaba acostumbrado a la desquiciante verborrea del muchacho, a sus supersticiones y a las leyendas de fantasmas que a menudo contaba en el rancho, la angustia y el miedo que vio reflejados en su cara le alertó.

—Si no te tranquilizas no podré saber qué te ha ocurrido, Chen.

—Indios transformed into ghosts —dijo de manera atropellada. Luego, reiteró en un tono de voz bajo temiendo que los demonios le oyesen—: *Kuei, kuei.*

El señor Evans entendió lo que sucedía y dijo exaltado:

—¿Qué me condenen si voy a tener miedo de un puñado de indios

pintarrajeados a plena luz del día! ¿Cuántos salvajes hay en el rancho?

—No salvajes. *Kuei, kuei*. Almas de muertos.

—¿Cuántos hay? —repitió alzando la voz.

—Many, many —contestó, haciendo gestos nerviosos con los dedos de las manos.

—¿Cómo demonios voy a saber con cuántos tengo que enfrentarme, si no me das una cifra exacta? —preguntó, haciendo acopio de toda su paciencia.

—Many, many —reiteró—. No sabel más.

El señor Evans bufó exasperado.

—¡Que me cuelguen si algún día no pierdo la paciencia contigo y te enseño a hablar como un verdadero americano! Lo que me sorprende es que el patrón no pierda nunca los nervios contigo. Ahora, vete y descasa un rato. Voy a reunir a algunos muchachos. Partiremos enseguida para el rancho.

—Yo il to the ranch, señol Evans.

—No. Tú te quedas aquí vigilando el ganado —dijo con firmeza e hizo un gesto con la cabeza hacia las manadas de ganado vacuno brahman que pacían bajo el sol del atardecer—. No me hagas perder más tiempo, hijo porque eso es lo único que no tengo en este momento.

—No —replicó empecinado—. Yo no sel coward again. I fight con honol.

—¿De qué estás hablando? ¿No te mandó venir el patrón hasta aquí?

—No. Harry up! Señol Caltel necesital help.

—¡Mil mofetas, chico! ¡Me vas a volver loco! —Bufó exasperado. Se quitó el sombrero de ala ancha de la cabeza y se secó el sudor de la frente en su velludo antebrazo. Se lo volvió a colocar y le advirtió—: Esto no quedará así, Chen. Más tarde me explicarás lo que ha ocurrido en el rancho. Ensilla rápidamente a otro caballo porque salgo dentro de un minuto y no pienso esperarte, ¿me has entendido?

—Sí, señol —contestó serio y obediente. Recordó el motivo por el que había ido al pueblo y dijo cohibido—: Yo tlael ammunition in the mare.

—¿Qué has dicho, muchacho? —preguntó, creyendo no haberle entendido bien.

—I buy ammo in the village. Señor Caltel send. Yo tlael.

—¿Te refieres a la carga que trae la yegua?

Cheng-gong asintió con la cabeza.

—¡Te pegaría un tiro ahora mismo por tu insensatez! —exclamó el señor Evans—. ¡Maldito seas, muchacho! ¡El patrón la estará esperando ansioso! —Cheng-gong no le replicó al comprender su enojo—. Que Jeremy te ayude a cargarla en otro caballo —concluyó con los nervios crispados.

Y sin perder más tiempo, el capataz organizó la partida hasta reunir a un nutrido grupo de hombres. Antes de dirigirse hacia Los abetos blancos, el señor Evans mandó a un hombre a La triple C para darles aviso de lo ocurrido y prevenirles de posibles ataques de las tribus nativas. Después, se marcharon a galope tendido hacia el rancho temiendo no llegar a tiempo.

Capítulo 21

La repercusión de la bala hendió el aire y pasó a escasas pulgadas de la cabeza de Comadreja de Cola Larga que permanecía a horcajadas sobre el cuerpo de Caleb. El sonido seco sobresaltó al guerrero modoc que miró asustado hacia la procedencia del disparo, la cabaña, sin dejar de empuñar el arma blanca contra la garganta de su enemigo. Caleb reprimió una punzada de dolor al sentir cómo la piel se rasgaba debido al sobresalto del hombre. El resto de los guerreros modocs que permanecían escondidos en el bosque, dejaron de lanzar flechas al rancho cuando vieron que la mujer blanca apuntaba con el rifle a Comadreja de Cola Larga. Los vaqueros hicieron lo mismo cuando se dieron cuenta de que su patrón se encontraba tumbado en el suelo con la hoja de un puñal presionando su cuello.

Una temblorosa y decidida Anne, sujetaba el humeante rifle con ambas manos sin dejar de encañonar a Comadreja de Cola Larga desde el umbral de la puerta. Desde que vio cómo atrapaba y tumbaba a Caleb delante de sus propias narices, Anne no pensó en otra cosa que en auxiliarle, haciendo caso omiso a las súplicas de la señora Miller que se negaba en rotundo a que desatancara la puerta.

—¡Mujer de Cabello de Fuego morir!! —bramó Comadreja de Cola Larga cuando la reconoció—. ¡Disparar con bastón de fuego y espíritu de Oso Solitario reunir con *kumush*!

—¡Vivía cuando os marchasteis del río! —espetó Anne sin poder contenerse. No había reconocido al nativo hasta que la nombró con ese extraño apelativo. Tenía el cuerpo desnudo y totalmente pintado de blanco, salvo por el taparrabo y el trozo de tela ensangrentada que tenía amarrada en el muslo. Anne se dio cuenta que Guardián del Cañón se aproximaba con sigilo hacia ellos por el lateral de la cabaña y continuó hablando—: No puedes culparme de ser una asesina cuando te dejé marchar ese día. Retira el cuchillo de su cuello y hablemos como personas civilizadas.

A Caleb casi se le para el corazón cuando oyó la voz de Anne. Desde esa posición y con el puñal en la garganta le fue imposible verla, aunque tampoco lo necesitaba para imaginársela con el rifle en la mano y la ira dibujada en su pecoso rostro. «¡Maldición! ¿Por qué demonios ha salido de casa?», pensó

hastiado.

El guerrero modoc gruñó enojado al escuchar las palabras de la mujer blanca.

—¡Mujer de Cabello de Fuego no decir qué hacer a Comadreja de Cola Larga!

El guerrero modoc presionó la hoja afilada en la garganta de Caleb y este tensó la mandíbula. Luego, le arrancó de un tirón el amuleto que llevaba en el cuello y Caleb se movió furioso; le había quitado su animal de poder, aquel que durante años se le había aparecido en sueños y le protegía desde entonces. El guerrero modoc le instó con la mirada que permaneciese quieto o no dudaría en rebanarle el pescuezo.

—¡No! —gritó Anne, al ver el cordoncillo de cuero entre las ensangrentadas manos del nativo.

Anne sabía que el amuleto era importante para Caleb porque Rose se lo había mencionado en alguna que otra ocasión, aunque ignoraba su significado.

—¡No proteger más! —Y lo arrojó al suelo con desprecio.

—Déjalo con vida y podrás llevarte todo lo que quieras del rancho. Te lo prometo. —Se atrevió a decir como si la propiedad le perteneciera.

—No. *Rostro pálido* tener dos lenguas.

—¿Y eso qué significa? —preguntó ceñuda.

—Tus palabras ser flechas envenenadas. —Anne le miró sin comprender—. Decir palabras de miel que no cumplir.

—Yo no soy como los hombres blancos que te han engañado. Si te doy mi palabra, eso quiere decir que la cumpliré. Y ahora mismo te la doy.

—Puñado de boñigas servir mejor que palabras sn´eweets —respondió, mencionando la palabra «mujer» de manera despectiva.

—Más muertes no zanjará este asunto, Comadreja... Comadreja *nosécuantos* —objetó enojada, bajando despacio y trémula los dos primeros escalones del porche. El guerrero modoc negó con la cabeza y ella se detuvo sin dejar de encañonarle. Su intención era seguir distrayéndole para que Guardián del Cañón pudiese cogerlo desprevenido y atacarle con el puñal que

llevaba en la mano. Estaba nerviosa e intentaba no dar muestras de ello. Se agarraba al rifle como su única tabla de salvación y deseaba que todo terminara pronto y bien—. Si... si nos matas a todos, lo único que conseguirás es que los hombres blancos se venguen por lo sucedido y maten a la gente de tu pueblo. Si pudiera deshacer lo ocurrido lo haría.

El guerrero modoc, ceñudo, se burló de ella:

—Mujer de Cabello de Fuego hablar como *watchkina*. —Refiriéndose a un mapache—. No gustar *watchkina*. Silencio.

—¿Si me callo lo dejarás marchar? —preguntó sin caer en la tentación de preguntarle con qué la había comparado.

—No, he dicho.

—¡Pues entonces no me voy a callar si finalmente lo vas a matar! —gritó exasperada y al borde de la desesperación.

La situación era desquiciante y la fuerza de voluntad de Anne disminuía a pasos agigantados si Guardián del Cañón no se daba prisa en reducirlo.

—*Rostro pálido* frenar lengua.

—¿De qué me servirá hacerlo si la siguiente seré yo? Juro... juro que te meteré un plomazo en la cabeza si la hoja de ese cuchillo se clava más en su garganta. Y te aseguro que pocas veces he errado al disparar. Lo de antes fue solo un pequeño aviso.

El guerrero modoc gruñó cada vez más irritado. La mujer blanca le estaba dando dolor de cabeza. En ese instante, un cuerpo enorme y pesado se abalanzó sobre él como si fuese un embravecido oso. Un musculoso antebrazo le presionó el cuello y la falta de oxígeno le hizo aflojar el puñal que presionaba contra la garganta de Caleb. Este no perdió la oportunidad y le arrebató el arma blanca con agilidad, guardándosela en la vaina vacía. Rodó hacia el lado contrario de su opresor y se quedó boca abajo, jadeando y con el corazón acelerado. Se palpó el corte y vio que no era tan grave como había pensado, a pesar de que la sangre no dejaba de brotar. Sin pérdida de tiempo, se arrastró por el polvoriento suelo cuando numerosas flechas se clavaban en la tierra y a escasas pulgadas de su cuerpo. Se puso a cubierto tras el arbusto de manzanita. Otro puñado de flechas recorrió una distancia mayor. Una de ellas hizo blanco en el muslo de un vaquero; el hombre había salido de su

escondite y se había situado en la parte trasera de la casa con la intención de defender a su patrón. En ese instante, el resto de sus compañeros dispararon hacia la espesa vegetación con la intención de mantener a raya a los modocs. Mientras tanto, otro vaquero se arriesgó a salir del lugar dónde se encontraba oculto y corrió en auxilio de su compañero herido. Lo cogió de las pesadas botas y lo arrastró con rapidez hacia un lugar más seguro. El herido gritó de dolor al igual que lo haría un cerdo antes de ser sacrificado en el matadero. A Anne se le pusieron los vellos de punta al oírlo y no pudo sino tragar saliva viendo cómo Guardián del Cañón luchaba, cuerpo a cuerpo, contra su enemigo. Ambos guerreros forcejearon durante un tiempo hasta que el guerrero achumawi logró reducirlo, tumbándole boca abajo y con las manos fuertemente sujetas a la espalda. Una asustada Anne se tumbó en el suelo del porche cuando una flecha se clavó en el primer peldaño de madera. Mientras tanto, Caleb cogía el arco y la aljaba que Guardián del Cañón había dejado tirados en el suelo, sacó una flecha y la colocó en el arco. Tensó la cuerda y, antes de poder disparar, emitió un gruñido de dolor por la cortadura que tenía en el abdomen. Se echó un rápido vistazo al costado y comprobó que la sangre le había empapado la mayor parte de la camisa. No se demoró ni un segundo más y, aguantando el dolor que sentía, disparó hacia el lugar dónde creyó haber atisbado movimiento. Volvió a colocar otra flecha en el arco e hizo la misma operación, protegiendo a Guardián del Cañón de las flechas que llegaban del bosque.

En ese preciso momento, el ensordecedor sonido de cascos de una docena de caballos entrando en el rancho, anunciaron la llegada del señor Evans.

—Refuerzos —murmuró Anne cuando vio al grupo llegar como si fuera una exhalación.

Los jinetes se apearon de sus monturas y se dispersaron por la propiedad con rapidez. Una lluvia de flechas surcó el aire y salieron a su encuentro. Disparos de rifle respondieron con la misma ferocidad que la de sus adversarios. El cruce de violencia duró el tiempo suficiente para que los modocs, al verse superados en número, huyesen despavoridos hacia el río y dejasen a su suerte a Comadreja de Cola Larga.

Pasado el peligro, Caleb salió de su escondite. Por el camino, recogió el colgante del suelo y lo guardó en el bolsillo de su pantalón. Antes de reunirse con los recién llegados, dirigió su mirada más mortífera hacia la señorita

Peabody que, en ese instante, se ponía de pie y se sacudía el polvo del vestido.

—Entra en la casa, Anne —ordenó de manera tajante.

Ella bajó los peldaños del porche sin hacerle caso y se acercó hasta él.

—No lo haré —replicó—. ¡Santo Cielo! —exclamó al ver la sangre en su mejilla hinchada y amoratada.

—¡Anne!! —gritó él, reprimiendo una mueca de dolor.

—¡No me grites! Te acabo de salvar la vida y ¿así es cómo me lo agradeces? Casi te matan, Caleb. ¡Santo Cielo! ¡Te han herido también en el costado!

—Estoy bien.

—Déjame ver.

—¡Estate quieta! —gritó y se apartó de ella, al ver que pretendía abrirla la camisa para examinarle la herida—. Si por un momento has pensado que me has salvado la vida, entonces es que eres más necia de lo que pensaba —dijo con énfasis. Estaba demasiado enfadado con ella como para medir sus palabras—. ¡Maldita sea, mujer! ¡Te has puesto en peligro! ¡Te dije que no te movieras de ahí! ¡Te mereces una buena zurra por ello!

—No te atreverás a ponerme un dedo encima, ¿me has oído bien? —espetó, haciendo aspavientos con las manos—. Me prometiste que nunca más me humillarías. ¿Ya lo has olvidado? —Caleb gruñó como respuesta y se guardó un buen improperio al recordar su promesa. Respiró hondo e intentó controlar su ira. Anne calmó también la suya y, poco después, le preguntó con más suavidad—: ¿Qué vas a hacer con él? —Y dirigió sus ojos hacia Comadreja de Cola Larga que, en ese instante, le enviaba su mirada más cruel y sanguinaria, haciendo que ella se encogiera por dentro.

—Será mejor que no lo sepas. Entra dentro.

—No puedes matarlo, Caleb —replicó, preocupada—. Le di mi palabra a Comadreja *nosequé*. No puedo romperla.

Caleb casi esboza una sonrisa cuando mencionó su nombre de esa manera.

—Entra dentro, Anne. No te lo voy a volver a repetir.

El tono bajo y duro en la voz de Caleb fue suficiente aliciente para que ella no volviera a replicar. Estaban teniendo una discusión en público y él detestaba ese tipo de escenas delante de sus hombres. Anne se percató de que había agotado su paciencia, que le había tuteado delante de todos y que le estaba poniendo en evidencia. Así que, dio un paso más hacia él y le pidió en un apenas un susurro:

—Prométeme que no lo matarás.

Caleb emitió un sonoro bufido de impaciencia, sin embargo, cedió cuando sus compasivos ojos se lo suplicaron con tanta insistencia. Se había dado cuenta que con ella siempre estaba abocado a perder cada una de las batallas que iniciaban.

—Te lo prometo. Ahora, dame tu palabra de que no te acercarás a la ventana de la cocina y que te mantendrás alejada de ella —le exigió.

Caleb se había percatado de que la única manera de que ella supiera que él estaba en peligro fue a través de la hoja medio arreglada de la ventana, puesto que era la única que daba hacia la parte frontal del rancho.

—Pero...

—Hazlo, Anne.

—Está bien, te la doy. —Dirigió su mirada hacia el gallinero y, entonces, vio el cuerpo de un hombre tendido en el suelo. Se le formó un nudo en la garganta que le impidió tragar saliva. Carraspeó, varias veces, hasta que se aclaró la voz y preguntó—: ¿Está muerto ese hombre?

—Sí —dijo con seriedad, sabiendo que se refería al vaquero que había caído del tejado.

—Ha sido por mi culpa, Caleb —susurró apesadumbrada. Sus ojos se volvieron acuosos—. Todo lo que ha pasado hoy aquí ha sido por mi culpa.

—Anne...

Ella se giró de inmediato y con el rifle en la mano, se marchó de allí. Una gruesa lágrima rodó por su mejilla mientras subía los primeros peldaños del porche. Sabía que se iba a derrumbar de un momento a otro por ese motivo se había marchado de su lado; no quería que la viese llorar. Cuando Anne entró en la cabaña y cerró la puerta, Caleb dio un suspiro de impotencia. A

continuación, dirigió sus ojos hacia donde se encontraba Guardián del Cañón. Vio como el guerrero modoc, que no dejaba de gruñir y de moverse, intentaba escaparse de las garras de su captor.

—*Rostro pálido* ser valiente como *dacala* —aseguró Guardián del Cañón, comparando a la mujer con un puma.

El guerrero achumawi que se hallaba a horcajadas sobre los muslos de Comadreja de Cola Larga, apretó las muñecas de su enemigo con sus manos. A continuación, buscó algo en la bolsa de piel que llevaba sujeta a la cintura. Cuando lo encontró, lo sacó con premura. Era una larga y estrecha cuerda de tule.

—*Rostro pálido* solo sabe crearme problemas —contestó en su lugar, a pesar de saber que eran ciertas sus palabras.

—Pero ser valiente como *dacala* —reiteró sin mirarle, mientras apretaba la cuerda de tule sobre las muñecas. Después, dirigió la vista hacia Caleb y le provocó a conciencia con la intención de saber si rompería la promesa que le había hecho a la mujer blanca—: Guardián del Cañón decir: ¡Pobre Gran Halcón! Tener corazón de *amitéaucan*. —Refiriéndose al corazón de una mujer. Elevó los brazos hacia el cielo para darle mayor énfasis a sus palabras—. Ser débil como *jena:jjiqqa*. Hacer promesa estúpida a *rostro pálido*.

Guardián del Cañón bajó los brazos y comprobó su reacción. Que hubiese comparado a Gran Halcón con un débil pájaro mientras que a la mujer blanca con un fuerte puma, había herido el orgullo de su sobrino. Lo notó en el brillo belicoso de sus ojos y en cómo apretaba la mandíbula conteniendo su cólera.

—Nunca rompo una promesa por muy estúpida que sea, Guardián del Cañón —replicó ofendido—. Sabes que soy un hombre de palabra.

—Entonces, Guardián del Cañón tampoco romper promesa que hacer a Gran Halcón hace muchas lunas —le contraatacó, haciéndole ver el motivo por el cuál le había provocado. Sabía que Gran Halcón se mostraría reacio al desenlace final de su enemigo.

—No hace falta llegar hasta ese extremo, hermano —contestó de manera pacífica al ser consciente de lo que había pretendido hacer el guerrero achumawi desde un principio. Apretó con ligereza su hombro con la intención de disuadirlo—. Puedes saldar tu deuda de otro modo.

—No —respondió con tozudez, deshaciéndose de la mano que le presionaba el hombro—. Guardián del Cañón ser también hombre de palabra.

Caleb sabía lo que sus palabras entrañaban. Su cuerpo se tensó, más si cabe, al no querer más derramamiento de sangre en el rancho. Suspiró cansado. Por hoy ya habían tenido demasiadas muertes, sin embargo, no podía cambiar la decisión tomada por Guardián del Cañón. Las leyes americanas de nada servían para él; este aplicaría su propia ley en el acto. Ese fue el motivo por el cual le hizo prometer a Anne que no espicara a través de la ventana. Intuía lo que iba a ocurrir.

El guerrero achumawi sacó el puñal que guardaba en la vaina, agarró con fuerza el cabello negro del prisionero por la nuca y de un tirón elevó su cabeza a escasas pulgadas del suelo. Sin titubear, le sesgó la tráquea de un rápido y preciso movimiento. En ningún momento, mostró el menor atisbo de arrepentimiento. Al instante, las salpicaduras de sangre le mancharon la mano que se mezclaron con el polvo ocre rojizo de su piel. El cuerpo de Comadreja de Cola Larga convulsionó, varias veces, hasta que su cerebro perdió el aporte sanguíneo y expiró. Su muerte fue rápida y silenciosa. A continuación, con la misma determinación y frialdad con que le había degollado, le hizo un corte en la frente y tiró del cuello cabelludo —que sería descarnado, secado en la hoguera y pintado con posterioridad— hasta que se desprendió. Guardián del Cañón se quedó satisfecho al conseguir el mayor trofeo que un hombre podía tener: la cabellera de su enemigo. Para muchas tribus nativas, esa era la única manera de apropiarse de la fuerza vital de un guerrero muerto en la batalla. Lo dejó a un lado y se levantó del suelo. Caminó hacia los tres guerreros modocs que habían muertos con anterioridad e hizo la misma operación. Después, se acercó a un matojo que había por los alrededores y limpió la afilada hoja con enérgicos movimientos hasta que no quedaron restos de sangre en ella. Lo guardó en su vaina y regresó con las sanguinolentas cabelleras hacia el lugar donde había dejado la de Comadreja de Cola Larga. La recogió y la puso con el resto. Se acercó hasta Caleb y tomó el arco y la aljaba que tenía a sus pies. Antes de marcharse, exhibió orgulloso sus trofeos ante las miradas atónitas de todos los presentes.

—*Kuei, kuei* —susurró Cheng-gong con el semblante blanco, cuando vio marcharse al fantasma con forma humana hacia las entrañas del bosque. Desde que pisó el rancho, había perdido todo el valor que traía de la pradera y no hacía más que temblar de terror.

—¡No son fantasmas, Chen! —gritó el capataz, perdiendo la paciencia—. ¡Maldita sea! Son hombres de carne y hueso como tú y como yo. —Al ver que el muchacho no reaccionaba, le empujó con ímpetu hacia el cuerpo inerte de Comadreja de cola Larga. Cheng-gong tropezó y cayó de rodillas cerca de él. Asustado, miró el charco de sangre que se había formado alrededor de su cabeza y su temor creció—. ¡Mil mofetas, muchacho! ¡Tócalo de una condenada vez y deja de ver fantasmas donde no los hay! —Con mano temblorosa, Cheng-gong tocó la blanquecina piel de su antebrazo. La notó aún caliente, tragó saliva y se miró con horror el polvillo blanco que la arcilla blanca le había dejado en la yema de los dedos. En dos zancadas, el señor Evans lo alzó del cuello de la camisa, temiendo que se desmayase delante de todos, y lo colocó con brusquedad en el suelo. El hombre se tambaleó unos instantes hasta que recuperó el equilibrio—. Lo siento, muchacho. Es la única manera de que entres en razón. Ahora, compórtate como un hombre. —El capataz dirigió la vista hacia el señor Carter y agregó—: Le debes una explicación al patrón, Chen.

Esas palabras llamaron la atención de Caleb que, aguantando la punzada de dolor que sentía en el costado y presionando con la mano la zona afectada, miró extrañado al asiático. A continuación, preguntó al capataz:

—¿Quién os avisó, Mose? —El señor Evans hizo un leve movimiento con la cabeza hacia Cheng-gong—. ¿Tú? —preguntó escéptico—. Te mandé al pueblo mucho antes de que Guardián del Cañón llegase al rancho y me informara de la llegada de los modocs.

—Yo cobalde —musitó Cheng-gong, cabizbajo. Ni siquiera se atrevía a mirarle a los ojos—. Yo huil when to get to the ranch. To see *kuei* —agregó, señalando con el dedo hacia el hombre que minutos antes había tocado.

Caleb no era ajeno del miedo que provocaban las supersticiones en muchos de sus hombres. No obstante, el comportamiento de Cheng-gong no había sido el más acertado ese día. Sabía que la cobardía, la deslealtad o la deshonestidad no eran bien acogidas entre los vaqueros, aunque fuesen provocadas por meras supersticiones. Estos hombres eran como una gran familia; no entendían de dobleces y arreglaban sus propios problemas rigiéndose por un código de honor que cumplían a rajatabla. Por ese motivo, Caleb nunca se involucraba en las decisiones que tomaban.

—Ya sabes lo que ocurrirá ahora, Chen —expresó Caleb—. Si te aceptan,

sigues siendo bienvenido al rancho. Si no es así, recoge tus cosas y pásate más tarde por la casa para que te pague lo que te corresponde. —Hizo una larga pausa y agregó—: Lamento perder a un buen vaquero.

—Yo un buen patlón —respondió, apesadumbrado.

Caleb desvió los ojos hacia el gallinero, chasqueó la lengua y se quedó unos segundos pensativo. Al observar el cuerpo inerte del vaquero comprendió lo que irremediamente tenía que hacer.

—Ocúpate de avisar al predicador, Mose —ordenó al capataz—. Necesito que venga al rancho para dar sepultura a Gregory. Avísame cuando llegue.

—Sí, patrón. ¿Se encuentra bien? —le preguntó al notar cómo se apretaba el costado con la mano.

—Sí. Solo es un rasguño —contestó, restándole importancia—. La herida de Samuel me preocupa más.

—¿Es grave?

—No lo sé, Mose. Tiene una flecha clavada en el muslo.

—Mal asunto —expresó ceñudo.

—Ya sabes lo que tienes que hacer con él.

—Sí, patrón.

El señor Evans pensó en el mal trago que pasaría el muchacho cuando se le extrajese la flecha con un cuchillo bien afilado, se le rebanase un buen trozo de carne alrededor de la zona afectada por el veneno y, a continuación, le rellenasen el hueco con pólvora para prenderle fuego después. Si el remedio no salía bien, lo más probable era que el muchacho se pegase un tiro en la cabeza o puede que, para alivio de Samuel, algunos de sus compañeros le hiciesen ese favor. No obstante, ninguna de las dos soluciones entusiasmaba a Mose porque lo quería con vida.

Unos quejidos lejanos hicieron que los dos hombres se girasen de inmediato en esa dirección para ver como trasladaban al herido hacia el barracón.

—Eso le va a doler —dijo Caleb, preocupado.

—Los chicos le inmovilizarán con fuerza, patrón, pero necesitará tomarse

antes una botella de whisky para mantenerlo calmado.

El ceñudo capataz se giró hacia el grupo de vaqueros que le miraban con preocupación y les hizo una señal con la mano para que se marchasen. Se fijó en Cheng-gong y, frustrado, le echó una larga mirada. El muchacho descifró lo que pensaba el señor Evans y, cabizbajo, siguió a sus compañeros sin ánimos de enfrentarse de nuevo a él. El capataz hizo ademán de irse cuando las palabras del señor Carter le detuvieron:

—Que un par de hombres hagan una pira e incineren sus cuerpos. —Y señaló con la cabeza a los cuatro guerreros modocs que habían muerto en el enfrentamiento—. Si encontráis alguno más en el bosque, ponedlo junto a ellos.

—¿En una pira? —Negó con la cabeza, pensando que los nativos no se merecían tantos privilegios después del ataque que acababan de sufrir—. Pero...

—Los modocs no entierran a sus muertos, Mose. —informó Caleb al conocer algunas de las costumbres de la tribu—. Y no pienso dejarlos ahí tirados mientras veo cómo se pudren lentamente. El olor atraerá a los carroñeros al rancho y Rose se pondrá echa una fiera cuando los vea a menos de veinte pies de la entrada.

—No pensaba dejarlos ahí tirados, patrón. Podemos echarlos al agua para que la corriente los arrastre río abajo —sugirió con la intención de no realizar la fatigosa tarea.

—No, Mose. Ellos tampoco los arrojan al río. —Hizo una breve pausa—. Estos hombres lucharon con valor y merecen reunirse con su creador. Es lo menos que puedo hacer por ellos.

—Sus dioses son paganos —protestó—. El único dios que juzgará sus pecados y que les abrirá las puertas del cielo es nuestro dios cristiano. —Al ver la expresión inflexible de su jefe, añadió con renuencia—: Está bien, patrón. —Y apoyó el tacón de la bota sobre la pequeña roca que había entre ambos—. Lo haré yo mismo, aunque sigo pensando que no se lo merecen. Los modocs no se tomarían tantas molestias con los nuestros. Me apuesto cinco dólares a que la piedad no sería lo primero que le rondan por la cabeza mientras les arrancan los miembros. ¡Mil mofetas! Me apuesto cinco más porque mostrarán orgullosos sus cabelleras blandiéndolas en la pértiga frente

a todo su pueblo. —Hizo una breve pausa y añadió—: Supongo que, después de todo, es su sangre india la que le reclama tanta misericordia.

A Caleb siempre le había gustado la franqueza y la fidelidad del capataz, por ese motivo se llevaba tan bien con él y raras veces discutían cuando salía a relucir el tema de su sangre.

—No es mi sangre india la que me lo pide, Mose sino mi conciencia —aseveró sin entrar en una dialéctica interminable entre dioses tribales o cristianos.

Caleb tenía bastante claro lo que pensaba al respecto sobre ese asunto y nadie le haría cambiar de opinión por mucho que insistiese. En ese instante, aguantó la punzada de dolor que le produjo la cortadura del costado. Apoyó el peso de su cuerpo en el lado sano, tratando de no parecer débil frente al capataz.

—Si es su conciencia quién se lo reclama, supongo que tendré que aceptarlo, pero sigo pensando que no se merecen nuestra piedad incluso muertos.

El señor Evans hizo amago de marcharse de nuevo cuando Caleb le detuvo.

—Otra cosa más, Mose. —Caleb sufrió un leve mareo y el capataz lo sujetó por el antebrazo con rapidez.

—No sea tan duro consigo mismo, patrón —le regañó preocupado—. La herida le duele. Y por el sudor de su frente diría que mucho. Su rostro no está mejor, así que no lo disimule conmigo y deje de ser tan testarudo. Nos conocemos desde hace mucho tiempo y sabe que nunca le he juzgado por sus acciones, salvo en este caso. Deje de hacerse el valiente conmigo y entre dentro de la casa para que le curen las mujeres. Más tarde me pasaré por aquí y seguiremos hablando.

—Solo una cosa más.

—Usted dirá, patrón.

—Cuando finalice la semana, recuérdame que le dé un incentivo a los chicos.

—No estaría mal otro día libre —sugirió, esbozando una leve sonrisa.

—Entonces, que sea otro día libre. Añádele una botella de whisky también.

—¡Mil mofetas! Es demasiado generoso con ellos, patrón. Esos malditos holgazanes no se merecen ese whisky —bromeó el capataz sin dejar de sujetarle por el antebrazo—. La próxima vez que nos ataquen los modocs querrán dos botellas.

—Mi generosidad no llega a tanto, Mose. Házselo saber a todos. Procura que no te escuchen decir que son unos holgazanes o te lincharán en el barracón —bromeó a su vez—. Son hombres duros y entregados al trabajo. No tengo quejas de ellos.

—Ahí le doy la razón, patrón. Me apuesto cinco dólares a que tenemos en el rancho a los mejores jinetes de todo el condado. ¡Qué diablos! Aumento la apuesta a cinco más. Nadie doma, monta y lacea al ganado como ellos. —Caleb reprimió una sonrisa al escucharle hablar con tanto orgullo de sus muchachos. Pensó que no todos los capataces de la zona trataban con la misma consideración a los vaqueros que tenían bajo su mando. Y en menor medida, los ganaderos o terratenientes. Muchos de ellos los utilizaban para satisfacer sus propios apetitos carnales ante la escasez de mujeres en el condado—. No puedo estar más satisfecho con ellos. —Hizo un chasquido con la lengua al recordar a Cheng-gong—. Sin embargo, el muchacho me ha defraudado completamente. Después de tantos años trabajando en el rancho, su cobardía me ha pillado desprevenido. Cuando llegó a los pastos creí que se moría del susto el muy desgraciado. ¡Qué me cuelguen si alguna vez he visto algo parecido con el resto de los muchachos!

Caleb se encogió de hombros.

—Asustado o no, Mose, os avisó y regresó con vosotros para enfrentarse a los modocs.

El señor Evans negó con la cabeza.

—Y se volvió a acobardar cuando los vio otra vez —repuso ceñudo—. Ya no se puede confiar en él. Es arriesgado que siga con nosotros. Si cree en fantasmas, la cosa no hará sino empeorar si tenemos otro enfrentamiento con ellos.

Caleb sabía que estaba en lo cierto y le respondió:

—Sea lo que sea que decidáis hacer, házmelo saber más tarde, Mose.

—Sí, patrón. ¿Puede llegar solo o necesita mi ayuda?

—Aún puedo mantenerme en pie, Mose. No soy tan viejo como tú.

El capataz esbozó una sonrisa de medio lado, soltó el antebrazo de Caleb y se alejó en dirección al barracón con pasos apresurados. Caleb caminó hacia la cabaña, arrastrando con cada paso el peso de sus pies y el de su alma. Estaba tan agotado y tan ansioso por tumbarse en la cama que los ojos se le cerraban solos. Cuando consiguió subir los tres peldaños del porche y caminó hacia la puerta que permanecía cerrada, se detuvo en seco y respiró hondo. Ahora le tocaba librar otra dura batalla y no estaba con ánimos para hacerlo. Cuando Anne supiera el destino que había sufrido Comadreja de Cola Larga, los reproches no se harían esperar. A pesar de todo, puso su gesto más inexpresivo, aguantó el dolor que sentía y abrió la puerta con determinación.

Capítulo 22

Dos semanas más tarde del ataque de los modocs, Caleb se sentía prisionero y malhumorado dentro de su propia habitación. La razón no era otra que la continua atención que le prodigaban las mujeres; le hacían sentirse tan inútil como un anciano. Esa mañana, decidió tomar medidas al respecto antes de que su temperamento estallase por los aires. Tras dejar a las tres mujeres rezongando en la cabaña después del desayuno —Emma también formaba parte del abrumador trío—, se alejó del rancho y cabalgó sin rumbo fijo por el valle. Montado en Furia, comenzó a notar como el aire puro y fresco de la mañana le golpeaba en la cara y le arrancaba un suspiro de satisfacción. Sonrió al sentirse igual de libre que un *jóqa* —mirlo—, que solía correr y saltar erguido por los herbazales.

Con los ánimos renovados, sus recuerdos se dirigieron hacia sus días de convalecencia en los que le fue imposible estar a solas con Anne. Desde entonces, sentía el agonizante deseo de volver a acariciarla y de poseerla como aquella primera vez. Emitió un profundo suspiro de anhelo al recordarlo. Sin embargo, de nada servía rememorarle; sabía que ese deseo no se volvería a repetir. Desde el enfrentamiento con la tribu modoc, Anne había cambiado bastante. Su carácter se había vuelto taciturno y cerrado. Y sus apagados ojos apenas alzaban la vista de sus pies cuando tenía que enfrentarse a su mirada. Sabía que ella se sentía culpable por la muerte de todos esos hombres y a él se le revolvían las entrañas al verla en semejante estado. La quería rebelde y decidida como antes, no una sombra andante y entristecida que vagaba sin rumbo por la casa.

Furia relinchó y él le acarició el pelaje del cuello para calmarlo. El animal había notado su desasosiego.

—Tranquilo, amigo —le susurró—. Nos detendremos un rato a descansar.

El caballo overo movió la cabeza, entendiéndole de inmediato. Caleb se apeó y caminó a paso lento por un angosto caminillo de tierra flanqueado de flores silvestres. En esos instantes, los pensamientos relacionados con la señorita Peabody se quedaron a un lado y ocupó su lugar la marcha de Cheng-gong. El muchacho había partido del rancho al día siguiente del enfrentamiento con los modocs y, desde entonces, sus compañeros se mostraban más

taciturnos que de costumbre. Incluso las letras de las canciones subidas de tono de Billy habían sido sustituidas por otras más melancólicas.

De manera abrupta, detuvo sus pasos cuando llegó al borde de un barranco —de unos cincuenta pies de alto— con sedimentos de color cenizo, ocre rojo y amarillo. Sus recias botas hicieron rodar algunos guijarros por la pendiente y estas acabaron sumergiéndose en las transparentes aguas de un sinuoso y profundo arroyo. Alzó la vista y divisó el hermoso horizonte que se dibujaba frente a él. Al no encontrarse a demasiada distancia del rancho, pudo distinguir el tejado de la cabaña y del establo. Dejó de mirar la lejanía y decidió amarrar a Furia en uno de los arbustos que había en las inmediaciones. Echó una rápida ojeada entre la hierba para cerciorarse de que no hubiese escarabajos o plantas perniciosas para el animal y se sentó sobre una enorme roca próxima al barranco. Se quedó cavilando sobre otro importante hecho que había ocurrido hacía tan solo un día.

Viejo Schonchin había enviado al rancho un mensajero de paz y le hacía saber que su corazón estaba triste por el ataque perpetrado hacia el hombre blanco. Aseguraba que los jóvenes guerreros habían actuado de manera irresponsable y en contra de los deseos de su pueblo; el viejo jefe le ofrecía la paz. Caleb no se pensó demasiado lo que debía de hacer. Era consciente que crearse más hostilidades con el pueblo modoc no era el mejor camino para continuar conviviendo con ellos, por lo que le transmitió su mismo deseo de paz.

Con ese pensamiento bullendo en su cabeza, de manera distraída, arrancó una brizna seca de hierba del suelo y se la colocó en la comisura de la boca. Incómodo por la postura adoptada, decidió sentarse en el suelo. Reclinó la espalda contra la roca y se remangó la camisa hasta los codos para sentir el tibio sol de la mañana en su piel canela. Notó una leve molestia en el costado, pero no le dio mayor importancia. La herida había sanado de manera favorable. Le había dejado como recuerdo una pequeña y fina cicatriz; otra más para decorar su cuerpo. Las heridas de la cara también habían sanado bien; los moratones casi habían desaparecido gracias a las cataplasmas de calabaza macerada que Rose se había esmerado en aplicarle con frecuencia. Escupió la brizna de hierba al suelo y se quedó contemplando las accidentadas colinas que se recortaban contra el inmenso cielo azul. La suave brisa le llevó a la nariz un aroma grato y familiar semejante al jengibre silvestre. Aspiró de manera profunda la suave fragancia. De repente, le entró somnolencia, cerró

los ojos y se dejó llevar por los sonidos envolventes del lugar.

«—...¿*Gomde te metess, engüendrro del biablo?* —vociferaba ebrio el viejo señor Carter con la fusta de cuero en la mano. Enloquecido como estaba por la bebida, buscaba al mocoso a cuatro patas debajo de su escritorio de nogal. De un manotazo, barrió la correspondencia y la pila de libros que permanecían tirados sobre la alfombra, esparciéndolos más si cabe. El sol se había puesto y no había luz en el salón por lo que la habitación permanecía en penumbras. El señor Carter dejó de buscarlo en ese lugar y se levantó a duras penas del suelo. Tuvo que agarrarse a la esquina de la robusta mesa al notar cómo su cuerpo se precipitaba hacia el suelo. Consiguió mantenerse en pie y dio unos temblorosos e indecisos pasos hacia el centro de la habitación hasta que tropezó con la mesita de café, se tambaleó de nuevo y cayó sobre la mullida alfombra de color borgoña. Se arrastró a través de ella como si fuese un vulgar gusano sin soltar la botella de whisky que agarraba con una mano y la fusta de cuero con la otra—. *Te engontrarré... Gurro que te despelligarré vivo. Te esharré a los pegross... S-se... s-se alimentarrán de tu ssuchia carne inbia.*

El pequeño Caleb templaba de miedo escondido detrás del mullido sillón orejero de seda aguamarina. Se mordía con fuerza el puñito para no delatar su presencia. Sintió como mojaba los pantalones y reprimió un gemido al sentir la frialdad en la tela de lana. Gruesas lágrimas caían por sus mejillas temiendo que «el hombre malo» —como así lo llamaba— le encontrase y le golpease de nuevo. Estaba tan arrepentido de haber desobedecido a Rose que solo quería que ella le sacase de la oscura y tenebrosa habitación.

En ese preciso momento, la señora Miller le llamaba desesperada desde el recibidor de la casa, ajena a lo que sucedía en el salón principal:

—¿Dónde está, señorito Caleb? No debió de salir de su escondite. El señor Carter todavía no se ha marchado a su habitación. ¡Me lo prometió, señorito Caleb! Salga de dónde quiera que esté y regrese ahora mismo conmigo. La señorita Emma se llevará un buen disgusto si se entera que me ha desobedecido.

El pequeño Caleb escuchó cómo alguien giraba el picaporte de la puerta del salón y cómo se entreabría apenas la hoja. Sintió un poco de alivio al saber que vendrían a rescatarle.

—¿Está aquí, señorito Caleb? —susurró la mujer, abriendo la puerta por completo.

La oscuridad que había en la estancia no le permitió ver con claridad su interior, por lo que la mujer movió la lámpara de mecha que llevaba en la mano con lentitud y hacia los rincones más oscuros para comprobar si el niño se encontraba dentro.

—*¡Negrúa entrrumitida...!* —gritó el señor Carter desde el suelo al reconocer la voz de la señora Miller—. *¡Túh tieness la culpa de togo!*

La mujer se asustó cuando le oyó gritar y dio un respingo en el acto.

—Señor Carter... —musitó con timidez—. ¿Dónde está, señor Carter?

Al no recibir contestación, la señora Miller penetró en la estancia y dio unos pasos hacia el interior. De nuevo, enfocó la luz hacia los rincones sin ver al hombre. El pequeño Caleb asomó con timidez su cabecita por un lateral del sillón sin atreverse a salir de su escondrijo. Los gritos del hombre le tenían aterrorizado.

—*¡Malbita muguerr...!*

Cuando el señor Carter volvió a gritarle, ella se tensó ante su fuerte temperamento. Trémula, dirigió la lámpara hacia el lugar del que provenía la voz. Abrió los ojos castaños de par en par al toparse con el dedo acusador del hombre. Vio cómo sus ojos inyectados en sangre parpadearon y se cerraron, unos instantes, a causa de la cegadora luz. Su desliñada indumentaria y el pestilente olor que desprendía, hizo que el semblante de la señora Miller se contrajera. No obstante, se acercó hasta él y, en un tono bajo y suave, dijo:

—Señor Carter... —Hizo una leve pausa y continuó—: La... la señorita Emma se volverá a enfadar si le encuentra otra vez en ese estado.

—*¡Gállate! Noh me irré... hassta... hassta gue agabe con esse inbio. ¡S-satanáss lonvió y yo lo disstruirré!*

—No blasfeme, señor Carter. El niño no está aquí. Deje que le ayude a levantarse. La cocinera ha preparado ya la cena y...

—*¡Noh guierro gomerr!*

—De acuerdo, señor, pero deje que le ayude antes de que la señorita Emma regrese del pueblo.

La señora Miller depositó la lámpara sobre la alfombra e intentó agarrar la áspera mano del hombre. Él se revolvió en el suelo, intentando zafarse de ella. Gruñó y maldijo un par de veces, negándose a que la mujer le tocara. En una de sus negativas, la punta de su recia bota impactó contra la lámpara de mecha, haciéndola añicos sobre la alfombra. La llama prendió enseguida al contacto con el tejido de lana y el fuego se inició de inmediato. La señora Miller, alarmada, intentó apagar el fuego dando zapatazos sobre la alfombra. Sus esfuerzos resultaron en vano. Las llamas se propagaron por el resto de la superficie, haciendo que el niño saliese asustado de su escondite. El pequeño tosía y tosía, buscando desesperado a Rose por todas partes...».

Caleb se despertó de golpe. Tardó unos minutos en orientarse y en volver a la realidad. Tenía la frente perlada de sudor y la garganta seca. Se levantó del suelo y echó un vistazo a su caballo. Este pastaba tranquilo. En ese instante, la suave brisa trajo hasta su nariz olor a humo. Con el ceño fruncido dirigió su vista hacia el horizonte. En ese preciso momento, se quedó paralizado. Sintió un pellizco en el estómago al ver como su casa ardía frente a sus propias

narices. Desde allí divisó la gran columna de humo que ascendía con rapidez hacia el cielo azul y lo manchaba con su color cobrizo. Preso de la agitación, se montó en Furia y cabalgó a galope tendido hacia Los abetos blancos, esperando que las mujeres estuvieran a salvo.

A medida que jinete y caballo se aproximaba al rancho, el humo se hacía cada vez más intenso e insoportable. Tras dejar el caballo en la entrada, cruzó corriendo el sendero y llegó al claro. Sus pies se pararon en seco. Las intensas llamas devoraban la vivienda sin compasión. Se tensó y su cerebro comenzó a colapsarse ante el descomunal espectáculo. Las lenguas de fuego lamían cada pulgada de madera con tanta celeridad que Caleb dudaba que quedase algo que rescatar dentro. Saliendo de su momentánea ensoñación vociferó:

—¡Rose! ¡Emma! ¡Anne!—. La madera crujió como respuesta y su acelerado corazón se encogió como un puño al temerse lo peor. Dirigió sus desesperados ojos en todas las direcciones buscándolas con apremio. Las llamó hasta que la garganta comenzó a picarle a causa del humo y no le quedó más remedio que parar. Como los ojos le escocían, parpadeó varias veces e intentó enfocar mejor la vista, pero fue en vano. Se refregó frenético los dedos por los párpados sin poder aliviar la irritación. Dudó en entrar dentro de la casa. El fuego salía furioso de las ventanas y se elevaba hacia la parte alta del centenario abeto, engulléndolo con ansiedad.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal cuando sus ojos se dirigieron hacia el abrevadero. Distinguió medio cuerpo inclinado y sumergido en el agua del pilón. De repente, una fugaz idea se cruzó por su cabeza y la cólera se apoderó de él al pensar que el viejo jefe modoc no había cumplido su promesa y que le había mentado. Se acercó corriendo hasta allí, apoyó el rifle contra la pared de la pila y sacó al vaquero del agua. Le habían pegado un tiro en el entrecejo. Contempló los ojos sin vida del hombre y tragó saliva ante otra muerte tan cruel. Preso de la ira se los cerró y depositó su cuerpo en el suelo, a los pies del abrevadero. A pocos pasos del hombre, encontró el cuerpo sin vida de su mejor amigo y sabueso, Calcetines. Soltó varios juramentos y reprimió el dolor que sintió al verle sobre un charco de sangre con las fauces abiertas. Le seguían escociendo los ojos y aprovechó para echarse agua en la cara. Furibundo, cogió el arma del pilón y escudriñó los alrededores buscando a sus presas. Sin embargo, se sentía contrariado mientras las buscaba. Por más que miraba entre la vegetación y la tierra seca, no lograba encontrar evidencias que incriminasen a los modocs.

—¡Rose! ¡Emma! ¡Anne! —vociferó sin darse por vencido. La situación le estaba desquiciando—. ¡Billy! ¡Charlie! —insistió, mencionando a los dos muchachos que había dejado en el rancho junto con el que había hallado muerto en el abrevadero.

Entornó los ojos y atisbó junto al picadero descubierto dos cuerpos tumbados en el suelo. Corrió hasta allí y comprobó que se trataba de los vaqueros. Les habían agujereado tantas veces el rostro que no se les reconocía. La ira iba creciendo en su interior del mismo modo que su sed de sangre y venganza.

—¡Señor Carter! —gritó una voz masculina desde la puerta entreabierta del barracón. Lugar que no había sido devorado por las llamas al encontrarse distanciado de la vivienda principal.

Caleb se giró con ímpetu hacia la voz con el rostro sudoroso y la respiración agitada. Samuel, el joven vaquero que había sido herido por una flecha envenenada y que sobrevivió milagrosamente a ella, salió del edificio y se dirigió renqueando hacia su patrón. Caleb notó el esfuerzo que realizaba con cada paso que daba.

—¿Qué ha pasado, Samuel?! —gritó Caleb mientras corría enloquecido hacia el muchacho—. ¿Dónde están las mujeres?!

—Colonos, señor Carter —consiguió decir Samuel al notar la desesperación en la voz de su patrón—. Un grupo de cinco hombres.

—¿Colonos? —preguntó extrañado y frenando en seco cuando llegó hasta él. Caleb no había visto indicios de cascos de caballo ajenos a los que había en la propiedad—. ¿No han sido los modocs?

—No, señor. Reconocí a uno de ellos. Era el hijo del señor Tucker.

El señor Carter alzó una ceja al darse cuenta que había pasado por alto un detalle bastante significativo. Conmocionado como estaba no lo había tenido en cuenta. «¡Infiernos!», se dijo enojado. «¡Soy el tipo más necio del condado! Si hubiesen sido los modocs los causantes del ataque, se habrían llevado las cabelleras de los muchachos como trofeos, sin embargo, aún las conservan».

—¿Dónde están las mujeres, Samuel?

El muchacho agachó la cabeza, tragó saliva y miró hacia el suelo. Se le formó un nudo en la garganta al no poder responderle. El temor de pronunciar

esa maldita palabra le atenazaba el corazón. Levantó la cabeza y, armándose de valor, miró con fijeza a los penetrantes ojos de su patrón.

—En el barracón —dijo en cambio—. La señora Carter se encuentra con Rose dentro del barracón.

—¿Están bien?

—Será mejor que venga conmigo, señor.

—¡Contéstame a lo que te he preguntado, Samuel! —dijo, agarrando con fuerza el antebrazo del muchacho y haciéndole daño a su vez. Samuel aguantó el dolor al comprender su desesperación—. ¿Están bien?

—Conseguí sacarlas de la casa, señor —contestó en un hilillo de voz—. Venga conmigo y lo verá usted mismo.

Fue todo lo que consiguió sacarle Caleb al muchacho. Sin embargo, fueron los ojos del Samuel los que le transmitieron sus peores temores. Antes de que el muchacho pudiese contarle dónde se hallaba la señorita Peabody, Caleb soltó con ímpetu su brazo y corrió sin resuello hacia el edificio. Abrió la puerta con brusquedad y, pasados unos minutos, el desgarrador grito que brotó en su interior reverberó más allá de las cuatro paredes del edificio. Samuel apretó tanto la mandíbula que los dientes le crujieron por la fuerza empleada. Permaneció inmóvil y en el mismo lugar, dejando que el patrón asimilase tanto horror. Él ya lo hizo cuando los colonos se marcharon del rancho. Había conseguido sacarlas de la casa, ya sin vida, antes de que el fuego las consumiera por completo. Las arrastró, una a una, a través del polvoriento suelo hasta que logró meterlas en el interior del barracón. El lamentable estado en el que encontró a las mujeres fue suficiente como para saber que sus cuerpos habían sido profanados sin ningún tipo de misericordia y que murieron a consecuencia de las balas que le habían dejado en sus cuerpos. Los estremecimientos de terror sacudían las entrañas de Samuel cada vez que lo recordaba.

Tras el grito del patrón, Samuel se hizo una idea de cómo debía de sentirse su jefe y, en ese momento, no quiso estar en su pellejo. El vaquero miró hacia el abrevadero y, a continuación hacia el picadero descubierto donde había más muertos. Suspiró dolorido y cansado al pensar que todavía le quedaba mucho trabajo por hacer. Aunque la herida le daba fuertes punzadas en el muslo, sanaba bien. Renqueó hacia el abrevadero con la intención de llevar a sus

compañeros hacia las caballerizas. No quería que ningún animal se diese un buen banquete con sus cuerpos antes de ser enterrados.

Capítulo 23

Caleb se aplicaba con la yema del dedo una línea negra en el antebrazo cuando, de soslayo, vio que Samuel se aproximaba vacilante hacia él y que se quedaba contemplando su cuerpo; previamente frotado con grasa de venado y esparcido con polvo de ocre rojo para que tomase el color intenso que ahora presentaba.

Alzó la cabeza, detuvo lo que estaba haciendo y fijó sus ojos negros en el muchacho. Notó en su rostro, sudoroso y sucio de hollín, los estragos de la fatiga por las horas que llevaba en pie. Supuso que la pierna le dolería horrores, pero sabía que Samuel nunca lo reconocería en su presencia. El carácter férreo y parco del muchacho así se lo hacía entrever mientras le miraba. Suspiró para sus adentros y siguió trazando más líneas hasta completar el ritual. Su mente viajó hacia el momento que consiguió extinguir el fuego. El esfuerzo realizado fue agotador y casi titánico. La ayuda de Guardián del Cañón y de su esposa, Nube Blanca, facilitó en gran parte la tarea. Caleb no se había percatado de ellos hasta que los vio junto al pozo llenando los cestos de tule que habían traído consigo. Supuso que la inmensa columna de humo que surcaba el cielo azul les había alertado para que acudieran con tanta premura al rancho. En ese momento, se sintió impotente y desolado. El propio fuego de sus entrañas ardían con tanta ferocidad que solo deseaba que los causantes de tan atroz acto pagasen por ello. Si hubiese sido por él, hacía rato que estaría cazando a los colonos, pero la responsabilidad por salvar el bosque y los edificios que aún quedaban en pie le había retenido. Las miles de cabezas de ganado vacuno que había en el corral así como los caballos y las crías que descansaban en las caballerizas, no se merecían tampoco que sufrieran tamaña crueldad si hubiese hecho caso a su impulsividad. Ese era el único motivo por el cual había refrenado su venganza. El hecho de tardar en cobrársela hasta le había servido para ver con más claridad la cruda realidad. Ahora sabía que el tiroteo en la montaña fue obra de los Tuckers, así como las reses que encontró muertas en el arroyo. Aquellos sucesos no fueron fruto de la casualidad sino claras advertencias sobre lo que podía hacerle el viejo si le seguía negando pastorear el ganado por sus tierras. Lamentaba haber subestimado tanto al colono. Se arrepentía de no haber contratado en su momento un pistolero a sueldo —como tantas asociaciones de ganaderos habían hecho en Montana—

para zanjar de manera definitiva el asunto. Ya no había marcha atrás. Cargaría con el peso de lo sucedido toda su vida.

«Juro por todos mis antepasados que vengaré cada trozo de piel que esos malnacidos han mancillado, cada lágrima que ellas han derramado y todas la vejaciones que han sufrido. Juro que pagarán por ello», se dijo preso de la ira, posando sus ojos oscuros en el montón de escombros calcinados que tenía enfrente; un recuerdo de la vivienda que hubo en su día y que ahora pertenecía al pasado.

Samuel no dejaba de observar el cuerpo del señor Carter con el ceño fruncido; estaba preocupado por la actitud del patrón. Sabía que debía de avisar al capataz de inmediato y explicarle lo ocurrido, pero no se atrevía a hacerlo sin contar con la aprobación de su jefe. Y, a decir verdad, mucho intuía que este no tenía intención de hacerlo, ya que le hubiese mandado de inmediato con el recado si así lo hubiese querido. Mientras más miraba al patrón, mas sorprendido se encontraba con el cambio que había sufrido. Nunca le había visto con el cuerpo embadurnado de tanta pintura. Alguna que otra vez sí que había utilizado la misma vestimenta que usaban los salvajes, pero jamás le había visto actuar de esta forma. Era obvio que el señor Carter estaba en pie de guerra y que se iba a tomar la justicia por su mano. En apariencia daba la impresión de estar calmado, pero Samuel nunca se fiaba de las apariencias; no tratándose del patrón. Después de escuchar ese desgarrador grito en el barracón, el semblante duro e inexpresivo que mostraba no le engañaba; al contrario, le tenía aterrorizado. La tempestad iba por dentro y él sabía que la de su jefe explotaría en cualquier momento sin importarle a quién se llevase por delante.

—Repítame lo que me has dicho antes, Samuel —dijo Caleb con tanta suavidad que al muchacho se le erizó el pelo de la nuca.

Su jefe le miró de reojo mientras se trazaba una línea blanca en la frente. Leyó la confusión y el desconcierto en los ojos del vaquero y, sin ánimos de dar explicaciones, continuó con la tarea. Para Caleb, no había ningún misterio en su comportamiento. Se preparaba para la lucha y lo hacía de acuerdo a su *tinihowi*.

—La señorita Peabody seguía viva, señor. —Tragó saliva y continuó—: Vi como el hijo del señor Tucker se la llevaba del rancho acompañado de sus hombres. Vi como huían a caballo y... —Samuel se quedó unos segundos

pensativo al recordar algo—. Tenían los cascos calzados con trapos, patrón.

—¿Qué dices? —preguntó, parando el movimiento de su dedo.

—Que los caballos tenían los cascos calzados con trapos. Supongo que para despistarnos y no dejar huellas. Se me olvidó mencionárselo, señor.

—Muy astuto el colono. Supongo que por ese motivo solo he podido ver las marcas herradas de nuestros caballos en la tierra.

—Supone bien, patrón. Le juro que no me dio tiempo a desenfundar el arma. Le juro que todo sucedió tan rápido que solo pude...

—Tranquilo, muchacho, tranquilo. Continúa. —Y siguió pintándose.

—Eso fue todo lo que vi. Sin embargo, me pareció muy extraño que no prendiesen fuego al barracón, al gallinero o que ni siquiera se llevasen los caballos del establo.

—El objetivo era la señorita Peabody, Samuel —aseguró—. Esa es la conclusión que he sacado durante todo este tiempo. Parece ser que no tenían intención de llevarse nada más. Prendieron fuego a la casa para eliminar cualquier rastro que los pudiesen incriminar.

—Supongo que debió de ser así, señor. También vi que ella se resistía y que él la golpeaba.

Los músculos del cuello de Caleb se tensaron al igual que su mandíbula cuando lo escuchó por segunda vez. Reprimió los feroces impulsos que le clamaban un derramamiento de sangre; una sangre que nunca le saciaría por completo aunque la tuviera a raudales. El insoportable dolor que sentía en el pecho le tenía enloquecido de ira y de sufrimiento.

—¿Te vio alguien?

—No, señor. Acababa de llegar del río... Lo siento mucho, patrón. —El arrepentimiento se reflejaba en su agotado semblante—. Debí quedarme aquí. Debí protegerlas como lo hicieron Billy, Charlie y Eddy, pero la señora Miller me volvió a recriminar esta mañana queapestaba peor que un puerco y, por no escucharla de nuevo, decidí darme un baño.

—No estoy enfadado contigo, Samuel —dijo Caleb, mirándolo de hito en hito—. Sino conmigo mismo por haberme marchado del rancho y no haber estado aquí para protegerlas. —Hizo una larga pausa y prosiguió en un tono

bajo y peligroso—: Si la señorita Peabody sigue todavía viva y ha sufrido tantas vejaciones que ya no le queda ni una sola gota de cordura en su cabeza, los desollaré con mis propias manos y, luego, colgaré sus repugnantes pellejos en ese poste que aún se mantiene en pie. —Y miró hacia la madera ennegrecida que sobresalía de entre todos los escombros de la casa. Samuel tragó saliva al ver la fiereza en los ojos rasgados de su patrón—. Si por el contrario la han matado, los torturaré tanto que, aún suplicando por sus vidas, seguiré haciéndolo hasta que mueran lentamente y, luego, me regodearé de placer cuando los cuervos se coman sus entrañas.

—Voy con usted, patrón.

—No. Te necesito aquí, muchacho —dijo con determinación—. Ya has hecho bastante. La herida debe de estar matándote. Descansa un rato la pierna, Samuel.

—Apenas siento dolor, patrón —contestó mostrando coraje—. Quiero también cobrarme mi venganza. No puedo olvidarme de que mataron también a Billy, Charlie y Eddy. Ellos eran mi familia en el rancho.

—Esta batalla debo librarla yo solo. Los muchachos regresarán pronto y no quiero tener que enfrentarme a ellos cuando aparezcan.

Y como si le hubiesen leído el pensamiento, Caleb vio cómo el capataz y tres vaqueros entraban prestos en el rancho. Supuso que el grueso del grupo no tardaría en llegar. Hizo un chasquido de fastidio con la lengua al verlos. Mucho temía que su plan podía irse al infierno si no se mantenía firme. El ceño fruncido del capataz le indicó que tendría que lidiar un buen rato con él y Caleb no estaba de humor para escuchar sus consejos. Los hombres desmontaron y dejaron que los caballos bebiesen un poco de agua fresca en el abrevadero. Mientras tanto, Caleb se limpió las manos en un trozo de tela, recogió del suelo los saquitos donde guardaba los pigmentos de colores y, después, se acercó a su caballo para guardarlo todo en las alforjas. A continuación, se cercioró de que el odre estuviese lleno de agua y que la soga que había liada en el cuerno de la montura estuviese en buen estado; hacía meses que no la utilizaba. Apretó la correa que sujetaba las mantas estriberas de lana marrón en forma de rodillo y, luego, se dispuso a enfrentarse al capataz.

—Vi humo a mitad de camino y me adelanté con algunos muchachos hasta

aquí —dijo el señor Evans cuando quedó frente al señor Carter y Samuel—. ¿Los modocs? —preguntó, señalando con la cabeza hacia lo que quedaba de la casa.

El señor Evans ya se había percatado del aspecto que presentaba el señor Carter, de ahí que se sintiese receloso y desconcertado, a partes iguales, al verle.

—No —contestó Caleb mirándolo con fijeza—. Los colonos.

—¡Mil mofetas! ¿Fue ese viejo zarrapastroso y el pendenciero de su hijo?

—Samuel dice que solo reconoció al hijo. Los hombres que le acompañaban debió de contratarlos hace poco.

—Estoy seguro que el viejo Tucker también está detrás de todo esto. ¡Diablos! ¡Debimos darles una lección aquel día! Ya se lo dije cuando los dejamos marchar. Me dieron muy mala espina. Me apuesto cinco dólares a que ellos mataron también las reses que nos encontramos cerca del riachuelo. —Una suposición acertada y a la que Caleb ya había llegado con anterioridad. Al instante, el capataz tuvo una desagradable corazonada. La suavidad y casi indiferencia con la que le hablaba el patrón no era normal. Entornó sus avispados ojos y los posó en las líneas negras y blancas que manchaban su piel. Después de tantos años de convivencia con la tribu achumawi, el señor Evans había aprendido a distinguir sus rituales. Sin lugar a dudas, los que llevaba el señor Carter eran pinturas de guerra. Lo que no entendía Mose era por qué las utilizaba ahora cuándo rehusó hacerlo con los modocs aquel día. Supuso que algo más funesto había pasado, con independencia de la calcinada casa, y preguntó con desasosiego—: ¿Se encuentran bien las mujeres, patrón? ¿Están a salvo en el establo?

El silencio y la tensión se hicieron palpables en el ambiente y el capataz no tuvo que devanarse demasiado los sesos para adivinar la desdicha acaecida. Sus entrañas se agriaron y la ira brotó de inmediato. Se quitó el sombrero y se pasó, nervioso, la mano por el espeso e indomable cabello castaño. La congoja se apoderó de él. En ningún momento lo exteriorizó salvo por el pequeño desliz que tuvo al despeinarse el pelo. Llevaba trabajando demasiados años para la familia Carter y se sintió impotente al conocer el destino de las mujeres. Le tenía un cariño especial a la señora Carter. La conocía desde que era una jovencita en edad casadera; era dulce y bondadosa

con todo el mundo. Le estaba bastante agradecido porque le dio trabajo tras quedarse viudo; de eso hacía ya mucho tiempo. De la pobre señora Miller solo podía decir que tenía un carácter de mil demonios, pero que gracias a ese carácter había sabido llevar el rancho con mano firme y que había encauzado al señor Carter por el buen camino. Y de la muchacha... bueno... de ella no tenía una opinión clara. Apenas la conocía, sin embargo, también se sintió congojado por su muerte. Tras unos minutos de silencio, respiró hondo, se tragó lo que sentía y se volvió a colocar el sombrero con la naturalidad que siempre le caracterizaba. Le dio las condolencias al señor Carter y se quedó cabizbajo y en silencio. Caleb percibió el sutil cambio en el rostro del señor Evans. Hasta ese momento, no se había dado cuenta del gran afecto que el hombre sentía por su hermana y por Rose.

—La señora Carter y la señora Miller están en el barracón, señor Evans —dijo Samuel cuando el tenso silencio se le hizo casi insoportable. Apoyó el peso de su pierna herida sobre la sana y aguantó la punzada de dolor que le llegó hasta la espina dorsal—. A los muchachos los puse en las caballerizas.

—¡Diablos! ¿Los muchachos también? —explotó el señor Evans, sobresaltando al instante a Samuel—. ¿Y la señorita Peabody? —preguntó extrañado al percatarse de que Samuel no la había mencionado.

—Ella seguía con vida cuando se la llevaron del rancho.

El señor Evans suspiró aliviado al oírlo. Supuso que también habría muerto. Su mente pensó deprisa. Aún podrían hallarla con vida si actuaban con rapidez. En qué condiciones la encontraría, eso ya iba ser más difícil de predecir aunque podía hacerse una desagradable idea de su estado.

—¡Dean! —exclamó, de repente, el señor Evans hacia el grupo de vaqueros. Uno de ellos corrió presto hacia él—. ¿Has escuchado bien todo lo que ha pasado aquí?

—Sí, señor —contestó el hombre cuando se quedó frente al capataz—. Mis más sinceras condolencias, patrón. —Y miró hacia Caleb. Este asintió con un gesto casi imperceptible de la cabeza.

—Ve al pueblo y avisa al predicador. Dile que le necesitamos en el rancho. Pásate por la oficina del marshal Copper y le explicas lo ocurrido. Si el cabeza hueca se niega a venir, le encañonas con el rifle en la cabeza y se lo vuelves a repetir. Si sigue negándose, le amenazas con que iré yo en persona

para sacarlo a rastras de su cochambrosa oficina, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Ni se te ocurra venirte sin él. Me importa un rábano si está lisiado o no. Si no quiere subirse a su caballo, lo montas en el tuyo. Ahora, lárgate y no te demores ni un minuto más, muchacho.

—Sí, señor Evans —respondió obediente el vaquero, marchándose como un rayo para cumplir la orden.

—Esta lucha la libraré yo solo, Mose —aseveró Caleb al capataz cuando el vaquero se fue—. No voy a esperar la justicia del marshal Copper ni quiero que ninguno de vosotros os involucrés en esto.

—Ahí se equivoca, patrón. Si piensa apartarnos de esta empresa, tendrá que enfrentarse a todos nosotros e imagino que no querrá hacerlo. No permitiré que esos condenados colonos le agujeren el culo como si fuese una lata oxidada. Como tampoco me gustaría ver cómo le atan una soga al cuello por tomarse la justicia por su mano. Así no honrará la memoria de las damas ni la de los muchachos. La venganza no es el mejor camino para cumplir su objetivo, patrón. Hágame caso. Se convertirá en un desesperado toda su vida. —Hizo una leve pausa y prosiguió con cierta prudencia—: Imagino cómo se siente, patrón. Le aseguro que todos nos sentimos igual que usted, pero seamos sensatos y actuemos con calma. Solo le pido que refrene un poco más su ira y espere la llegada del marshal Copper. Cuando él llegue, comenzaremos la búsqueda de la muchacha y atraparemos a los colonos. Entonces, se hará finalmente justicia y...

—¿Justicia, Mose? —preguntó Caleb alzando la voz. La dureza de sus rasgos se pronunció más si cabe. Samuel retrocedió un paso, inquieto—. No creo en la justicia divina ni en la terrenal, Mose, sino en mi propia justicia. Eso es lo único que veo ante mí —le contestó beligerante. El brillo asesino en sus ojos asustó al capataz. Jamás había visto esa mirada tan cruel en su patrón y temió lo que podía ocurrir si le dejaba marcharse—. La decisión está tomada. Si alguno de vosotros me seguís, no dudaré en volaros la tapa de los sesos, ¿queda claro?

El señor Evans le miró durante largo tiempo y, tras sopesar sus palabras, no le quedó más remedio que resignarse y acatar la orden, no sin antes exponerle lo que pensaba hacer tras su partida.

—No le seguiré ahora, patrón, pero no pienso quedarme de brazos cruzados cuando Dean traiga al marshal Cooper y vea lo que ha pasado en el rancho. Entonces, iniciaremos la búsqueda para encontrar a la muchacha y que Dios asista a esos desgraciados porque de la horca no se librarán si los atrapamos.

Caleb se dirigió hacia su caballo y lo montó con agilidad sin contestar al señor Evans. Palpó el mango del puñal que llevaba atado a la cintura y dirigió una rápida ojeada al rifle que transportaba en la montura. Se quedó satisfecho con las armas que le acompañaban. Era lo único que necesitaba para hacer su propia justicia.

—*Ahee!* —vociferó, exaltado, al mismo tiempo que se inclinaba hacia delante sobre el lomo del caballo. El animal, sabedor de lo que le pedía su amo, se alzó sobre sus cuartos traseros y exhibió orgulloso todo su poderío. La imagen fue impactante. Caleb, liberando con ligereza la presión de las riendas, continuó conduciendo al caballo sin dejar de sujetar las bridas. De ese modo, las patas delanteras se mantuvieron suspendidas en el aire unos instantes más hasta que bajaron de nuevo a tierra firme produciendo un sonido seco y fuerte contra el suelo—. Ah'ti! Ah'ti! Ah'ti! —gritó a pleno pulmón, clamando la sangre de los hombres blancos.

Tanto los vaqueros como el señor Evans se quedaron boquiabiertos por el arranque de locura de su patrón. Pero Caleb los dejó más atónitos aún cuando sacó de una de las alforjas una carta arrugada y manchada ligeramente de hollín, además de una pesada bolsita de piel de venado. Lanzó la bolsita al capataz y dijo:

—Aquí tienes el sueldo por adelantado de todos los muchachos, Mose. Confío que el resto se lo harás llegar a Travis cuando te pases por La triple C. Si sobra algo, repártelo. Encárgate también de enviar esta carta al señor Smith, mi abogado y que vive en San Francisco, para que se encargue de encontrar un nuevo administrador.

Caleb tendió la mano y Mose se acercó y la cogió. El ceñudo capataz intentó saber lo que ponía, pero como no sabía leer solo vio extraños garabatos escritos en ella. Caleb confiaba que llegase a manos del abogado sin ningún contratiempo.

—Pero... —Comenzó a decir el capataz.

Caleb no se quedó para escucharle. Espoleó con premura su caballo y se dirigió hacia el estrecho sendero con la sed de sangre dibujada en su rostro. Sabía que Guardián del Cañón le esperaba en la entrada del rancho; así lo habían acordado cuando se marchó con Nube Blanca tras apagar el incendio. No había podido disuadirle de que le acompañase; en ese aspecto era igual de terco que su capataz. Mientras se alejaba de la propiedad, el único pensamiento que se cruzaba por su mente era encontrar, viva o muerta, a la mujer que amaba con toda su alma. Porque si de una cosa estaba seguro Caleb era que no cejaría en su empeño aunque tuviese que rastrear cada acre de terreno del condado o, en su caso, todo el estado de California. Su corazón se había vuelto tan duro como una *aliste* —piedra— y su alma tan negra como el plumaje de un *skaka* —cuervo. Había perdido a dos de las tres personas que más amaba en el mundo y se sentía desolado por ello. Su vida se había vuelto amarga y su destino ya poco le importaba. Sangre y muerte era lo que más anhelaba.

Capítulo 24

El rastro que siguió Guardián del Cañón les condujo hasta una pequeña y rústica cabaña de madera al norte del condado de Shasta. La vivienda —de una sola planta y el tejado a dos aguas con un profundo saliente en su fachada para evitar que la nieve obstaculizara la entrada en invierno—, se encontraba situada a los pies de una ladera rocosa rica en pinos de corteza blanca que proveían de alimentos a muchas aves granívoras como el cascanueces. Habían cabalgado durante horas y los caballos estaban agotados por la intensa marcha a la que habían sido sometidos. Aún quedaban horas de sol y desde la posición en la que se encontraban, pudieron distinguir a dos hombres armados vigilando la zona delantera de la vivienda. Caleb y Guardián del Cañón se dirigieron con sigilo hacia la parte trasera para saber con cuantos hombres más tenían que enfrentarse; vieron a otros dos armados. Deshicieron sus pasos y se escondieron detrás de unos arbustos silvestres para tener una posición mejor a la hora de atacar.

La voz grave y ronca de unos de los guardias, apostado no muy lejos de la puerta de la cabaña, llamó la atención tanto de Caleb como de Guardián del Cañón:

—Vigila un momento mi puesto, José.

—¡Chingada! —exclamó el mexicano, apoyado sobre un montón de troncos de madera que habían sido apilados de manera desordenada en el suelo y que servían para abastecer a la vivienda de combustible durante el invierno—. ¿Y quién vigila el mío, gringo? —preguntó, malhumorado, sin dejar de observar al hombre de ojos azules, cabello rubio y desgredado que caminaba hacia él y que se hacía llamar Curtis, pese a que el mexicano siempre se refería a él como gringo—. ¿A caso tengo cuatro ojos para estar en dos sitios a la vez?

A José le habían contratado hacía apenas unas semanas en el rancho. Era un hombre honrado que había buscado un trabajo —de semejante índole— en Aguas Bravas con el fin de mantener a su numerosa prole. Se sentía dichoso cuando comenzó a trabajar para el colono, pero su alegría le duró poco. Esa misma mañana, el hijo del patrón —Warren Tucker Junior— le había ordenado que le acompañase, junto con tres hombres más, para tratar un negocio

importante con el propietario de un rancho cercano. El patroncito, como así lo llamaba José y el resto de los hombres para diferenciarlo del patriarca, no dio más información al respecto y el mexicano se marchó confiado sin sospechar nada de lo que acontecería mas tarde. Cuando José supo de sus crueles intenciones, se negó en rotundo a hacerlo. No quería incendiar la casa ni mucho menos mancillar y matar a las pobres mujeres que habitaban en ella; esas buenas almas nada le habían hecho. Pero la amenaza de hacerle daño a su familia le hizo recular en su decisión y no le quedó más remedio que cumplir con sus órdenes. En ese instante, José sufrió un estremecimiento de terror al recordar cómo acribillaron a balazos a todos los habitantes del rancho e incendiaron la vivienda con las dos ocupantes dentro.

—Solo será un momento, José —respondió, posando sus ojos azules en el cuerpo fibroso, delgado y moreno del mexicano. Este le miraba enojado a través de sus sagaces ojos marrones—. Si me quedo un rato más, me cagaré encima y detesto oler a mierda —añadió con burla.

—¡Híjole! Es la tercera vez que vas. ¿Qué comiste, gringo?

—La misma bazofia que tú.

—De eso nada, gringo. Yo no probé la comida de ese trampero. ¡Ándale, pues! El patroncito puede salir en cualquier momento de la casa.

—Cálmate un poco, José. El patroncito se está divirtiendo con la fulana pellirroja —respondió, mirando la puerta cerrada de la vivienda.

—¡Órale pues!

—¿Pero qué demonios te pasa? —preguntó con acritud—. Desde que llegamos aquí no has parado de quejarte como una condenada mujer.

—¡Ay, güero! Estoy seguro de que nuestro Santísimo Señor me castigará por lo que hice allá en el cantón.—Y se persignó varias veces. Tenía la conciencia intranquila a causa de la atrocidad que había cometido—. El mestizo me buscará y me matará como a un perro.

—¡Escúchame bien, José! —exclamó alzando la voz, mientras cogía con violencia el cuello sucio de la camisa del mexicano y lo zarandeaba al mismo tiempo que le decía—: Todos estamos metidos en esta mierda, ¿me oyes? Nadie nos vio llegar ni salir del rancho, ¿está claro? —José lo miraba con los ojos desorbitados y temblando de miedo por dentro. Curtis suavizó la voz

cuando le notó temblar entre sus manos—. No hay nada que temer, José. Si el patrón oye que te quejas, te volará la tapa de los sesos antes de que puedas pestañear, ¿me oyes? Si quieres volver a ver a tu familia, cierra la condenada boca y haz todo lo que se te ordena. Cuando se canse de la chica y nos permita jugar un rato con ella, entonces, nos largaremos todos de aquí, ¿entendido?

—Sí, señor —respondió atemorizado y jurándose a sí mismo que él no le tocaría ni un solo cabello a esa pobre muchacha.

—Eso está mejor. —Y lo soltó con ímpetu.

A continuación, el gringo se marchó a grandes zancadas de allí y se dirigió hacia el grupo de arbustos silvestres que había frente a la casa. Distráido y molesto por los temores de José, Curtis no se dio cuenta de como Guardián del Cañón se alejaba sigiloso de los arbustos y se dirigía hacia el lugar donde se encontraba el mexicano.

—Gringo mugroso —masculló José.

El mexicano sintió frío en el cuerpo tras el intercambio de palabras con su compañero y se arrebujó en el jorongo de colores fabricado con lana de borrego. Volvió a apoyar su trasero sobre los troncos de madera sin poder quitarse de la cabeza lo que había ocurrido esa mañana. Después de que incendiasen el rancho y se alejasen de él atravesando el río Pit, sufrieron un grave percance por el camino. El caballo de su patroncito tropezó con las raíces de un árbol y el animal se desnucó con la caída. El jefe salió volando del caballo y se torció el tobillo cuando aterrizó en la dura y seca tierra. La muchacha tuvo mejor suerte que él; cayó sobre unos arbustos espinosos, aún en flor, y sufrió numerosos cortes en el rostro y en las manos, además de magulladuras por el cuerpo. Tanto la tela del vestido como las enaguas blancas quedaron rasgadas por las finas espinas cuando consiguieron sacarla de allí; las medias —antaño blancas y ahora ensangrentadas por las heridas—, quedaron tan agujereadas como un colador. El accidente supuso un cambio de planes para el grupo lo que hizo que el temperamento de Warren Tucker Junior se agriase enseguida. No solo por la pérdida de su caballo sino porque el tobillo se le había inflamado y se quejaba de dolor. Así que, no tuvieron más remedio que detenerse en la primera morada que encontraron de paso. Cuando entraron en la rústica cabaña de madera, la escena que encontraron fue menos halagüeña que el percance que habían tenido. El cuerpo sin vida de un explorador y trampero francocanadiense, de unos treinta y tantos años,

permanecía sentado en una tosca mecedora de madera; en una de sus manos aún sujetaba el cuchillo que utilizaba para escalar. Apoyado contra su pantalón de piel de alce se hallaba el fusil Hawken. En el suelo y junto a sus pesadas botas encontraron numerosas pieles de zorro gris y de ardilla sin curtir y cubiertas de telarañas; ahora inservibles. Por el estado de abandono en el que se encontraba la vivienda y el cuerpo, ya en los huesos, sospecharon que hacía tiempo que había perecido. Al no haber señales de violencia en el hombre, supusieron que había fallecido por causas naturales o debido a alguna extraña enfermedad. Se deshicieron del cuerpo e inspeccionaron el interior buscando tabaco, odres de piel de bisonte con pemmican o café con el que apaciguar sus famélicos estómagos. Cuando los hombres hubieron satisfecho el apetito, Tucker Junior ordenó a José que atendiese a la muchacha y mandó al resto de los hombres que vigilaran los alrededores de la propiedad. Mientras tanto, él se marchó renqueando hacia el arroyo —a unos cincuenta pies de distancia de la vivienda— para refrescarse un poco.

Cuando José entró por segunda vez en el interior de la cabaña y vio a la mujer temblando y hecha un ovillo en un rincón del sucio suelo, las entrañas se le encogieron más si cabe. El lastimoso estado que la muchacha presentaba le hizo sentirse más miserable y culpable de lo que ya estaba. La pobre estaba tan desfallecida que parecía más muerta que viva. Hasta ese momento no se había molestado en mirarla con detenimiento. Por su juventud, supuso que debía de tener la misma edad que su hija mayor Rosalía: unos veinte años. Se acercó con cuidado a ella y le ofreció de beber. Consiguió que cogiera el pellejo tras insistirle repetidas veces y, luego, le ofreció algunos trozos de carne seca de res que siempre guardaba en las alforjas. Ella no probó la carne, pero sí que dio buena cuenta del agua. Al mexicano le afligía no poder hacer más por la muchacha y se apresuró en salir de la vivienda antes de que su jefe regresara del río. No quería ser el blanco de su ira si le veía aún dentro de la casa. Poco tiempo después, Tucker Junior entró en la cabaña y no volvió a salir.

Ajeno a los agónicos pensamientos de José, Curtis se disponía a bajarse los pantalones detrás de los arbustos silvestres cuando el cuerpo de Caleb se abalanzó sobre él sin darle tiempo a reaccionar. Le cubrió la boca con la mano mientras con la otra le degollaba a sangre fría. No le soltó hasta que el cuerpo de Curtis se quedó inerte contra su pecho. Después, emitió un sonido gutural similar al de un *chemahala* —búho manchado del norte—, avisando a

Guardián del Cañón de que su presa había caído. De esta manera, el guerrero achumawi supo que le tocaba actuar. Se arrastró por la hierba verde hasta quedar a pocos pies de su víctima. Luego, se levantó con cautela y esperó el momento idóneo para atacar.

José había oído el canto de un ave y, con la mirada inquieta y asustada, encañonó el arma hacia el lugar donde se había marchado su compañero.

—¡Ey, gringo! —dijo alzando la voz José—: ¿Te quedaste dormido allá?

Al no recibir respuesta, su desasosiego creció. Se retiró de los tablones de madera y anduvo unos vacilantes pasos hasta quedar a medio camino entre la vivienda y los arbustos silvestres.

—¡Ay, güero! Déjese de bromas y regrese acá enseguida.

En su afán por recibir una contestación, descuidó su espalda y no vio cómo la hoja afilada de un puñal se cernía sobre su tráquea y la cercenaba con determinación, al mismo tiempo que una mano fuerte y grande cubría su boca para acallar cualquier ruido que delatase a su atacante. Apenas salió un suave silbido de ella que se perdió entre los diversos sonidos del atardecer. Guardián del Cañón arrastró el cuerpo hacia el lugar donde se encontraba el gringo y lo colocó a su lado. Miró el semblante de Gran Halcón y vio la insatisfacción y la impaciencia en él. Pese a conocer bien el dolor que su sobrino guardaba en su corazón, se vio obligado a decir:

—No es sabio precipitarse, Gran Halcón. —Y posó la palma de la mano en su hombro, reteniéndolo unos instantes.

Caleb respiró profundo y, tras recuperar de nuevo el control de la situación, asintió con la cabeza y le instó a continuar. Mientras ellos se dirigían hacia la parte trasera de la casa para deshacerse de los otros dos hombres, en el interior de la morada se libraba otra dura batalla.

Anne amenazaba a Warren Tucker Junior con el puñal de obsidiana que Caleb le había regalado días atrás. El colono lanzó una carcajada cuando vio los torpes intentos de la muchacha mientras agitaba el arma hacia su rostro. Ignoraba de dónde había sacado el puñal que casi le raja la mejilla en dos. Se retiró renqueando unos pasos de la mujer y esperó que sus fuerzas se agotaran. Dio otro trago a la botella de whisky sintiendo como el alcohol mitigaba las punzadas de dolor del tobillo. A pesar de habérselo vendado con una tira de tela que había rasgado del sucio catre, le costaba posar el pie descalzo en el

suelo y, más aún, caminar. Apoyando todo el peso en la pierna calzada y sana, cojeó hacia la mesa de madera y dejó la botella que llevaba en la mano sobre la superficie. Luego, apoyó la espalda contra la pared y observó, con una sonrisa libidinosa, las bonitas curvas que escondía la pelirroja debajo del sucio y desgarrado vestido marrón.

—¡No me mires de ese modo, sanguijuela! —gritó Anne, sintiendo dolor en el rostro cuando gesticuló.

—¿Por qué no? —preguntó aguijoneándola. Su carácter lo excitaba tanto o más que las fulanas que frecuentaba en el pueblo—. Me estoy divirtiendo mucho contigo. Me gustan las mujeres que se resisten. Te voy a follar tan duro que me pedirás más cuando termine —afirmó con crudeza.

Anne se estremeció cuando le escuchó hablar de ese modo, pero no se amedrentó.

—Eres un repugnante cerdo con la lengua muy sucia —replicó—. Ya te he dicho que no soy ninguna fulana y que trabajo en el rancho.

—Claro, calentándole la cama al mestizo —contestó sin creerla en absoluto.

—No hago eso, cretino.

—Oh, ya lo creo que sí. Te gusta revolcarte con el indio a plena luz del día —le provocó a conciencia.

—¡Eso no es verdad!

—¿Me estás llamando mentiroso, puta? Os vi revolcándoos bajo una encina como dos perros en celo.

—¡Santo cielo! Fuiste tú quién nos disparó esa tarde —dijo más como una afirmación que como una pregunta al recordar el incidente que sufrieron debajo del árbol.

El hombre sonrió como respuesta. Anne se abalanzó iracunda sobre él con el propósito de apuñalarle en el pecho. El colono se apartó a tiempo y se carcajeó de ella cuando clavó el puñal en la pared.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —preguntó con sorna. Confiado como estaba con la debilidad de la muchacha, se aproximó unos pasos hacia ella y le apremió con las manos—. ¡Venga, preciosa! —Anne desclavó el cuchillo y lo

miró con odio. El colono al ver su indecisión, cogió el revólver del cinto y lo puso sobre el tosco taburete de madera que tenía a su lado. Luego, la volvió a animar—. ¡Venga! Te lo estoy poniendo fácil, encanto.

Anne hizo amago de abalanzarse sobre él, pero se lo pensó mejor y se quedó inmóvil en el sitio. Era obvio que el hombre tenía más fuerza que ella; sabía de sobra que no lograría hacerle ni un ínfimo rasguño a pesar de tener una pierna herida. A su mente vino la tarde que Caleb le dio su primera lección con el puñal y reprimió un suspiro de anhelo por querer estar a salvo entre sus brazos; reprimió otro porque deseaba con todas sus fuerzas volver a ver a la señora Carter y a la señora Miller con vida, pero sabía que eso era imposible. Recordaba con claridad cómo el colono y sus hombres entraron en la casa —como poseídos por el diablo— y las apuntaron con sus revólveres. De la memoria de Anne no se borraba los rostros desencajados de terror de Emma y Rose cuando se abalanzaron sobre ellas como animales hambrientos para mancillar sus cuerpos. En sus oídos aún retumbaban sus desgarradores gritos pidiendo auxilio sin que ella pudiera hacer nada al respecto. Recordaba sus ojos vacuos y sin vida tras los disparos y cómo sus cuerpos fueron abandonados como si fueran meros despojos. Anne sentía un dolor tan profundo y lacerante en las entrañas que ni los golpes o las heridas que había recibido ese día resultaron tan fuertes y dolorosos como la terrible escena que había presenciado.

—¿Por qué lo hiciste, desgraciado? —preguntó con la voz quebrada por el doloroso recuerdo.

Los ojos de ella se volvieron vidriosos y varias lágrimas se derramaron por sus mejillas, dibujando surcos oscuros sobre su piel debido a la suciedad y la sangre seca.

—¡Venga! No me hagas esperar más.

—¿Qué te hicieron ellas? —preguntó sorbiendo por la nariz las gotas de agua salada que seguían derramándose sin parar.

—Nada, pero pagaron las consecuencias por culpa del mestizo. Él me humilló delante de mi padre. Cuando me echó de sus tierras, juré que me vengaría y eso he hecho.

—Eres un gusano sin corazón. No había ninguna necesidad de matarlas.

—No, pero fue divertido. —Anne le miró con desprecio cuando vio el

brillo malvado en sus pequeños y astutos ojos pardos. Le odiaba con toda su alma—. Estaba harto de ver como mi padre se arrastraba tras el bastardo. No podía permitir que nos humillase más. Tenía que pagar por el trato que recibimos.

—¡Miserable!

—Oh, vamos, putita. Deja los insultos para después de follar.

La cólera hizo que Anne lanzara de manera impulsiva el puñal hacia el cuerpo del hombre sin valorar siquiera si la distancia era corta, media o larga como le había enseñado Caleb; ni si había adoptado la posición adecuada con la mano cuando lo lanzó. Se arriesgó henchida de rabia con el fin de que se le clavase en el corazón, pero el puñal solo rozó la oreja de Tucker Junior que, sorprendido, vio como se clavaba con una fuerza inusitada en la pared. La esperanza de Anne se desinfló de inmediato cuando supo que había errado el lanzamiento y, además, perdido el arma.

La sonrisa del hombre se evaporó de repente y se convirtió en una fina y sombría línea cuando se tocó la oreja con los callosos dedos y vio sangre fresca y roja en ellos.

—¡Maldita furcia! ¡Casi me quedo sin oreja! Se terminó la diversión para ti.

El hombre se abalanzó sobre Anne y la agarró con fuerza por los antebrazos haciéndole daño. Ella chilló furiosa y forcejeó con él, intentando soltarse de su agarre. Lo único que consiguió fue arañarle el rostro. Como respuesta, el hombre gruñó como un animal herido y alzó el brazo con la intención de golpearla en la cara. En ese momento, la carcomida puerta de la vivienda se abrió con tal violencia que derribó la jaula vacía de madera que se encontraba colgada detrás de ella. El objeto cayó al suelo y se rompió en pedazos. El colono bajó la mano, giró con rapidez la cabeza hacia el umbral y se quedó mudo de asombro por la inesperada intrusión. Anne gritó aterrorizada cuando sus ojos se posaron en la misma dirección que su captor.

—¡Aléjate de ella, bastardo! —gritó furioso Caleb.

Cuando Caleb la vio con vida, sintió que la sangre volvía a correr por sus venas con una fuerza arrolladora. Sin embargo, cuando se fijó en el lamentable aspecto que presentaba su cuerpo y el modo en que Warren Tucker Junior la sujetaba, el alivio que había sentido con anterioridad se esfumó de inmediato y

la ansiedad por matarlo comenzó a cegarle. La respiración se le aceleró y todos los músculos de su cuerpo se tensaron. Su mano, que apretaba con fuerza la empuñadura del arma ensangrentada, a duras penas conseguía controlar sus impulsos por clavárselo en el corazón. Enfocó sus ojos en los de Anne y comenzó a calmarse al ver lo pálida y asustada que estaba. Temía que sufriera un desvanecimiento en ese preciso momento.

—Señor Carter... —susurró una estupefacta Anne al no haberle reconocido con tanta pintura en el cuerpo.

Caleb dio un paso al frente y entró en la estancia. Su presencia empequeñeció el lugar y llenó la atmósfera de mayor tensión y violencia. Frunció la nariz al notar el fuerte olor a rancio y a humedad en el interior de la habitación.

El colono salió de su aturdimiento y, aguantando la punzada de dolor que sintió cuando dejó caer el peso de su cuerpo sobre el pie hinchado, cogió con agilidad el revólver que había dejado encima del taburete. Amartilló el arma y apuntó directo hacia la cabeza de Anne. Controlando el temblor de su mano y de su voz, dijo:

—Encontraste demasiado rápido el rastro, mestizo. —Guardián del Cañón cruzó el umbral y entró en la habitación. Se colocó al lado de Caleb sin mover ni un solo músculo de su cuerpo, pero haciéndole saber que su sobrino no venía solo. El colono tragó saliva al sentirse tan acorralado—. Supongo que el indio y tú os habéis encargado ya de mis hombres. Reconozco que sois unos bastardos muy hábiles.

—Y tú un colono muy estúpido si pensabas que no te encontraría. Debiste cerciorarte mejor de no dejar a nadie con vida en el rancho.

—¡Y eso hice! —dijo a la defensiva.

—Te equivocas, Tucker. Uno de mis muchachos te vio. Vas a pagar por todas esas muertes.

—Y ella también lo hará si no me dejas el camino libre. —El colono la apretó con más fuerza hacia su pecho y Anne se quejó de dolor.

—¿Te escondes detrás de una mujer, Tucker? Te creía más hombre. —Al ver que el colono no contestaba siguió provocándole—: Cuando termine contigo lo haré con tu padre y espero que él sea mejor hombre que tú a la hora

de enfrentarse conmigo.

El colono cabeceó, negando.

—Deja al viejo fuera de esto. Él no sabe nada.

—¿Me crees tan estúpido como para tragarme esa patraña, Tucker?

—¡Te estoy diciendo la verdad, mestizo!

—¡Y yo te digo que no te creo!

—Te repito que el viejo no sabe nada de esto. Mátalo si quieres, pero te cobrarás una muerte en vano.

Caleb se quedó unos segundos indeciso valorando esa información.

—¿Y de la manada de reses tampoco tiene nada que ver? —preguntó, mientras se fijaba en su sucia y polvorienta indumentaria.

Hasta ese momento, no se había percatado del trozo de tela parduzca que tenía liada en el tobillo ni que la pernera del pantalón estaba desgarrada hasta la rodilla o que el sudor le perlaba la frente mientras mantenía, tembloroso, el dedo en el gatillo. Warren Tucker Junior volvió a negar con la cabeza.

—El viejo ladra mucho pero es incapaz de matar a una mosca. Ya te he dicho que no lo puedes culpar de algo que no sabe y que tampoco hizo.

—Entonces, pelea como un hombre conmigo, Tucker. ¡Vamos! —Y le animó con la mano que tenía libre—. Déjala marchar y pelea conmigo.

—No. Sé que estaré muerto en cuanto la suelte.

—¿Además de necio eres un gallina, Tucker? —le siguió provocando Caleb, impaciente por comenzar la lucha.

—Me importa una mierda lo que opines de mí.

—Y muy mal educado, por cierto. ¿No te enseñó tu padre a no ser vulgar delante de una dama? Deberías aprender más de él, Tucker.

—Una puta como esta no merece ningún respeto. —Caleb apretó los dientes por el insulto. El colono, impaciente por largarse de allí, dirigió unos segundos el revólver hacia Guardián del Cañón y dijo—: Dile al maldito indio que se aparte de la puerta o le vuelo la tapa de los sesos a ella. —Y la volvió a encañonar.

—¡Por encima de mi cadáver, Tucker! Estarás muerto antes de que aprietes ese gatillo.

—¡Y ella lo hará conmigo si no haces lo que te digo, bastardo! —amenazó. Apretó la boca del cañón sobre la sien de la muchacha haciéndole daño.

Anne cerró los ojos con fuerza. Estaba aterrorizada. Intentó controlar el temblor de su cuerpo y las lágrimas que pugnaban por salir de sus enrojecidos ojos. Cuando volvió a abrirlos, las mejillas se humedecieron sin poder evitarlo. Sintió un dolor agudo en las costillas cuando el brazo del colono ejerció más fuerza sobre esa zona. Caleb vio las lágrimas en el rostro de Anne y su ira creció.

—Ella no, pero tú sí que morirás —dijo con el corazón acelerado cuando lanzó el puñal en el mismo momento que el colono cumplía su amenaza.

Cuando Warren Tucker Junior apretó el gatillo, el trinquete se soltó y el martillo-percutor retornó de forma abrupta a su posición original, golpeando con violencia el supuesto fulminante del culote de un cartucho que debería de haber en la recámara. Sin embargo, ninguna bala salió a través del cañón con el fin de estallar en la pelirroja cabecita de Anne. No obstante, el puñal sí que se clavó en el entrecejo de Tucker Junior y los ojos de este se abrieron sorprendidos a causa del impacto. Al instante, el arma de fuego cayó al suelo sin que su dueño tuviese la oportunidad de volver a amartillarlo para disparar. Las piernas de Anne se doblaron cuando el brazo del hombre aflojó su agarre y se desplomó en el suelo seguido del colono. Caleb cruzó la habitación en dos zancadas y, tras cerciorarse de que el hombre estaba muerto, se ocupó de Anne.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Guardián del Cañón con preocupación mientras se acuclillaba junto a Caleb.

—Sí —contestó de rodillas junto a ella, tomándole el pulso en el cuello—. Solo ha sufrido un desvanecimiento.

—Ha tenido suerte, Gran Halcón, pero no fue sabio provocarle tanto.

—No necesito ahora una reprimenda, Guardián del Cañón —repuso molesto.

—El sabio consejo de un amigo no es motivo de enfado, Gran Halcón —le amonestó, mirándole con fijeza.

—Tienes razón, hermano —reconoció con humildad—. He hablado impulsivamente.

Guardián del Cañón, satisfecho con sus palabras, recogió el revólver del suelo y lo observó extrañado. A continuación, se lo entregó a Gran Halcón para que pudiese inspeccionarlo; él nunca había utilizado las armas de fuego del hombre blanco y poco sabía sobre ellas. Caleb le echó un vistazo superficial y, luego, le abrió al tambor. Cuando vio que solo tenía cinco recámaras cargadas y una vacía, comprendió de inmediato lo que había ocurrido. El revólver que tenía entre sus manos al no tratarse de un Colt Navy o un Remington New Model, carecía de ranuras de seguridad entre las chimeneas del tambor, lo que significaba que, cuando se quería evitar que se disparase por accidente debido a un golpe o a una sacudida, solían cargarse solo cinco recámaras y se dejaba una vacía que era donde reposaba el martillo. Caleb supuso que: o bien el colono lo sabía y apretó el gatillo para intimidarle cuando se sintió acorralado o bien se le olvidó ese pequeño detalle de la recámara vacía y disparó con la intención de matarla, sabiendo que él correría la misma suerte. Fuese cual fuese la línea de pensamiento escogida por Warren Tucker Junior, su estrategia falló y, por fortuna, su puñal lo llevó directo a la tumba.

—Traeré agua —dijo solícito Guardián del Cañón. Se levantó y se marchó de la habitación.

Caleb dejó el arma en el suelo y acercó su rostro al de la muchacha.

—Despierta, Anne —le susurró, apartándole un par de rizos enmarañados de su cara. Le sacudió los hombros con suavidad y al ver que no reaccionaba, elevó su cuerpo frío y laxo hacia él, lo aproximó a su pecho y le proporcionó calor. La acunó entre sus brazos mientras murmuraba preocupado—: Vamos, amor, despierta. Hazlo por mí.

Pero Anne no se despertó. Ni mojándole los labios con el agua fresca que trajo Guardián del Cañón del arroyo consiguieron reanimarla. La mujer había sufrido tantos contratiempos ese día que el cansancio pudo con ella y la sumió en un profundo y oscuro sueño.

Capítulo 25

La luna llena iluminó el cuerpo desnudo y vigoroso de Caleb cuando salía de las aguas heladas del arroyo y se secaba con un paño de algodón que, momentos antes, había dejado cerca de la orilla. Ya no quedaban rastros de pinturas en su piel y se sentía como si hubiese hecho un ritual de purificación. Se colocó la camisa de piel de venado —decoradas con púas de puercoespín que Guardián del Cañón le había ofrecido—, los mismos pantalones de lana oscura que se había puesto esa mañana cuando salió sin rumbo fijo del rancho y cubrió sus pies con las recias botas de tacón alto.

Horas antes, había sacado a Anne de la maloliente y sucia cabaña y, a escasos pies de ella, la había tumbado sobre una de las mantas estriberas que traía en la montura. Mientras Guardián del Cañón se desprendía de las pinturas de guerra en el riachuelo, Caleb se dedicó a desnudar y lavar con sumo cuidado el cuerpo de ella, aprovechando su profundo sueño. Sanó sus heridas lo mejor que pudo y la vistió con la muda limpia que siempre guardaba en una de las alforjas. Cuando terminó, exhausto por el duro y largo día que había tenido, la cubrió con otra manta al notar como la suave y fría brisa de la noche caía implacable sobre su menudo cuerpo.

Cuando Caleb llegó al lugar donde dormía Anne, Guardián del Cañón seguía sentado en el suelo con las piernas cruzadas y velando sus sueños. Llevaba sobre el torso una camisa con flecos idéntica a la de su sobrino, unos pantalones de piel y unos mocasines de tule torcido y rellenos de hierba para protegerse del frío. En ese momento, Anne se revolvió inquieta dentro del calor que le proporcionaba la manta. Comenzó a susurrar palabras incomprensibles para los dos pares de ojos que la observaban bajo la luz de la luna. Se destapó hasta la cintura y dejó al descubierto la camisa blanca que Caleb le había colocado. Estrujó con las manos el grueso tejido de lana que la arropaba hasta que sus nudillos se quedaron blancos.

—La mujer blanca fue al lugar de los sueños, Gran Halcón —murmuró Guardián del Cañón con el semblante serio y sin dejar de contemplarla.

—Eso me temo —respondió Caleb. Depositó el paño húmedo sobre una rama cercana para que se secase y clavó la vista en Anne.

—Hay tristeza en tus palabras, Gran Halcón —objetó, fijando la vista en

su sobrino.

—Me preocupa que los malos espíritus comiencen a perturbar sus sueños cada noche.

—La mujer blanca es valiente como el puma y vencerá a los malos espíritus —aseguró con firmeza. Su intención era insuflarle ánimos.

—Eso espero. —La miró unos segundos y, luego, dirigió la vista hacia el guerrero achumawi—. Descansa un rato. Yo me ocuparé de ella.

—No es sabio dormir esta noche, Gran Halcón. Los hombres blancos pueden llegar en cualquier momento.

Caleb cabeceó, negando.

—Ni el marshal Copper ni mi capataz se aventurarán a buscarnos de noche —afirmó—. No son tan buenos rastreadores como tú, hermano. Ellos esperarán al amanecer para continuar con la búsqueda de la mujer blanca.

Guardián del Cañón desvió la vista hacia el lugar donde habían amontonado los cinco cadáveres y murmuró:

—El olor a muerte atraerá a los animales si no los cubrimos con hojas y ramas frescas.

Caleb miró en su dirección y, habiendo sopesado ese inconveniente, contestó:

—Pero evitará que se acerquen a nosotros durante la noche y nos dejarán tranquilos.

—Tus palabras son sabias, Gran Halcón. —Y esbozó media sonrisa—. Ahora, descansaré.

El guerrero achumawi se levantó silencioso del suelo y se alejó de ellos. Se acercó al magnífico alazán que permanecía amarrado a una gruesa rama y que Gran Halcón le había regalado —junto con un potrillo zaino para Pequeña Saltamontes como agradecimiento por haberle ayudado a apagar el fuego— y cogió un par de pieles de venado del lomo del caballo para resguardarse del frío. Extendió una sobre el suelo mientras que con la otra se cubría el cuerpo. Enfocó sus ojos almendrados hacia el oscuro cielo y buscó a la Madre Luna entre la multitud de estrellas. Cuando la encontró, pensó con nostalgia en su familia. Deseaba regresar pronto a casa; las echaba de menos. Cerró los ojos e

intentó dormir un rato.

Caleb tocó las manos de Anne por encima de la manta y las notó frías. Estuvo tentado de hacer un pequeño fuego, pero desechó la idea de inmediato al no querer recibir ninguna visita sorpresa durante la noche. Ella se movió con desasosiego y dejó de estrujar la manta. Caleb se tumbó a su lado y se tapó con la esquina del tejido. Se arrimó más a su cuerpo y la abrazó por la cintura para transmitirle calor. A través de la camisa blanca sintió su tierna y delicada piel y emitió un suspiro de satisfacción. Acomodó la cabeza de Anne entre el hueco de su cuello y el hombro y le dio un beso en la frente. Respiró el olor a limpio de su piel y se relajó al sentirla de nuevo entre sus brazos. De repente, Anne comenzó a forcejear contra su fornido cuerpo y dio un espeluznante grito de terror.

—Tranquila, amor —susurró Caleb, intentando sujetarle las manos para apaciguarla.

Dormida como estaba, luchaba contra él con tanta fiereza que Caleb se quedó impresionado de su fuerza. Guardián del Cañón se giró de pronto, se sentó sobre la piel de venado y entornó los ojos hacia ellos, preocupándose por la mujer blanca. Al ver el gesto tranquilizador que le hizo su sobrino con la cabeza, se volvió a tumbar y cerró los párpados.

—¡Nooo! —reiteró ella, mientras daba manotazos al aire.

Caleb desistió de agarrarla y prefirió dejarla actuar a su libre albedrío. De repente, Anne se incorporó de golpe y se quedó sentada y jadeando sobre la manta. Sus ojos se abrieron de par en par llenos de pánico al mismo tiempo que intentaba aspirar el aire fresco de la noche con gran ansiedad. Sentía la garganta demasiado seca y áspera y las manos le temblaban sobremanera. Durante unos largos minutos, se quedó en esa misma posición completamente desorientada. Cuando se acostumbró a la oscuridad y pudo vislumbrar el conjunto de pinos de corteza blanca que había frente a ella, pestañeó varias veces y arrugó el ceño al no reconocer el lugar.

—¿Dónde estoy? —preguntó sin ser consciente de que había hablado en voz alta.

—A salvo y conmigo —contestó Caleb sin dejar de observar cada uno de sus inquietos movimientos.

Ella se sobresaltó cuando oyó su profunda y masculina voz tan cerca.

—Caleb... —susurró aliviada cuando se giró y distinguió sus rasgos faciales en la penumbra.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mientras se medio incorporaba del suelo y se quedaba en la misma posición que ella.

—Confusa. ¿Qué ha pasado? —preguntó sin percatarse de la figura inmóvil de Guardián del Cañón que, a unos veinte pies de distancia de ellos, escuchaba la conversación con interés.

—Maté al colono, te desmayaste y, luego, te saqué de la cabaña —resumió de manera escueta y sin entrar en detalles—. Ya no tienes nada que temer.

—El maldito colono... Yo... —Se le hizo un nudo en la garganta cuando recordó lo que había pasado en el rancho. Con los ojos afligidos añadió—: No pude salvarlas, Caleb. El colono me apuntaba con el revólver y yo...

—Chsss... Tranquila. —Caleb le echó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él para reconfortarla—. Sé lo que pasó —agregó, sintiendo el peso del dolor y de la culpabilidad en todo su ser. Tuvo que tragar saliva y respirar profundo para que su voz no se quebrase en ese momento—. Vi sus cuerpos, Anne. Samuel pudo sacarlas a tiempo de la casa antes de que las llamas las consumieran completamente. —Anne emitió un suspiro de alivio—. Sigue descansando. Tenemos mucho tiempo para hablar de ello.

—No. Necesito desahogarme ahora, Caleb.

—Creo que deberías descansar un poco más.

—No, Caleb. Lo necesito.

Sus afligidos ojos hicieron que él no insistiese más.

—De acuerdo, pero antes debo saber algo importante. —Quitó el brazo de su cuerpo, se separó unas pulgadas y la miró con seriedad—. Verás... El colono o alguno de sus hombres te... —Se le hacía difícil tratar ese asunto tan delicado con ella— te tocaron ahí. —Y desvió los ojos hacia la entrepierna de Anne.

—No, no. —Abriendo los ojos de par en par al notar la preocupación en sus palabras—. Solo me golpeó, Caleb. —Anne notó como el pecho del hombre soltaba el aire con lentitud y la tensión de su rostro se suavizaba—. También nos caímos del caballo y me lastimé los brazos y el cuerpo. —Se

miró los numerosos arañazos de las manos y, al no ver sangre en ellos, se extrañó.

—¿Me sanaste tú, Caleb?

—Sí.

—¿Y me quitaste el vestido y...? —preguntó, notando que debajo de la manta no llevaba ninguna prenda, salvo la enorme camisa de algodón.

—Sí —le interrumpió él.

Anne se colocó las manos en el rostro, ruborizada.

—Era necesario, Anne. —Caleb le bajó las manos para que le mirase a los ojos.

—Lo sé, es que...

—Supongo que tú habrías hecho lo mismo conmigo.

—Supongo que sí —susurró.

—No le des más vueltas a ese asunto. Ahora, cuéntame lo que sucedió si eso te hace sentir mejor.

Anne carraspeó y, apartando a un lado su azoramiento, comenzó a hablar. Al principio lo hizo entre balbuceos, luego con mayor celeridad. Pasado un tiempo, se calló de manera abrupta y susurró:

—Lo siento mucho, Caleb. No sé si algún día podré superar todo lo que pasó en el rancho. —Anne notó el dolor en su mirada y se arrepintió de haber sido tan egoísta y poco delicada con sus palabras. Vio el sufrimiento en sus ojos negros y agachó la cabeza al mismo tiempo que sus ojos se nublaron por las lágrimas.

—Mírame. —Caleb le levantó la barbilla con el pulgar—. No llores por lo que me has contado ni pienses que no has hecho lo correcto. —Le dio un breve beso en la frente y le secó las lágrimas.

—Pero tú...

—Todo está bien conmigo, Anne —le aseguró, aunque ella no le creyó—. Ahora mismo me preocupa más cómo te sientes tú. Por Emma y por Rose ya no podemos hacer nada más —agregó con pesar.

—Pero...

—No, Anne. Yo soy el responsable de lo que ha pasado en el rancho y asumiré toda la culpa.

—Pero ¿por qué vas a asumir algo que hicieron otros? No es justo, Caleb.

—Porque debí enfocar el problema que tenía con el colono de otra manera. Porque debí haber tomado medidas más drásticas en ese mismo momento y porque no lo hice. Por esos motivos soy culpable.

—Entonces, si yo no hubiera ido al río ese día, tampoco habríamos tenido un enfrentamiento con los modocs y nadie habría muerto.

—Es diferente y lo sabes. Tú misma me lo dijiste. No fue malintencionado sino producto de la casualidad, pero lo ocurrido en el rancho sí lo es. El colono me amenazó en varias ocasiones y yo le subestimé. Estaba predestinado que, tarde o temprano, ocurriese alguna tragedia. No supe pararle los pies a tiempo y, ahora, me arrepiento de mi error.

—Entiendo —respondió, comprendiendo con claridad ambas situaciones.

Ante el silencio de ella, Caleb prosiguió:

—Necesito pedirte algo. —Ella le miró de manera interrogativa al notar la seriedad en su rostro—. Quiero que tú también hagas algo por mí esta noche —añadió, mientras se despojaba de la camisa de piel de venado y la dejaba sobre la tierra. El vello de su torso desnudo se le erizó cuando sintió la fría brisa acariciar su piel—: Tócame, Anne.

—¿Tocarte? —preguntó sobresaltada cuando miró el lugar que él le señalaba con la mirada.

—Eso he dicho.

—¿Estas... seguro?

—Completamente. Luego, te contaré mi historia si todavía quieres oírla.

—Claro que quiero oírla, Caleb.

—Puede que cuando desnude mi alma ya no me mires igual. Odiaría que me compadecieras si así fuera.

—Mi actitud no cambiará, Caleb —respondió, sabiendo que al fin se había decidido a confiar en ella.

—Adelante, entonces. —Se giró y le expuso la espalda.

Anne observó las protuberancias de su piel y se estremeció de pavor sin saber por dónde empezar. Tomó aire y lo soltó con suavidad. Luego, se frotó las manos para templarlas y, a continuación, hizo acopio de valor y posó sus temblorosos dedos sobre su piel caliente. Recorrió con timidez el trazado irregular de las cicatrices y las sintió como propias. Caleb controló sus impulsos de huir de allí, respiró profundo y dejó que continuase sin dejar de apretar los dientes. Anne le escuchó respirar de manera entrecortada cuando le tocó el costado. Subió la mano hacia los omoplatos y sintió en la yema de los dedos como se tensaron sus músculos cuando rozó las cicatrices más profundas y severas de su piel. Decidió darle una tregua y se dedicó a acariciar aquellas zonas donde la piel permanecía intacta. Le escuchó suspirar aliviado.

—Necesitaré mi vestido, Caleb —murmuró sin dejar de tocarle. Creyó conveniente sacar otro tema de conversación que le distrajese durante un rato—. Estoy... estoy desnuda de cintura para abajo y...

—El vestido y todo lo demás está inservible, Anne. Los arrojé sobre la condenada cara del colono cuando te lo quité. —Y señaló con la mano los arbustos silvestres—. Pero te he dejado un pantalón...

—No puedo ponerme un pantalón, Caleb —replicó Anne, cogiendo la prenda masculina que había doblada junto a ella y que no había visto con anterioridad—. No es decente.

—Decente o no, es lo único que tengo. Te conseguiré ropa cuando salgamos de aquí.

—Está bien —contestó con resignación—. ¿Y los demás hombres?

—Muertos.

—¿Todos? —preguntó sorprendida.

—Sí.

—Vaya. ¿Y Guardián del Cañón? —preguntó extrañada al recordar que le había visto dentro de la cabaña del trampero antes de perder el conocimiento.

—Dormido. —Y señaló hacia el bulto inmóvil y oscuro situado a unos veinte pies de distancia de ellos. Caleb se movió incómodo cuando ella le

acarició el costado—: Es suficiente por ahora, Anne.

Ella detuvo su mano sabiendo que había llegado al límite de lo que podía soportar. Caleb le instó a tumbarse y se quedaron uno frente al otro sin dejar de acariciarse con las miradas. Tras un pesado silencio, él tomó aire y se decidió contarle su trágica historia sin entrar en demasiados detalles. Durante ese tiempo, Anne le escuchó en completo silencio. Al acabar, ella le dio un breve beso en los labios y le repitió las mismas palabras que le dijo aquel día en el establo:

—Te amo por encima de todos los prejuicios humanos y de todos los males que asolan esta tierra, Caleb Carter. Nunca lo olvides.

—No lo haré. —La atrajo hacia su pecho desnudo y la besó.

Al principio fue un beso suave y controlado, temiendo hacerle daño en las heridas que tenía en la cara. Luego, se tornó más ansioso al notar que ella le respondía sin quejarse. Cuando su boca se entreabrió, Caleb aprovechó para colarse dentro. Ambas lenguas se encontraron y se degustaron a placer. El dolor y las heridas en el cuerpo de Anne se quedaron en el olvido, siendo sustituidas por un deseo abrasador y desmedido que actuó como un bálsamo reparador para su cuerpo. Ella le acarició el pecho sin dejar de besarlo, mientras que las manos de Caleb recorrían con premura la parte baja de su cadera y bajaban hacia los muslos internos y desnudos. La excitación y el calor creció entre ambos y el deseo por volver a unir sus cuerpos se hizo acuciante.

—Aquí no, Caleb —consiguió decir cuando separó sus labios de él—. Guardián del Cañón está cerca.

Caleb dirigió la vista hacia donde descansaba el guerrero achumawi y vio que el lugar estaba vacío.

—Se ha marchado. Nos invita a que demos rienda suelta a nuestras necesidades sin que su presencia nos lo impida.

—Pero...

—Y no pienso desaprovechar la ocasión.

La mano del hombre se coló de nuevo entre los muslos desnudos de la mujer y se dirigió hacia el centro de su placer, acallando cualquier intento de réplica. Un gemido de satisfacción y de sorpresa, a partes iguales, salió de la

boca de Anne. Un gruñido animal brotó de la garganta de él al saber que ya estaba excitada y preparada para hacerla suya. Ajenos al entorno que los rodeaba y a los aullidos de los lobos en la lejanía, Caleb cambió de posición y se colocó sobre ella. Le subió la camisa blanca hasta la cintura, se quitó el pantalón con rapidez y le abrió las piernas. Luego, deslizó su duro y largo miembro en la húmeda y cálida vagina, hasta que fue engullido por completo. Ambos jadearon al unísono cuando sus cuerpos se fundieron otra vez. A partir de ese momento, Caleb trazó un vaivén de movimientos lentos que se fueron haciendo más rápidos y fieros cada vez que la oía gemir de placer. Anne, sumergida por completo en la vorágine de la pasión, comenzó a tensarse y a sentir un extraño hormigueo —como la primera vez que yació con él— acompañado de mucho calor en las plantas de los pies; no se asustó porque le resultaba familiar. Su respiración se volvió irregular, el cosquilleo fue subiendo por las piernas, llegó hasta el centro álgido de su entrepierna y se extendió por todo su cuerpo. Anne tembló de manera incontrolada y, de repente, algo extraordinario e indescriptible explotó en su interior e hizo que liberara toda la tensión que tenía acumulada en su cuerpo. En ese momento, una corriente eléctrica recorrió la espina dorsal de Caleb cuando los fuertes espasmos vaginales le estrujaron el falo. El corazón le bombeó con fuerza y su miembro palpitó al mismo ritmo que dicho órgano. Se le nubló la vista y su cuerpo se estremeció. Arremetió con una última y profunda embestida hasta que vació su semilla en su interior. Se quedaron laxos, sudorosos y jadeantes sobre la manta de lana hasta que, poco después, Anne le susurró al oído:

—Tengo sed, Caleb. —Sufrió un pequeño estremecimiento de frío y se arropó con la esquina de la cobija que yacía a un lado de su cuerpo.

Él abrió sus adormilados ojos y le respondió con una tierna sonrisa. Pasados unos instantes, Caleb echó la manta a un lado, se levantó desnudo y se dirigió hacia su caballo. Agarró el pellejo de agua del arzón trasero de la silla de montar y sacó una bolsita de piel de una de las alforjas. Antes de regresar, recogió el paño mojado de la rama donde lo había tendido con anterioridad y se lo llevó consigo. Cuando se acercó a ella, vio que desviaba la mirada hacia otro lugar. Caleb supo que se sentía cohibida debido a su desnudez. Esbozó una sonrisilla traviesa y carraspeó llamando su atención. Ella le echó una rápida y fugaz mirada, cogió con rapidez el pellejo y bebió con ansiedad. Cuando terminó, se refregó el dorso de la mano por las comisuras de la boca y dejó el pellejo sobre la manta.

—Supongo que lo necesitarás para asearte —le informó Caleb, esperando que ella le mirase de nuevo.

Anne lo hizo con timidez al no saber de qué le hablaba. Cuando focalizó un paño en su mano, lo cogió y volvió a desviar los ojos hacia otra parte.

—Date la vuelta, Caleb.

—¡Por todos los demonios! ¿A qué vienen ahora tantos remilgos?

—No grites y date la vuelta. Necesito un poco de intimidad.

Caleb puso los ojos en blanco e hizo lo que le pedía. No había ni una sola porción de su cuerpo que él no hubiese visto, tocado y amado hasta quedar satisfecho. Mientras Anne se aseaba y cubría sus piernas con el pantalón, Caleb aprovechó para vestirse. Cuando ella terminó, él ya estaba tumbado sobre la manta con los brazos cruzados detrás de la nuca.

—¿Has acabado?

—Sí.

—Toma. —Caleb descruzó los brazos y le entregó la bolsita de piel que había cogido de la alforja—. Necesitas alimentarte también. —Ella la abrió intrigada y, cuando sacó un puñado de frutos secos, sus ojos se iluminaron de satisfacción—. Mientras repones fuerzas, te contaré lo que vamos a hacer a partir de mañana. —Anne se arrimó a su cuerpo y se quedó de lado, masticando los sabrosos frutos—. Al alba nos marcharemos de aquí y cabalgaremos hacia el norte. Antes de llegar al estado de Oregón, nos abasteceremos de víveres, de ropa y de algunas mulas para el viaje. Luego, tomaremos la ruta Siskiyou. Esta ruta nos llevará hasta Portland...

—Pero... ¿Y Emma y Rose? —preguntó confusa.

—El capataz se encargará de todo, Anne —contestó, robándole varios frutos de las manos y metiéndoselos en la boca—. Ya te dije que no podemos hacer nada más por ellas —aclaró sin dejar de masticar.

—¿No iremos al rancho?

—No.

—Pero debo ir, Caleb. Me gustaría dedicarles unas palabras de...

—Ya te he dicho que nos marcharemos de aquí al alba.

—No me despedí de ellas, Caleb —replicó disgustada.

—Pues hazlo ahora —respondió con sequedad— porque no pienso volver al rancho.

—¿Nunca más? —preguntó perpleja.

—Nunca más. —Anne, contrariada, no esperaba ese cambio tan drástico en él. Pensaba que regresarían pese a lo sucedido—. Cuando descubran los cadáveres pondrán precio a mi cabeza. Saben que he venido a clamar venganza y el viejo Tucker no se quedará de brazos cruzados cuando se entere del destino que ha sufrido su hijo. Exigirá que me cuelguen.

—Entiendo. No quieres saber lo que opine un agente de la ley.

—Sé de antemano lo que dirá la ley, Anne, por ese motivo me voy.

—¿Y si estás equivocado?

—Te aseguro que no lo estoy —respondió totalmente convencido.

Anne, desilusionada y viendo que no lograría hacerle cambiar de parecer, preguntó:

—¿Y qué haremos cuando llegemos a Portland?

—Seguiremos cabalgando hasta llegar a la Columbia británica.

—Pero... ¿dónde está la Columbia británica? —preguntó, tragando la mezcla amarga que se había formado en su boca.

—En la Provincia Unida de Canadá.

—¿En Canadá? ¿Por qué tenemos que ir tan lejos?

—Hay menos posibilidades de que nos encuentren allí.

—¿Y cuánto tiempo nos llevará llegar hasta la Columbia británica?

—Meses —respondió de manera escueta.

—Meses... —susurró desalentada.

Un pesado silencio se cernió sobre ellos. Anne se quedó sopesando las ventajas y los inconvenientes que traía consigo la inesperada huída del estado. Semejante información le había caído en la cabeza como un jarro de agua fría. En ese instante, solo veía desventajas lo mirara por donde lo mirara. Sabía

que el invierno se les echaría encima y no le hacía ni pizca de gracia cabalgar por esos parajes dejados de la mano de Dios, huyendo como conejos asustados. No quería ser una prófuga de la ley... Sin embargo, debido al inmenso amor que sentía por Caleb iría hasta el mismísimo infierno si con ello lo mantenía con vida y a su lado.

—De acuerdo —dijo claudicando—. Marcharemos hacia la Columbia británica. Pero antes tienes que prometerme una cosa, Caleb.

—¿Qué cosa? —preguntó intrigado al ver la seriedad en su semblante.

—Prométeme que siempre estarás conmigo. —Se detuvo un instante y añadió—: Tú eres mi único hogar ahora. No tengo a nadie más.

A él, esas últimas y tristes palabras se le clavaron en lo más hondo de su ser. «Y tú el mío, amor», se dijo, sintiéndose el hombre más afortunado del mundo por haberla encontrado.

—¿Y no te parece que «siempre» es demasiado tiempo? —preguntó con sarcasmo.

—Caleb... —dijo ella, golpeando con suavidad su pecho al darse cuenta que no se tomaba en serio su petición.

Él sonrió de medio lado y la abrazó con ternura. Después, le susurró sobre los alborotados rizos pelirrojos:

—Hasta que la muerte nos separe. Te lo prometo.

Anne sonrió satisfecha, rezó una plegaria de despedida por Emma y Rose y se quedó dormida de inmediato.

Capítulo 26

Al despuntar el alba, el canto incesante de las aves avisó a Guardián del Cañón del comienzo de un nuevo día. El guerrero achumawi se levantó del duro suelo, se desperezó, recogió las pieles de venado y caminó hacia los dos bultos que permanecían acurrucados debajo de la oscura manta. Dio un golpecito con el pie al de mayor tamaño y susurró:

—Gran Halcón debe marcharse.

Caleb se despojó con pereza de la cobija y cubrió el cuerpo de Anne con ella al notar que la mañana había amanecido más húmeda que otros días. Una vez en pie, miró hacia el horizonte y vio que la inmensa bola de fuego apenas se asomaba por él y que las gotas de rocío aún cubrían la cubierta vegetal del suelo.

—Dame unos momentos.

Guardián del Cañón supo que quería despedirse de todo lo que le rodeaba y asintió con la cabeza. Hizo amago de marcharse para preparar a los caballos, pero se volvió y preguntó:

—¿Gran Halcón necesita provisiones para el largo viaje?

—No. Llevo bastante dinero para abastecernos por el camino.

Caleb dirigió la mirada hacia su caballo. En una de las alforjas guardaba una bolsita —la otra se la había entregado a Mose antes de salir del rancho— llena de dólares; habían sido rescatadas de la despensa subterránea de la cabaña después del incendio. En ese momento, recordó la misiva que había escrito al abogado; misiva que pudo escribir tras recuperar varias carpetas marrones que se habían librado de las llamas. La había redactado con una pluma de gallina impregnada en grasa de venado y hollín.

—Dentro de unos meses, —le informó Caleb— mi abogado, el señor Smith, vendrá al rancho para entregarte unos papeles, Guardián del Cañón. —El guerrero achumawi le miró ceñudo sin comprenderle—. He pedido expresamente que te lea esos papeles en presencia de la señora Howard, el ama de llaves de La triple C, además de Mose y de Travis, mis capataces. Son personas de mi confianza y puedes contar con ellos si lo necesitas en cualquier

momento. La señora Howard sabe leer y escribir y dará fe de todo lo que hay escrito en ellos. En los papeles debe de decirse que todas las propiedades de la familia Carter os pertenecen. —El guerrero achumawi alzó las cejas, incrédulo—. Luego, deberás firmarlos. Un simple garabato será más que suficiente. Confío que todo salga bien y que no surja ningún problema.

—Mi pueblo te está agradecido, Gran Halcón —contestó sorprendido por su inesperado presente.

Guardián del Cañón posó la mano en su hombro y le dio un breve apretón, transmitiéndole con ese gesto su enorme gratitud. La retiró con el semblante serio porque, pese a recibir semejante regalo, su corazón no deseaba que Gran Halcón se marchase del condado. Cabizbajo, se alejó para dejarle solo con sus pensamientos.

Caleb se quedó oteando la lejanía con añoranza. En ese momento, pensó en Emma y en Rose y un profundo dolor le embargó el corazón al saber que las echaría de menos. Recordó la promesa que le hizo a su hermana en su día —conservar las tierras y el ganado tras su muerte— y se sintió miserable por su decisión. Tragó saliva, afligido. Su mente viajó hacia todas las personas que trabajaban para él y sobre el destino incierto que tendrían de ahora en adelante; en especial del pequeño Tommy que esperaba que no tuviese problemas en encontrar un nuevo empleo. Rememoró también el hermoso valle rodeado de montañas escarpadas, las aguas frías del río Pit en las que tantas veces se había bañado y el rancho en el que había pasado gran parte de su vida. De repente, se abrumó ante el cúmulo de emociones que experimentó en tan solo unos minutos y sintió una punzada de ahogo en el pecho. Respiró hondo y soltó el aire con lentitud hasta que logró desprenderse de ese atosigamiento. Desvió la mirada hacia la figura de Guardián del Cañón que atendía distraído a los caballos y, en ese instante, supo lo que significaba perder aquello que con tanta fuerza se amaba y que permanecía arraigado en lo más profundo de su corazón: la Madre Tierra. Sus ojos se volvieron acuosos ante ese inesperado sentimiento de nostalgia.

El graznido cercano de un cuervo rompió el hechizo y Caleb parpadeó para alejar las lágrimas de sus ojos. Soltó el aire que se había atascado en sus pulmones y dirigió la vista hacia los cinco cuerpos inertes y sin cabelleras que permanecían desnudos detrás de los arbustos silvestres. Fue en ese momento cuando la realidad se impuso de nuevo. Pensó con determinación y frialdad

que no le importaba ser un desesperado. Ni siquiera sentía remordimientos por lo que había hecho. Había impartido justicia y se sentía satisfecho por ello. A partir de ahora, emprendería un nuevo camino sin el yugo de estar atado a una tierra que solo le había traído desgracias y sufrimientos. Tenía en sus manos la libertad de decidir sobre su destino, como siempre había soñado, aunque fuese esquivando a la ley.

Anne posó una mano en el hombro de Caleb para avisarle de que se había despertado. Se arrebujó más en la manta que cubría sus hombros cuando sintió como el frío de la mañana se colaba a través del tejido de lana. Se fijó en el semblante serio de Caleb y se preocupó.

— ¿Estás bien? —preguntó Anne.

—Sí. —Y sonrió a pesar de que la sonrisa no le llegó a los ojos. La estrechó contra su pecho para recibir su calor y sentirse más vivo junto a ella.

—¿Por qué no los enterramos? —preguntó, mirando hacia el lugar donde se hallaban los cadáveres.

—No se lo merecen.

—Hay que ser piadoso, Caleb. Seguramente, serán hombres de Dios.

—Yo no lo soy ni Guardián del Cañón tampoco, así que no los enterraré —reiteró con terquedad sin importarle las creencias religiosas de los hombres muertos. En ese instante, se acordó de una conversación bastante parecida que había mantenido con Mose el día que los modocs atacaron el rancho. El recuerdo le hizo esbozar una leve sonrisa de aprecio hacia su capataz—. Tampoco los echaré al arroyo. Que se los coman los lobos o los cuervos —agregó de manera despectiva cuando vio otras dos aves posarse entre las ramas de los arbustos silvestres—. De algo tienen que alimentarse para sobrevivir.

A Anne esas palabras le sonaron crueles, sin embargo, no le hizo ningún reproche. No cuando sabía que el corazón de Caleb estaba tan dolido y triste como el de ella. Por ese motivo, le perdonó su falta de sensibilidad.

—Está bien. Pero me niego a sentarme junto a esas cosas tan repugnantes que has colgado en la montura, Caleb —replicó, arrugando la nariz y mirando las cabelleras de los hombres blancos.

—Son mis trofeos —espetó, saliendo a la luz su naturaleza salvaje.

—Pues no montaré en el caballo si no desaparecen esos trofeos de mi vista, Caleb Carter —repuso con seriedad.

Anne se alejó del contacto de su enorme cuerpo y puso los brazos en jarras para acentuar su negativa. Caleb, al ver la determinación en su mirada, se limitó a decir:

—No pienso tirarlas ni quemarlas. —Ella arrugó de nuevo la nariz, desaprobando su respuesta—. Como mucho las guardaré en las alforjas hasta que se me ocurra un lugar mejor donde ponerlas. —Anne iba a replicar cuando él se le adelantó y añadió—: No quiero seguir discutiendo contigo, Anne. Debemos marcharnos enseguida.

Ella se guardó con frustración lo que pretendía decirle y aceptó la solución a regañadientes; no quería comenzar una discusión tan temprano con él y menos delante de Guardián del Cañón. Ambos mantuvieron una tregua con la mirada y, luego, caminaron en dirección hacia los caballos. Caleb recogió las mantas del suelo, las enrolló y las colocó en la parte trasera del caballo. Una vez asegurada las correas, montó a Anne en el equino y, luego, lo hizo él. Guardián del Cañón se subió en el hermoso alazán y dijo en la lengua del hombre blanco:

—Que espíritu de Caballo Negro guiar a Gran Halcón al país de Madre Venerable. —Refiriéndose a la Provincia Unida de Canadá—. Que *tinihowi* proteger de *rostros pálidos*.

—Que así sea —respondió Caleb mientras se tocaba el amuleto protector de madera que colgaba de su cuello.

—Gracias por tu ayuda, Guardián del Cañón —dijo Anne—. Supongo que ahora estoy en deuda contigo.

—No. Gran Halcón saldar deuda con gran regalo.

—¿Gran regalo? —preguntó sin saber a qué se refería.

—Sí —contestó sin dar más detalles.

—Bueno, pues... saluda a Nube Blanca y a Pequeña Saltamontes de mi parte.

—Guardián del Cañón llevar palabras de amistad de *rostro pálido* —aseguró.

—Suerte en tu lucha, hermano —le deseó Caleb.

Guardián del Cañón asintió con la cabeza, sabiendo que se lo decía con el corazón. Con una última mirada, ambos jinetes espolearon sus caballos y tomaron caminos opuestos hasta alejarse de la cabaña del trampero. Uno, hacia un destino más próspero y menos sangriento que el que le esperaba al país. El otro, hacia una lucha incansable e incierta para obtener las tierras ancestrales que el hombre blanco le había arrebatado a su pueblo.

Siete meses más tarde, el doce de abril de mil ochocientos sesenta y uno, se proclamaba la guerra civil entre los estados del norte y del sur, sellándose de esta manera el nuevo rumbo de la nación americana.

Agradecimientos

A mi marido, por su enorme paciencia y su inestimable ayuda en la edición de este libro.

Acerca de la autora



Soy escritora de novelas románticas y de aventuras. Nací en Málaga (España). Me gradué en Relaciones Laborales en la Facultad de Estudios Sociales y del Trabajo en la misma ciudad, aunque nunca ejercí esta profesión.

Soy una ávida lectora del género romántico, de aventuras, suspense y policíaca. Pasión que compagino con la escritura, los viajes y las excursiones a la montaña.

En la actualidad, vivo en Málaga con mi esposo disfrutando del buen clima de esta acogedora tierra.